

Changmarín

Nochebuena mala



1995

Changmarín:

Carlos Francisco Changmarín, premio nacional del concurso panameño Ricardo Miró, en novela, cuento y poesía.

Popular autor de décimas para cantar, y de literatura para niños y jóvenes.

Entre sus obras se destacan las novelas **El Guerrillero Transparente —vida de Victoriano Lorenzo—**, **En ese pueblo no mataban a nadie**. En cuento: **Faragual**. En poesía: **Poemas Corporales**, y las décimas de soberanía: «Que se vayan del Canal». En literatura para niños y niñas: **Las Tonadas y los cuentos de la Cigarra**, **La Muñequita de Tusa**.

Algunas de sus obras han sido traducidas al ruso, francés, chino y otros idiomas.

NOCHEBUENA MALA

Cuentos que no son cuentos, sobre la invasión yanqui a Panamá, en diciembre de 1989.

El autor, destacado cuentista latinoamericano, refleja en esta obra la razón verdadera de la cruel guerra cuasi-digital que la gente del Presidente Bush ensayó en la pequeña Panamá, no para llevarse del país a un hombre, sino con el fin de quedarse, en una forma u otra en el estratégico centro del continente americano, bajo sus fines hegemónicos; para ensayar nuevas armas y sistemas, como el avión caza F. 117, Stealth, y además como forma de advertir al mundo y sobre todo a los pueblos atrasados, que el águila del norte aún no ha caducado, y que hoy, por lo contrario y pese a las nuevas tendencias de paz en el universo, su garra está empotrada en el cenit de su unipolaridad mundial.

«Escribí este libro —dice el autor— con el odio sosegado», que no es otra cosa que la misma dignidad. Como ciudadano de la tierra agredida, el libro no es neutral, que no puede haber neutralidad respecto de la independencia nacional y de la patria.

Y sólo la realidad, por sí misma es objetiva. La creación del hombre, el arte, y la comunicación, son subjetivos. La «objetividad» del periodismo, es pura faramalla para engañar a los desprevenidos.»

Changmarín

NOCHEBUENA MALA

—Invasión Yanqui a Panamá, diciembre de 1989—

Cuentos que no son Cuentos

**Nochebuena mala/Invasión Yanqui a Panamá
Diciembre de 1989/Cuentos que no son Cuentos.**

- © Carlos Francisco Changmarín
 - © Fundación Omar Torrijos Herrera.
- Reservados todos los derechos.
Primera Edición, 1995.

Portada: acrílico de Changmarín.
Diseño de Portada:

Impreso en Panamá

*A las mujeres y hombres,
que cayeron combatiendo por la patria.
A los perros, pájaros, plantas y mariposas
volatizados por las bombas del gran capital.*

Un Canal para la Paz
y no para la guerra...



1

JURAMENTACIÓN Y CENA CASI FANTÁSTICA

En el centro del comedor del club de oficiales, de la base militar de Fort Clayton, ya lucía un hermoso arbolito de navidad, con una estrella restallante, en la copa puntiaguda del arbolillo, cargado de los tradicionales bombones multicolores y del reguero de luces palpitantes. No lejos de allí, en un calendario de grandes y negros números se destacaba la fecha: “1989, December 19, Tuesday”.

Era el crepúsculo a la altura de las seis; detrás de los ventanales cubiertos de tela metálica, todavía la distancia del paisaje canalero lucía clara y casi celeste. Del fondo del comedor, de impecable limpidez y sobriedad, provenía un hálito oloroso a sabrosuras culinarias exquisitas. Tal vez sería pavo relleno, jamón rociado con vino español; o lechoncitos al horno... ¡quién sabe!... ¿Acaso sería un chivo asado? El personal subalterno del casino se movía nerviosamente bajo la mirada poderosa del maitre, quien colocaba lo que aún hacía falta y con una precisión de computadora situaba servilletas, vasos, botellas de whisky, de vino y aún de vodka rusa.

El carácter sumamente confidencial de la cena, el exceso de hombres de seguridad y de inteligencia que rodeaba el local, por entre los jardines y debidamente equipados

— Creó— comentó el cocinero jefe— que el propio General Collin Powell ha venido a inspeccionar el área.

con los más sofisticados dispositivos de comunicación electrónica, hacía pensar que se trataba de una cena del más alto nivel.

—Creo— comentó el cocinero jefe— que el propio General Collin Powell ha venido a inspeccionar el área.

—Puede ser —contestó otro cocinero—. Tal como andan en Panamá las cosas... Pero podrían ser los jefes del Comando Sur y el señor embajador de los Estados Unidos; digo yo, pues cenas así se han hecho para los días de navidad. Y ésta es algo grande.

De pronto, afuera, en las callejuelas que conducían al edificio se movieron con rapidez los vigilantes. Hubo alguna voz de mando. Y de limusinas negras bajaron un general de cuatro estrellas y el propio embajador norteamericano. Inmediatamente después, descendieron, unos tras otros, tres personajes aparentemente desconocidos para el personal de la cocina. Estos venían acompañados de sus señoras. No eran los tres reyes magos, aunque semejaban ese talante: uno, de diseño pícnico y gordo; otro más bien flaco y de verdosas ojeras y comisuras de los labios, el tercero, canoso y de rostro cuadrilátero.

—Aguaita... Aguaita...— Le comentó en baja voz un ayudante de la cocina a otro— parecen tres fantasmas.

En riguroso orden, según las jerarquías, entraron los generales y los fantasmas.

La comitiva recién llegada provenía de la oficina del comando de la Base Militar de Fort Clayton. Allí, pese a la planificación estricta de los generales, ocurrió un descuido protocolar; cosa de los apuros de última hora. No había una biblia en español. Más era algo que los invitados dispensaron, debido al carácter de la situación y las urgencias de última hora. En la austeridad de la sala donde se realizó el oficio, resaltaba la bandera norteamericana.

Colocaron a los tres individuos fantasmales al fondo; frente a ellos, un pequeño podium sobre el cual estaba la biblia, hermoso libro empastado con tela roja. Frente a ellos lucían con sus mejores uniformes y togas, el Jefe del Comando Sur de los Estados Unidos, Maxwell Thurman (loco Max, le decían) a su lado, el general encargado de la operación próxima a realizarse, Carl Stiner y uno que tenía porte y cara de latino, conocido más tarde en el argot popular, como el perverso Marc Cisneros.

Thurman dio la orden para comenzar el acto. Un ayudante le comunicó a uno de los tres invitados que sobresalía por su gordura que debía hacer el juramento.

—¿Lo hago en español, o en inglés? — preguntó nervioso, mientras ponía la mano derecha sobre la tapa de la biblia.

—Puede hacerlo, señor, en cualquiera de los dos idiomas. Entendemos el español —respondió el jefe de protocolo.

El primer fantasma empezó el juramento en español, tartamudeando: —“Juro ante Dios y la Patria”... — y lo continuó en inglés— que al ocupar el cargo de Presidente de la República de Panamá, cumpliré con la Constitución y las leyes del país”...

Balbuceó otras frases apagadas e ininteligibles. Mientras realizaba el juramento mantenía los ojos semicerrados; no levantó el mentón y ajustaba temblorosamente la mano diestra sobre el pecho, a la altura en donde debía tener la caja del corazón.

Al término de la oración hubo aplausos uniformes y formales.

— Ahora te toca a ti— dijo el gordo al fantasma que tenía postura de monje franciscano, quién vertió su juramento por el enrejillado de aquella oficina, tal vez para huir

del mismo dios. Finalmente lo hizo el caricuadrado. Este juró con más fuerza, con los ojos no sólo abiertos, sino casi desafiantes y al término del rezo agregó:— "...y además si hay que volverlo a hacer, señores generales, yo con enorme satisfacción lo volveré a repetir"...—Dos mojigangas de los señores fantasmas, allí traídos por los militares norteamericanos, sirvieron como testigos y la ceremonia concluyó. El gordo sudaba como un burro esquilmado; el flaco parecía transparente, con verdosas veladuras en el rostro, que le daban un aire de Drácula criollo, y el tercero se notaba verdaderamente eufórico y casi fuera de sí.

De aquella oficina, los fantasmas, ya investidos de sus nuevos cargos, pasaron con sus generales a un salón especial, pero allí la cuestión era más restringida.

—Excelentísimos señores— dijo un coronel de la inteligencia—tengan la fineza de firmar este documento.

El documento, desde luego estaba escrito en inglés.

— Léelo tú— le dijo el gordo al flaco.

— No joda, —intervino el tercero— yo lo leo —y lo leyó en silencio, para él.

—¿Todo okey? —preguntó el coronel, con cierta dulzura.

—Todo okey, mi coronel —respondió el fantasma tercero y agregó— tú—dirigiéndose al que actuaba como presidente— firma.

El fantasma sacó su pluma de oro, la desenvainó y con torpeza, se acomodó los anteojos y preguntó:—"¿Aquí?"— El coronel con el dedo le indicó el sitio preciso y el hombre firmó. Lo mismo hicieron los demás, y salieron hacia el club de oficiales.

En el centro de la bien cumplida mesa estaban el general de las cuatro estrellas, y de lado y lado, los invi-

—Ahora, señores,— ordenó el jefe de la cena— vamos a trinchar.

tados. Un fantasma al parecer no trajo la esposa. Las dos restantes, mujeres bien aderezadas, una con traje de amarillo patito y la otra de verde limón. Ellas, sin embargo no sabían nada de nada, y ni siquiera se atrevían a intercambiar miradas con sus maridos, que al parecer desconocían, si luego de la ceremonia iban a ser lanzados al espacio o ser acuchillados por las espaldas.

Se trata, nada más y nada menos, que un asado de bebé recién nacido...

—No sabe usted, mi querido Presidente —le comunicó el general de las cuatro estrellas— el exquisito plato que vamos a devorar, en su honor y sobre todo, por el histórico paso que hemos dado, en aras de la libertad, la democracia en este país, y por la integración y la globalización que corre en el nuevo mundo.

—¿Se trata —preguntó ingenuamente el fantasma,— del famoso caviar negro, ruso?

—Claro, de entrada hay caviar, pero no es eso.

—Entonces, mi general, ¿qué podría ser? ¿Faisanes?

—No, Excelencia... frío... frío. Ya lo probará.

La cena empezó con un brindis, lo hizo otro general que estaba en la cabecera opuesta de la mesa. Habló en inglés y fue muy breve. Todos entendieron. Levantaron las doradas copas de champaña.

—Ahora, señores,— ordenó el jefe de la cena— vamos a trinchar.

Y luego comieron a dos carrillos. Todo estaba de lo mejor, pero lo insuperable fue el asado. El fantasma mayor, un businessman, de muchos viajes por el mundo, sin embargo no dio con la materia devorada por él a grandes colmilladas y muy goloso apetito. ¿Acaso era venado? ¿Quizá puerco? ¿Ternera? ¿Conejo pintado?

—Excelencia, entonces... ¿sabe lo que hemos comido? —preguntó el general de las cuatro estrellas.

— A la verdad, mi general, no doy con el sabrosísimo plato—respondió el fantasma primero.

— Pues le diré ya que entre nosotros no habrá secretos. Acérquese señor Presidente— ordenó el general— Se trata, nada más y nada menos, que un asado de bebé recién nacido, de un famoso cocinero alemán que trabaja con nosotros— y el general se sonrió socarronamente, en forma a la vez pícara y macabra.

—¿De bebé? ¿Qué animal es éste?

— Ningún animal, señor Presidente, aquí no hay metáfora culinaria, es un verdadero niño asado. — Se volvió a sonreír.

— ¡Chucha!... ¡No puede ser! —Expresó, en alta voz el primer fantasma—

Al oír aquello, casi todos, menos las mujeres se echaron a reír.

—¿Me toma el pelo, señor general?— Exclamó el fantasma—¿Es un chistecito suyo?

— No señor— respondió el de las cuatro estrellas— ¿Nunca había comido usted niño chiquito, recién nacido? ¡Ji... Ji... Ji...!

—Muy ocurrente —expresó el tercer fantasma con su voz de sapo veranero—. Realmente estaba riquísimo. Y repito, de volver a ofrecérmelo ustedes, con el mismo gusto me lo comeré.

En eso, una de las damas empezó a vomitar.

La cena, con el comentario del plato especial, los chistes subsiguientes, y los tragos terminó a las ocho de la noche.

—Oye— preguntó como a las diez el gordo, en el nuevo lugar donde los generales los habían llevado luego de la cena— tú que leiste aquel papel, ¿Qué fue lo que firmamos?

—Pedimos la invasión— contestó el caricuadrado.

—¡Mierda!— pujó el primer fantasma.

Como a las once y cuarenticinco, del diecinueve, o a las doce y quince minutos de la noche de aquel veinte de diciembre de 1989, víspera de la nochebuena, empezaron a estallar las bombas de dos mil libras, los misiles y disparos sobre las casitas de madera de los niños que esperaban a Santa Claus.

Los perros aullantes y atolondrados huían desesperadamente entre las sombras. La noche se puso de color naranja brillante. Luego bramó un incendio rojo, gris y negro. Esa madrugada aún no había salido la luna sobre el malecón de El Chorrillo, y todavía en la cantinita, “La Mendoza”, entre calle 27 y la esquina de la “Bocas del Toro”, se oía a Daniel Santos cantar la vieja tonada aquella: “Vengo decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra”...



2

LA HONORABLE EXPUTA, MADAME PUMPUM

—Chico, no puede ser, en diciembre nunca llueve— decía Madame Pumpum, la que freía chicharrones en la esquina de calle 26—. Por eso, muchachos me encanta diciembre. Vendo más chicharrones a los engomados, y el mar me penetra como diez hombres alborotados, en un solo bolillo, por todos los poros.

—No seas vulgar “Madama”. Dame ese chicharrón de tetita.

—Míralo.

—¡Je...je!... ¿Te gusta la tetita, no?

—Clarito vieja.

—Nada de vieja; ¿“oíte”? Todos ustedes son iguales. En mis buenos tiempos, hombres de todas las tierras me peleaban. Y ¡Qué regia era yo!... ¡Qué clase de hembra!

—Alábate pato...

—Te estoy diciendo, loco.

—¿Tenías fama internacional?

—¡Uh!... ¿qué marino no navegó la panga de “Madama” Pumpum... ¿Ah? Mira, toca aquí; no, más abajo, mide...

—¡Chuleta, “Madama”!

—¿Recuerdas a Mike, el guardameta del "Caleta 11"?

—Que te digo, loco. Hasta un músico me hizo un son, para carnaval. Fui reina en Pedro Obarrio. Claro, eran otros tiempos, niño. ¿Pero quieres saber una vaina? nunca trabajé gringos. O mejor dicho, después que uno me pegó esa porquería.

—¿Ni en la Guerra Mundial?

—¿Cuál, oye?

—La de Hitler.

—Ni en esa guerra, eso sí, los traté bien de palabra, pero de cama, nada... ¡Je... Je!... ¿pero tú sabes? Fui la primera mujer de aquí que se echó a un ruso.

—¿Y cómo te fue?

—¡Ja!... Venían en fuego. Pero eran muy sentimentales. Cantaban canciones tristes y yo les metía mis calippos, aunque yo también soy muy melancólica.

—¿Qué?

—No jodas, no te han dicho que en esa puta guerra me mataron el único hijo que tuve, de otro negro pendejo como yo. Un chico lindo como su madre, que aquí en El Chorrillo jugaba la pelota, como nadie. Le decían Cheché. Se llamaba José.

—¿Lo mataron aquí?

—No, el muy loco se metió a soldado norteamericano.

—¿Y entonces?

—Lo mataron los japoneses, por allá, por la casa del diablo... Bueno, no hablemos de eso; dime, ¿quieres otro chicharrón? El de rabito es lo más rico y así lo puede mezclar mejor y le das tu toque... ¡Je... Je!... ¿Conseguiste de la buena del mismo San Miguel?

—Con semillita y todo, así es como me gusta. Bueno, adiós "Madama" Pumpum. Ojalá no te mueras del encanto de la brisa del mar... Estamos en diciembre, ¿No?

—Claro, en diciembre nunca llueve, hay chomba Pumpum para rato... ¿Qué te pasa a ti?

Tres días después de la invasión del 20, de ese mes, los soldados norteamericanos que habían tomado todo el barrio de El Chorrillo, llegaron con sus terribles lanzallamas y pulverizaban los cadáveres, entre ellos los de: Juan Muleta, La Petra, Caraefilo, y el Barbero de Sevilla.

—¿Recuerdas a Mike, el guardameta del “Caleta 11”?

—¿Cuántos, tú crees, loco, que los gringos mataron esa noche?

—Te digo que yo vi cuando a la pobre “Madama” Pumpum, la recogieron medio muerta o medio viva y los gringos la metieron, con otros cadáveres, en unas bolsas de plástico. En cada bolsa, echaban gentes muertas y pedazos de brazos y muslos, todo junto como un tuti-fruti. Dicen que le agregaban una bomba de profundidad, y luego lanzaban, desde los helicópteros esas bolsas a la bahía, y aquellas bombas, al llegar al fondo del mar estallaban.

—¡Chuleta!

Pero es cierto, en diciembre nunca llueve, y aquella noche el cielo era azul clarísimo. La brisa del Océano Pacífico, el salado toque del agua que se le introducía a la pobre Madame Pumpum, como diez hombres por todos sus poros de negra mulata, exmujer de la vida, o sea, exputa, exvendedora de amor y luego de sabrosos chicharrones. ¿Quién no quería a la popular “Madama” Pumpum y vacilaba con ella? Hasta los ricos venían a su puesto, después de las parrandas de carnaval, a buscar pescado frito, pues ella sabía darle ese buqué de ají chombo, inigualable.

*...pero ahora
estoy total-
mentemuerta
y navego so-
bre una luz
anaranjada*

—Todas esas putas guerras— decía la “Madama” me trajeron mala suerte, niño. ¿No quieres otro chicharroncito? Me caíste bien, pero ahora estoy totalmente muerta y navego sobre una luz anaranjada.

3

LA LUZ ANARANJADA

Estaba muerta... ¡Dios mío!... Es la muerte. Levitaba sobre una espesa veladura rojiza, anaranjada, muy brillante, vaporosa y aterradoramente calurosa. Navegaba así, en el cuarto. No había ventanas, ni mesas, ni sillas, en fin, ningún chérchere a mi alrededor. ¿Acaso era mi casa? No. Yo estaba muerta... Así es la muerte. ¿Mis brazos? Sí, llevé las manos a mi cabeza. Los cabellos se me habían convertido en finos y retorcidos alambres de cobre, rojos electrizantes y derretidos. Claro, es la muerte, estoy absolutamente convencida ello. ¿Mi reloj? Son las doce y treinta y dos minutos de la noche. ¿De la noche o de la madrugada? No sé. Creo que hoy es martes, 19 de diciembre, me parece, ¿o era miércoles? Esta mañana, o ayer en la mañana, preparaba los tamales de la nochebuena. ¿En donde estoy ahora? ¡Santa Bárbara Bendita!... A nadie oigo y nadie me escucha. Allí... allá veo una chispa azul. ¿Será el negro Rambau, con su acetileno, que suelda el borde de la ventana del vecino? ¿Pero a esta hora? ¡Qué va! No hay nadie. El mundo se acabó... se acabó. Estoy perfectamente muerta. Sólo veo arriba y debajo de mí, lo rojo naranja y allá lejos, el rayo azul. Siento que en un segundo la cara se me ha vuelto una huesada, monda y blanca calavera... ¡Ay!... Yo que el año pasado fui la reina del carnaval; iba en la comparsa de "Los campesinos". Me

suenan en la memoria todavía el tun... tun... tun... tra...
tarratá tá... tun... tun... tun... tarratá.. de los tambores.
Sudaba sangre, del son y del amor... —“Qué buena tú
estás, negra”— me piropeaban los muchachos del patio.
Tun... tun... tun...

Claro, ¿Tú ves? Como a las 12 y 30; no era el 19 sino
el 20 de diciembre, sonó el tarratá... ¡Dios mío!... Esos
horriblos tambores me alzaron sobre una luz anaranja-
da, donde sigo levitando, como una pluma rota de paloma
negra, consumida.

¡Estoy supremamente muerta!... Pero lo que más me
mata es esa terrible luz anaranjada...

4 TECNOLOGÍA PARA LA MUERTE

La tormenta reventó en la madrugada, y de pronto fue un estruendo de película.

— ¡Ay, mamy! ¿Qué son esos toros de fuego?

—Braman y tienen alas... Eso veo.

— ¿Por qué, a esta hora, Mamy, tantos cohetes y voladores?

—¿Es que viene Papadió?

—Santocló is comeing, father?

Pero acá, del otro lado de la base aérea de Howard y de las otras trece bases norteamericanas, y sobre el claro cielo navideño de diciembre, cuando los pelados del barrio de El Chorrillo esperaban los juguetes, comentaban tranquilamente:

—Uíte, tú Pipote, que na ma falta cuatro días pa que venga Santocló y cuento.

—Santocló, no; ¿qué te pasa locote? Es Papadió...

—Santocló, te digo. ¿Tú no ves televisión? Dí Santocló, o te rompo la jeta.

—¡Ah!... ¡Peleón!

—Y tú, güevín...

Bueno, sí, ya en el barrio lucían los arbolitos con sus focos parpadeantes y los chicos adivinaban las bolsas repletas de confetis y regalos. Los triqui-traquis, la cohe-

tería china de las tiendas de los chinitos... Pero en ese momento de la baja noche, cuando la gente dormía, los trabajadores, para madrugar a su trabajo en el comercio y las fábricas, las esclusas del Canal o en las bases militares... En esos instantes cuando, luego de la parranda casera del matrimonio pobre, pero cumplido y alegre, de la muchacha obrera; sí, cuando burdamente trataba de quitarse el vestido blanco y oloroso para entreabrir su vida al esposo, ebrio de amor y de cerveza y empezar así, a morder la luna de miel hasta la punta de la noche buena, como al principio del mundo: Adán y Eva, totalmente desnudos y sin manzana alguna... Blún... Tembló la tierra y se prendió el aire...

Era la cohetería, los bombazos, la misilería de las fuerzas de la invasión norteamericana a Panamá en 1989, que comandaba el General Carl Stiner, a nombre del Presidente de los Estados Unidos, mister Bush.

Sobre la ciudad canalera, tronaba la 82 División Aerotransportada, el Comando del Destacamento Expedicionario Bayoneta, el Sexto Batallón Mecanizado de tanques livianos, el Quinto Batallón de la Octagésima Unidad de Infantería.

A la una y cincuenta minutos aparecieron, entre las pocas nubes los C-147 y saltaron los tres mil paracaidistas de la 82 Aerotransportada que provenían de Fort Bragg. Venían también, las Fuerzas Especiales del Destacamento Expedicionario del Pacífico (Task Force Pacific), Los caracucias del Destacamento Semper Fidelis, los Expedicionarios del Atlántico, la Séptima División de Infantería Liviana. Todo ello con el respaldo musical de las previas horas de la nochebuena de aviones artillados Specter AC-130 con cañones de 20 milímetros, ametralladoras rotativas de 7.62 y cañones de 105 milímetros que disparaban

— ¡ M a d r e
mía!... ¡Padre
mío!...¡ Mama-
güela mía!...
¿Por qué nos
han abandonado!...

proyectiles de 40 libras. Rodaron los tanques Cheridan y los helicópteros AH-64 Apache que portaban misiles hell-fire y cañones de 30 milímetros y que además apuntaban con rayos láser, desde mil metros de altura...

El despliegue táctico incluía también aviones A-37 (Dragonfly), los supersónicos SR-37 y el muy sofisticado caza F.117, Stealth, el famoso furtivo o sigiloso, construido millonariamente para evitar los radares, primera vez probado en una guerra real. Eran unos gigantescos murciélagos que habían levantado el vuelo de navidad, de la base de Tonopah Test Range, en Nevada.

Un rumor de oruga alada y de acero invadía toda la ciudad y los disparos, las ráfagas, las bombas y los cohetes aturdíen a la gente. El traslúcido avión espía, desde muy arriba, pese a la niebla de la madrugada, indicaba a los artilleros hacia dónde disparar y éstos con sus mascarillas infrarrojas experimentaban, a su gusto, lanzando al punto preciso, tras la marca del láser, sus misiles y bombas.

—¡Madre mía!... ¡Padre mío!... ¡Mamagüela mía!... ¿Por qué nos han abandonado!...

Y esos aviones de rugidos como dragones increíbles, que meses antes rozaban las palmeras y trazaban con sus olas de espumas blancas las terribles amenazas... De nuevo ahora, con el salvaje y apocalíptico alboroto tecnológico de un Santa Claus brutal pulverizaban a los niños en este culo del mundo.

—¡Toma!... ¿No te lo dije? No es Papadío... Es Santo-cló...

—¡Calla, tonto!

—Ahora estás muerto, tú güevín.

—Pero tú también estás muerto, y más que yo.

—Y ahora, ¿Qué le vas a decir a tu maestra? ¿Que te paviaste?

Los periódicos y las televisiones habían comunicado días antes, que Bush y Gorbachov, en Malta, habían llegado a un acuerdo de paz y distensión.

Caían edificios, altares, muros, celdas, techos viejos de las antiguas barracas de madera construidas para alojar a los constructores del Canal. Ahora temblaban esos abuelos enloquecidos o volatizados, los nietos destripados; perros destripados, gatos destripados, pájaros rotos, mariposas trucidadas, pelícanos sublimados, peces mal heridos, palomas fusiladas, palmeras bifurcadas. Bombas... bombas... misiles... Aviones... aviones, helicópteros, tanques...

Desde el Cerro Ancón de Amelia Denis de Icaza... “Ya no eres mío idolatrado Ancón”... El grupo 22 de artillería de campaña de Kobbe disparaba sus cañones de 105 milímetros para destruir el Cuartel Central de los militares panameños.

Sobre y bajo las penumbras sucias plúmbicas, sazonadas con el humo de los “hummers” artillados, con cañones de 81 y 71 milímetros cundían bazookas y ametralladoras M-60, prohibidas por la convención de Ginebra, y para más estilo, un poco de gases sicoquímicos, paralizantes...

Llegaron como fantasmas, veintisiete mil tropas norteamericanas para “salvar” al país, en el cual, un señor Balboa, no sólo descubrió el Mar del Sur, que estaba allí descubierto por los siglos de los siglos, por todos los pueblos, desde los Mayas a los Incas, sino que inauguró la etapa histórica de la cacería de gente humana, o sea, los indígenas con feroces perros de los reinos de Castilla y de León y de la Santa Madre Iglesia Católica. Y cuando, al fin,

De la barriga invisible de aquellas naves, alguna serpiente monstruosa, algún murciélago jurásico, algún verdadero dragón occidental vomitaba chorros de fuego

Pedrarias Dávila lo mandó a decapitar, al gran Adelantado del Mar del Sur, el dueño del famoso perro cazador “Leoncico”, entonces en las lecciones de historia, de las escuelas primarias, los pobres niños lloraban la desgraciada suerte del Adelantado. Y así, con tal omnubilación de la luz, empezó esta cosa. Ahora los yanquis con mordedores perros electrónicos y nosotros solitos, como simples mojonos del universo, entre dos enormes mares inconsútiles...

Pues bien, y como dice el cuento, para no cansarles, en tan sólo cuatro minutos nos regalaron, para navidad, pese a la distensión de Malta y el humanismo de la nueva mentalidad política, como bolas de jabón multicolores nada más que unas 417 bombas, algunas de 2000 libras, en esta verija de América Latina, de Don Bolívar, Don Cuauhtémoc, Don Martí... Tierra roja y negra de nuestro Cholo Victoriano Lorenzo, quien al igual que Sandino, también fue mandado a fusilar por los perreros y carasucias gringos.

— ¡Ay, Santa Virgen de las Mercedes!... ¡Cómo nos mataban! Pero ahora, yo también estoy muerta... Todo a mi alrededor hierve en algo sumamente vaporoso y de un rojo anaranjado. No oigo, ni veo. Es la muerte, la imponderabilidad absoluta del ser y la infinitud abstracta... Amén...

De la barriga invisible de aquellas naves, alguna serpiente monstruosa, algún murciélago jurásico, algún verdadero dragón occidental vomitaba chorros de fuego, que al tocar la tierra todo lo derretía, todo lo molía, lo hacía polvo. Polvo eres y en polvo te convertirás... En las habitaciones no quedaba nada en su forma original, la materia se consumía: la mesa, la estufa, pero también el gato, el perro, la gente humana. El edificio, sin embargo quedaba intacto. Era fruto de las armas que los gringos

Es la muerte, la imponderabilidad absoluta del ser y la infinitud abstracta... Amén...

habían preparado contra los del Tratado de Varsovia, contra los rusos y ahora probaban acá, con el permiso de todos los santos y del sagrado capital. El Consejo de Seguridad de la ONU, por una rendija de Nueva York, protestaba protocolarmente y hacía cuchufletas a los gringos. Un diplomático del África comentó: “Ha llegado el nuevo reino de la globalidad”...

—Y esto lo vimos, los vivos y los que nos morimos... Palabra de Dios... Porque yo no miento. De pronto algo golpeó a un chiquillo; algo que venía del cielo sucio. El pelado trataba de saltar por un balcón. Al caer gritó:— “¡Agua... Agua... Agua... Me muero!”— Y cuando un vecino acudió a darle el vaso de agua, entonces: ¡bum!... Se incendió y explotó, como un tanquecito de gas...

— Papadió... Papadió... ¡Chuleta!, ¿Por qué me abandonaste?

5 EL MIEDO

—Miren, muchachos— dijo el instructor —el arma tiene que estar limpia; limpia como la conciencia. De otra manera, ni este fusil AK-47, ni el M-16, servirán para nada.

—¿Y la conciencia, le da más fuerza?— Preguntó mi amigo Juan.

—Es que sin una conciencia real, el arma no sabe para dónde, cómo, ni cuándo disparar. Los que desconocen a sus verdaderos enemigos, tienen la culpa de todo el padecimiento del resto de la humanidad. ¿Comprendido? Eso lo leí en un libro. De modo, muchachos, que el mantenimiento del arma es principalísimo, luego vendrá todo lo demás. Por ejemplo, no se pone mucha presión en el gatillo; hay que trabajar firme, pero suave, como si se tratara de pellizcar a una muchacha tímida. Esto es un arte.

—Maestro,— apuntó Juan— usted parece saber de todo.

—De todo un poquito, claro, eso es.

Pero la verdad era que sólo llevábamos unos tres meses de prácticas, y la mayoría de las veces solían ser ejercicios, caminatas y teoría. Ahora, por primera vez, entregaban el famoso AK-47.

¿No has visto cómo, algunas de sus mujeres, ya tienen pintas de rabiblan-cas?

—¿Tú crees compañero —me preguntó Juan— que pelearán estos verracos?

—¿Quiénes, los gringos?

—No, los de nosotros, los jefes.

—Mira, yo vine a este Batallón porque allá, en la provincia, en la Sexta Zona Militar, el maricón del comandante nos mandó, a los brigadistas que integramos a los grupos y los Codepadis, al mismo carajo. Uno no entiende a estos militares.

—¿Y entonces?

—Bueno hermano, para que veas. Dice el dicho que todo hay en el huerto del Señor. Creo que hay varios elementos con los gringos.

—¡No puede ser!

—Pela el ojo, loco. La fuerza está minada. ¿Sabes cómo nos trató aquel mayor? —“¡Váyanse a la misma verga!...” —nos gritó un día, totalmente en fuego, y el muy borrachín agregó: —“Partida de perros comunistas, que no quieren trabajar y vienen a joder aquí” —¿Y sabes que le respondí yo? Claro, porque había otros que eran empleados públicos y temían que los fueran a botar... pues le dije: — “A la verga te vas tú, pedazo de borracho”. Eso me costó que me encarcelaran en la “chiquita” a pan y agua por quince días. Tenía el mayor allí un cabo puñetero, que había torturado un mes antes a los campesinos de una región, que peleaban por su pedazo de tierra, y el cabo me echaba baldes con orines hediondos.

—Entonces, mano, ¿por qué estamos en esta vaina?

—¿Por qué crees tú? Porque la lucha, al igual que la mujer, es curva, y no todos aquí están convencidos de la verdad, al lado de nosotros. En este país siempre ha habido, desde los días de Colombia, gente que soñaba

ser gringa, y decían que en lugar de la independencia, más nos convenía ser colonia norteamericana, o algo así como Puerto Rico. Y estos militares, amigo, no son santos. Buena parte de los oficiales se tiran al suelo por un billete de a dólar.

—¿Son diablos?

—Hay diablos y santos, tú no idealices nada, si quieres avanzar. Te diré que hay la mar de pillos y ladrones, entre militares y civiles, los cuales, mientras nosotros entregamos todo lo que tenemos a favor de la causa, ellos sólo aspiran a acomodarse, y hacerse millonarios en el menor tiempo posible. ¿No has visto cómo, algunas de sus mujeres, ya tienen pintas de rabiblanca? Es el poder que se les va a los sesos, por eso nos tratan a las patadas. Ese tipo del cual te hablé es uno de ellos, pero hay otros.

—¿El poder, dices tú? Entonces, ¿Nosotros no queremos el poder?

—Claro que sí, pero toda revolución, desde la francesa para acá, tiene lobos en su seno. Y no se trata de sacar a los gringos, como decía Omar, para poner amos nuevos, engreídos y rabiblanca. Yo peleo por las masas, como Victoriano Lorenzo.

—¿Como el Che?

—¡Quién sabe! Pero debes saber que algunos, en todo esto, tienen un pie puesto en el estribo de la batalla contra los gringos, y el otro, para por si acaso, en el estribo del caballo gringo, para entregar todo, hasta el mismo culo. ¿No sabes que hay tipos metidos en lo de las drogas?

—¡No puede ser!

—Te estoy diciendo, Juan. Y esto nos lleva jodidos. Pero así es. Tenemos que pelear. Por mí, yo los mataría.

La guerra es como el amor, uno primero le tiene miedo a la mujer, pero después que la conoce, el miedo, como te dije, se nos quita.

—Y entonces, ¿Qué?

—Bueno, pero no se trata de una vaina personal. Es la lucha. En el camino se han de emparejar las cargas, y la patria no se vende.

—Entonces, veo que tú eres un idealista.

—Sí, porque tengo ideales pero yo soy materialista.

—¿Y si nos derrotan?

—También la muerte empareja las cargas. La historia está llena de derrotas de los pueblos y también de los enemigos de esos pueblos.

—¿Dime, para cambiar de asunto, ¿dónde trabajas tú?

—Ya te dije, el otro día, en el INTEL; Además soy miembro del Sindicato.

—Ustedes los sindicalistas saben muchas cosas, ¿No?

—No muchas. Todavía los obreros no tenemos una verdadera formación clasista, revolucionaria; nos divide la patronal, y nos ponen solamente a rumiar los huesos de algunas reivindicaciones. Pero el poder, la empresa, los medios de publicidad, eso es exclusivo de los millonarios y de sus agentes. Tal vez algún día, tendremos esa fuerza, pero esto ha costado mucha sangre en el universo.

—¡Putá!

—Mira, Juan, yo sé que aquí en este país hay millares de gentes que correrán a besar a los gringos si nos hacen la guerra, porque dizque el dólar es lo que vale, como si regalaran el dólar y no fuera fruto del trabajo y la explotación que nos hacen. ¿Entiendes? Esa gente ha sabido disfrazarse con los cuentos viejos de la democracia, pero esta vez se quitarán las máscaras y saldrán a montones, como peludas y hediondas ratas blancas.

—Entiendo.

—Y además, Juan, los medios de comunicación, hoy en manos de los ricos, engañan fácilmente a los obreros, con una cómica, con una noticia de televisión, con tantas pendejadas. Los que estamos de pie, junto con todos los patriotas, somos unos cuantos, pero mañana, aunque nos derroten, seremos muchísimos más. El pueblo despertará.

—Sí, tú eres un idealista.

—Sí, un poco, pero no santo.

—Entonces, oye, y si yo no sé casi nada de esto que tú me estás diciendo hoy, ¿Por qué estoy aquí junto con los demás, dispuesto a pelear y a morir?

—Porque no eres un pendejo, y tienes instinto de tu clase, de tu pobreza, del pedazo de tierra, de la cual te echaron, porque hueles lo bueno y lo malo.

—Sí, porque yo digo como los estudiantes: “Un solo territorio y una sola bandera”. Pero tú hablas con el tono de los padres en los sermones.

—Soy padre de familia.

—¿Tienes hijos?

—Dos, compañero Juan. El varoncito tiene siete años, y se llama Juan, como tú; la niña Lucía va por los cinco.

—¿Y no te da miedo que te maten y queden huérfanos?

—Sí tengo miedo, lo pienso todos los días. Pero todos tenemos miedo, sin embargo, peleando se nos quita.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estuve en la Brigada Victoriano Lorenzo, que fue a pelear a favor de la revolución Sandinista en Nicaragua.

—Y entonces ¿Por qué vienes a entrenarte ahora?

Corríamos por una vereda, y al salir tomamos por un zaguán, dirigiéndonos hacia la Plaza de Santa Ana. Atrás venía un fogonazo tras otro

—Porque esto es como el boxeador, tienes que entrenar siempre, y además hay cosas nuevas. Uno nunca deja de aprender. Eso no se lo dije nunca al mayor, el borrachito aquel de que te hablé, porque sino hubiera sido peor. La guerra es como el amor, uno primero le tiene miedo a la mujer, pero después que la conoce, el miedo, como te dije, se nos quita.

—¿Miedo? Yo nunca he tenido miedo.

—¿A la mujer?

—No, a nada, te lo digo.

—Está bien, es porque eres nuevo y estás empezando a ser revolucionario. Aún eres como el toro matrero, que sigue adelante, aunque el torero le entierre una espada, de frente.

Sólo llevábamos muy pocas semanas de andar juntos Juan y yo y parecíamos amigos de toda la vida. Joven trabajador bananero, ahora vivía de la solidaridad de los compañeros del Batallón.

—¿Sabes? Aquella chica, mira— dijo Juan— la de la falda roja, casi minifalda. ¿La vez? Me gusta, pero es bien jodida.

—¿Están enamorados?

—No. Yo le dije que la quería y ella me contestó: —“¡Qué va!... es el mismo cuento de todos los hombres” — Y yo le contesté que: “Cuando esto pase me caso contigo”. —“Y tú crees—dijo la chiquilla— que esto pase? Y además, con qué te vas a casar? ¿Con cascaritas de huevo?” —Así respondió, como una mujer hecha y derecha. Pero está buenísima.

—Ajá —le dije —Juan, cógelo suave hermano, pues ella tiene uno de los mejores registros de tiro en la brigada.

Pues sí, era diciembre, yo había separado, con mi compañera los juguetes de la niña y el niño. De eso y otras cosas hablábamos cuando, a las once y tanto de la noche de aquel 19 de diciembre, en la pantalla de televisión salió la consigna: "Clave Cutarra"... Miré canal 8, del Comando Sur y vi que había la clave norteamericana "Bravo". Pasé por Juan, y corrimos al Cuartel Central. No pudimos llegar. Nos emparapetamos entre las tumbas del cementerio Amador y empezamos a responder. Juan al lado mío. Ya no era la práctica. Vimos caer a los primeros combatientes, reventados por un bombazo. Creo que eran Machos de Monte. Los tanques nos rodearon. Contraatacamos a tiro limpio, uno a uno: — "Allá, mira Juan, tumbamos uno" —grité. Vamos dale tú al que va arriba en el hummer; suelta la ráfaga... Allí, carajo lo reventamos... Parece que se retiran. No, mira... vuelven...

Fueron cinco, quince minutos. No sé. Me parecía un día. Pero se nos acabaron las municiones.

—¡Ay!— Gritó Juan, a mi lado, — me pincharon, ¡Coño!

—Vamos, salgamos de esta vaina.

Y empezamos a tratar de romper el cerco, zigzagueamos entre las tumbas grandes. Corríamos por una vereda, y al salir tomamos por un zaguán, dirigiéndonos hacia la Plaza de Santa Ana. Atrás venía un fogonazo tras otro. Nos confundíamos con miles de vecinos que despavoridamente huían con la muerte del pánico en sus ojos.

—"Dame la mano" —le grité a Juan. Lo agarré y empujé entre la multitud. Luego torcimos por un callejón oscuro sin pizca de luz. No iba nadie con nosotros por allí. Sólo silbaban las balas; arriba, el cielo enrojecido; alrede-

...me di cuenta que nada más traía el brazo izquierdo del compañero Juan

dor, el hedor de todo lo chamuscado y roto por los misiles. Perros y gatos se nos cruzaban en la carrera. Al llegar, al fin, al parque de Santa Ana, agotado y jadeante por la carrera, me gritó una muchacha de corta falda roja: — “Oye tú, compañero, ¿Qué llevas allí?” — Sólo entonces me di cuenta que nada más traía el brazo izquierdo del compañero Juan. Sentí un miedo horrible.

6

EL ABUELO Y EL PERRO

—Al oír el primer vainazo, me dije: —“¡Putá! ¿Qué es eso? ¡Dios mío!” Agarré a Ponchito, a Raquelita, a Josué y empecé a bajar el segundo piso, cuando me di cuenta que iba en “panties”... ¡Chuleta!... Volví como una loca al tercer piso; tomé el bluejeans y me lo encaje como pude. De nuevo sentí las sacudidas de las bombas. Oí gritos: —“Al piso chiquillos... ¡no corran!... ¡Al piso!... sonaba aquello:” tataratá”. Alguien dijo:— “No son bombas, son misiles.”

Una hora, dos horas... No sé. ¿Acaso amanecía? Aullidos de perros, gemidos de gentes, sangre. —“Mamy, Mamy... yo estoy aquí... ¿No te mataron, Mamy? — “No hijo, respondí, no me han matado” —Cuando pudimos bajar a la calle, ya habían llegado los carasucias y nos apuntaban con sus M-16.— “Allá... Allá”... —Gritaba uno con acento mexicano. Era la una de la madrugada arriba revoloteaban los helicópteros y ya habían llegado los tanques. Nos hicieron marchar, en fila india, no por donde nosotros queríamos huir, sino hacia el campo de concentración. Entonces en medio de aquella barahúnda enloquecida me dije: “¡Coño, es la guerra!” Un tono rojizo invadía todo el barrio; relampagueantemente destruido, allí y más allá. Las viejas casonas de madera ardían. Nosotros pasábamos por encima de los muertos. — “¡Ay... Ay... Ay!.... Gringo, chucha de tu madre. ¡Acábame de

matar! —Gritó alguien entre los escombros de la calle. Una sombra, alta y fornida, apuntó el fusil y el disparo sonó resecaamente. El gentío desesperado y presa del pánico siguió la marcha. Creo que seríamos más de diez mil gentes. De lado y lado, muertos y heridos. En la pared de madera de una cantina había quedado retratada la silueta de uno de los asesinados, como la famosa foto de Hiroshima. Dicen que fue un disparo dirigido con láser químico. En eso me susurró el hijo: —“Mama, ¿y muñeco”... ¿Y el abuelo, “Mama”? —Ya habíamos avanzado como medio kilómetro hacia donde nos llevaban.

—“Mamá, ¿Y el abuelo?” —Entonces advertí que habíamos dejado a el abuelo y a el perro en el apartamento. En un descuido de los gringos, escapamos y dimos un largo rodeo. Regresamos al edificio. De lado y lado sonaban los disparos y la metralla que, provenía del Cerro Ancón. Eran los gringos. De varias casas contestaban los brigadistas de los Batallones de la Dignidad. El barrio obrero respondía con lo que se tenía a mano. Subimos. Todo estaba entre una rara oscuridad y tinieblas rojizas y anaranjadas. Gritamos: —“Abuelooo...” —Llegamos al fondo del tercer piso, saltando sobre los huecos y candelas humeantes. Yo empujé la puerta, entre las sombras y los lampazos de las centellas que aún lanzaban los helicópteros. Tiramos la puerta. —“Aquí ‘toy’ —gruñó el viejo— y agregó, como si nada aconteciera a su alrededor— “¿Me vienen a buscá?”

—“Aquí ‘toy’
—gruñó el viejo—
y agregó,
como si nada
aconteciera a
su alrededor—
“¿Me vienen a
buscá?”

El abuelo con sus ochenta años estaba sentado al borde de su cama.

—“¿Me vienen a buscá? —Preguntó de nuevo. —“Sí, abuelo— le contesté. —A su lado el perro Muñeco, sin conocernos, de pronto dio feroces ladridos y se abalanzó contra los bultos que en esas tinieblas debimos haberle

parecido. Ambos, abuelo y perro habían pasado sin moverse todas esas horas. —“¡Muñeco... Muñeco!...” — Gritó uno de los chiquillos. —“Viejo — le dije — es la guerra de los gringos, la invasión... nos vamos antes de que lo maten. —Vamos tú Muñeco, también” —No, hija— respondió— ya pa' qué... Déjame aquí. Dios lo quiso así... ¡Vamos Muñeco, sal!... grité, y entre todos cargamos al viejo. Cuando llegamos a la planta baja estalló algo terrible allá arriba. Caímos sobre mil pedazos de vidrios, en la calle, casi aturdidos. — “Viste, muchacha —rezongó el abuelo— Ya hubiera ido yo encampanado y feliz, volando al cielo...”



7

SAQUEO 1, PERO EN FILA

En la noche del 19, en el viejo aeropuerto de la Fuerza Aérea Panameña, vecino al Internacional, "Omar Torrijos" celebrábamos la tradicional posada de Navidad. Los niños se preparaban para recibir al niño Dios, o a Santa Claus. La posada lució linda, aunque había cierto aire de nerviosidad, sobre todo, entre la oficialidad, por lo que sabíamos y debido a la tensión producida, fruto de las provocaciones diarias de las fuerzas militares y de la inteligencia del Comando Sur.

Nos acostábamos con la advertencia de dormir con un solo ojo, como decía el capitán, porque, en cualquier momento podían llegar del cielo, no los Reyes Magos, sino el Niño Rambo, o el mismísimo Pirata Bush, con los huevos cargados de granadas y misiles.

Y esa noche bajaron del cielo los fantasmas; caían del cielo montados en oscuras motocicletas, con metralletas, fusiles y lanzallamas. Antes habían bombardeado por doquier. Rápidamente salimos algunos en calzoncillos, pero dispuestos a todo. A mi lado cayeron varios compañeros, pero de pronto, al Rambo de la 82 División Aerotransportada, al parecer, se le encasquilló el arma. Estuvimos frente a frente. Yo pese a todo, en ese instante sentía miedo de disparar-

Recogí a un compañero que yacía herido, a mi lado, me lo eché al hombro y me perdí entre el yerbal.

le al hombre, pues estaba tan al descubierto, que me parecía trabajar sucio; llevaba mucha desventaja para derribarlo. Pero de pronto me vino de los pies a la cabeza toda la sangre, como un poderoso río caliente y una voz, desde adentro de mis huesos me gritó: —“¡Pendejo... mátalos que te va a matar!...”—

—No me mates— gritó el soldado yanqui, con el típico español del Caribe, mientras me apuntaba, a cinco metros de mi cuerpo, y con unos ojos desorbitados, como si de pronto se hubiera vuelto loco.

Mi dedo apretó el gatillo del AK-47, el hombre se dobló. Recogí a un compañero que yacía herido, a mi lado, me lo eché al hombro y me perdí entre el yerbatal.

Pero ya, al amanecer, era claro que la 82 División Aerotransportada, con sus fantasmas en motocicletas, y también, sin asco alguno habían tomado el Aeropuerto Internacional, y después de desarmar, arrinconar a la gente y de amedrentar a los pasajeros en tránsito, atrapados desde la noche anterior y la madrugada; dominada la situación hicieron un descanso y un jefe de las tropas ordenó abrir todos los establecimientos de la mercancía de lujo de las tiendas del aeropuerto; mandó a poner en filas al personal civil, y a las personas que allí había y otras gentes que llegaban, ya porque huían por las carreteras y equivocadamente entraban al aeropuerto, a refugiarse, o por cualesquiera otras razones...

—¡En fila!... ¡en fila!...— gritaba un sargento.

El jefe, entonces, dio la insólita orden de saquear. —¡Con calma... con calma!— gritaba el mismo sargento y agregaba —pueden tomar lo que quieran, sólo dos o tres cosas... Pero con calma.

Al principio, unos pasajeros, luego de haber pasado esa noche infernal, temían proceder al saqueo y algunos para sí se preguntaban: —“¿Pero estoy acaso soñando?... ¿Cómo pueden los norteamericanos ordenar semejante cosa?”. Y como los de atrás estaban más despiertos, empujaron, y velozmente acudieron a los negocios. Salían con collares, relojes, hasta con televisores.

—Es que no lo creo, señor... no lo puedo creer— manifestaba una pasajera argentina.

—Señora, dijo un empleado del aeropuerto, que venía con un rolex en la mano. ¿No acepta este par de aretes de fantasía? ¿Sabe?, es que los norteamericanos han invadido Panamá. La guerra, doña... Es la guerra.

—Señora— gritó el sargento— pase, pase o sálgame de la fila, ya que me quedan unos pocos minutos.

La señora salió con un niño en sus brazos y trató de huir al fondo, mientras lloraba.

Cuando ya los saqueadores, bajo la orden dada, habían tomado lo que deseaban, y algunos bajaban con sus mercancías haciendo maromas de toda clase para llevar lo obtenido a sus autos o para ver, a fin de cuentas, cómo salían de aquel aquelarre, entonces se dio la orden a los paracaidistas para que tomaran su propio botín de guerra. Mientras la mayoría se regalaba con cámaras japonesas, relojes rolex y citizen, y algunas joyas de oro y diamante, un cabo gordo sacó un queso Suizo, una botella de vodka y una revista francesa de damas desnudas. Se sentó en una de las butacas, colocó el fusil al lado, abrió las páginas en donde se observaba una bacanal; por un segundo creyó, de veras mirar esa realidad, y de súbito cayó al suelo.

Mientras la mayoría se regalaba con cámaras japonesas, relojes rolex y citizen, y algunas joyas de oro y diamante, un cabo gordo sacó un queso Suizo...

Llegaron otros paracaidistas y se lo llevaron a alguna parte, ya sin la botella de Stolisnaya, pero con sus mujeres desnudas.

SAQUEO 2 Y UN PAR DE RELOJES

—Loco, ¡Vámonos de aquí!...

—¿Por qué, loco?

—¿No te das cuenta que ésta es una vaina de cajones de muertos.

—¡Chuleta! Tremenda funeraria... pero pillá aquel candelabro, es de plata...

—No seas huevón, yo ni de oro llevo pendejadas de muertos para la casa. Muerte trae muerte...

En la mañana clarísima de diciembre, a las ocho a.m. con un cielo azul, aunque rasgado por los chorros de los ultrasónicos aviones, que reventaban los tímpanos de la población, con sus rasantes vuelos, un grupo de *marines*, montados sobre un carro "hummer" observaba turísticamente el ir y venir de gentes de todas las clases, en plena avenida central de la ciudad frente a conocidos y bien surtidos almacenes.

El de la ametralladora 50, con su cara pintada gritó de pronto a un muchacho que salía con mercancías de una tienda asaltada:

—“Ey, tú, búscame una coca cola, bien fría.— Y el muchacho, con toda naturalidad le preguntó: — “¿De botella o de lata?”— El muchacho acomodó el saco de lo que había sustraído sobre el carro de los gringos y

—*Ey, tú, búscame una coca cola, bien fría.*

Y el muchacho, con toda naturalidad le preguntó:

—¿De botella o de lata?"

entró corriendo al almacén, y luego trajo, no una coca cola, sino, media docena de latas extremadamente frías y las entregó a los norteamericanos. Tomó el saco con lo que había expropiado en el negocio del chinito y gritó a los carapintadas: —“Tenkiu manes, tenkiu!”...

Había dos guerras: una arriba con helicópteros y misiles, y la otra abajo, en los almacenes, supermercados, boutiques y demás bazares de lujo.

Mientras ocurrían los combates y enfrentamientos, un chiquillo como de doce años empujaba, con dificultad, un carrito, de los que sirven en los supermercados a los clientes para buscar las mercancías, y llevaba allí jamones, porotos, arroz, leche, vinos, botellas de whisky, vodka, champaña, un quintal de arroz y pare de contar... Allá corría un viejo auto, sobre la capota conducía una refrigeradora, burdamente amarrada con cuerdas de nylon; uno de los saqueadores, con la puerta abierta, trataba de asegurar la refrigeradora, en las curvas; el chofer sonaba el pito, entre la multitud que semejava batallones de arrieras, cada quién llevaba a su manera lo que había podido arrebatar de los almacenes. Pese al temido ruido de los aviones, del estallido de bombas y misiles, y que de pronto aparecían pelotones de marines de un lado y de otro, pequeños grupos de batalloneros, que se fajaban tiro a tiro, el movimiento masivo de los expropiadores se intensificaba, como una fiesta maravillosa, en que por fin, en la tierra, cada quien tomaba libremente lo que necesitaba.

—Asaltan y roban de los almacenes— comunicó un patrullero norteamericano, a su centro correspondiente.

—Take it easy— le respondieron.

Al pasar los rápidos enfrentamientos, durante los cuales el gentío corría a emparapetarse o cubrirse a como diera lugar, inmediatamente después, como si nada, el camino de las arrieras se apretujaba y de los supermercados y tiendas entraban y salían con una voracidad de langostas, cada quien con lo que buscara o encontrara a su paso.

Un individuo ataviado con finísima camisilla llegó a una estación de gasolina, rompió el sistema y empezó a llenar el tanque de un Land Cruiser, de paquete, recién saqueado de un afamado negocio de venta de automóviles. De pronto, consideró romper las vidrieras del almacén de la estación para sustraer un magnífico radio pioneer. Cuando regresó con el radio, otro marchante se había llevado la Land Cruiser y a lo lejos se oía el chasquear ruidosamente altisonante, el nuevo dueño, que curveaba, a todo trapo, entre la muchedumbre.

En diversas aceras, niños, mujeres y viejos ponían, al estilo de los mercados persas, la mercancía recién obtenida, para salir rápidamente de la venta, a tono con las leyes del mercado y volver a surtirse: libras de lentejas, kilos de chorizos españoles, salmón del Canadá, quesos holandeses, ciruelas de Chile, caviar ruso, cámaras, relojes, perfumes franceses y todo lo habido y por haber en este punto, tránsito del mundo.

—Oye tú pelao, ¿Cuánto por esa cámara Cannon?

—¿Cuánto das?

—Tú eres el tiendero, ¿no?

—Bueno, dame unos diez dólares... y llévate estas pendejaditas, que parecen lentesitos, que esa vaina pa' qué me va a servir...

Una gran mueblería en menos de tres horas quedó sin inventario; salían camas, muebles variados, colchones, televisores, alfombras, aparatos de aires acondicionados y hasta una caja registradora que no pudieron abrir.

—Ey, paciero, tú sabes que me levanté una televisión chiquita, parecía bien chévere.

—¿Y qué?

—Cuando la conecté, mierda que salió na... Estaba dañada y la boté. Después una tipa, que es secretaria, me dijo que era dizque una computadora y cuento.

Con gato mecánico y varias patecabras, destruyeron la puerta de hierro de la aristocrática joyería de relojes finos y prendas maravillosas. Era una de las tiendas favoritas de la exigente burguesía, de la “high life” de la sociedad. El tumulto de expropiadores, sin orden alguno tomaba lo que le quedaba más a mano. Por primera vez, alguna gente, podía sopesar, sin costo alguno, un rolex de oro de 18 kilates; o un collar de perlas azules, cultivadas en Japón; o una sortija de tres brillantes; o una diadema de esmeraldas; o un par de aretes de perlas bordeadas de pequeños zafiros; o esclavas de oro puro, pesadas como cadenas verdaderas, o un collar de diamantes, todo lo cual era distribuido en la montonera y echado en sacos de plásticos, en bolsillos sucios, o carteras de cuero, incluso de damas muy bien emperifolladas. Había de todo y democráticamente, la distribución era pareja, en función de la habilidad, mas todos, con el mismo derecho a la piñata: burguesas de alto linaje, profesionales, cocineras, costureras, chofe-

res, médicos, abogados, pequeños comerciantes de alta fibra y ladrones profesionales, hampa limpia.

De pronto, un muchacho muy mal vestido, pero con una voz de trueno, mientras se enrollaba media docena de relojes en una mano con fuerza gritó:

—Bueno, familia... ¡Esto se acabó!... ¿Cuál es el flintin que tienen?... To se acabó. ¿Saben quién soy yo?... ¡Ja... Ja... Ja...!

“Mango verde”, loco... Tú, viejo que estas allá, ¿Vinite a cogé tu cualquier vaina o a llorá?

Hubo un silencio absoluto, ni los aviones se escuchaban. El viejo aludido, por “Mango Verde”, en realidad lloraba en una esquina; era de baja estatura, aunque más bien gordo, medio calvo, nariz aguileña, boca pequeña, y ojos grises. Detrás de sus gruesos anteojos seguía llorando como un niño.

—Viejo, responde... Deja de llorá, no seas güeveta... Bueno, tú —le dijo a una hermosa dama que tenía la cartera llena de joyas— dále un par de relojes citizen al viejo, pa que deje de lagrimíá. Como el man ta viejo no pudo agarrá ni mierda...

—¿Yo?— respondió la rabiblanca.

—Tú eres— gritó “Mango Verde” o aquí mimo te vua a violá...

La mujer sacó dos relojes y se los extendió al pobre viejo. Pero el viejo no los tomó.

—¡Uh... viejo, tú no tas en na!

Liquidado el famoso almacén, sólo se quedó dentro el viejo del llanto. Se dirigió a la caja registradora, que nadie se tomó el trabajo en forzar. Sacó de su bolsillo la llave, abrió la caja, empezó a contar el poco dinero. Lo guardó en la cartera, cerró la caja y echando sobre ella su

...dále un par de relojes citizen al viejo, pa que deje de lagrimíá. Como el man ta viejo no pudo agarrá ni mierda...

aturdida cabeza exclamó: —¡Ay bruto Simón... Ay Simón bestia!... y Abraham que me dijo: “¿por qué no la aseguras? Y el viejo siguió llorando hasta el fin del mundo de su atildada joyería.

SAQUEO 3 Y LOS ENVOLTORIOS DE COCAÍNA

Dicen que en un principio las guerras se hicieron para defender el pequeño territorio que daba sustento a las tribus, pero con el desarrollo tecnocientífico de aquellas eras, la división del trabajo y el invento de la propiedad privada sobre los medios de la producción, se imponían nuevos atributos a estas peleas colectivas, el botín de guerra: ganado, pieles, cereales, hombres y mujeres; estos últimos para convertirlos en esclavos; posteriormente el botín incluía oro, plata, territorios enteros y poder absoluto sobre los vencidos.

Guerra era guerra; no hubo guerra sin su correspondiente saqueo, y los Estados Unidos, que ha sido una potencia guerrera, no quedó al margen de esta obligación histórica de los vencedores.

De entre los 27 mil que invadieron, a Panamá había de todo: profesionales, estudiantes, técnicos, delincuentes variopintos, religiosos, aventureros, provocadores, putañeros, maricones, marihuaneros, cocaineros, y aún, elementos decentes. En la locura de la victoria se desató la animalidad de las primeras guerras, y cada quién raptó lo suyo. Los altos mandos, se apoderaron de los almacenes de armas, muchas todavía en paquetes y contenedores. ¿Para qué? Se preguntaban algunos. Tal vez para traspasarlas a otros destinos parecidos al juego del Irán-Contras. De las casas y mansiones de los altos jefes militares derrotados y los políticos enriquecidos, sustrajeron dinero, joyas, ricas artesanías, huacas y cualquier chuchería rara, según el nivel del filibustero o de la filibustera.

Llamaron a una conferencia en los salones del Comando Sur para decir al mundo, que habían hallado cincuenta kilos de cocaína en una de las casas de reuniones del comando de militares panameños.

Pero en medio de este alboroto, la inteligencia norteamericana tenía un interés específico, al bucear en las habitaciones de las casas en donde operaba el enemigo buscado. Era necesaria alguna nueva revelación para culminar, en el plano internacional el trabajo de desprestigio que ya habían realizado, para justificar la invasión.

Expertos en sociología y en sicología traídos por los norteamericanos, con este fin, daban cuenta por canales de televisión de sus hallazgos: cruces gamadas, calzoncillos rojos, altares de la santería con Yemayá y Ochum; afiches del Che Guevara, un tomo del libro de Adolfo Hitler, "Mein Kampf" junto a tratados de masonería y revistas pornográficas francesas. Eran los mismos asuntos, que mostraron los gringos, que había en el arsenal ideológico de Marcos, a la caída de su dictadura en Filipinas.

Pero fueron más lejos, un Capitán mostró en las pantallas de televisión, varios galones de sangre humana, que según ellos, fueron succionados de cuerpos de niños, cuyos cadáveres habían sido encontrados a la orilla del Canal...

Pero lo fabuloso y fantástico, para los investigadores gringos, fue hallar, en el estudio del dictador, en una nevera varias docenas de raros envoltorios, disimuladamente camuflados en hojas, tal vez de plátano. Llamaron a una conferencia en los salones del Comando Sur para decir al mundo, que habían hallado cincuenta kilos de cocaína en una de las casas de reuniones del comando de militares panameños.

Sin embargo, días después, un cable enviado por un periodista europeo dijo que, al llevar los envoltorios al laboratorio especializado se descubrió que no se trataba de la buscada cocaína, sino de típicos tamales de gallina, sabrosos y picantes, preparados para la fiesta de nochebuena, que ese año por culpa de la equivocación de Santa Claus, no pudieron celebrar.

SAQUEO 4 Y COLLARES DE PERRO

Los fantasmas bajaron a la ciudad Atlántica de Colón y pronto, la tecnología de la muerte pulverizaba cuarteles muelles y almacenes.

Se repetía aquí la pelea del tigre suelto con el chivo amarrado, pues cuando sublimes muchachos se atrevieron a disparar, desde lo alto de un edificio, contra un helicóptero invasor, el blindado murciélago, respondió con media docena de misiles, y tal como dice la Biblia, todo se volvió polvo.

Una vez más Colón ardía con anaranjadas llamas, tal como había ocurrido antes, cuando miles de marines, con los cuentos de que revolucionarios panameños destruirían el ferrocarril, desembarcaron en la isla. Una vez más se repetía el juicio fantástico e infame de fin de siglo, que llevó el patriota moreno, Pedro Prestán a la horca, para que los negros, que éramos todos nosotros, los latinoamericanos, entendieran que era pecado rebelarse, y aún más, pecado mortal, atentar contra la vida de los demonios gringos.

Y aunque en Coco Solo y La Marina, la resistencia colonense, combatió con la furia de Felipillo y de Bayano y también devolvió a los Estados Unidos, a no pocos de sus fantasmas, en los ataúdes, lo cierto fue que, incluso cuando meses después abrieron fosas comunes, había niños en ellas, y hasta miembros de la Fuerzas de Defensa, con las manos atadas, con las diabólicas cintas adhesivas que trajeron los invasores, y gentes con un tiro en la frente, con el mensaje del señor Bush, de que Pedro Prestán no puede resucitar jamás de entre los muertos.

Y como seguía el fuego de los francotiradores del pueblo y los norteamericanos habían bloqueado, la ciudad con el asesino

alambre de dientes filosos, y la gente encerrada en aquella lengua de tierra, parecía no tener salida, cuando la angustia y el hambre abrió su segundo frente contra la asediada ciudad, los yanquis acudieron a otra táctica.

Los comandos norteamericanos irrumpieron en la famosa Zona Libre de Colón, uno de los mayores centros de distribución de mercancías en occidente, rompieron puertas con granadas, para repartir alimentos entre la población, y a la vez, empezar, de parte de sus propios soldados, el derecho piratesco al botín, de relojes, diamantes, perlas y cámaras de todo tipo.

—Mira, loco, cuando el gringo llegó, frente a nosotros, yo pensé: “Putá, nos va a matar”. El tipo tenía una cara de perro. Ya habíamos roto la rejilla de hierro de la puerta del almacén de un árabe. Pero que va... El hombre se rió y dejó entrar a todo el mundo. ¡Chuleta!... “Al fin, me dije yo, llegó la hora de nosotros, vamos a lo nuestro”... Cada quien cargó con lo que pudo. Mira la vaina, hermano, fue tal, que yo dejé en el medio de la calle, una cámara de video, porque no podía cargar más.

—Tuviste suerte, oye, yo fui con mi compadre, ¿Tú sabes a dónde? A la Zona Libre, porque se podía sacar hasta contenedores. Levantamos, primero una mula, y allá llegamos. El gentío iba como si fuera a la feria de Portobelo. Tu entiendes... Allá, conseguimos unos tipos, con montacargas, y nos echamos en la mula un contenedor, de unos relojes y otras prendas. El compadre había trabajado allí y sabía que ese era de relojes y de joyas finisimas, puro oro, un carajal de plata, más de cien mil dólares. Bueno, que te cuento loco... Salimos y nos fuimos a Sabanitas, a un taller de un amigo de mi compadre. Trabajamos como demonios y al fin, el compadre abrió la vaina. ¿Tu sabes cuántos relojes tenía pensado llevar?... Era mi tiempo... ¿Y qué tu crees que hallamos?

—¿Qué?

—¿Qué hallé? Puros collares de perro...

Mira la vaina, hermano, fue tal, que yo dejé en el medio de la calle, una cámara de video, porque no podía cargar más.

11 **SAQUEO 5 Y SALVADOR DALÍ**

Había un coronel norteamericano, aficionado a la pintura surrealista, algo raro, pero real. De todo vino en la invasión de 1989 a Panamá.

Este hombre se informó que a unos 84 kilómetros de la capital, hacia el oeste, en la pintoresca playa privada de Coronado, altos funcionarios del régimen y algunos millonarios y riquísimos comerciantes judíos, tenían allí sus mansiones de descanso y diversiones. Decidió llevarse una pequeña, pero bien armada fuerza de tarea, para realizar una operación “cultura”, dentro de la famosa “Just Cause” Al llegar, ubicaron la finca que tenían anotada en la libreta, en la cual, según la inteligencia del Comando Sur, había hermosas colecciones de artesanías y de arte, en general.

Desde luego, no estaban los dueños, ya que no era fin de semana, y menos bajo el clima de la guerra que contaminaba todo el quehacer del país. Al llegar los gringos, los trabajadores que cuidaban y atendían la mansión huyeron. Como, al tocar la bien tallada y fuerte puerta de entrada, nadie respondía, un soldado aplicó una granada, y la puerta de cedro espinoso, con taraceas de la exótica madera de «nazareno» saltó en pedazos. Empezó el cuidadoso registro. Al fondo, al abrir la puerta que

—¡Puta!— exclamó un expropiador— Mira estelavando las manos. Los puñeteros cargaban en excusados con adornos de oro.

daba paso al sector de la cocina, apareció pálida en su negrura, la pobre empleada, a cuyo cargo estaba la casa, para la atención de los huéspedes.

—¡Por Dios! señores gringos, ¡no me maten, Yo y mi patrón somos civilistas— exclamó mientras no podía controlar el temblor de todos sus miembros.

Señores —volvió a decir la mujer— aquí el patrón no tiene armas.

—Quieta, señora, ya sabemos que él no tiene armas. ¿Las pinturas? —Preguntó el coronel, tomando de la mesa con delicada fineza una cereza madura— ¿En dónde están las pinturas del señor?

—¡Ah! las pinturas... Pero eso él no quiere que nadie entre allí, cuando no está en casa.

—Abra la puerta, señora, no se busque molestias, ordenó uno de los ayudantes del coronel.

—¿Quiere ver las pinturas? Sí. Perdone. Cómo no. Venga arriba, pero por Dios, ¡no me maten!... Tengo tres hijos... ¡No me maten! señores gringos.

Subieron las escaleras de mármol. La empleada abrió un estudio moderno, con vista al mar. De las paredes colgaban decenas de óleos, acuarelas, plumillas, grabados y acrílicos.

Con un estilo propio de comprador de pinturas famosas, el coronel miró detenidamente cada cuadro, pero de pronto abrió cuanto pudo los ojos y se detuvo ante un óleo pequeño, de unos treinta centímetros por cuarenta y luego lo descolgó, casi que lo olfateó y quedó en suspenso, como en un éxtasis. El óleo, en disposición vertical mostraba una manzana azul y un reloj desdoblado con un cielo claro, al fondo, con horizonte lejano. Miró y remiró la firma, pidió a un ayudante la lupa que había traído para

tal fin y confirmar así lo que había hallado, en relación con los informes de inteligencia.

El atolondrado coronel acomodó el cuadrito en un saco de plástico y ordenó la retirada.

—Señor, ¿pero sólo se lleva el más chiquito? Mire aquel grande... ¿Verdad que no me van a matar?

Mientras ocurría la requisa, al frente de la mansión habían aparecido los trabajadores y multitud de otras gentes de los que realizaban servicios de mantenimiento del aristocrático poblado. Algunos esperaban ver salir al millonario esposado por la patrulla. Se comentaba que dentro de la casa había una estación de radio que transmitía hacia Cuba y que ésta era la razón del allanamiento. Pero además, otros ya conocían las bondades del saqueo en la capital.

Más nada de eso ocurrió. Todo normal. Y cuando ya el coronel y su fuerza iban a salir en sus carros, uno de los curiosos preguntó:

—Jefe, ¿Podemos entrar nosotros?

—Hagan lo que quieran— respondió el coronel, con su atiplada voz, y cierta dulce sonrisa.

Y como un agitado grupo de fútbol americano, entró el gentío, empezó el juego de la rebatiña.

—¡Putá!— exclamó un expropiador— Mira este lavamanos. Los puñeteros cagaban en excusados con adornos de oro.

—¡No me maten... no me violen!...— Gritaba desde una escalerilla la asustada empleada.

—No seas pendeja— gritó una mujer, desde el vestíbulo— ¿Quién carajo te va a violá con esa gordura tuya... si no te mataron los gringos. ¿por qué te vamos a matar nosotros?

De regreso a Fort Clayton, el coronel, echándose una cerveza, le dijo al chofer de confianza:

—Tú sabes que me encantan las buenas pinturas. Ven acá muchacho. Y al abrazarlo le dió un largo beso.

A su lado tenía el cuadrito. La firma decía: Salvador Dalí.

12

SAQUEO 6 Y LA BANDERA

Cuando el saqueo popular estaba en su apogeo, en la Plaza Cinco de Mayo, un pelotón de expedicionarios norteamericanos, rodearon el Museo del Hombre Panameño, en el momento en que ya estaba la masa de expropiadores dispuesta a realizar el abordamiento.

Y para mayor desconcierto de la gentes, los carapintadas, con gran pericia forzaron la puerta principal y penetraron.

—¡Chuleta —exclamó un buhonero— ¿Qué buscarán los gringos en el museo? ¿Las armas del pirata Morgan?

—¡Je!... —contestó otro— lo mismo que nosotros. ¿Que te pasa, man? ¿Tú crees que los gringos son unos santitos?

Rápidamente los soldados se dirigieron al salón de oro; y como arrieras locas, en pocos minutos, desapareció la obra de milenios, que antaño realizaron los primeros pobladores de esta tierra.

¿Sabes?... —comentó una dama— tal vez Noriega esté allí disfrazado del Cromagnon...

—¿Cromagnon?, quién es ese tipo?

—Olvidalo, niña, los gringos también roban; y ahora nos dejan a nosotros meter la mano, porque así olvidamos que ellos, además nos están matando. Clarito, ¿no?

...además de los chercheurs de oro, los norteamericanos se habían robado del museo, nada menos que la primera bandera panameña de 1903.

Adentro un oficial le dijo al sargento, mientras envolvía algo que parecía una pequeña alfombra: —“Llévame esto con mucho cuidado”.

Y los gringos se fueron. Luego entró el populacho, pero ya lo que se proponían llevar no estaba.

—¿Qué te dije, man? Se llevaron el oro y el moro.

—Aquí no hay na... loco... ¿Para qué me voy a meter con esa carga de muñecos o esas pailas de barro? ¡Puros chercherambres!

Vueltas las pocas aguas a su aparente nivel, desde el extranjero, se supo que además de los checherambres de oro, los norteamericanos se habían robado del museo, nada menos que la primera bandera panameña de 1903.

13

SAQUEO 7, ES LA GUERRA NIÑO

En la modesta casa de una maestra jubilada se formó una acalorada discusión, pues el nieto más chico, de apenas ocho años, dijo que en la ciudad todo el mundo sacaba cosas de los almacenes, y hasta los ventorrillos chinos. Y cuando el muchacho más grande, ya casi hombre, manifestó que iría a buscar lo que pudiera, la abuela santiguándose lo reprendió:

—En esta casa —dijo solemnemente— nadie es ladrón, hijo mío.

—Pero abuela, yo no voy a robar... Mire como vienen todos los vecinos con refrigeradoras, componentes de radio, y comidas. Hasta maestros y profesores andan en esa bolina.

—Cállate, niño travieso... ¿Es eso lo que la familia te enseñó? No te he hablado de cómo, honradamente, tu difunto padre levantó esta casa?

Al fondo, el abuelo, con la cabeza cana cubierta con una media de nylon, observaba la discusión, mientras rastreaba, a través de los hierros de la ventana, el vuelo de los helicópteros y aviones, que aún seguían combatiendo.

—Oye advirtió el viejo— creo que ese bombardeo es por allá, por Panamá la Vieja. Están rematando a esa pobre gente.

—¡Santo Dios! —exclamó la señora— Por eso mismo, de aquí no me sale nadie y menos a robar lo de los otros.

Pero abuelita, —dijo el muchacho grande— peor es que los gringos maten a las gentes.

— Bueno pues, hijo, ¿y ahora quieres que te maten a tí? Yo no quiero que maten a nadie y menos por robar un par de zapatillas, o lo que sea.

— Yo, abuela, no quiero zapatillas, sino esa olla de presión que todo el tiempo, oigo que usted desea, pero que no le alcanza el dinero para comprarla.

— Pues me moriré sin ollas de presión, ya sea en esta guerra, o después, pero soy incapaz de permitir que tu robes. ¿Oíste?

Y lo que decían los chiquillos resultaba cierto, el saqueo era general y no sólo lo realizaba la gente de abajo. Ya había corrido por toda la ciudad la información de que uno de los almacenes más exclusivos y de la gente chic, había sido formalmente liquidado, en perfecto orden burgués. Rabiblanca y ejecutivos, secretarias bilingües, y chicas yeyés de Paitilla, Las Cumbres, Dos Mares, Obarrio, El Dorado, El Carmen, El Cangrejo y del viejo Golf.

Semanas después cuando el propietario judío observó el video de la cámara automática que tenía en su famoso almacén, en lugar de ver a conocidos hampones y maleantes de la chusma, se le subió la presión al descubrir a sus propios y tradicionales clientes saquear las bien acomodadas vitrinas.

Claro, en la plebe la cosa tenía su propio son y ritmo. En un supermercado de Río Abajo, como las naves del vasto edificio estaban repletas, hasta el techo, al punto de que ni siquiera había facilidades para sacar, de las estanterías y los depósitos las mercancías tomadas, y había un «tranque» del mismo demonio, de pronto, de la multitud

*...y ¿pueden
creer quién me
levantó? Un
sargento ne-
gro del tama-
ño de una to-
re...*

emergió un muchacho moreno, se encaramó en un mostrador y gritó:

— Bueno... ¡Silencio coño!... ¿Qué pasa aquí?

Hubo el silencio.

— ¡Orden y disciplina!... O no hay un carajo pa nadie— El muchacho sacó una escuadra 45, e hizo contra el cielo raso varios disparos— ¡Todos en fila!... dejen una calle abierta al centro, pa que puedan salir... Y los que acaban de llegar... ¡Atención, pueblo... atención!... —Hizo otros disparos. —De aquel lado ta lo que es chorizo, morcilla, jamón y toa esa güeva de embutidos. Todavía queda al fondo un poco de arroz de primera. To lo que es trago y cigarrillo, pa allá... — hizo un disparo en esa dirección. —Cuestiones de mujeres, que si cosméticos, kotex y otras vainas, al oeste— disparó hacia allá... —Y ya saben, o se comportan o les zampo su cualquier pepitazo— y le apuntó al gentío, moviendo de izquierda a derecha la pistola.

Y bajo tal amenaza, en poco tiempo las hormiguitas, desalojaron el inmenso local. Sólo quedaron hilachas de papel.

—¿Vieron, locos? Este es el pueblo... ¡Puro poder! — concluyó el mandamás— Bajó del podio y ordenó a su pandilla: —Tú Caraefilo, andando con todo lo mío y ¡cuidadito!...

Mientras todo eso ocurría a la casa de la abuela, llegó una de sus hijas, que con gran dificultad se movía con sus gruesos bultos y diversos sacos de plásticos atiborrados de cosas.

—Niño dijo al muchacho más grande— ábreme la puerta.

—Tía... ¡qué bueno que vino!

Ya, adentro de la salita, colocó los bultos y paquetes sobre los muebles. La abuela y el abuelo quedaron

sobre los muebles. La abuela y el abuelo quedaron sorprendidos.

—¡Ay, Virgen!... —exclamó la recién llegada— sabrán que he tenido que venirme a pie, con el susto de que cualquier diablo me atropelle, porque no hay Dios ni nada en esas calles. Oye sabrás que me caí en una zanja, al salir de una zapatería y no me podía levantar y ¿pueden creer quién me levantó? Un sargento negro del tamaño de una torre... ¡Chuleta!... Tenía una ametralladora el gringo prieto, pero me acomodó estos sacos y luego sacó de una bolsa este cordón y me amarró los bultos. Yo me moría de susto, oye mamá, porque claro, todos sabemos que en El Chorrillo mataron a un montón de gentes.

—Tía, preguntó el niño más chico —¿Y qué traes allí?

—Ay, niño, lo que pude sacar de los almacenes. Todo lo había revuelto el gentío. No había hijo para padre ni padre para hijo. Y me dije, tengo que traer algo para acá.

—¡Hija! —respondió asombrada, la abuela— ¿quiere decir que tú también te fuiste a robar?

—¿Robar? —respondió la hija, con hilaridad— ¿Yo ladrona?

—¿Y qué piensas tú, ingenua, que significa eso que tú dices que sacaste de las tiendas? No, hija, yo no quiero nada de nada; en esta casa no necesitamos, absolutamente nada robado. Lo siento mucho, pero mejor, llévate lo ya, porque estoy sumamente avergonzada.

La hija, con dificultad tomó los pesados fardos. El muchacho mayor corrió a ayudarla. La mujer se despidió, como pudo, besar siquiera al viejo abuelo, quien aún miraba por la ventana el vuelo de los aviones. Afuera, en la acera, el niño a baja voz le preguntó a la tía:

—¿Tía, me traías algo para mí?

—Sí, una ametralladora de juguete.

*Cuando cesó el
estruendo, sa-
lieron a la sala.
En su sillón, el
viejo acurrucó
entre sus pier-
nas al niño.*

La mujer con los bultos y los ojos llenos de lágrimas siguió calle abajo, en la ruta del montón de hormigas, quienes con las cargas obtenidas seguían su trajín humano.

En eso, muy cerca cruzaron los poderosos aviones y se escuchó, como un rugir de dragones, cuyo ruido, por muchos meses quedó en los tímpanos, sobre todo de los niños.

—¡Métense en el baño, muchachos! gritó el abuelo. Afuera a unos tres kilómetros estallaron bombas, empezó a subir una columna de humo rojizo y gris azulado. Cuando cesó el estruendo, salieron a la sala. En su sillón, el viejo acurrucó entre sus piernas al niño.

—¿Viste, abuelito, que la tía iba llorando?

—Sí, ahora también la abuela llora.

—¿Pero mi tía, es ladrona de verdad, abuelo?

—No, tu tía no es ladrona. Es la guerra, niño.



14 LAMA

Cuentan que Henry Morgan, pirata inglés, tras de haber arrasado, en 1671 a la vieja ciudad de Panamá, la principalísima ciudad situada en el litoral de la mar oceánica del Pacífico, fue nombrado por el rey de Inglaterra, don Carlos II, en el alto cargo de Lugarteniente de Jamaica, como premio a su coraje e inteligencia.

Y dicen que, para aquella desgracia los estrategas españoles, ante el conocimiento de la invasión de Morgan, prepararon un folclórico ardid, muy andaluz, el cual consistía en tener en sus corrales, ubicados en las afueras de la ciudad, varias sacas de toros montaraces y matreros, para soltarlos en dirección de los atacantes ingleses. Pero los animales se dispersaron, e incluso arremetieron contra las huestes de la ciudad, y algunas de las desesperadas bestias, ante el alboroto de la guerra, con la marea baja, se echaron a la playa, zampándose en la movediza lama, hasta ser tragadas irremisiblemente por el espeso y salado lodo.

Al menos, unos dicen que en su bravura los moradores de aquella vieja ciudad, dispusieron incendiarla para

*no fue que
Morgan quemó dicha ciudad, como aseguraron los ingleses, en su larga pugna contra España.*

que los piratas no encontraran más que cenizas y algunas renegridas onzas de oro, y no fue que Morgan quemó dicha ciudad, como aseguraron los ingleses, en su larga pugna contra España.

La bella ciudad desapareció, y tras el incendio, sólo quedaron pedazos de muros de cal y canto, y la famosa torre, de piedras azuladas, a la orilla de la mar, como prueba de la conquista de los españoles y de la piratería de los ingleses.

Así corrió el mundo en esta parte del mundo, después de los famosos Rodrigo de Bastidas, Cristóbal Colón, Diego de Nicuesa, Vasco Núñez de Balboa, supuesto descubridor del Mar del Sur, quien además, inventó la forma de cazar indios con perros; Francisco Pizarro, quien luego de trasquilar el oro de los Incas, asesinó a Atahualpa; Pedro de Alvarado, y tantos otros colonizadores españoles que armaron sus naves en Panamá, para seguir a la indiscriminada matanza de indígenas y “descubriendo” tierras para las haciendas de los Reyes Católicos. Y hasta el poeta don Alonso de Ercilla, se tomó sus buenos tragos en los mesones de aquella ciudad de Panamá la Vieja, antes de ir a la araucanía de Chile para escribir su Araucana.

Pero la invasión pirata hizo cenizas las piedras azules de las catedrales, aduanas y mansiones de los poderosos españoles, y además los archivos, registros y baúles en donde se guardaron los poemas, las crónicas y los pensamientos de los hombres cultos y sólo quedó aquella torre a varios jemes del mar, cerca de la playa y de la lama de los toros bravos y de lo que más adelante daremos a conocer.

Y por todo eso, se dice que este culito del mundo apenas era una región de tránsito, pero no como México, La Habana, Lima, Santiago, Bogotá y Buenos Aires, en donde incluso había cronistas, filósofos, poetas y tiranos.

Y por ser tan angosta la cintura del Istmo, de apenas unos ochenta kilómetros, desde el tiempo de los reyes se habló de construir un canal interoceánico, aunque entonces se argumentó que lo que dios había unido, no debía ser separado por el hombre...

Pero con los tiempos, luego llegaron otros Henrys Morgan, que igualmente hablaban inglés, y sobre las sucias y podridas zanjias de la catástrofe del pobre Vizconde Ferdinand de Lesseps, ya en 1914 y en contra de dios, el sumo hacedor, partieron la tierra en dos tajadas, y aconductaron las aguas en la ruta entre el Atlántico y el Pacífico. Cruzó el primer barco del imperialismo, y se apuntalaron las primeras estacas de las bases militares de E.E.U.U. en el continente latinoamericano. Pero, como es sabido, esto no es cuento, sino la pura desgraciada realidad de la historia.

Mas aquella madrugada de diciembre de 1989, los estrategas criollos, al parecer, no tuvieron ni el tiempo ni la astucia suficientes para armar otro truco de toros bravos. Toros superiores, megatoros, para que en el momento en que los nuevos bucaneros, filibusteros, corsarios y piratas disparaban desde sus helicópteros, aviones y tanques, las fieras pudieran arremeter con sus cuernos de plutonio y fuego, contra los invasores, los cuales caían del cielo a unas cuantas yardas de la vetusta torre, de piedras azules y rosadas,

...los estrategas criollos, al parecer, no tuvieron ni el tiempo ni la astucia suficientes para armar otro truco de toros bravos

en cuya curumbita se cagaban los pájaros y nacían los higueros, los verdes y dorados musgos, los helechos y hasta las orquídeas blancas, llamadas “putitas de noche”...

Sin embargo, la batalla siguió desde la madrugada, a punta de fusiles Ak-47. El sol supremamente rojo y redondo, que había emergido de la abertura del mar, empezó a darle gritos a los panameños: —“¡Pero con fusiles no! Los helicópteros apenas sienten cosquillas. ¿Qué pasó con los RPG?” —y como no aparecieron los toros con sus macro-chips, los norteamericanos, por segunda vez, luego de 315 años, unos tres siglos y piquillo solamente, se volvieron a tomar la vieja ciudad, con toda su fantástica tecnología y sus soldados digitales...

— *T h a n k s
you... ¡Oh my
God! —exclamó un gringo
jovencito, al
ser librado del
absorbente y
movidizo lodo
nauseabundo
del mar.*

Pero el cuento no termina aquí. Sucedió que a las siete de la mañana, o a las ocho, quizás a las nueve y treinta, cuando la aviación y los helicópteros habían ablandado el área, soltaron a los paracaidistas. Era como una lluvia de feos y negros pajarracos, traspasados de la despampanante y afilada luz del sol oceánico y veranero.

Pero en donde falló la computadora del Comando Sur, fue en algo muy elemental: la tabla de las mareas... No pensaron en esto ni el Pentágono, ni el Departamento de Estado. Ese día, a esa hora, la mar histórica de los piratas, se había ido muy lejos... Un kilómetro o uno y medio del litoral, en la baja marea...

Y cuando los paracaidistas caían, igual que los antiquísimos toros, se enterraban en la lama y no había

manera de salir, de esa gran boca de sierpe, de lama y mierda, que poco a poco se los iba tragando, con tantos trapos, sacos, armas y municiones...

—Ahora, muchachos panameños— gritó, de nuevo el sol, en perfecto español criollo— “dénles a esos hideputas, con los AK... Sáquenle la misma tal por cual”...

Y en efecto, como quien tumbaba bolos, se los echaban. Mas como eran muchos, algunos caían, no tan lejos de la orilla, a pocos metros de las casas donde vivían El Carato, Caraefilo, Patetoro, El Angel y Pocasangre... Los malos del lugar. Y estos con mucha creatividad empezaron su propia guerra, y montaron un operativo sumamente táctico; con sogas y hasta con cuerdas de alambre empezaron a sacar a los embetunados paracaidistas de la lama.

—Thanks you... ¡Oh my God! —exclamó un gringo jovencito, al ser librado del absorbente y movedizo lodo nauseabundo del mar.

—Nada de God, ni tenkiu. Dame lo que tengas allí, o te jodes. Bisnes son bisnes, gringo güevón... —contestó El Angel.

Y así, el elemento estuvo negociando, lama por dólar.

—¿Qué te pasa, gringo loco? ¡Guerra es guerra! —comentó El Carato.

Ya quedaba el último gringo, de los que no habían desaparecido, en la lama que gritaba, con el lodo hasta el pescuezo:

—¡Help!... ¡help!... panamenian, ¡help me!

—¿Cuánto vas a pagar, mariconzón—contestó Caraefilo.

-No seas pendejo, tiene cara de estar limpio... déjalo que se lo coma la mierda...

—*Me no entender... ¡Help...Help!...*

—Tú, Pocasangre, ¿sacamos al cabrón?

—No seas pendejo, tiene cara de estar limpio...
déjalo que se lo coma la mierda...

15 LA GUACAMAYA AZUL

Ni el perro "Tigre", ni la guacamaya azul amanecieron esa mañanita en el portal de la casa, ni en el patio, revolcándose, como siempre. A veces, "Tigre", a todo trote, y la guacamaya jugaban; ella montada en el lomo del perro, desplegaba sus azules y amarillas alas, para guardar el equilibrio.

Tal vez anduvieron alrededor de la casa de madera; husmearían, a través de las mallas de alambre tejido, pero todo estaba envuelto en un silencio raro. "Tigre", más inteligente olfateó que la familia se había ido sorpresivamente. La guacamaya subiría al alto guayacán, observaría el verdor del Cerro Ancón, y allá abajo las humaredas extrañas.

La pájara pudo darse cuenta de que no se trataba de la lluvia, ni los truenos, lo que más allá veía y oía, porque era diciembre. Abajo el perro parecía preguntarle, con sus ladridos a la guacamaya:

—¡Guáu, guáu!... ¿Qué ves allá arriba?

—Lo que no veo no lo entiendo— contestaría la guacamaya.

Antes, cuando aún era The Canal Zone, en la exclusiva urbe canalera de Balboa City, todo parecía sumamente hermoso, sano y lleno de verdor y de silencios.

"Tigre" husmeó entre los matorrales y se orientó por la ruta de la guacamaya,

Ahora, parte de aquella belleza colonial, había revertido al patrimonio nacional, y en algunos barrios vivían panameños, pero algo había sucio en el clima.

—¡Guáu... guáu!... compañera guacamaya... ¿Qué son esos truenos espantosos, que me revientan los oídos?— preguntaría el perro.

—Dice mi tío gallote, que está allá arribísimo, que es una guerra.

—¿Guerra, dijiste?

—Sí, amigo perro, guerra... y yo me voy para abajo.

El mundo, sobre el mar, estaba réquetelindo. El sol lucía mojado de sal y de carmines. Y la guacamaya azul con la velocidad de una ardilla se echó tronco abajo y fue al lado de "Tigre".

De pronto, estallaron nuevas bombas. Tigre, instintivamente trató de huir... ¿Pero hacia dónde? El perro regresó a buscar a la guacamaya, la que hábilmente, y como era su costumbre, se encaramó en el lomo de "Tigre" y huyeron por las empinadas callejuelas, tal vez hacia las boscosas faldas del Cerro Ancón, por donde un día el perro se encontró con algunos venados y otros animales. Pero ahora hallaron algo raro: hombres con fusiles y fantásticos camuflajes que los hacían horribles.

Los soldados trataron de asustar a los animales, y la guacamaya alzó vuelo, mientras que el perro "Tigre" gruñó y mostró los afilados dientes. El grupo de desconocidos infantes parecían enfrentar una nueva guerra, entre ellos y el perro y optaron, por abandonar el juego. "Tigre" husmeó entre los matorrales y se orientó por la ruta de la guacamaya, la que halló en el recodo de una calle desconocida, casi perdida entre el

recodo de una calle desconocida, casi perdida entre el bosque.

A más de una semana de la invasión norteamericana, regresaron los dueños de la casa al barrio de Ancón, todavía asustados y temerosos. Padre y madre con el pequeño niño envuelto en una sábana. Pensaban que en cualquier momento, un pelotón de inteligencia del Comando Sur allanaría la casa en busca de armas o de los miembros de los Batallones de la Dignidad, ya que a través de algunas emisoras elementos colaboradores de la invasión, hacían llamados al ejército norteamericano para que acudieran a algunas casas, en las cuales sospechaban que había patriotas armados o personalidades del régimen, peligrosas para el nuevo status del país ocupado.

—“Tigre”— llamó el dueño.

Pero el perro no acudió. Tampoco se veía la guacamaya en ningún árbol del patio.

—De seguro mataron al perro— opinó la mujer.

Las semanas pasaron. Una mañana, sobre el césped de la aristocrática avenida, cerca del “Administration Building” jugaban con un hueso, el perro “Tigre” y la guacamaya azul. De un jeep oficial norteamericano se bajó un soldado amenazando al perro, agarró la pájara y desapareció con ella, de seguro hacia una base militar. Pero José Cooper, o el negro Cooper, que vio el rapto conocía muy bien al jeep y al soldado, chofer de un viejo oficial del Comando Sur, y asimismo la pareja de animales y sus juegos habituales, por las calles, patios y jardines, como también a sus dueños.

En esos días regresó a casa el perro; ya habían recibido de parte de algunos amigos que laboraban en el

muelle 18 de Balboa la noticia acerca de la guacamaya, por relatos que había hecho José Cooper, trabajador del área.

—El colmo— le decía el batallonero a su mujer— es que, después de hacernos la guerra, ahora un desgraciado gringo me venga a robar la guacamaya.

Buscó a Cooper, y con su ayuda supo el nombre del chofer mencionado y la oficina del Comando Sur en dónde laboraba su jefe. Pese al embrutecido y represivo ambiente y a que todavía los norteamericanos tenían, en cada oficina pública, incluidas las corregidurías, a representantes suyos, y que existía el campo de concentración de Nuevo Emperador, el muchacho llevó la demanda a la corregiduría de Ancón. Con cierto temor compareció; los soldados norteamericanos lo registraron, y luego cumplió los trámites requeridos en tal caso.

En el primer encuentro en la Corregiduría de Ancón, el soldado aceptó que tenía la guacamaya. Dijo que la había salvado de ser aplastada por algún vehículo, pues jugaba en la calle. Pero agregó, que el denunciante no tenía ninguna prueba de que el pájaro era suyo.

—El señor norteamericano— consideró el corregidor— tiene razón; usted no ha presentado ninguna prueba de que la guacamaya es suya, y según lo informado, el soldado halló el loro, muy lejos de donde usted vive.

—Claro, señor corregidor— dijo el denunciante— ahora es muy difícil, en esta situación bajo la cual vivimos, que nadie venga aquí a servir de testigo, aunque todos mis vecinos conocen que esa guacamaya me pertenece, y que no tiene nada que ver con este señor del Comando Sur.

alusiones políticas, porque ahora sí vivimos en democracia y no bajo la dictadura militar.

—Sí, pero me robaron mi guacamaya, y además, ¿Qué hacen tantos soldados gringos aquí?

—No viene al caso su objeción, señor; son norteamericanos, que cuidan la nueva democracia.

—Bien señor corregidor, déme la oportunidad, y yo le traigo un testigo inmediatamente.

El muchacho salió de la oficina y corrió a su casa. A los quince minutos regresó con el testigo.— Aquí está el testigo, señor corregidor.

—Pero eso es un perro —objetó el corregidor, con perplejidad, y en medio de la risa de los soldados y demás funcionarios.— No es testigo válido, en ninguna parte del mundo, un perro. ¿Qué le pasa a usted? ¿Me irrespeto? ¿Quiere que lo mande a encarcelar?

—Pues ordénele al soldado que saque la guacamaya de esa jaula, y la suelte allí afuera, contestó el denunciante— En eso “Tigre” dio un ladrido cariñoso.

—Esto— dijo el corregidor— no es un circo, ¿Qué se ha imaginado?

—Sí señor corregidor— agregó el soldado— esto no es un show.

Pero el grupo de funcionarios, soldados y mirones que habían llegado a la oficina, sorprendidos, pero entusiasmados por el insólito caso, que aliviaba en esos momentos el estrés colectivo que se vivía, se manifestaron en el sentido que hicieran la prueba para hallar una salida salomónica al asunto tan peliagudo. Y el dubitativo corregidor, consultando con su mirada al grupo de los soldados, y al recibir miradas de complacencia del personal militar de la democracia, con balbuceos le ordenó al soldado que soltara la guacamaya, al frente de

*No más abrir
la ventanilla
y saltar la
bella pájara,
azul y amar-
rilla, voló y se
posó en el
lomo de su
hermano, el
perro “Tigre”*

ordenó al soldado que soltara la guacamaya, al frente de la oficina.

No más abrir la ventanilla y saltar la bella pájara, azul y amarilla, voló y se posó en el lomo de su hermano, el perro "Tigre"; el perro ladeaba la cabeza para tratar de lamerla con un perruno gesto de amor, y dio unos pasos, los apuró y luego partió corriendo y se perdió en la callejuela rumbo a la casa. De lejos se oía: "¡rruá... grruá... grruá... rruáaa...!"

16
AK-47 CONTRA M-16

1

—No me gusta para nada, Toñito Castillo, que te metáis a guardia— dijo su mamá.

—¿Y qué quiere que haga, “mama?”

—Tantas cosas que hay... hijo.

—Ni tantas, “mama”. ¿Se acuerda cuando tata estaba vivo, cuando yo quería ser vaquero?

—Ajá, eso era lindo, niño.

—¿Se acuerda “mama”, de la vaca “Amarilla”, “la Mariposa”, que yo hasta la montaba?

—Bastante leche tomaste de ellas, muchacho, por eso tienes mejengue.

—¿Y qué pasó, “mama” , con la “Mariposa”, y que se hizo “Caramelo”, el ternerillo?

—Ni me habléis de esto Toñito.

—¿Por qué, Mamatina?

—Cuando tu tata enfermó tuvimos que vender esos animalillos.

—¿Cuántos años tenía tata cuando se murió?

—Creo que unos treinta y tres, nada más, como el mismo Jesucristo, cuando lo pusieron en la cruz. Dios me lo tenga en la gloria, porque jamás ni nunca, tu padre hizo mal a nadie.

—Yo quería ser vaquero de mi propio potrero. Se acuerda “mama”? Ir japiando detrás de los terneros en el crepúsculo, cuando los arreaba hacia el corral: ¡Che... che... che... vamos!, “Lucero”, “Caramelillo”... “Luna”... “Prontoalivio”... ¡Ajé y ajá!.. Oiga, y regresar a la choza, y usted, Mamatina, entre lo oscuro y lo clarito, asaba en la cazuela la changa de “maí” nuevo; para comérmela con café de ñajú... ¡Jo!... ¿No es verdad?. Sí, yo quería ser vaquero en mi caballito bayo, mi sogá de cuero crudo, mi sombrero pintado puesto a la pedrada; mis espuelas, mi silla chiricana... ¿Se acuerda “mama”?

—Sí, Toñito Castillo.

—Pero eso fue antes que se acabara tata, el finado. Ahora me voy a meter a guardia, porque yo hallo que esos muchachos coquipelados van bien vestidos, con zapatos de charol, el quepis piquetón y la bravura que uno ve en las marchas, de los días de la Patria... ¡Cómo se les quedan viendo las hembras!... Todos marchan: tan... tan... tan... un... dos... un... dos... Oiga y llevan unos fusiles... ¿Se da cuenta? ¿Se acuerda de la carabina que tenía tata?

—Eso de guardia, hijo, son cosas de guerra... de muerte. No me gusta nada. Tu tata era sembrador. Allí, nomasito hacía la roza; todos los años... En marzo cortaba el monte, a final de mes, si hacía buen verano, venía la quema. Y una vez casi te prendes en una de esas quemas... ¡muchacho del caraste!... Y dinavez, en abril, la siembra de la semilla y el “maí”; una mata aquí, otra allá, y los otoes y hasta sandillas sembraba tu tata, para calmar la sed, en los días calientes de las deshierbas y de la cosecha. Venía el agua, así rumbeando con los vientos del sur. Se ponía el mundo de las nubes moradito y los perdigones de las goteras cayendo, sobre el caidicio de teja del rancho, y de

lejos los truenos... ¡Qué alegría! y al día siguiente, toda la tierra fresquecita, olorosa a la semilla, que ya empezaba a despuntar como diminutas cuchillas, entre verde cogollo y rosa pálido. En pocos días, los matojos de arroz y el perfume de las hojas verdiamarillas, y el "mái" creciendo; los "cañutos" morados y gruesos de las matas de otoa... ¡Qué lindura, mi hijo! Y eso sí era vida...

—¿Y que se hizo, "mamá" esa tierrilla de los "máices" y de los arroces de tata... y aquella vida?

—Bueno, Dios quiso llevárselo, y la tierra... mala suerte, hijo, también se la llevaron...

—Por eso mismo, "mama" es lo que le digo, pues. La tierra es la cuestión. Será por tal cosa que me voy a meter, mejor a guardia... A ver si así me vienen a quitar este culaito de monte que nos quedó.

—Pero no me gusta eso de guardia. ¿No oyes la guerra que hay por esos mundos?... Que si El Salvador, que si Colombia, que si por la tierra de los moros. ¿Tú crees que yo no oigo las noticias de radio? ¡Jum!... El domingo, nada más me dijo el cura, que también aquí vendrá la guerra. Y ahora me vienes tú con eso de ser guardia. ¡Virgen María Santísima!...

—Nada va a pasar "mama". Y a fin de cuenta, la gente se puede morir de cualquier vaina, como le pasó a mi tata.

—¡Ay, hijo no me habléis de eso!...

—"Mama", si tuviera tierra, un jemecito aunque sea, le hago caso y me hago vaquero. Dos o seis cachonas, nada más y unos cuatro ternerrillos. ¿Se acuerda de "Mariposa" y de "Caramelo"? Y entonces me casaré con su ahijada, la Estefanía Marín, que es tan guapa y le daré veinte nietos, para que se dé gusto haciéndoles tortillas, changas de "mái" nuevo...

—¡Loco!...

*El domingo,
nada más me
dijo el cura,
que también
aquí vendrá
la guerra. Y
ahora me vie-
nes tú con eso
de ser guar-
dia. ¡Virgen
María Santi-
sima!...*

2

Desde la vez aquella, que Joe, a los nueve años vino a pasar vacaciones con su padre, el piloto práctico, William Smith, que trabajaba con la conducción de las naves que cruzan el Canal, y lo acompañó a una cacería de orquídeas, con un obrero que laboraba en su sección y su hijo Ramoncito Valdés, Joe quedó maravillado de la espesura tropical del bosque húmedo del país, y en este caso, único parque natural del mundo, a unas pulgadas de la moderna ciudad canalera. Casi le mareaba las sinfonías de los distintos insectos y las brumas iridiscentes del dosel de los altos árboles, en las horas del amanecer. Por primera vez el muchacho norteamericano veía orquídeas moradas, blancas o amarillas que colgaban de arrugados árboles, y las ramas llenas de musgo y en fin, cuántas silvestres flores, y mariposas que venían a beber los néctares en aquellas tupidas montañas.

—Yo quiero ser biólogo— le dijo Joe a su padre— vendré cada año, a este país a estudiar contigo todas las orquídeas.

El práctico recibió muy bien la intención de su hijo, y con él, cada noche, de sus vacaciones, en su casa de la Zona del Canal, hablaba de orquídeas y de otras cosas del mundo del bosque. Le proyectaba diapositivas y leía trozos de artículos del especialista norteamericano, Robert L. Dressler, del Smithsonian Tropical Research Institute.

Así el muchacho comenzó a penetrar en el campo misterioso de las plantas y de los latines, con que nombraban dichas especies y pronto hablaba con su padre de cattleyas epidendrum, sobralias, encyclias, habernarias, dendrobium, oncidium y brasias...

Al término de las cortas vacaciones, cuando Joe regresaba a su ciudad, Dallas, en Texas, llevaba a su madre colecciones de orquídeas, entre las que se destacaban la famosa peristeria elata— flor del Espíritu Santo, flor nacional de Panamá—; la brassavola nodosa, conocida popularmente, como “putita de noche”, porque es en las horas nocturnas cuando expele su delicioso perfume; la sobralia panamensis— o la San Andrés— que las hay lilas, blancas y amarillas; la espectacular oncidium ampliatum, por su restallantes flores amarillas, y la encyclia cordigera— llamada semanasanta, por su labellum morado, y porque florecen en los días de abril y marzo durante la fiesta cristiana, llamada Semana Santa.

Todo este encanto ecológico era cuando el muchacho tenía unos nueve años y en sus aventuras y exploraciones, en la subyugante selva, con su padre y su compañerito el negrito Valdés, encontraban alguna nueva orquídea, no registrada por los científicos, o algo así. No sólo sentía que él era parte del bosque tropical, sino que ya Ramoncito no le parecía un negro, porque apreciaba que en sus andanzas y juegos se había perdido el color de la piel de ambos y todo parecía ser del paraíso de las orquídeas, y de la universalidad del mundo.

—¿Sabes, padre? —comentaba Joe en su acostumbrada y solitaria velada— es una lástima que en estos días no esté mamá con nosotros.

—Sí es cierto hijo, pero al parecer nadie lo quiso. No quedó otra salida que ese divorcio.

—¿No le vas a escribir, ahora a mi regreso? ¿Ah, viejo?

—No es necesario, Joe, tú vas para allá y llevas las orquídeas, las fotos, y todos tus cuentos.

—¿Sabes? Yo quiero aprender español.

Igual que tú, viejo, yo no quiero que el mundo fenezca en un desierto y nosotros repitamos la desaparición de los dinosaurios.

—Magnífico, todo eso lo estudias en Dallas, incluso tu biología.

—¿Tú crees, que puedo volver el otro año, en las vacaciones de julio?

—Todos los años, hijo, si te portas bien.

—¿Y qué pecados no debo cometer para que no me eches del paraíso de las orquídeas?

—No dejar de amarlas; amar a la gente, a toda la gente— contestó el viejo.

3

La última vez que el joven Joe vino a la Zona del Canal de Panamá, ya su padre Williams era un jubilado, y se había dedicado plenamente a las orquídeas. En certámenes nacionales ganó varias veces importantes galardones, con orquídeas creadas por su imaginación y sus manos.

—¿Y no piensas volver a los Estados?— preguntó Joe, el mocetón de dieciocho años, recién graduado del college.

—No hijo. Aquí se quedará, para siempre tu padre. Aquí me enterrarán.

—Lo comprendo, padre. Debo informarte— dijo Joe que al regreso, inmediatamente, haré la conscripción militar, deseo forjarme con la dureza necesaria para cuando regrese aquí, contigo y esta abrumadora selva donde haré mis investigaciones.

—¿Piensas descubrir la cura contra el cáncer? Je... Je... Je...

—¿Quién sabe? Viejo, ¿Quién sabe?, si a última hora sale de una de tus orquídeas...

—Bien, hijo, lo que tu quieras será. Yo también hice, en mi tiempo lo que quería.

—¿Sabes? Hoy estuve en la famosa isla de Barro Colorado. Me llevó un recién conocido que trabaja en el Smithsonian, y aquello me dejó loco: Su diversidad biológica, el concentrado estudio que se hace de tantas cosas increíbles: Hormigas, hongos, raras especies de vegetales, en fin... Es mi mundo. Cuando termine mi compromiso militar iré a la universidad, si tú dices que aquí te enterrarán, yo digo que haré mi vida acá, pues solicitaré trabajar en Barro Colorado, y siempre estaremos juntos, tú y yo. Igual que tú, viejo, yo no quiero que el mundo fenezca en un desierto y nosotros repitamos la desaparición de los dinosaurios.

—Eso creo yo, cierto, pero te diré que tengo mis temores, tal como van las cosas, precisamente en el mundo, cuando los Estados Unidos, maneja la gran palanca.

Con tales sueños regresó Joe Smith a los Estados Unidos, llevó nuevas orquídeas a su madre y se dirigió a la oficina de enganche del ejército, en su ciudad.

4

Y así fue, el biólogo y nobel orquideólogo regresó a Panamá la verde, pero no por su cuenta y como todos los años, para tomar posesión, ahora de su puesto como biólogo en la isla de Barro Colorado, en el área del Canal interoceánico. Sino como parte de la 82 Brigada Aero-transportada, en la madrugada del 19 de diciembre de 1989. No venía ahora a cazar orquídeas, con su padre, el piloto jubilado del Canal, mister Williams Smith, ni a explorar la selva con su amigo Ramoncito Valdés, sino que viajaba en el enorme avión C-130, verdaderamente consternado, pese a todas las charlas y acondicionamientos psicológicos para elevar la moral, sobre la invencibilidad del

¿Y si tengo que matar a mi amigo Ramoncito? ¿Y si Ramoncito está frente a mí y tiene que matarme? ¿Se me ha roto el futuro?

poderoso ejército norteamericano y la humanitaria y noble causa de librar a un pequeño país latinoamericano, de una feroz tiranía narcotraficante y a la vez instaurar la democracia.

En su grupo, en los días de instrucción, había un compañero que le ofrecía marihuana.

—Tómala, no seas tonto, todos aquí la fumamos, y otros cogen cocaína.

Pero Joe se resistía, recordaba a su novia Glenda, a su padre y a su madre. Recordaba el fragante mundo de las orquídeas, y esto le daba vueltas en su cerebro. Un atormentado pensamiento se le fijó en la mente: —“¿Y si tengo que matar a mi amigo Ramoncito? ¿Y si Ramoncito está frente a mí y tiene que matarme? ¿Se me ha roto el futuro?”

Miraba a su alrededor, casi todos los compañeros parecían como novillos destinados, irremediabilmente al matadero. Por encima del orgullo norteamericano, estaban los fantasmas de Viet Nam. Y realmente el joven soldado Joe Smith, en ese predicamento, a pocas horas de la madrugada, a diez mil pies de altura, se recriminaba: — “Si lo que yo deseo es ser biólogo, y como mi padre, orquideólogo, por entretenimiento... yo no quiero ir a ese país a matar las orquídeas, como en Viet Nam, sino a darles vida, a dejarlas vivir”.

Sin embargo, en el hombro izquierdo y amarrada con un cordón la trompetilla del cañón, llevaba un fusil de reglamento M-16.— ¿“Y si tengo que matar a mi amigo Ramoncito Valdés? ¿O si Ramoncito Valdés me mata mí? ¿Qué me dices tú de esto amada Glenda. Dónde está tu dios al cual acudes, a cada rato? ¿O soy menos que una brizna, de Walt Whitman, en este oscuro torbellino?”

5

—Tú sabes que vivo cerca del Aeropuerto “Omar Torrijos”, y cuando sonaron los tiros, esa madrugada, le dije a mi mujer: —“Oye... empezó la vaina”— Y levanté los vidrios de la ventana, sin lograr vislumbrar nada. Pero de pronto ella me gritó:

—Arriba... Mira lo que viene— “¿Y sabes lo que venía? ¿Tú has visto cuando pasan esas grandes manchas de pájaros migratorios sobre el cielo? ¿O cuándo en lo alto sobrevuela una gran gallotera que se dispone a disputarse una res muerta?... Así más o menos descendían miles de paracaidistas de la 82 Brigada Aerotransportada norteamericana, en esas horas de la madrugada del 20 de diciembre, cuando el ejército norteamericano, con las fuerzas que ya estaban estacionadas aquí, habían bombardeado el Cuartel Central, y otros sitios estratégicos de la ciudad y por allá el cielo ardía.

—Nosotros corrimos a emparapetarnos, y empezamos a disparar. Calculo, para ser conservador, que no menos de cinco gringos me eché yo sólo, esa madrugada. Pero a mí los gringos me dieron justamente en el tobillo derecho. Ya eran como las seis de la mañana, y me fui arrastrando, hasta meterme en una de las alcantarillas del puente que está cerca del aeropuerto. Más tarde acudieron compañeros de uno de los Batallones de la Dignidad, no recuerdo el nombre, y me sacaron y me llevaron a una casita, al fondo de la barriada de Tocumen.

Pero lo arrecho de ese día fue una vaina de película, pues un paracaidista cayó sobre un árbol de tamarindo y quedó enredado, en la intrincada y alta ramazón. El gentío, que en la madrugada se sobresaltó de los bombazos y los tiros, ya en la mañanita, había perdido parte del

pánico y salió a ver parte del espectáculo, como si se tratara de una maroma circence. Pero el paracaidista tenía dominio de andar por los árboles, aunque el palo de tamarindo era bien crecido, el gringo se libraba de ese enredo. Algunos muchachos le tiraban piedras; otros le disparaban terribles palabras populares:— “¡gringo maricón!”... “¡gringo hijueputa!”... “¡gringo go home!...” —Sin embargo, una compungida muchacha exclamó: “¡Ay, pobrecito, déjenlo, no lo maten!”— Pero un hombre propuso:— “Vayan a buscar a uno de los nuestros, un Macho de Monte, un guardia... díganle que aquí cayó un gringo.” —Un grupo de chiquillos descamisados, con palos dispuestos a la pelea, como si fueran fusiles, y una banderita panameña, corrieron hacia donde suponían que había fuerzas nacionales.

Al principio con los primeros disparos, había un silencio plúm-bico, cuadrilátero y profundo, sólo roto por los aullidos de los perros tinaqueros.

El gringo, al descender, como despertando de una pesadilla, y ver que una masa de gente se le acercaba, no supo si venían a lincharlo o aplaudirlo y besarlo, tal como había ocurrido en los barrios altos de la ciudad. Recuperó su rambo subconsciente; se puso ferozmente en guardia, moviendo hacia uno y otro lado su fusil M-16, cuando notó que había hostilidad en los gritos, los cuales entendía muy bien; en las miradas y los puños levantados, en una y otra piedra, hizo disparos al aire, ya que toda era gente civil, y muchos niños; rápidamente se cubrió tras unas viejas pilastras de concreto y esperó: la vida o muerte, si aparecían los suyos o los contrarios.

De pronto, y precedido de la chiquillería batallonera, apareció un soldado panameño. El paracaidista disparó y el grupo de niños se dispersó con rapidez, el infante panameño se echó, pecho a tierra, se arrastró, con los codos, detrás de unos tanques de basura, a la orilla de la calle polvorosa y llena de huecos.

Ya el sol estaba a una braza del horizonte; serían las siete de la mañana, cuando empezó el duelo a muerte, entre el fusil del gringo, M-16 y el del panameño, AK-47.

La cosa empezó con disparos sueltos, acompasados, con efectos instrumentales de percusión, en el fondo de una sinfonía dolorosa, todavía en un movimiento de adagio. De lejos se oían repuntes de trompetas y trombones... otros disparos, y el ruido de los aviones y los helicópteros.

Mientras tanto los vecinos se asomaban para ver, con el entusiasmo típico de una pelea de campeonato mundial, entre Mano de Piedra Durán y Leonard, la batalla de los dos hombres.

Al principio con los primeros disparos, había un silencio plúmbico, cuadrilátero y profundo, sólo roto por los aullidos de los perros tinaqueros. Pero luego, la gente, y sobre todo los pelados, recuperaron los ánimos y comenzaron a gritar: “¡Dale... Dale... Tirale... Uh!”.

Pasaría una media hora de tiros espaciados, o qué sé yo... No sé... En eso “Chicharrón”, el dueño de un quiosko del lugar, sacó una percutida y rota camiseta blanca, amarrada a un palo de trapeador y empezó a gritar:— “¡Alto... Alto... Tregua ...Tregua!...” —Los observadores repitieron:— “¡Tregua!”— El tendero avanzó hacia el centro de los dos guerreros.— “Te van a matar güevón”— gritó alguien. Pero los dos hombres suspendieron el combate.

El del kiosko se acercó al panameño y le dijo:— “¿Quieres café, agua de pipa, o una cervecita?”— “Dame agua de pipa”—contestó el guardia. Chicharrón, el mediador, dirigiéndose a los curiosos gritó: —“Ey, tú Chola, tráeme una pipa, pero de las bien frías, ¿Oíte?”—“La Chola,

chiquilla de unos quince años, con una cortísima minifalda de dril celeste, remendado con visibles manchas blancas, totalmente a la moda... corrió y trajo la pipa. Los muchachos la silbaron y le advirtieron: —“Loca, ¡que buena estás!, para que te vayan a matar”.

El mediador se acercó al paracaidista gringo y le preguntó: —“Quieres café, agua de pipa o cerveza... ¿Tú entiendes español, ah, gringo?” —Yes, tráeme una cerveza fría, pero de lata.” —Entonces “Chicharrón”, de nuevo gritó: “Chola, corre, trae una cerveza fría de lata.”

Cuando los que se fajaban terminaron de dar los últimos buchitos, el parlamentario, el tipo del kioskito dijo:—“Bueno muchachos ¿quieren seguir matándose en esta fucking guerra, o paran la güevada?”.

A la pregunta del pacifista sucedió un silencio absoluto, luego, las gentes intervinieron en coro:— “guerra es guerra”. —“Repito— les agregó Chicharrón— ¿fin de la película o que vaina?” Voces gritaban: —“Oye tú, Chicharrón, entrometido, no te metas en ese “friforol”...— “¡Que sigan!”... Chillaban otros.

Como el buhonero vio cumplido su papel, hizo caso de la multitud y se alejó, envolvió la bandera de camiseta blanca, en el palo y se introdujo en su cuchitril de mala muerte, para seguir sapeando el pleito, con la misma actitud del resto de las gentes que estaban en las graderías de sol.

Entonces, la cosa iba a terminar... luego de la pausa y los refrescos, los guerreros continuaron, primero en su movimiento alegre, ma non troppo, y después, un poco vivace y finalmente, presto agitato. La dolorosa sinfonía se fue hincando en la carne, como espinas de rosas, ya en forma beethoviana, patéticamente...

Los luchadores se dieron cuenta de que habían agotado las

municiones, y a cada uno, al parecer, quedaba con un solo tiro. Hubo un compás de espera, para verificar los proveedores. Al ver la nueva situación, el comerciante de la tienducha, aviándose de la bandera de farnela sucia, vino al terreno de los hechos, para actuar ahora, en la nueva correlación de fuerzas agotadas, con el fin de aprovechar la inusitada interrupción bélica, como una nueva táctica, y lograr un cese del fuego. El tendero estaba convencido de la inutilidad de esa guerra. Gritó:— “Gentes, una tregua más, ¿por qué no acuerdan un cese del fuego, y esperan a que los puñetas del Consejo de Seguridad de la O.N.U., obliguen a los Estados Unidos a retirarse? O si los gringos insisten, que envíen cascos azules con tipos de Francia, Alemania, Inglaterra, Japón, Chile para sacar a los gringos de acá? ¿Juat duyu sei, carapintada? —Yo no quiero seguir” —dijo el paracaidista.— “Y tú, panameño bravucón, ¿No oíste que ya tus jefes andan en la concertación y cuento?”. De nuevo volvió un silencio. Y en medio de la quietud, el panameño contestó, con su poderosa voz campesina: —“Yo no vendo mi patria, ¡antes muero!”.

El diplomático del kiosko, cuya razón comercial se titulaba: “Ni un paso atrás”, corrió a todo forro, hacia su caramanchel, y al unísono sonaron los dos últimos disparos.

—“¡Huy!... Rugió la multitud de espectadores.

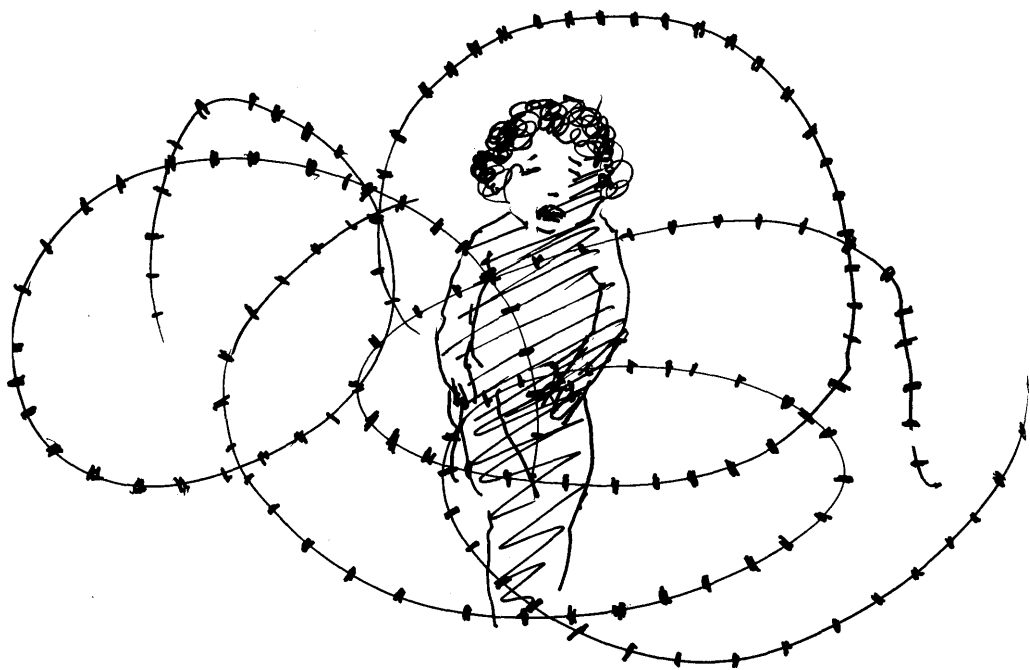
El soldado panameño quedó volteado, de cara al cielo, aún con el AK-47 agarrado con su mano derecha, y el norteamericano del M-16, metiéndose las manos en el vientre clamaba: —“¡Oh, my God!”... —Y quedó boca abajo, mordiendo el polvo de la ajena y polvorosa tierra de diciembre.

El gentío acudió.—“Dejen que “Chicharrón” examine

Y en medio de la quietud, el panameño contestó, con su poderosa voz campesina: -“Yo no vendo mi patria, ¡antes muero!”.

a los hombres”— Pero ya estaban supremamente muertos.

Chicharrón examinó la camisa del panameño, en su bolsillo izquierdo se leía el nombre de Antonio Castillo, el vaquero... Y luego viró al norteamericano y en una chapa de la chaqueta mostraba el sencillo apelativo de Joe Smith, el biólogo.



17

CEDRO AMARGO

—Mister, ya no queda ni una tabla más de cedro amargo. Le pregunto ¿Podemos hacerlo de otra madera, ¿digamos de mango?

—¡Ou, no... mango, no!

—¿Y de cativo? Total, si no es para que vayan al cosmos...

—¿Qué es cativo?

—Es una madera, allí, más o menos. De cativo hacen casi todas las maderas enchapadas.

—No puede ser de más o menos, maestro. Es algo especial... Para eso hay dinero.

—Bueno, capitán, mande un Chinoon a buscar esa madera a la capital, aquí apenas podríamos hallar unas cien tablas en un recorrido por todos estos pueblos.

—Es lo que decía hace un rato, amigo, así ustedes nunca podrán avanzar. Hay que aprender todo esto de los Estados Unidos... eso es, y no andar con el estribillo de echarle cualquier culpa a los gringos, y dejar eso de “yanqui go home”... y que si “yanki animal sal del Canal...” Esas son puras necedades... Puros comunismos...

—¡Ah, vaina... capitán!, pero aquí no estábamos acos-
tumbrados, como ustedes en los Estados Unidos, a tres-
cientos de un solo cujazo...

—¿Cujazo? ¿Qué quiere decir eso?

—Bueno, de un solo güevazo.

—No entiendo tampoco: cujazo, güevazo...

Eran las doce de la noche; en el taller vigilado por infantes de marina, los carapintadas, estaba repleto de trabajadores locales, y aún de ayudantes voluntarios,

gringos del Comando Sur, con el fin de sacar, lo más rápido posible la tarea.

Las sierras eléctricas chillaban, desechos y aserrín espolvoreados cundían el aire. También había mirones y curiosos, que por la novedad, en el taller, llegaban y salían, porque nunca había ocurrido una cosa así, en la historia del pequeño poblado del interior, y menos, a las doce de la noche, con todo lo que ya ellos sabían que había sucedido en el país.

—¿Pa qué harán tanta vaina?

—Pue... ¿Y no sabéi que hay guerra?

—¿Pero los gringos no dijeron que na ma eran 23? Y en el taller, Pindo, ta haciendo trescientos?

—Trescientos... pue...

—¿Y tos de cedro amaggo?

—De cedro amaggo, pue...

—Trescientos, ¿no? ¡Una barbaridá!...

—¡Ju!... Eso nues na... Cuando Jitler, fueron cincuenta millones. ¿Y te acordái de Vienam? Gential...

—Bueno, y Pindo se va a volvé rico de la noche a la mañana, porque estos gringos tienen más plata que el carajo, ¿no?

—Pindo será; yo, unos realitos, porque este trabajo peligroso y nocturno... Y ahora con lo que ha pasáo ¿quién miedda me va a reconocé sobretiempo?

—Sacále el lomo, no seáis pendejo, a esos gringos hay que jodélos.

—¿Jodélos? No véi la carabina que tiene aquel carapintá? ¡Ni que yo fuera Fidel Castro!...

A los días, trabajando a todo trapo, estaba la mercancía. Carros comando del ejército norteamericano, bajo cubierta, y sumamente custodiados, de los bien artillados hummers, por la carretera central, llevaban hacia la capital, los trescientos ataúdes de cedro amargo, made in, Pindo Taller.

Carros comando del ejército norteamericano, bajo cubierta, y sumamente custodiados, de los bien artillados hummers, por la carretera central, llevaban hacia la capital, los trescientos ataúdes de cedro amargo, made in, Pindo Taller.

18 MACHITO

Creo que ando en los seis o siete meses, y ojalá sea un varoncito. ¿Sabe usted?... porque me hace falta la compañía de un hombre. Bueno, pero si resulta mujercita... igual será el fruto de mi sangre y de su padre. Pero cuando yo dé a luz me volveré al interior. Allá, en la montaña, para que se levante como su madre. Sí, el campo, aunque mi tata dice que la quebrada se secó y casi no hay monte; ni siquiera palos, ni pajaritos, ni casi nada. Pero no quiero saber más ni nunca de todo esto acá. La patrona anda con la cantilena de que me quede por siempre en su casa; que allí nada le faltará y que ella educará al niño, con los suyos; lo mandará al colegio y hasta la universidad. Sería tan bonito, ¿no? Mas para qué tanta bonitura si una no sabe ni qué tendrá la vida después. Yo le digo a la patrona que se lo agradezco mucho y que, quién sabe si luego de nacer me lo lleve a su tierrita, cuando lo vea crecer, ya me pase todo, lo que ahora sufro, y entonces me parezca que sería mejor que él tuviera estas ventajas de la doña que es rica y acepte su ofrecimiento. No sé. Pero hoy no puedo; de adentro me nace que no, que no tengo alma para eso. No puede ser, aunque sólo comamos yuca.

La verdad fue que "mama" sufrió mucho cuando yo deje el campo, y me rogaba: —"No te vayas hija, que ese mundo es muy malo".

Se lo llevaré al pobre abuelo y a la vieja que se volvería loca con el niño; pues para que se den gusto; ellos que están tan abandonados en aquella choza.

¡Cómo pasa el tiempo! Cuando me vine a buscar trabajo, los dejé solitarios. “Mama” lloraba. Yo, desde luego, les mandaba mi platita, y los mensajes de radio: “Hasta Corita de los Pérez, a la señora Benedicta García... ‘Mama’, con Juan Percha le mandé la plata del mes y un tabaco. Son treinta balboas. Yo estoy bien, su hija, María Purísima García”. —Me encantaba mandarle dichos mensajes.

La verdad fue que “mama” sufrió mucho cuando yo deje el campo, y me rogaba: —“No te vayas hija, que ese mundo es muy malo”. —Pero bueno, me entró la picazón, porque mi prima fue a pasear al campo, en las fiestas de la Semana Santa y me encendió las orejas con aquello de que había un buen trabajo, donde la hermana de su patrona; la cual era una mujer riquísima y la caserona tenía piscina y televisores; dizque los domingos podíamos ir a bailar típico con Osvaldo Ayala o con Victorio Vergara, y que ella tenía un novio, sargento él, muy buen hombre y que se iba a casar y cuento... Y por eso se me metió la vaina en la cabeza y en el pellejo, y en todo el cuerpo, y así vine a dar acá, con mi muquita de ropa.

Bueno, yo creo que realmente ando en los seis meses y ya la patrona, que gracias a Dios, me salió buena, como decía mi prima, me tiene casi todo listo, para que no pase trabajo con el parto, y hasta una cuna, de su último hijo, me la mandaron a pintar. Y hay que ver la belleza de esa cuna. Yo le dije que me gustaría de

color celeste, y vino requetelindísima. ¡Jo!... la viera “mama”...

Pero como decía tata, una cosa piensa el burro y otra, el que lo está ensillando. Y así, ¿para qué la cuna linda, ni otras bellezas? Pues el hombre, al fin se me fue, antes de tiempo, si acaso, en retrato verá al niño o la niña; aquella foto que nos tomamos en la playa de Farfán. Esa vez el hombre me dijo: —“Apenas me den mi rayita de sargento nos casamos” “Y en realidad, digo yo, todo fue por culpa de mi prima, que me enamoré de él. Me cayó bien... Y por culpa de Osvaldo Ayala o de Victorio Vergara, digo yo, porque aquello del amor fue en uno de los bailes en el “Cosita Buena”. El hombre era pariente del novio de mi prima, quien también trabajaba de guardia.

—“Telodije, que por andar con esas arrecheras con el policía, ibas a salir preñada

Bueno y andando aquí y allá, los fines de semana; en eso, acostándonos aquí y allá, me salió la barriga. Y con miedo de la patrona y de mi “mama”, que me lo había advertido. Pero como a “mama” le había pasado lo mismo y mi tata y ella, después de la barriga se juntaron, por eso pensaba que Benedicta me entendería mejor. La patrona diariamente me repetía: —“Te lo dije, que por andar con esas arrecheras con el policía, ibas a salir preñada”. —Y así fui pasando mis sustos.

La verdad fue que yo me di mis buenos gustos con el hombre. Un fin de semana quedé sola, cuidando la casa de la patrona, en la playa de Coronado. Pues allá se apareció el diablo del hombre, y bueno, hasta cerveza de la casa bebimos. Fue un momento muy lindo de amor. El me dijo: —“Pasamos aquí como si yo fuera un coronel, o algo así”. Y se reía el muy sinvergüenza. Me parece verlo. Tenía los dientes blanquísimos y los ojos

renegros; era un policía bien bello, digo yo, y ojalá así me salga mi negrito.

Recuerdo aquellos meses cuando el hombre se me desapareció. Muerta de celos me dije: “Jum, ya se me huyó el policía... Como sabe que estoy embarazada, me dejó”. —Y alguien de mis amigas me contó que la fulana que era su novia, cuando yo se lo quité había dicho que había bailado con él en Chorrera. Lo cierto es que él me dijo que si por algo no podía verse conmigo, que no me preocupara, ya que a los guardias los mandan, a veces, sin aviso para un lado o para otro. Pero, claro, como una sabe lo bandidos que son los hombres y lo picaflones que son todos los policías, eso me ponía sumamente nerviosa y desconfiada. Y le respondía yo: —“¿Cómo es eso que si no vienes?”. —El me contestaba muy serio: —“Yo no puedo decirte cosas de mi trabajo” —Parece que eran secretos militares. No sé. Pero pasaron dos o tres meses y cuando el hombre volvió, me trajo algunos regalillos y lo sentí como más amoroso. Y entonces, para celebrar, fuimos a la playa de Farfán; de ese paseo es la única foto que tenemos y le pregunté que ¿por dónde andaba, que si con otras mujeres... o qué? Se rió y no quiso responder nada.

—¿Entonces nos vamos a casar, o no? Él contestó: —Palabra es palabra” —Y me parece que lo sigo oyendo — “Palabra es palabra de ‘Macho’.

Entonces yo lo amenacé: —“Si no me cuentas hoy nada, pues no habrá nada de nada...” —Y en este juego pasamos el rato, pero cuando fuimos a la cosa, volví y le dije: —¡Ay mijito!... O me dices con quién y por dónde andabas, o no hay nada de nada, chico”... —Se hizo el sordo, pero ya acostados en la arena habló bajito: —“Ni a tu prima debes decirle, pero me

mandaron a Cuba" —Yo le pregunté: "¿Y qué fuiste a hacer? ¿A buscar mujeres?" —El contestó: —"Bueno, Chola, ya te lo dije, ahora vamos a la cuestión." —Y así hicimos la revoltura, en tal forma, que yo no sé si esa vez fue cuando salí encinta, y ojalá que fuera hombrecito.

Y mire, para que vea mi suerte, quiso Dios que al hombre lo subieran a sargento. Eso me lo dijo un domingo, creo como el diez de diciembre, cuando fuimos a ver una película. Le pregunté: —"¿Entonces nos vamos a casar, o no? Él contestó: —Palabra es palabra" —Y me parece que lo sigo oyendo —"Palabra es palabra de 'Macho'". Yo de sobrenombre le decía "Macho", porque el pertenecía a los "Macho de Montes" de las Fuerzas de Defensa. ¿Se acuerda? Eran aquellos que marchaban con un sombrero de junco y un motete campesino. Y él me decía a mí "Chola", porque como tengo el pelo así... Y a veces, cuando quería algo de amor, me cepillaba diciéndome: —"Cholita linda de la sierra". —Porque como yo vine de la montaña... Bien, yo se lo dije a la patrona, que al hombre lo habían subido a sargento y que me había prometido que nos casábamos, ya... O sea, el lunes, once de diciembre, que era casualmente la fecha de su cumpleaños. Le pedí permiso a la doña, para el matrimonio por civil. Ella me contestó que le gustaría hacer alguna fiestecita, pero el hombre no aceptó. El me contestó con su risa de pícaro: —"Tonta, si la fiesta pasó hace tiempo". "Y hubo el casorio; mi prima y su novio fueron los testigos. Eso ocurrió en un juzgado que hay por allá, en El Chorrillo, y que está al lado de la Cárcel Modelo. El matrimonio fue rápido; yo con un trajecito blanco y él, con su unifor-

me, pero con las rayitas de sargento. Después fuimos a almorzar a un restaurante de Santa Ana, y él ni siquiera tomó una cerveza, porque me dijo muy serio: —“Palabra es palabra, pero este ‘Macho’ tiene que entrar hoy a las tres de la tarde y creo que hay acuartelamiento mañana. Si no me ves —se sonrió un poco— no creas que me fui con otra, so pendejita”. —Ni siquiera nos besamos, porque era en el restaurante y había mucha gente. Un apretón de manos. Pero yo estaba como muerta de alegría, por dentro. Me dijo: —‘Abre tu cartera’” —Y metió algo. Cuando llegué le eché el cuento a la patrona y hablé de lo contenta que estaba, porque ahora el niño tendría su padre legal, pues yo siempre tenía miedo de que, al igual que tantas muchachas, me dejara por allí, por otra mujer, y tuviera yo que cargar, madre y padre, solita con la criatura. En fin, mi patrona, ni siquiera conocía al hombre y todos los días me sermoneaba diciéndome: —“Ustedes las domésticas siempre se dejan engatusar por esos policías, que son unos vivos y aprovechados, oye —preguntaba— ¿Y no será hasta un negro timbo?” —Y yo le contestaba que era negro y bien timbo, pero que estaba clase y parecía gente buena. Esa tarde no me atrevía a ver el paquetito que el hombre me echó en la cartera, porque soy supersticiosa. Estaba envuelto en su pañuelo olía a una colonia que yo le había regalado. Al acostarme, ya en la cama, fui abriendo el envoltorio y adentro había cien dólares en cinco billetes de a veinte y éste par de aretes de coral negro, que cargo puesto. Había algo escrito en el talonario del cheque que decía así: —“Cholita linda de la sierra... Esposa del sargento ‘Macho’, los aretes te los traje de Cuba; los cien son

propiedad privada de 'Machito', para que no le falte, lo necesario, cuando nazca. Un beso. Tu sargento 'Macho de Monte'".

Así fue. Ya le dije que nos casamos el once de diciembre, y habíamos quedado, él y yo, en que pediríamos permiso, para pasar la nochebuena donde mi "mama", en el campo. Ella se iba a alegrar mucho, lo mismo que mi tata, de vernos casados. Pero esa fue mi mala suerte, pues... no fuimos nada.

El veinte de diciembre, miércoles, creo si la memoria no me falla, ese año de 1989, vinieron los gringos con su guerra. Al pobre hombre, el tata de "Machito" lo mataron. Me dijo un compañero, después de mucho averiguar yo, que desde una tanqueta le dispararon con algo tan terrible que lo partieron en dos.

Y después fueron mis llantos y mis dolores. Como una perra buscaba a mi perro, por doquier. Menos mal que se portó bien la patrona y me llevaba en su carro. Pero, por ningún lado aparecía, en ninguna morgue. Fui al Gorgas, al campo de concentración de Nuevo Emperador; él ni siquiera aparecía en las listas de muertos. Después, alguien me dijo que los gringos depositaban a los cadáveres despedazados y los metían en esas bolsas negras de botar basura, y desde helicópteros los lanzaban en la bahía, en el mar; adentro iba una bomba, que en las profundidades estallaba...

¡Pobre hombre!... Y su 'Machito' todavía en mi barriga, y él, el hombre, el sargento... sus pedacitos de huesos y sus lindos dientes blanquitos, en el fondo de la mar; allá, tal vez, con los pececitos y los

*Y su 'Machito'
todavía en mi
barriga, y él,
el hombre, el
sargento...
sus pedacitos
de huesos y
sus lindos
dientes blan-
quitos, en el
fondo de la
mar.*

camaroncitos, que les rezarán algún rosario de agua y de sal, con algún caballito de mar y caracoles rosados.

Y por eso digo, que este “Machito” que ha de nacer, jamás podrá ver a su tata, el pobre negro, y sólo en esa fotografía de los dos en la playa.

19

ESTÁN MATANDO A PAPADIOS

Miré el reloj y eran las 11 y 30 de la noche. “¡Levántate!” —le dije a mi esposo. Tomé el bebé de ocho meses y a la niña de seis años, y traté de arroparlos con mis brazos; salvarlos de la terrible pesadilla, que de pronto me envolvió.

En el multifamiliar, “24 de diciembre”, o sea “Nochebuena”, había una tensa situación; el aire de esos días, olía a pólvora. Ya la familia de María, había vivido los disparos del golpe militar del pasado 3 de octubre, porque el multifamiliar estaba a pocas cuadras del Cuartel.

Al oír las ráfagas, yo desperté primero y le grité a mi marido: —“oye párate”... —Hice lo mismo con mi hermano. —¿Qué pasa?— respondió el hombre, todavía medio dormido.

—¿No oyes?— le respondí —Nos matan.

—¿Estás loca?— Son tiros... todas las noches hay tiros.

—Asómate... mira —le dije— nos van a matar.

El hombre se asomó a la ventana. Una hilera de helicópteros negros, en fila, navegaban, sin luz, hacia el barrio de El Chorrillo. De pronto, ¡zas...zas!... de ellos salían ráfagas.

Vamos a la sala dije, allí podemos estar más seguros. Pero al momento nos dimos cuenta de que las balas

atravesaban las paredes. Los proyectiles eran de un grueso calibre. Por donde penetraban dejaban un hueco grandísimo. Era algo horroroso: entraban por entre las paredes de cemento, cruzaban cuartos, rompían cristales de las ventanas y penetraban en la sala. Pudimos ver que una de esas balas rompió la pared de la cocina y reventó el baño. Yo me sentí muerta. —“Oye— le grité a mi esposo —vámonos de aquí, nos van a matar”... Estos son los desgraciados gringos”...

Casi arrastrándose la aturrida familia salió del apartamento, cuidándose de que los vidrios rotos que cubrían el pasillo no fueran a cortar a los niños. Todo el mundo del multifamiliar, en esos instantes trataba de hacer lo mismo: huir... Y en ese momento se fue la luz. De los cuartos inferiores por las estrechas escaleras subía espeso humo, ya que habían sido incendiadas con las primeras ráfagas de los helicópteros. La sofocante humareda impedía el descenso. Entonces la familia de María decidió, con otros vecinos, resguardarse mejor, en el piso catorce, en donde estaban los elevadores, porque les pareció que allí las paredes eran de mayor grosor.

Pero entonces, la presencia de tanta gente elevó la pesadilla: unos lloraban, porque tenían familiares en los pisos inferiores y en otras casas del barrio. El ambiente era una sinfonía loca de gritos, y estallidos de bombas y cohetes en creciente escala, todo ello envuelto en ráfagas de humo sucio.

Cada segundo era peor que el anterior. Se sentía el estremecimiento del edificio, al estallar las bombas.

—“Cálmate niño— le decía yo al niño. ¿Sabes? tú tienes a Dios en el corazón”. —Él se tocaba y sentía el palpar de su corazoncito. —“Escucha, allí está Dios...”

¿Oyes que hace tun... tun?... Es porque Dios está allí, él te salvará”.

—“Sí, mamá, tócame tú; mira, ¡ay!... están matando a mi Papadios!”

El niño parecía paralizado de pánico, sin moverse, como una piedra oscura. La madre no sabía qué hacer. Las horas parecían larguísimas, la multitud encerrada en aquel piso no veía el momento de salir del infiernillo.

En la oscuridad, algunos parecían tranquilos y dispuestos a que les llegara la hora; otros trataban de contestar en coro el rezo que una señora había iniciado; los demás lloraban.

Había un vecino, casi trastornado por el impacto, que iba de un lado a otro, entre el gentío, tropezando aquí y allá.

—Quédate quieto hombre— dijo alguien —échate al suelo o te va a matar una bala.

—Hermano, por favor—rogó una voz de mujer— aquíétate y mejor reza; reza por nosotros, para que no nos maten a todos.

—Yo no rezo, soy ateo... ¡Ah!, ¿no querían gringos? Dizque los gringos traían no se que vaina de la democracia... ¡Je... je...je! Allí la tenemos... en mi cuarto, una democracia rompió la pared, y casi me saca la misma mierda, cuando rebotó... ¿No me ven cómo traigo este brazo?... Ni lo siento, ni tengo brazo, creo.

—Pero, por lo mismo, hermano rece y siéntese en el suelo.

El hombre seguía en su peripecia, iba a las ventanas y decía: gente, ya las casas de Calle 25 están todas incendiadas. Miren los resplandores de la muerte... Allá mi tía debe estar asada en las parrillas de la democracia gringa... ¡Ah!... ¿no querían gringos? ¿no querían bases militares ayer, hoy y después del dos mil, porque dicen que traen

Miren los resplandores de la muerte...

dólares y cuento? También la putería produce dólares... ¿Por qué los que quieren bases, no meten a todas sus mujeres y a todas sus hijas a putas?

—Respete, hermano...respete...

—Y a mi, ¿quién me respeta? ¿qué repeto tienen esos pilotos de los helicópteros por mi vida y la de ustedes, ¿ah? ¿Derechos humanos, conmigo? ¡Hum!... Miren ya está ardiendo calle 26... arde el mundo y nadie nos defiende.

—Hombre— dijo otra voz de mujer— mire. yo soy anciana, mejor rece con nosotras, yo sé que usted es buen cristiano, lo conozco... y Dios, todo lo puede... Él está allá arriba y nos ampara.

—No, querida vecina, arriba están los helicópteros. Si Dios todo lo puede, ¿por qué nos matan? ¿Por mis pecados?... Porque dejé a mi mujer, o porque ella me dejó, y porque fue verdad que le metí, varias veces, mis manos a otros prójimos. ¿Pero por esos trabajitos, nos matan? Señores... arde el mundo... y yo quisiera ir ahora, a meterme una cerveza bien fría a la "Mendoza"... Repito, gente... ¿Saben una cosa? Si Dios existiera, hubiera agarrado a ese Bush por los mismos huevos y lo colgaba, antes de echarlo a freir en las pailas del infierno...

Hermanos, vecinos, salgamos de aquí, de huevo a huevo, o vamos a quedar asados como un pueblo de perros muertos... ¡Afuera demonio!... ¡Afuera humo canalla!... ¡Afuera balas trazadoras! ¡Afuera gringo cabrón con todo su batallón!... Es la hora, llegó la democracia, la libertad, la justicia, ¡mierda!... todo llegó y nos jodió... Vamos: ¡levántense siervos de Dios!... que esta hijueputa luz naranja me va a pulverizar... ¿No oyen esa bárbara noticia de la muerte que nos manda el chucha de su madre de Bush?... Vamos: un, dos, tres, marchen hacia abajo... que esto se acabó...

—Hijo mío, rece, por favor.

—Abuela, sigan rezando ustedes y no bajen las escaleras para ver que les pasa...

Ya como a las dos de la mañana se escuchó una voz, que venía de algún poderoso altoparlante. La consigna decía: "A los que están en el cuartel, ríndanse porque los tenemos rodeados". Pero, al instante respondían ráfagas que salían del cuartel asediado, y de nuevo continuaba el contrapunto del tableteo, desde afuera. Los de adentro del cuartel resistieron, como hasta las cuatro de la mañana. Pero no pudieron más, cuando el armamento de poco calibre se quedaba sin municiones, frente al creciente ataque de helicópteros, aviones, barcos y de los cañones situados desde las alturas del Cerro Ancón, que remataban la ofensiva.

En esa espera larga yo me acordaba de mi mamá, de mi papá y me decía: "bueno, aquí nos vamos a morir"... Las bombas que reventaban, las balas, los rockets que salían de una llamarada roja con su rugido extraño y brutal, pensaba yo que me iban a partir. Como a las tres de la mañana se oyó de nuevo el anuncio: —"Ríndanse, porque los tenemos rodeados"... —Como a las cuatro, ya se oían ráfagas más espaciadas, pero del cuartel no había respuesta. Tal vez, ya los combatientes estaban heridos o muertos. ¡Pobrecitos!... ¡Qué bravos se comportaron!... un puñado de hombres contra el ejército más grande del mundo...

Ya serían las siete y entonces intenté subir a mi apartamento para buscar alguna ropa y la mamadera del nene, pues además me di cuenta, que en el apuro había bajado en camión. Pero me dio miedo entrar, porque todo estaba destruido. Mi esposo y mi hermano lograron llegar

y recogieron algo de ropa, un traje para mí, la mamadera la leche y nada más.

Luego bajamos, en ese trayecto algunos actuaban desesperadamente, otros pedían calma. En el piso nueve había más vecinos, lo mismo que en el quinto, en las mismas circunstancias de desnudez, horror y llantos. Al bajar a la planta baja, de una vez, nos encañonaron los soldados norteamericanos, con sus rostros pintados de negro y con el camuflaje de ramas que llevaban alrededor de la cabeza. Yo grité: "soy civil, y traigo niños".

El soldado con su arma me ordenó que siguiera. Estábamos rodeados de tanquetas. En la plaza, los automóviles de los inquilinos del multifamiliar estaban totalmente despedazados. Al vernos un norteamericano dijo en español: —"¡Oh, hay babies!"... Pero ellos tenían que saber que en esos multifamiliares había miles de personas. En español, otro soldado gritó: —"Vamos hacia Balboa".

Al caminar vimos muertos por doquier, cuerpos mutilados; por la Avenida de los Mártires tropecé con un cadáver que sólo tenía el torso, carecía de la parte inferior, parecía cortado como por un serrucho. Más adelante vi un carro, sobre el cual había pasado un tanque gringo y se notaba la persona totalmente desbaratada, adentro. Había otro, que al parecer trató de salir de su auto; la cara, hecha un horror y no tenía brazos.

Seguíamos la caminata; las gentes tenían que ir con las manos en alto; yo, desde luego no podía, porque cargaba al niño. Cuando salimos, las casas de calle 25 y 26, como decía el desesperado hombre en el piso catorce, ya se habían quemado. Hedía a carne humana chamuscada en todo ámbito del barrio. Al caminar seguíamos viendo

Como a las diez, llegó un camión con paquetes de comida y se formó una re-batía de la gente desesperada.

mueritos de lado y lado y aún, casas de concretos destruidas.

Ya casi llegábamos a Balboa, cuando los soldados nos hicieron correr. Entonces ellos empezaron a disparar contra las casas de la calle 27; lo hacían con sus tanques. Cuando miramos hacia atrás ardían las casas de madera. Así llegamos, pasando el límite, a Balboa. Allí encontramos a otros vecinos conocidos, gente triste y otros que lloraban. Nos tiramos al suelo. Como a las diez, llegó un camión con paquetes de comida y se formó una rebatiña de la gente desesperada. Los norteamericanos hicieron disparos al aire. Y ocurrió que mi esposo hizo fila desde las once de la mañana y todavía a las dos de la tarde no había recibido su bolsa de comida.

Mi esposo decidió que teníamos que irnos de allí. Nos levantamos y salimos. En eso se produjo un alboroto. Un hombre gritaba: —“Llegó la hora, gringos de mierda... viene el fin...” Era el pobre y traumatizado individuo que gritaba las mismas cosas en el piso catorce. En el revólver producido, soldados norteamericanos arrastraban al panameño en forma violenta y el hombre insistía: —“Si Dios existiera... gringos de mierda... habría colgado a Bush por los huevos...”

Los soldados empezaron a apalear al sujeto, y se oían gritos de la gente: —“No apaleen al hombre, que está herido y enfermo...” Era por gusto.

Cuando ya salíamos, un soldado nos preguntó en español: —“¿Y ustedes a dónde van? Y respondimos: “nos vamos” —Y el soldado contestó: —Bueno, allá ustedes si quieren morir, pues todo lo tenemos tomado”.

Sin embargo, aprovechamos el tumulto que se había formado allá con el vecino y los soldados y desaparecimos del área. Dimos algunas vueltas, pasamos por dónde

estaban las oficinas del tránsito. Allí vimos una grúa; el conductor estaba despedazado, y en la puerta había un enorme forámen. Pasamos por el Mercado de Abasto y salimos por Curundú. Ya a esa hora había empezado el saqueo. Seguimos y como a las seis de la tarde llegamos a Viejo Veranillo, en donde pudimos meternos en la casita de un familiar. Como a dos meses de la invasión, la familia de María visitó un centro de salud.

—¿Que le pasa al niño?— Preguntó el médico.

—Doctor, yo salí el 20 de diciembre de El Chorrillo, y desde entonces, varias veces, en las noches, el niño despierta con una fuerte pesadilla y me grita “Mamá, mamá, están matando a mi Papadios”. ¿Qué hago?

20

PUERTORRIQUEÑO ROMPECULO

—Lo único que me gusta de Puerto Rico es Daniel Santos.

—Oye, ¿y tú te acuerdas de ese himno de los puertorriqueños que dice dizque: “sale lleno de contento, con su cargamento para la ciudad”...?

—Se llama “Lamento borincano”... claro, es lindo... lo que pasa te digo, es que, mira tú dónde están en el mapa, acá abajo en el Caribe, pero dicen que son gringos... Tienen, bandera, y total no la tienen, porque aquí vienen con la de las barras y las estrellas.

—Bueno, pero allá todo el mundo no es así. Recuerda que hubo un Albizú Campos, un Martí borinqueño.

—Cierto, pero estos carajos que traen acá, y que se las tiran de mucho, porque son del Army... total, ¿qué? Son verdaderos mercenarios del dólar. Matan por el dólar. No tienen otra patria. Y mira, allá en la isla hacen elecciones y la mayoría vota para ser gringo. ¡Qué vaina! Lo mismo va a ocurrir en Panamá, si dejamos sueltas las manos de los vendepatrias descarados y los que se ponen máscaras de torrijistas.

—¿Tú crees?

—¿Y por qué piensas que nos tienen ahora en este campo de concentración de Nuevo Emperador?

—Mira te voy a contar algo: En la mañana del 20, cuando ya sabíamos que la ciudad estaba invadida, como voluntario que soy de la Cruz Roja, hace años, corrí con un grupo

a ver que se podía hacer. Alguna gente que huía nos dijo: —“No vayan, porque ni a las ambulancias de los hospitales las dejan pasar” —Sin embargo fuimos, lo más cerca de El Chorrillo, y en un retén nos paró un soldado invasor. El tipo nos apuntaba con el fusil —“Paren o disparo” —gritó en español caribeño.

Yo con la banderita de Cruz Roja en la mano, y en alto, le advertía: —“Somos de la Cruz Roja y venimos a socorrer heridos” —El soldado volvía a repetir: —“Alto, o disparo”... —Nos quedamos paralizados frente a frente al puertorriqueño; él a espaldas del Cerro Ancón, y nosotros, de espaldas a los multifamiliares que están cerca del cementerio Amador. —“Devuélvanse, no hay paso, nosotros venimos a romperle el culo a los batalloneros” —dijo el soldado, mordiendo una sonrisa macabra. —“Pero tú eres latinoamericano, puertorriqueño” —le respondí yo. —“Soy norteamericano, ¿y qué? —contestó con más ofuscación el mercenario. —Además, como soldado tienes que conocer los acuerdos internacionales sobre la Cruz Roja, y nuestro trabajo” —“Ya le dije, no hay paso, andando”.

En eso, silbaron balas sobre nosotros. Una andanada que parecía venir de los multifamiliares. Nos tiramos al suelo. Yo pensaba que hasta allí llegaba mi vida. Pero del suelo nos levantamos, aún con la bandera blanca de la Cruz Roja. El que no pudo incorporarse fue el soldado puertorriqueño. Los batalloneros le habían roto el culo.

NO ERA TIEMPO PARA TELEVISIÓN A COLORES

Casi en todos los viejos cuartos de las casonas de madera de El Chorrillo bullanguero había televisión a colores, menos donde Chenchá García, la mujer del marino Papachón Pérez.

A veces los pájaros se enredaban en la selva de antenas y dijeron los pelados que un cuaco murió degollado en los alambres y con los vientos y el sol de verano, pleno de vidrio y sal, el pelicano se disecó, y colgado de la alta antena parecía un trapo viejo, movido por las brisas del malecón, porque el mar quedaba, allí, no más, a unos cuantos pasos.

Asomada en la ventanucha, en la sobretarde crepuscular, Chenchá García aguaitaba la finura del horizonte lila y azulenco, para ver si regresaban los barcos camaroneros, porque en uno de ellos, el “Águila del Mar”, regresaba Papachón Pérez, con su mecha negra, de pelo ensortijado, sobre la soleada y curtida frente, y con la abultada barriga desnuda, sin camisa. Ella sabía que el más famoso marino y pescador del barrio le traía corvina seca, y langostinos suculentos, plato de los millonarios y de los dioses locales.

—“Mama”, trépame para ver si viene Papachón—le pedía la niña de seis años.

—¿Y para qué quieres que venga Papachón?— respondía la madre.

—Porque él me lleva a comer helados y tú nunca me quieres comprar helados de coco.

—No seas embustera.

—Y también para darle un besito.

—¿Uno nada más? ¿Se te acabaron los besitos? Yo le doy mil.

—¡Uh!... “mama”, yo le doy un montón, montón de besotes.

—¿Sabes, niña? Yo quiero que tu padre venga, para ver si el muy sinvergüenza me compra, al fin, la televisión a colores.

—¡Ay sí!, para yo ver los muñequitos.

—Y yo, mis novelas.

Pero sobre la gran esmeralda de la mar no aparecían los barcos camaroneros. Sólo navegaban los inmensos trasatlánticos que entraban o salían del Canal, y yates de los coroneles norteamericanos de las bases militares, a veces perseguidos de bandadas de gaviotas blancas y tijeretas negras.

Pero cualquier tarde llegarían y tal vez, Papachón fajado de billetes, si la pesca era buena, porque entonces la cooperativa dueña de “El del Mar”, repartía mayores dividendos.

2

—Ya tú me tienes cabreado con esa bendita televisión a colores, oíste Chenchá.

Te he dicho que primero hay que abonar las letras, para que, al fin, nos entreguen los papeles del cuarto del edificio que ya están terminando, y así saber, oye, que tenemos algo, aunque sea ese apartamentito— respondía a menudo Papachón a su mujer, cada vez que en la mesa, o en la cama, le hablaba de la televisión a colores, de dieciséis pulgadas.

—¿Y a ti no te da pena, que yo tenga que ir donde la vecina a ver la tele?

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? Es tú berrinche de ver

—Je, ¿qué te pasa Papachón? ¿no sabes que fui a una reunión de mujeres que me puso clarita? Se acabó el poder masculino, loco.

esas porquerías de novelas. Yo me paso quince o treinta días en el mar y no quiero ver ninguna vaina de televisión.

—Claro, hombre, si cuando vienes te la pasas en la cantina chupando cerveza... Y yo, sin saber de ti; al menos si tengo la televisión me entretengo con la niña.

—Bueno, Chenchá, no jodas; ya tendrás la tele, para navidad, mi amor...

—Lo que pasa, ¿oíste?, es que me voy a poner, de nuevo, a vender ceviche. La última vez te pusiste todo celoso, ya que pensabas que me estaba acostando con el barrio entero, porque la gente venía a comprar y me paraste el negocio.

—No tienes para qué hacer eso; aquí yo soy el que lleva los pantalones y traigo la plata.

—Sí, ese es el viejo cuento pasado de moda. ¿Pero cuántas veces que has demorado en el mar, no he tenido que salir con mi ceviche para comer y darle, aunque sea una avena a tu hija?

—Siempre sacas la misma tonada, Chenchá... siempre con el ceviche y la televisión a colores...

—Pues yo vuelvo al ceviche; así recogeré una parte, y la otra la pones tú, y será para esta nochebuena, a mediados de diciembre y no para el dos mil, ¿oíste?

—Y ahora pareces política...

—Je, ¿qué te pasa Papachón? ¿no sabes que fui a una reunión de mujeres que me puso clarita? Se acabó el poder masculino, loco. Y ahora la vaina es sencillita: o me quieres, o no me quieres. ¿Te dormiste? ¿Ya no me oyes? ¡Condenado!...

—¡Qué dormir del carajo!

—Claro, como que vienes hasta las guachas en cerveza...

—Lo que pasa— le respondió Papachón incorporándose de la cama— es que ustedes son la misma vaina. ¿Sabes lo que me dijeron los muchachos? Que los negocios de la Cooperativa no están tan buenos, como la gente cree; hay

mucha competencia de las compañías camaroneras grandes y la cosa está dura. Esta última vez, casi llegamos a Costa Rica... y poco camarón. Además, las cosas se están poniendo muy feas. Dicen que los gringos se van a meter aquí, con todo, para echar a los militares abajo y volverse a coger el país. El otro día, te dije, una patrullera norteamericana nos abordó, dizque, porque tenían noticias de que traficábamos armas y cocaína... Y nadie puede impedir que ellos hagan lo que les da la gana en este país de mierda. Ese es el miedo que tengo, ¿te das cuenta, cevichera? ¡La mejor de El Chorrillo y del mundo!... Aver, amor, hágase para acá y déme un besito...

—Primero, lávate esa hedionda boca, de puro alambique.

3

Y cuando, antes del ocho de diciembre, día de la madre, regresó “El Águila del Mar” repleta de langostinos, Chenchá vio subir al loco de su marido, con la gran caja de televisión a colores, de dieciséis pulgadas, ayudado por tres de sus camaradas marinos.

—¡Ey!...—gritó Papachón —¿aquí vive Chenchá García, la cevichera?

—Acá— contestó sorprendida la mujer... Suban...

—Aquí está tu vaina, para que no me friegues más muchacho, allí sobre la mesita; abran el tamal.

Esa tarde, Chenchá brindó ceviche de conchuela, con picante de ají picopájaro y una sopa de mariscos. En la noche invitó a sus vecinas, unas mulatas muy alegres, y en el cuarto doce del tercer piso, donde la Chenchá, se formó el bailoteo con música de salsa y de merengue, a todo volumen, hasta las cinco de la mañana, cuando en fuego y tarareando los sonos se fueron los marineros y las marineras.

Chencha García parecía iluminada de amor y de televisión a colores. Nunca fue tan feliz como esa noche.

—Yo sabía negro— le musitó en la oreja de Papachón Pérez —que tú me ibas a dar esa sorpresa... Ven a la cama, papá, que Chencha, la cevichera, sabe hacer otras cosas, y te la va a pagar al doble— Y en eso los cogió el sol marino, como un tiburón refulgente, en plena guerra de amor, de luz de sal y de brisa y camarones langostinos, succulentos, a la parrilla.

Arriba del cielo de la madrugada de diciembre revoloteaban las oscuras maquinarias del aire y de la muerte como avispa gigantesca.

4

Después del ocho de diciembre, Papachón no saldría al mar, porque iba a esperar la navidad y el año nuevo, mientras hacían reparaciones al barco. Pasó una semana, dos tres, y aquella madrugada, los primeros bombazos hicieron tambalear la vieja casona de madera, y saltaron chispas y llamas por doquier.

—¡Putá!... ¿qué es esto? —gritó Papachón— Chencha... arranca con la niña, bajemos.

Y así la mujer semidesnuda, con una toalla por encima, y mientras envolvía con una sábana a la niña, corrieron hacia abajo, en el tropel de vecinos espantados, como fantasmas omnubilados, aquí y allá por los bombazos y las balas trazadoras del ejército de los Estados Unidos.

Un viejo carpintero salió al balcón a ver lo que ocurría y una ráfaga de ametralladora cincuenta lo partió por la cintura y el torso cayó del balcón al piso.

—¡Dios santo!..

Bajo el estruendo de aviones, helicópteros y disparos de todo tipo, las gentes huían en distintas direcciones, sin saber qué rumbo tomar. Ya se alejaban Chencha y Papachón, con la niña de la vieja casona de madera, junto a otros vecinos, cuando de repente Chencha gritó:

—¡Papachón, el televisor!

—¡Vamos, mujer, camina!

—Por Dios... Papachón, búscame el televisor, corre; todavía tienes chance.

—No seas loca, huyamos, es la guerra.

—Dame la niña, tú, anda sube... tráeme siquiera el televisor.

El marino corrió a la escalera y fue saltando de dos en dos los escalones, qué el conoció, desde tanto tiempo... Desde el día en que en un baile, en esos mismos cuartos, encontró a la Chench García, y bailó con ella toda la noche y después se la trajo a vivir entre los arpones de sus brazos de marino y pescador camaronero.

Una onda expansiva echó a la gente al suelo. Perros y gatos huían con la muchedumbre. Arriba del cielo de la madrugada de diciembre revoloteaban las oscuras maquinarias del aire y de la muerte como avispas gigantescas.

—Papachón de mi vida— gritó Chench— ¡baja pronto con el televisor!...

Entonces llegaron los tanques Cheridan de los norteamericanos y empujaron a los pocos vecinos que aún trataban de escapar de la matanza.

5

Varios días después de la invasión, voluntarios de la Cruz Roja hallaron, entre los escombros de la destruida y vieja casona de madera, en el tercer piso, en el cuarto de la Chench García, el cadáver putrefacto de Papachón Pérez, todavía agarrado al roto televisor a colores, de dieciséis pulgadas, con la mecha de su ensortijado pelo negro, sobre la soleada, marinera y curtida frente del marino de "El Águila del Mar".

22

SARGENTO McFARLAND

—Esa tal Adolfa se ve muy buena.

—Es una chola a todo meter.

—¿Tú crees? Pero se la tira de mucho y no quiere saber de negros.

—Es porque trabaja con esa gente, ahora se cree “rabi”...

—¡Jul!... pobre empleadilla.

—Pero esa gente tiene plata; mírale los zapatos que lleva y el bluejeans, lo último de la moda.

—Y cómo se menea.

—Así será en la cama.

—Pura propaganda.

—¿Tú crees?

—Como los políticos.

—Pero se ve bien, mírale el tumbaito que lleva.

—Dice que dizque no le gusta la cumbia y cuento. ¿Sabes? El otro día la invité a un tremendo baile ¿y sabes que me dijo?

—¿Qué?

—Que ella no baila típico, sino rock, reguee, y eso de las discotecas.

—Pero se ve réquetebuena

—¿Qué pasa loco? Tú estás caído con ella, ¿no?

—¿Qué?... Es que el negro quiere su chola...

Así conversaban, desde su andamio, en la construcción de un nuevo edificio, los dos trabajadores, que cada tarde veían salir del chalé de enfrente, hacia su jardín, a la bella

—Me lleva a la policlínica del Seguro Social— le señaló al taxista.

—¿Está enferma?— preguntó el chofer.

—No señor, voy a viajar.

Adolfá Pío, la empleada doméstica de los Vanderbilt Arias. Ella era una guapa chola, que a golpe de servir, por años, en la millonaria familia, ya poco menos que hablaba y caminaba con el mismo donaire de la patrona. Incluso —decía uno de los muchachos— que la chica, ya hablaba inglés y hasta había ido, con sus patronos, a Estados Unidos y a Europa. Pero no cabía dudas acerca de que la muchacha valía la pena, por su propia figura, sin necesidad de las imitaciones y los trajes que la poderosa señora de la casa le regalaba, luego de usarlos, como era costumbre en esa sociedad.

Y era verdad que uno de los obreros constructores estaba loquito por la muchacha, pero ella no le hacía caso. Con las bondades que tenía en el palacete donde trabajaba, no estaba para andar con patirrajados, ni boquisucios trabajadores, que al salir ella al jardín, le gritaban toda clase de piropos incluso algunos subidos y bajados de tono, como aquel que sonaba: — “si como caminas cocinas, chola hasta el concolón me como”... O uno peor: “No menées tanto la cuna que despiertas al chichi”... Una vez ella, se volvió y les gritó: — “¡Vulgares!”... Y en eso consistía el amor de los muchachos.

— ¿Sabes?— comentó uno de ellos— creo que esa muchacha anda en algo.

— Todo mundo anda en algo.

— No seas tonto, digo que en algo por debajo de las sábanas... Y es más viva de lo que tú crees.

Un día Adolfá Pío, la empleada doméstica de los Vanderbilt Arias, tomó un taxi y se dirigió a un laboratorio de exámenes clínicos.

— Me lleva a la policlínica del Seguro Social— le señaló al taxista.

— ¿Está enferma?— preguntó el chofer.

— No señor, voy a viajar.

— ¿Y para eso tiene que examinarse?

— Sí, voy a los Estados Unidos.

— ¿A Miami?

— No, a Denver.

— Debe usted tener bastante plata...

— No, ojalá— la muchacha se sonrió —Voy con los patronos.

—Cuando la muchacha regresó del examen de sangre se bajó de otro taxi, desde arriba de los andamios la vieron los trabajadores, y como de costumbre empezaron a silbarla.

—Te das cuenta— dijo uno de ellos —la tipa nada más anda en taxi, ni que fuera la patrona.

—Tú no eres sino un envidioso; no pareces obrero.

—¡Je... je... je!, sufres ¿no? Pero claro yo sé que la patrona viaja en Mercedes Benz; en algo anda tu novia, loco: sapéale el estilo de cerrar la verja, como la gran dama.

—Estás picado eso es todo, total, porque no te ha hecho caso.

—Y a ti mucho menos, Romeo pobretero.

El paisaje urbano del elegante barrio de la patrona de Adolfa Pío, frente a cuyo chalé construían el edificio de apartamentos, varió radicalmente, un viernes trece precisamente, a las diez y media de la mañana. Llegó, de pronto, un auto oficial procedente de la Policlínica del Seguro Social y un funcionario, vestido de blanco, se bajó y tocó el timbre. Entreabrió la puerta Adolfa, con cierto aire de extrañeza.

—¿Vive aquí la trabajadora Adolfa Pío? —preguntó el funcionario.

—Sí, señor, soy yo misma; ¿que se le ofrece?

—Necesitamos hablar con usted.

—En eso, por una ventana del altillo, se asomó la patrona y preguntó: “¿A quién buscan?”

—Dicen que a mí, señora.

—Señora— dijo el funcionario —somos de la Policlínica del Seguro Social y necesitamos hablar con la señorita Adolfa Pio.

—Un momentito— dijo la señora —bajaré enseguida. ¿Tú, Adolfa, diste la dirección a los señores?

—Bueno, como me hice el examen de sangre, me pidieron los datos.

—Díganme señores, ¿cuál es la razón de su visita? ¿Quiénes son ustedes?

—Yo soy médico; tome mi tarjeta; la señorita es enfermera del departamento social. En realidad la entrevista era con la trabajadora que fue al examen de sangre, pero si ella no tiene nada en contra, podemos hablar con usted también. Es más, necesitamos que esté al tanto del asunto.

—Muy bien, señores, hablen.

La inusual situación creó un enrarecimiento del aire refrigerado en la espaciosa y moderna sala de recibo de los Vanderbilt Arias. ¿Qué podría ser el caso de tan inesperada visita?

—Bien— dijo el doctor un poco preocupado por su misión —el lunes, esta joven Adolfa Pio, ¿así es su nombre, no?, pues acudió a nuestra clínica para hacer un examen de sangre. ¿Fue el lunes, verdad?

—Si— respondió la muchacha.

—Bien, ya tenemos los resultados. Aquí están pero debemos informarle, como debe ser de su conocimiento señora—dijo el médico refiriéndose a la patrona—que ahora la rutina exige la prueba del VIH o sea, si es portadora del virus del sida.

—¿Y entonces? — preguntó la patrona.

—Bueno que el examen resultó positivo, ella es portadora.

—¡Ay Dios mío! —exclamó la patrona— Eso no puede ser — y clavó una desesperada mirada en los pobres ojos de la

Además, usted sabe que el sida no se transmite, sino por vía sexual o por transfusión de sangre...

empleada; ojos que en ese instante habían perdido, como por un corte de circuito violento, toda la plenitud que tenían cuando la muchacha pasaba frente a los andamios, desde los cuales, los obreros la piropeaban.

Adolf, que desde luego estaba al día del significado de esa terrible enfermedad recibió la sentencia de muerte, como una puñalada y se derrumbó en un mar de llanto, casi en brazos de la enfermera, porque la patrona, espantada de la fulminante noticia se retiró como a tres metros de su empleada.

—Señora— dijo el médico— todavía el estado de Adolf no es de gravedad, pero requiere de un tratamiento.

—No, doctor, ella se tiene que ir de aquí inmediatamente, de una vez— gritó la patrona, mientras la muchacha dejaba de llorar y la miraba con los ojos de una ternera mortalmente herida.

—Mire señora— dijo la enfermera —usted perdone, pero el caso debe ser investigado, pues ya ha entrado bajo nuestra responsabilidad, para los efectos inmediatos. Además, usted sabe que el sida no se transmite, sino por vía sexual o por transfusión de sangre, de modo que no debe temer nada, si la tiene en casa.

—No, tú Adolf, arregla tu maleta y te vas de aquí hoy mismo; te daré el dinero. Vete donde tu prima, pero ya, inmediatamente, porque yo no quiero saber lo que mi marido vaya a decir cuando lo sepa.

—Y se puede saber, señora ¿su esposo está en la ciudad? —preguntó el médico.

—No, señor viene dentro de algunos días de Europa.

—Bueno— dijo el doctor —usted Adolf, serénese. Mañana a más tardar como a la once vuelva a la clínica. Tenga esperanza pues hoy la medicina investiga mucho, y según su estado, tiene por delante aún varios años, sin problemas

mayores. Pero debe vernos rápidamente y no intente huir como han hecho otras muchachas, pues de esta enfermedad nadie puede huir.

Al día siguiente, los muchachos de los andamios no vieron más a la rumbosa Adolfa Pío, ni tampoco el resto de la semana. Como siempre querían lanzarle los piropos gruesos y delgados y silbarla al son del caminar suyo, con su meneo y las miradas llenas de coquetería y menosprecio, a la vez.

El lunes fue el escándalo, porque en uno de los periódicos matutinos, en primera plana apareció la foto de una muchacha que había intentado echarse del puente de Las Américas, sobre el Canal. Según la nota, soldados norteamericanos, que en esos instantes pasaban dicho puente, lograron atraparla ya cuando casi se echaba al espacio. Según el tabloide, la cédula de identidad personal de la suicida fracasada tenía el nombre de Adolfa Pío. Y como era de esperar, el equipo especializado de la Policlínica, acudió a rescatar a la empleada, que parecía ida del mundo, cuando todavía no salía del traumático choque.

—¿Qué te dije, loco? —comentó uno de los trabajadores de los andamios—. Esa muchacha andaba en algo raro.

—¡Pobre mi Adolfa! —se quejó el supuesto novio—. Matarse teniéndome a mí...

La muchacha bajó la cabeza, mientras con el dedo gordo del pie izquierdo trataba de hollar el mosaico del piso.

—Tienes que decirme con qué hombre anduviste en esto, porque así evitaremos más contagios —insistió la enfermera.

Era la segunda sesión de preguntas, luego de salir de

la crisis que le produjo el intento de suicidio, pero aún la pobre Adolfa, la que había sido coqueta y rumbosa novia de los trabajadores de los andamios, no decía palabra al respecto.

—¿Tienes novio? ¿Cómo se llama? Fuiste para el carnaval al interior? ¿Bailaste? ¿No te gusta el típico?

Pero resultó infructuoso el monólogo, la chica no contestaba.

—Mira, niña, te vamos a tratar muy bien, tienen un mundo por delante, te enseñaremos cómo debes conducirte. Pero dime algo.

—Yo sé que me voy a morir y por eso mejor me mato —dijo la muchacha.

—No seas tonta, acaso no te dijo el doctor que tu estado no es grave, y con el control puedes vivir varios años. Oye, ¿y si durante esos años se inventa un medicamento para curarte? Tú estás muy joven. Pero dime, ¿acaso no quisieras ayudar, también al hombre con quien anduviste? ¿Con quien tuviste esas relaciones sexuales. ¿Era tu novio o fue algo pasajero?

Fue por gusto, ella no habló. Pero al día siguiente mandó a buscar a la enfermera, en horas de la mañana. No había dormido durante toda la noche y sentía que iba a reventar de miedo, de angustia, de locura.

La enfermera acudió, la llevó al cubículo respectivo y la muchacha, esta vez, fue directo al caso, como si de nuevo tratara de echarse puente abajo.

—Me vas a decir algo, ¿Adolfa?— le dijo.

La enfermera clausuró allí la entrevista. Llamó al médico jefe, tomaron el auto y se dirigieron rápidamente al exclusivo barrio, y como la vez anterior, tocaron el timbre de la casa donde Adolfa había construido y gozado sus sueños de empleada rica en familia rica.

El hombre se levantó de la silla, dio un portazo y salió con un rostro pálido de exorbitados ojos y de supremo espanto.

—¿Qué desean?— preguntó la nueva doméstica de la mansión.

—Deseamos hablar con el señor o la señora Vanderbilt.

—Un momento— contestó la mulata Jacqueline. En eso apareció la patrona.

—¡Ah!, los señores médicos... ¿Me traen acaso la nueva de que Adolfa ha muerto? Yo vi las noticias.

—No señora— contestó el médico— necesitamos hablar con su esposo.

—Pues si se trata de correr con algunos gastos tendrán que esperarlo; él debe llegar temprano, en la mañana.

—No se trata de gastos, pero es necesario que él acuda a vernos mañana, cuando llegue.

—¿Qué ha ocurrido señores? ¿Tenemos alguna culpa del intento de suicidio de la muchacha? ¿O es que nos denunció porque la echamos de aquí?

—No, señora, estos asuntos, no nos conciernen— contestó el médico —Es algo personal, con el señor Vanderbilt. Cuando llegue dígame que se comuniqué con la clínica, lo más pronto posible; aquí le dejo mi tarjeta.

Una semana después acudió el señor Vanderbilt a la Policlínica, y en el cubículo de la sala especializada correspondiente hubo la siguiente información, en forma escueta, de parte del médico que había tratado el caso de Adolfa Pío.

—Señor Vanderbilt, debemos decirle que la joven Adolfa, la trabajadora doméstica de su casa, de cuyo caso suponemos que está usted debidamente informado, nos ha dicho que tuvo relación sexual con su persona y usted entiende las implicaciones.

—¿Qué?— respondió sorprendido y ofendido el patrón —¿Cómo se atreven ustedes a decirme semejante cosa, y hacer juicio de esa loca?

—No se trata de un juicio, señor; es nuestra responsabilidad en este campo y lo hacemos con el mejor interés de la comunidad, y en este caso de su persona. Debemos darle seguimiento al caso y usted debería hacerse un rápido examen, para su mejor seguridad.

—Miren, ni sé por qué vine a esta porquería de clínica... pensé que se trataría de dar algún apoyo para esa loca; pero ¿cómo es que tratan un asunto así frente a una persona como yo? Acaso soy una chusma cualquiera de las que aquí viene?

—Para nosotros, señor don, no hay ni chusma, ni rabiblanco,—contestó el médico —sólo portadores, enfermos de sida o gente sana. A todos tratamos por igual.

—Claro, por igual,— esa palabreja la conocemos, fue lo que le dejaron los militares comunistas... pues no me llamen de nuevo para ninguna de esta mierda... que yo no soy igual a ustedes!...

El hombre se levantó de la silla, dio un portazo y salió con un rostro pálido de exorbitados ojos y de supremo espanto.

—Será peor para él— comentó la enfermera. ¿Qué hacemos? Nos dijo chusma.

—¿Nunca ha tratado a esa gente?

—No.

—Son así. Y esto es parte de nuestro oficio en esta rama. Uno quiere hacer el bien y recibe portazos.

—Pero no de todo mundo— dijo la enfermera.

—Claro. Es que éste es un Vanderbilt y no una doméstica cualquiera. No levamos a echar la policía, porque usted sabe... ahora son ellos los que están arriba.

—Es decir, doctor, que usted le tiene miedo?

—Y quién no tiene miedo, en este momento?

—Yo no tengo. Tuve horrible miedo durante la invasión.

—No sabe que este señor es uno de los que salen y entran

por la Embajada, como Juan por su casa? Pero yo sé lo que hará.

—¿Se matará?

—No. Va corriendo a una clínica privada exclusiva, os e embarca esta misma tarde para Miami. Hay que entender, de todos modos, que ha recibido la información como una sentencia de muerte, y como además yo soy negro... pues mire qué desgracia para él.

—¿Qué te dijeron en la clínica?— le preguntó la señora al enfurecido y atormentado señor Vanderbilt.

—Cosas de la Adolfa.

—¿Tenemos que indemnizarla? ¿Cuánto es?

—No me preguntes déjame tranquilo.

Lo que se derrumbaba ahora no era el ensueño de la muchacha rumbosa, la supuesta novia de los muchachos de los andamios, sino todo el castillo del señor Vanderbilt. A pesar de las pastillas somníferas no pudo dormir un jeme de la noche. Tampoco la patrona pudo hacer otro tanto. En la mañana, pálidos y desencajados por la vigilia inútil, ella intentó volver a las preguntas, pero el hombre la apartó, en forma indebida, mezcla de desesperación y de irascibilidad.

Después el patrón desapareció de la casa; iba quizás a la inspección diaria por sus empresas, pero en realidad acudió a donde un médico, amigo íntimo, dueño de una clínica privada, y como quien se dispone a echarse desde el puente de Las Américas, sobre el Canal, le planteó, sin más ni más, a lo que iba.

—Max, vengo casi muerto; ordéname con toda discreción un examen de sangre.

—¿Para qué?

—Eso que se llama VIH, creo.

—¿Qué te sucede, amigo? — preguntó el médico.

*Dime linda—
insistió el mé-
dico— antes
que el señor
Vanderbilt,
¿con quién an-
duviste?*

—¿Qué es lo que no me pasa?... ordena esa prueba, por favor.

Rápidamente, del laboratorio vino el resultado. El médico lo leyó.

—Lo siento, amigo; dio positivo.

El patrón se llevó las manos a la cabeza.

—Sabes, apenas eres portador; lo siento, pero tu mujer debe pasar el mismo examen. Cuanto antes, mejor.

—¡No! Prefiero morirme.

—Pero debe hacerlo.

—Entonces, amigo, llámala tú; explícale todo. Yo ni siquiera regreso hoy a la casa— alcanzó a decir el liquidado empresario y amantísimo esposo.

Y como era de esperar, la hecatombe, el sismo, el cataclismo universal de la familia Vanderbilt Arias aconteció cuando el resultado del examen, igualmente venía marcado con el código de positivo. Y como en el pequeño mundo, pese al secreto de tan dura realidad, quiso ser guardado bajo espesas láminas de plomo, no se sabe cómo la nueva empleada, la mulata Jacqueline, huyó despavorida de la hermosa cueva de oro de los Vanderbilt. Y al verla huir, los trabajadores de los andamios, la detuvieron y le preguntaron por qué se escapaba en esa forma. La morena casi les gritó: —“No saben que los Vanderbilt tienen el sida? Se la pegó al patrón una tal Adolfa, la empleada...”

—¡Chuchi!— exclamó uno de los supuestos novios de la muchacha.

—¡De lo que te salvaste, mano!— dijo el otro.

Pero como el personal médico de la Policlínica aún estaba insatisfecho, con la indagatoria realizada en esos días a la Adolfa Pío, insistió, mediante diversos recursos, desde amenazas y así, al fin, Adolfa reveló su verdadero pecado original y desenredó el nudo.

—Dime linda— insistió el médico— antes que el señor Vanderbilt, ¿con quién anduviste?

—Doctor,— contestó la muchacha— el primero fue el sargento Rony McFarland, paracaidista, de la 82 División Aerotransportada, que vino con la invasión.

Entonces, de la clínica, comunicaron a sus colegas médicos de Comando Sur.

Días después, el cuerpo médico de dicho Comando les comunicó lo siguiente: —“Sargento Rony McFarland, positivo”.

23

HAY UNA ESPERANZA

En la casa de Victoria eran cinco, ahora quedaban cuatro. ¿Dónde poner ahora, al menos una cruz rústica, hecha de macano, de guayacán, de cocobolo o de nazareno?

—Oye— le decía al marido, que era Macho de Monte— los gringos nos van a invadir.

—No sé. Arriba dicen que son puras maniobras y provocaciones, Victoria, provocaciones.

—¿Pero no has visto los dos golpes que le han dado al “man”? Eso fueron vainas de los gringos. Ahora todos ustedes están divididos, a ti te trajeron, por eso mismo de Río Hato, y ya no saben quién es quién. Nos van a invadir, te digo, me lo dice el instinto de mujer.

—Esto no es cosa de instinto; dicen que lo van a manejar diplomáticamente.

—¿Quién dice, oye?

—Dicen, pues...

—Y lo peor, y tú lo sabes, es que no hay plan, porque todo anda envuelto en la desconfianza, y hasta las municiones faltan, y cómo dices tú que lo van a resolver por arriba... Creo que esto se va a ir para el fondo.

—“Ombé”, mujer no seas pesimista.

—Como tú dices, esto no es cuestión de pesimismo; aprendí en una charla, que siempre hay que tener, por lo menos tres alternativas. Tú hablas sólo de la diplomática;

están creyendo en los pajaritos “preñaos” y repites como loro que ahora terminó la época de la confrontación, que todo es globalidad, cooperación, y que nos vamos a dar besitos de lengua con esos infantes de marina que están llegando; puras güevadas, puras güevadas... Eso lo manda a decir la misma CIA...

Vi cuando una tanqueta de las Fuerzas de Defensa fue partida en dos, por el impacto de un rocket norteamericano.

—Veremos...

—Sueños veremos. ¿O es que hay miedo arriba?

—Hablas demasiado.

—Porque veo poco y tú lo sabes bien, ¿a dónde fueron a parar los RPG, las cuatro bocas, los morteros? Tal vez la única victoria quede sólo en mi nombre: si es que no me entierran primero.

En la familia de Victoria eran cinco y tres andaban en los preparativos para resistir la agresión que amenazaba a Panamá. Ahora sólo quedaban cuatro.

Mire, voy a contarle lo que nos pasó: —“Los niños más chicos pasaron todo el bombardeo arriba, en los cuartos. El arma que yo tenía no era de suficiente alcance, y ante la ofensiva de los gringos tuvimos que replegarnos hacia Santa Ana. Vi cuando una tanqueta de las Fuerzas de Defensa fue partida en dos, por el impacto de un rocket norteamericano. En esos momentos, aún nuestras fuerzas resistían en el Cuartel Central, o en sus alrededores. Los helicópteros Cobras bombardeaban El Chorrillo.

Al recuperarme de los primeros momentos duros, me di cuenta de que mi hijo, un miliciano de dieciséis años, salió por otro lado y me desconecté totalmente de él. Desde luego, mi marido, ¿quién sabe a dónde había ido a dar? porque el estaba dentro del propio cuartel cuando los primeros bombazos.

Yo era del Batallón de la Dignidad, y toda la noche

estuvimos en el combate. Pasaron tantas cosas, que las confundo a veces, pero bueno, a las dos semanas del ataque yanqui, aquel diciembre de 1989, regresó el muchacho que se había remontado hacia Cerro Azul, con otros compañeros. Pero mi esposo no volvió.

Yo combatí hasta el día 26. Después me dediqué con otras compañeras a asuntos de logística. Conducíamos a compañeros heridos al hospital. Nos vimos obligados a tomarnos una farmacia, ya que algunas de nuestras gentes no querían acudir a los hospitales que ya estaban en manos de traidores, y con la presencia de los gringos.

A todo esto, y al que encontraba le preguntaba por mi marido. Yo estaba segura de que no lo habían matado, porque conocía su capacidad, estaría en la montaña. Pero su desaparición no me dejaba dormir. Aunque ya no tenía casa, me dediqué a coordinar a los compañeros que al igual, habían perdido todo.

Estaba, pues, comiendo la amarga derrota, y resultaba vergonzoso y ruin ver a tanta gente, como babosas, arrastrándose ante los invasores. Y lo peor, cómo los medios de comunicación nos echaban toda clase de porquería a los combatientes, y se prestaban para la guerra propagandística que los gringos hacían: que venían zurriones de dólares para repartir por las cuatro esquinas, que ahora sí estábamos en un régimen de derecho y democracia, que los norteamericanos darían bonos de seis mil dólares, como si los niños pulverizados valieran tan poco.

¡Cuántas mentiras echaron a volar, y cuántos pendejos que se las creían!... Dijeron que nosotros, los de los Batallones de la Dignidad incendiábamos el Chorrillo, o sea, nuestras propias viviendas... En esto la iglesia jugó el papel más sucio, con el cura de la Iglesia de Fátima, un español llamado Javier Arteta, apoyado por el padre

Guardia. Arteta buscó a elementos que dijeran a los medios que fueron los batalloneros los que incendiaron el barrio, cuando en realidad el barrio empezó a arder, desde los primeros bombardeos. Este cura sinvergüenza, se retractó ante la televisión, mucho después y dijo que no estaba seguro y que los bombardeos habían empezado el incendio, pero ya el mal estaba fabricado en todo el mundo.

A nosotros, aquí en El Chorrillo, nos cayeron como si fuera una guerra mundial; en Paitilla y otros barrios de los rabiblanos, fueron, pero no a bombardear, porque ésa era su gente, los millonarios, sino a impedir que nosotros los batalloneros fuésemos allí a castigar a los traidores y a quienes pidieron la invasión.

*¡Pobrecito
hombre!...
creía que la
cosa era di-
plomática.
Pese a todo y
a su bravura,
no conocía de
verdad a los
gringos.*

Desaparecido su padre, mi hijo insistía en seguir la pelea y yo le dije, regresa. Pero el muy terco me respondió como en un discurso: “Buscaré a mi “papa” y seguiré, ésta no es una lucha tuya ni mía, es de la Patria”.

Ahora, yo que tenía empleo en el gobierno, casa donde vivir, casa estrecha y pobre pero casa, hoy estoy en la calle con los otros niños, sin saber qué nos va a pasar ni a dónde ir. Es la derrota que yo pensaba, pero bueno... Al fin, me hallé con un compañero de mi marido y él me contó lo siguiente: —“Nos fuimos hacia la montaña. Los helicópteros nos buscaban por doquier. Dicen que tenían computadoras especiales para captar con ondas de calor la posición de los nuestros. Estábamos muy cansados, ya que además no habíamos comido nada, desde el 20. En un principio, para sobrevivir, bajo al ametrallamiento indiscriminado de los helicópteros estuvimos metidos en el agua por unas cuatro horas. Y cuando salimos para enmontañarnos, ya no teníamos municiones para los fusiles.”

Me contaron que mi marido y otros compañeros,

demasiado rendidos, dijeron a los otros que adelantaran, pues ellos le seguirán más tarde. Parece que su error, fue que en la noche, él prendió un cigarrillo, empezó a fumar y de pronto recibió el balazo. Pero no he vuelto a ver a ese compañero que me lo informó para saber, realmente en qué punto de esos cerros lo enterraron. Él tenía cierta idea y me prometió, en cuanto pudiera distraer a los soplones del régimen títere, ir conmigo al posible sitio... ¡Pobrecito hombre!... creía que la cosa era diplomática. Pese a todo y a su bravura, no conocía de verdad a los gringos.

Pero bueno, aún tenemos vida. Esto empezó el 20 de diciembre y nadie sabe cuando ni cómo va a terminar... venimos así, desde los días del Cholo Victoriano Lorenzo. Sin embargo, en estos días iré con los míos, de todos modos para ver si hallamos el entierro, para poner allí o en donde esté, aunque sea una cruz rústica de palo de macano, de guayacán, de cocobolo o de nazareno. Aún hay esperanzas...



24

PAR DE LOROS

—Qué va doña, se los estoy dando baratísimos.

—¿Sesenta dólares por los dos? Es una locura...

—No exagere, doñita... es un regalillo.

—No hombre, rebájelos.

—Ay, doña, como dice el dicho, los ricos son los ricos, ¿pero qué son esos sesenta dólares para una dama como usted? Nada. Para mí, uno quince días de comida de mi mujer y ocho hijos comiendo nada: arroz con un poquito de frijoles, y un poquillo de frijoles con un poquillo de arroz. Pero bueno, lléveselos, como dicen los judíos, por cincuenta y nueve con noventa y nueve centavos; es una oferta.

—Además, usted señor sabe que esto va contra las leyes de conservación de la naturaleza, ¿no?

—Dicen... usted lo sabe también, ¿no? Pero si usted y yo los conservamos, no los matamos. Usted sabrá cuántos pajaritos se comen los gavilanes y otros pájaros en el bosque? Un carajal. Igual, usted doña, sabe cuantas gentes matan en las guerras? Un carajal...

—Usted parece político.

—¿Y quién no? Nadie sabe lo que cuesta coger un

par de loros. Mire estos dos loros son de una misma camada, y los tengo hace dos años. Son la verraquera en hablar. Mire, de copete amarillo, los mejores, habladoresísimos, hembra y macho, para sacar cría.

—¿Y sacan cría de loros?

—De todo se saca doña: de gente, de lagartos y de águilas, cuantimás de loros. La “cencia” está más adelantada que la puta madre, y perdone.

—¡Ay!, que mal hablado.

—No, y peor son estos loros. Y además, la hembra se llama Bonifacia, porque era el nombre de mi difunta abuela, y éste, el macho, buenísimo para insultar a la gente, es muy astuto y se llama Bonifacio, porque así se nombraba mi difunto abuelo.

—Pero bueno, señor, deje el discurso y hágame la rebaja, cuarenta dólares los dos.

—¡Meto! como dicen los chiricanos... son cincuenta y nueve con noventa y nueve céntimos. Dígame, mi linda, ¿cuánto gana usted al mes?

—¿Para que quiere saber?

—Bueno, para una “comparancia”.

—Déjese de chistes, yo quiero ese lindo par de loros.

—Si pero un perfume bueno, dicen que hasta vale más de cien dólares, y ese carro, ¿cuánto le costó, que tiene esas lindas letras de B.M.W.? Doñita, sea buena, ya verá el gusto que le darán mis loritos bellos. Bonifacia canta tamboritos y dice:

“La mujer que quiere a dos
no es mala sino advertida,
cuando una vela se apaga
la otra queda encendida...”

—¿Y sabe que le contesta el Bonifacio:

“La culebra en el espino
se enrosca y desaparece,
la mujer que quiere a dos
sólo el infierno merece”...

—¿Qué le parece doñita? La lora es algo boquisucia, pero no tanto como Bonifacio que ése si es el diablo diciendo palabras feas, sobre todo cuando ve mujeres. Además, sabe decir: “Yes”, y hasta ruso habla.

—Ruso, ¿y eso dónde lo aprendió?

—¡Qué se yo!... usted sabe cómo anda ahora el mundo.

—Le doy los cuarenta ya, cantantes y sonantes, hombre.

—“¡Niet... Niet...! —dijo el loro Bonifacio.

—¿Ya ve? ¿No se lo dije?, ¿que lindo no? Píquelo para que vea los gardemes y sanamabiches que echa.

—Bueno, hombre, ¿cuarenta y cinco con noventa y nueve?

—Hum, ya me va subiendo... ¿Pero sabrá usted, linda señora, lo que cuesta cazar loros? ¿Y más ahora cuando las autoridades nos corretean? Estos los cogí manglar adentro. Hay que rebuscar esos nidos que siempre están en la curumba altísima de los mangles. No hay manera de llegarle allá. Uno tiene que andar por entre las aguas, llenas de raíces y espinas, hasta las verijas, y aguaitar bien, si ya los pichones están de coger. Y hay que ver, en grado caso, para dónde va a caer el diablo del palo, cuando uno lo eche abajo. Después, señora mía, métale el hacha pero

Bueno saqué la mocha y llegando al punto, me dije:

“Toribio, porque mi gracia es Toribio Pedregón Ribalínera, para servirle”, y grité: “carajo, la culebra o tú”; allí le metí el planazo.

con mucho pulso, y luego cuando ese palo viene para abajo, a veces se queda, como me ocurrió en este caso, entrabado con otros árboles. Bueno para qué decirle... que me fui subiendo por aquellas ramazones, como si fuera ardilla, ¿y qué cree usted que pasó entonces? Que, ver los pichones colgados del nido, por otra rama fue trepando, chico taco, de culebra que iba a darse su buen almuerzo, yo para arriba y la culebra, también. ¡Maldita sea la culebra! Bueno saqué la mocha y llegando al punto, me dije: —“Toribio, porque mi gracia es Toribio Pedregón Ribalinera, para servirle”, y grité: “carajo, la culebra o tú”; allí le metí el planazo. Y más fue el susto, porque claro, la culebra no sabía con quién estaba tratando. Pero en eso un perico pendejo, de la camada de seis, se me cayó en el charco. Recogí el resto, y entonces me tuve que echar al agua para bucear al otro, que era este mismo, que yo le puse Bonifacio, para recordar a mi abuelo, que era muy puñetero, porque Bonifacio llamaba mi difunto abuelo, que Dios lo tenga en la gloria.

Oiga usted es mejor cuentista que vendedor de loros; pero bueno, lo dejamos en cincuenta dólares o nada.

—Gracias, entonces nada y mucho gusto de conocerla, adiosito; me saluda a su marido. —Dijo el vendedor de loros y empezó a pregonar, calle adelante: “Loros, loros habladores, de copete amarillo.

—Oiga amigo, regrese, tome sus sesenta dólares, hombre. Y sepa que no soy casada sino viuda.

—“¡Ay qué viuda más buenaza!” —terció el loro Bonifacio.

—¿Ya oyó, señora?... píquelo usted, para que vea las vainas que le va a decir... adiosito...

Y todo cuanto el vendedor de loros le dijo a la señora era absolutamente verdad. Al habituarse el par de loros al nuevo ambiente, en una casa en el área de la ciudad de Balboa, justamente en la calle que debajo del Puente de las Américas, se dirige a Amador, empezaban, desde buena mañana sus tonadas de tambor y sus palabras raras y demás indecencias aprendidas de Toribio Pedregón Ribalinera:

—Toribio, no seas pendejo, dame guineo.— gritaba Bonifacio.

—Dame la pata Toribio, mariconcito.— contestaba la Bonifacia.

—Yes... Yes...

—Niet... Niet..

—Aprieta el culito, Toribio, porque la muerte no es pendejá... ¡ay ombe!— gritaba Bonifacio...

—El culito... el culito— respondía Bonifacia... dame el piquito...

Aquello resultaba un verdadero "show", para el vecindario extraño y heterogéneo que allí vivía.

—Y así la viuda se hizo más famosa, al pasar los años, con sus inteligentes loros, que ya sabían más inglés que español, porque a la casa llegaban varios oficiales norteamericanos. Un capitán le ofreció quinientos dólares por uno de los loros, pero la viuda no aceptó.

—Los pájaros recorrían los árboles de la barriada, situada en las faldas del Ancón, y se daban banquetes de mangos y jobos maduros que allí abundaban.

Diariamente bajaban en el chalé de una familia norteamericana que laboraba en el Canal y allá se pasaban el día cantando y jugando con perros y gatos

—Pasaron los meses, y cuando vinieron las primeras lluvias del invierno en abril, y cruzaron por el cielo bandadas de loros y pericos y otras aves que abundan en esos bosques del Canal

—“Mister Pico... Mister Pico”— gritaba Bonifacio cuando llegaba el jefe de la casa. Y el gringo se preguntaba: —“¡Oh! ¿de dónde sacar este loro que mi se llama Mister Pico?” —“Take it easy, dame la pata”— decía Bonifacia —“Veriguel... veriguel... respondía desde el mango, el Bonifacio. En las tardes los norteamericanos devolvían a la viuda sus loros parlanchines, los que al llegar a casa, aumentaban el cotorreo.

Se hicieron tan populares los Bonifacios, que participaron, incluso en un encuentro de loros afa-
mados, en donde alcanzaron la medalla de oro, y hasta hubo la propuesta de un coronel del Comando Sur, de presentar a los loros en un certamen que se realizaría en Miami, a nivel internacional, en donde competirían hasta loros de Brasil.

Pero no estaba en el programa de los hijos del manglar, los hermosos hablantines loros verdes de copetes amarillos, los hermanitos Bonifacios, lo que vino a ocurrir en la media noche del 20 de diciembre de aquel infeliz año de 1989. Porque los vuelos rasantes de los aviones y helicópteros y el estallido de las bombas, allí no más, en el vecino Chorrillo, fue tan estruendoso para sus tímpanos y sus corazones, que ya parecían corazones de gentes, que a partir de la mañana de aquel día, los Bonifacios dejaron de hablar, de cantar y chillar, como todos los días. Y por más que la señora les regalaba todo cuanto ya habían aprendido a comer, de golosinas nuevas, como manzanas, helados de chocolate... pues nada, no podían pronunciar palabra alguna, y tampoco subían los árboles, ni visitaban a sus vecinos. Estaban allí compungidos, espelucados y quietos como pájaros

embalsamados, sin pizca de alma y a veces, con los ojos cerrados.

—A ver, tú Bonifacia linda— le decía la viuda —di gracias... thank you... canta el tamborito de “Adiós florecita blanca”... Tú Bonifacio, dime cualquier cosa— y la doña le hacía cosquillitas sobre la cabeza —Di mi nombre: Justa... di, Justa. O cualquiera palabra tuya o de Toribio Pedregón: carajo, puta, sanamabiche... Habla lorito lindo.

Pero el loro no respondía absolutamente nada; además, casi no comían, ninguno de los dos.

Y como doña Justa pensó que los animalitos se iban a morir, días después, de aquella blitzkrieg norteamericana, cuando ya se pudo salir, buscó a un veterinario, para que viera a sus loros.

El especialista dijo, al examinarlos, que los loros lucían perfectamente saludables, que no parecían padecer de ningún mal conocido en esas aves.

—Y entonces, ¿qué debo darles, doctor?

—La verdad, señora, no sé. Es algo raro... ¿por qué no los lleva a un síquiatra?

—No sea malo, doctor, no se burle.

—Perdone, pero no tienen nada.

—Pasaron los meses, y cuando vinieron las primeras lluvias del invierno en abril, y cruzaron por el cielo bandadas de loros y pericos y otras aves que abundan en esos bosques del Canal, al parecer, los Bonifacios se alegraron del tiempo y de las lluvias. La empleada de doña Justa los observó una mañana muy temprano.

—Doña Justa, levántese; venga a ver a sus Bonifacios; creo que de nuevo van a hablar.

Doña Justa acudió presurosa y al acercarse a la pareja de loros oyó algo que trataban de palabrear, pero sólo repetían: —“¡Pun... pun... pun.. tra... tra... tra!”

—Y dicen que no hablaron nunca jamás.

—“¡Pun... pun... tra... tra... tra!...”

25

UNA FOTOGRAFÍA Y LOS DELFINES

A Julito Campbell, quien era el mejor primera base del equipo de béisbol de su barrio, se le había metido, sin embargo entre ceja y ceja que iba a ser marino, aunque Mamita Beny, su abuela y madre de crianza se oponía.

—¿Y por qué no quieres tú, Mamita, que yo sea marino?

—Porque los marinos se van muy lejos y no vuelven.

—Pero yo no iré tan lejos, Mamita— Pronto el Canal será de nosotros, y yo quiero pilotar esos barcos.

—¿Y por qué no te metes, mejor a doctor, niño?

—¿Con qué plata y que dinero?

—¿Y no que Torrijos, el otro día que visitó tu escuela, dizque te iba a conseguir una beca y cuento?

—Ningún cuento, abuela, pero yo la quiero para ser marino y eso de doctor, nada que me gusta.

Ya casi, al final de su bachillerato, el profesor de ciencias sociales le había dicho a su grado que Panamá era casi toda costas, pero la gente no sabía navegar. Y le agregó: —“Somos una de las más grandes potencias marítimas, pero no tenemos allí a nuestros marinos y capitanes.”— Julito no entendía que su pequeño y pobrísimo

país fuera así tan grande en el mar, y aparecía con más barcos que Japón y que Inglaterra. El profesor explicó: — “Tú sabes Julio, son barcos de bandera de conveniencia, desde luego, pero aún así nos faltan millares de marinos... ¿No te gustaría ser marino?”

Pero el problema que tenía Mamita Beny, con las cosas que oía en la calle y las maniobras que realizaban los norteamericanos, por doquier, era que, según ella; — “En algo debe andar ese Julito, que últimamente se me está perdiendo de la casa”. — Y lo peor era que el muchacho le mentía, cosa que no había ocurrido nunca bajo su tutela de abuelamadre.

Por la radio y los canales de televisión doña Beny oía noticias y comentarios que le llenaban de temor.

—Beny— le dijo su comadre Tacha, en el mercadito — ¿tú sabes? Viene la guerra.

—¡Dios mío!... ¿qué me dices tú?

—Tú sabes que mi hijo trabaja en la Zona, en Clayton. Y un puertorriqueño amigo le contó que los gringos nos van a invadir, muy pronto.

—No puede ser.

—La guerra es para sacar a Noriega.

—¿Una guerra?

—Y yo te digo que ese Noriega, lo que tendría que hacer es irse. Nos van a matar a todos. Oiga comadre, de paso, ¿qué es de tu Julito, que casi ya no lo veo? ¿No has oído que hay un montón de muchachos metidos a batalloneiros?

—¿Julio? No hija, ¿cómo se te ocurre que ande en eso?

—Bueno, oiga lo que le digo, pele el ojo, comadre. Yo rezo y le pido a Don Bosco que esa guerra no venga.

—Eso no sucederá, comadre. Yo sé... para eso hay un Dios en el cielo que no lo permitirá.

*Es que no
quiere gue-
rra ninguna
y menos que
tú andes en
ella. Tú bien
sabes que yo
soy vieja,
pero no pen-
deja. No tra-
tes de enga-
ñarme, por-
que es peor.*

Pero era cierto que su Julito se había afiliado a un grupo de muchachos de su año, que hacía prácticas y ejercicios.

—¿De dónde vienes, así tan fatigado, hijo?— le preguntó la abuela Beny, a Julito, una tarde.

—De jugar béisbol.

—Y esas rodillas tan enlodadas... ¿eso qué fue?

—De un jonrón que metí y como había llovido me resbalé.

—¡Hum!... No te creo nadita... nadita, ¿Me oíste? ¿Sabes una cosa? Dice mi comadre Tacha que pele el ojo contigo, porque unos muchachos andan metidos en no sé que Batallones aprendiendo a matar gente.

—No abuela, no es que aprenden a matar gente, sino que quieren estar preparados, para si los gringos nos vienen a matar.

—¿Esa tenemos?... Entonces, ¿Tú los defiendes? ¿Es que andan en eso? ¿Esos son los jonrones y los beisboles?

—Y usted, Mamita, ¿quiere que los gringos nos vengan a matar? ¿También es gringuera?

—Ajá. Irrespetuoso, ¿eso es lo que aprendes en el Instituto con esos profesores?

—Mamita Beny, usted siempre me hablaba de que su abuelo o tatarabuelo, no sé, peleó en la Guerra de los Mil Días en el puente de Calidonia?

—Cállate hijo, no me vengas con ese cuento ahora, para ganarme una discusión. Es que no quiero guerra ninguna y menos que tú andes en ella. Tú bien sabes que yo soy vieja, pero no pendeja. No trates de engañarme, porque es peor.

Catherine, la única hermana de Julito Campbell vivía en Washington, desde hacía tres años, cuando una familia

norteamericana se la llevó de empleada doméstica. Era Catherine quien sostenía, con sus envíos muy regulares; en lo fundamental, a la abuela Beny. Ultimamente le escribía al hermano, muy preocupada por lo que veía en la televisión y lo que contaban los patronos. Ellos que habían vivido treinta años como funcionarios del Canal, conocían muy bien el país, y también la abuela Beny, quien había trabajado con dicha familia en la Zona del Canal, por varios años. Para entonces solía llevarse al nieto, y éste se daba las grandes atracadas de mangos, los que colgaban a la altura de sus manos o caían como rosados melocotones, sobre el bien cuidado césped de los jardines y calles zoneítas.

Catherine había escrito últimamente sobre la situación de Panamá y advertía a la abuela que se cuidara mucho y sobre todo, que no dejara suelto a Julito: —“El señor Davies me ha dicho que algo grave va a ocurrir en Panamá y que le diga a Julito que no ande de loco por allí”.

Pero todo eso fue por gusto, en esa nochebuena de 1989. Porque Julito no regresó el martes 19 del Instituto, y desde luego su abuela Beny no creía que anduviese en las historias de sus beisboles. Fue donde la comadre Tacha y entre las dos hicieron averiguaciones; incluso llegaron a hablar con uno de los amigos de Julito, quien era compañero de su mismo salón, y a quien Beny conocía, porque solía estudiar con Julito en su casa.

El amigo le dijo que había visto a Julito, a la salida de clases, ese día y que iba con su muchacha, la Clara, conversando como siempre lo hacía.

—¿Y quién es Clara?— Preguntó la abuela.

—Una amiguita... novia que dicen.

El muchacho no regresó esta tarde, ni aquella noche.

Y cuando ya sonaban las bombas en El Chorrillo, y en otras partes de la ciudad, entonces la abuela pensó lo peor, y quiso salir como a la una de la mañana, para donde su comadre Tacha, pero ya eso era imposible: —“¡Ay!, San Judas Tadeo— dijo para sí doña Beny— ¡Si al menos el demonio de muchacho se hubiera quedado en la casa de la novia!”— Los vecinos del caserón del barrio de San Miguel, comenzaron a contar a su gente.

—Señores, no son maniobras gringas. El Chorrillo está ardiendo y hay un reguero de gentes destripadas— dijo un asustado chofer de taxi que corrió a su casa — Las balas locas no creen en nadie— agregó — Es la guerra. Vi un chorro de mujeres con sus hijos, que huían desesperadamente, y allí en la Iglesia del Carmen, acabo de verlo, alguna gente aporreaba las puertas, para refugiarse y nadie se las abría.

Mamita Beny no hacía otra cosa que llorar, y los vecinos acudían con tomas de valeriana y otras bebidas, para calmarla. Los chiquillos, todos despiertos, se preocupaban por Julito, su ídolo beisbolero y rodeaban a la pobre Beny. Arriba de la noche, las ráfagas, los misiles, los helicópteros y el gran y terrible murciélago invisible, el famoso F-117, Stealth, que en ese momento era experimentado, por primera vez, en una guerra real, volvía terrones de concreto, maderas y carne, la vida en El Chorrillo y otros lugares, incluso en Río Hato.

E igual que mamita Beny, Clara la novia sufría, porque ella sí sabía en lo que andaba su muchacho, y recordaba el último beso que le dio esa tarde: “Te dejo mi bolsa; si algo me pasa, la llevarás cuando puedas, a mi abuela Beny”.

Y entonces la chica, sin soltarse de su brazo le rogó al beisbolero: —“Vuelve, amor mío!...” —Y echó a llorar con

...él con un bate en las manos, lagorra amarilla de su equipo de béisbol, y la ancha sonrisa de su rostro moreno, brillaba por el fulgor de sus dientes finos.

sus ojos verdes. Pero ahora lloraba aún más. En eso acudió la madre a preguntarle cuál era la razón de ese llanto.

—¿Acaso, mamy, no oyes esas terribles explosiones?

—Sí... son los gringos que vienen a liberarnos.

—¡Mamy!... ¿tú también crees en eso?

—Deja de llorar, niña... y dime, ¿por qué lloras?

—Lloro por todos, pero también por Julito... no sé qué le puede pasar...

—¿Qué Julito?

—Julito Campbell, mi compañero de clases.

—¿Y qué? ¿No hay otros compañeros de salón?

—Es mi novio.

—¿Tú? ¿Conque ahora me entero de que tienes novio?

—Sí, tengo miedo de que lo vayan a matar.

—¡Ay, hija mía!...

Para Julito y Clara, además, ese día fue terrible, porque cerraron los colegios y ese año no habría graduaciones. Julito entonces, no podría ser marinero, ni pilotar, como práctico los barcos que cruzaran los ochenta kilómetros del Canal interoceánico.

Desde Washington, el patrón de Catherine no pudo lograr una llamada con su amigo de Balboa City, en Panamá, para que le averiguara cuál era la situación de la familia de su empleada, y como el aeropuerto Omar Torrijos estaba cerrado al tráfico internacional y tomado por la 82 brigada aerotransportada, Catherine que había dicho que deseaba regresar a Panamá, no pudo hacerlo. La semana terrible de esa guerra pasó, pero Julito no volvió a casa.

El profesor consejero del muchacho, al enterarse de su desaparición acudió al cuarto de la abuela Beny y se propuso a ayudarla en la búsqueda de su distinguido

alumno, el beisbolero famoso de su clase. En esta tarea de encontrar a sus gentes andaban miles de personas. El profesor pudo averiguar que el muchacho no estaba en el campo de concentración de Nuevo Emperador; no aparecía tampoco en la morgue del Hospital Santo Tomás, ni en las listas publicadas de los muertos. La única esperanza era que realmente estuviera detenido, por los norteamericanos en sus bases militares, o que se hubiera remontado, con otros compañeros, hacia Cerro Azul, en donde se decía que aún había fieros combates entre las tropas invasoras, Batallones de la Dignidad, y fuerzas militares panameñas.

Pero la búsqueda, no dio resultados y pasaron las semanas y los meses. Al fin, Catherine pudo regresar al país. Al menos logró ver lo que para entonces quedaba de la mamita Beny, quien por la desaparición de Julito y por toda la barbarie de la guerra, se había disminuido, y parecía en realidad una sombra delgada que iba de un lado a otro del viejo cuarto, arrastrando las chancletas, y de vez en vez, se arrodillaba frente a una mesita, en donde tenía velas prendidas frente a una foto de Julito, retrato que se había hecho tomar un año antes: él con un bate en las manos, la gorra amarilla de su equipo de béisbol, y la ancha sonrisa de su rostro moreno, brillaba por el fulgor de sus dientes finos.

A los quince días del regreso de Catherine de Washington, murió la abuela, y entonces la muchacha se halló más sola y sumamente desgraciada. Tanto como la querían sus patronos ¿Y sería posible que los soldados gringos asesinaran a su propio hermano?

Eso se preguntaba en la soledad y en la angustia. Llamó a sus patronos, para comunicarle su duelo, y pasado unos días, al retomar la tarea de sus averiguaciones respecto de su hermano, primero dio con uno de sus

compañeros de clase, quien le habló de Clara. Buscó a la chiquilla y al encontrarla, cuando se conocieron, Catherine sintió un alivio, ya que le parecía que al abrazar a Clara tocaba algo de Julito en sus brazos. Se propusieron investigar juntas y las dos se ligaron a comités y grupos que demandaban el esclarecimiento del caso de miles de personas desaparecidas. En todo un mes de búsqueda no encontraron el menor rasgo de Julito. Incluso se toparon con algunos de sus compañeros del grupo, en el cual Julito Campbell participaba.

La verdad, compañera, todo fue tan rápido, que unos por aquí y otros por allá acudimos al sitio acordado, cuando escuchamos por TV y Radio Nacional la advertencia de “¡Alerta!... ¡Alerta!... Batallones de la Dignidad y Codepadis... Clave Cutarra”. Y por eso no todos nos vimos. Alguien sin embargo, que ahora no recuerdo, comentó que había visto a Julito Campbell y a su compañero Fabián, con sus armas. Eso fue lo que yo supe. Pero, quién sabe... puede estar vivo, ya que alguna gente se remontó en espera de momento mejor, para seguir.

A veces Catherine acompañaba a Clara, quien iba con su madre por la Avenida de los Poetas, en El Chorrillo, cerca de la Cooperativa de los Pescadores. En un punto de ese malecón Clara se detenía, ella llevaba siempre una rosa roja en sus manos, y miraba a lo lejos del Océano Pacífico, hacia donde salían los trasatlánticos del Canal. ¿Qué buscaban sus ojos? Y la rosa, ¿para qué?

—Un día Julito saldrá del mar— decía Clara a Catherine —porque él está jugando con los delfines.

—Es lo que ella repite— le susurró la madre a Catherine, mientras la chica miraba en lontananza. —No sé qué hacer con mi pobre hijita. Ella ve delfines, pero aquí, a la salida del Canal no hay tales delfines. Ya la llevé al

psicólogo. El me ha recomendado que no la contradiga, que le siga este juego tan triste, y que si quiere venir acá, que la traiga. Temo que se me ponga verdaderamente loca.

Clara miraba el horizonte enrojecido y luego lanzó la rosa, tras de besarla, en dirección al sol. La marea estaba alta. Un pescador, en su bote parecía recoger toda la luz del sol bajito en su red. Clara veía, a lo lejos plateados delfines que parecían jugar con las gaviotas.

...en algún lugar, un muerto tendido boca arriba...

Para esos días se anunció una exposición de fotos de la invasión, en la Casa del Periodista, en la cual se mostrarían fotos enviadas por periodistas locales y extranjeros, que cubrieron los acontecimientos de la guerra de diciembre.

Catherine invitó a Clara. La sala estaba llena de familiares de los muertos y desaparecidos, y público en general, quienes escrutaban cada foto. La muestra pese a su sentido de denuncia y de solidaridad, era macabra.

Miles de panameños en el campo de concentración de Nuevo Emperador; otros amarrados con las cintas plásticas, las manos atrás de las espaldas, empujados por feroces marinos yanquis, a punta de bayonetas; en algún lugar, un muerto tendido boca arriba; acá un soldado gringo, la pata puesta encima de un patriota, con su fusil apuntando sobre la cabeza de la víctima; allá una fila de muertos tirados en el piso de la morgue, en cuyo grupo sobresalían humildes mujeres; en otra parte decenas de ataúdes al borde de las fosas comunes; cielos oscurecidos de helicópteros en fila; el famoso avión Sthealth; el barrio de El Chorrillo en pleno incendio; el hangar de Albrook Field, centro rodeado de 18,000 refugiados panameños, terribles alambradas made in USA; fotos de los matarifes

Cisneros, Thurman y Stirner; otras postales del régimen títere, rodeado de rangers en la Presidencia de la República; acá una muchacha que besa, en plena avenida a un gringo, allá un panameño, el mismo 20 de diciembre, que porta la bandera norteamericana y la panameña; en una esquina una ampliación de la foto de un cráneo hallado en una fosa común, con un tiro en el propio centro, fotografías de Bush, rodeado de su gabinete, en el momento de ordenar la invasión, con la mano en la biblia, y en forma bien resaltada, en momento que norteamericanos asesinan a un corresponsal español Juanxu Rodríguez y cientos de fotos más que demostraban la barbarie de fin de siglo cometida en Panamá por los poderosos intereses bélicos y hegemónicos de los Estados Unidos.

A Catherine, quien por primera vez veía, detalladamente, este tipo de gráficas se les salían las lágrimas. No era, desde luego la única que entre el gentío lloraba para afuera o para adentro. De pronto, frente a una foto, quedó como paralizada y llamó a Clara.

—¡Clara, mira ésa!

—¿Cuál?

—La 177.

—¡Ay!— Gritó Clara— es Julito... mi Julito!

La chica cayó entre brazos de Catherine, y a su alrededor se formó un remolino de gente.

—¡Un médico!... ¡un médico!— clamó una voz.

—Todo fue por gusto para Catherine, porque su hermano sólo apareció, al fin; pero en una foto. Tenía el rostro intacto, la mano izquierda levantada, como con la intención de golpear y el fusil a su lado.

Algunos periodistas quisieron entrevistar a Catherine, pero ella se negó; en su estupor, no alcanzaba a decir nada.

—Si al pobre muchacho, no lo hallaron ni en las fosas

comunes— comentó alguien —fue de los que echaron los gringos en bolsas plásticas en la bahía.

Y eso era justamente lo que pensaba la novia Clara. Que los norteamericanos, en su brutalidad, le habían arrebatado su amor para echárselo a los tiburones en el mar; aunque, en sus sueños, siempre aparecían delfines que venían a salvarlo. Por eso insistía en ir al malecón, porque algún día saldría Julito con los delfines solidarios. Y cuando todo el mundo se enteró del hallazgo del joven asesinado, en la exposición de fotografías, incluso por las publicaciones de algunos medios y por tanto los compañeros de su clase y los profesores sabían ya que había caído el famoso estudiante beisbolero, a Clara y a su madre, no le quedó otra cosa que consolarse en aquel paseo, cada tarde, cuando caía el sol.

Una de esas tardes la desesperada Clara fue con su habitual rosa roja y su madre al malecón, a esperar a Julito y sus delfines. Una menuda llovizna invadía las distancias del ocaso rosado, sobre el mar. Clara oyó el silbido de sus delfines.

—¡Ay, many!— exclamó.

—¿Qué, hija?

—¡Julito me llama!

—¿Qué dices? mi amor... ¡cálmate!

—¡Ay! Los delfines, madre... ¡míralos allá! cerca de aquel barco.

La muchacha se le soltó de los brazos a la madre y echó a correr hacia el Puente de Las Américas, sobre el Canal.

—¡Hija!... ¡hija!... ¿a dónde vas?

Pero la señora no pudo detenerla. Clara corría en la tarde; la cabellera castaña iluminada de algunos empellones del sol que se acababa, sobre los fulgores de la mar oceana.

*rápidamente
trepó a la ba-
randa y ex-
tendiendo los
brazos, como
una maripo-
sa amarilla, o
como una pa-
loma azul*

Los automovilistas y pasajeros que iban y venían, al ver la carrera de la muchacha y la persecución lenta de su madre, no entendían si la chica hacía una caminata o qué cosa era...

—Esa muchacha parece loca— expresó un pasajero en el bus.

Ya sobre el enorme puente se detuvo, se acercó a los barandales de la pasarela. Al fondo, abajo, y entre los barcos salieron los plateados delfines y Julito entre ellos que le gritaba:

—¡Clara, mi amor, ven a jugar! Ven a jugar béisbol acuático— Una pelota rebotada de la cabeza de los delfines, a las manos del muchacho enamorado —¡Ven, Clara mi amor!...

Clara se apretó la cinta de su larga cabellera castaña, en esos momentos dorada por los pincelazos del sol; rápidamente trepó a la baranda y extendiendo los brazos, como una mariposa amarilla, o como una paloma azul, se lanzó al abismo de las oscuras aguas del Canal y se fue con Julito y los delfines.

Cuando los Batallones de la Dignidad arreciaron sus ataques y emboscaban a las patrullas norteamericanas en los barrios, la inteligencia gringa cursó, a sus agentes locales de la Cruzada Civilista y demás organismos empresariales, alineados con la invasión, la orientación para que en las barriadas y en donde pudieran, procedieran a levantar barricadas de contención de los batalloneros.

Los norteamericanos anunciaban, por todos los medios, a su alcance, que los Batallones de la Dignidad entrarían a los condominios y palacetes de los hermosos barrios de Patilla, El Cangrejo, El Dorado y otros, a asesinar a los ricos y a violar a sus hijas.

Pronto aparecieron las barricadas, no sólo en los barrios altos de la aristocracia, sino en las calles de moradores de capas medias. Eran jóvenes, en su mayoría, deseosos de participar, sin rumbo definido alguno, incluso sin saber contra cuales enemigos, en realidad era la pelea; la cuestión consistía en hacer barricadas para jugar a la guerra, que tantas veces habían visto por la televisión.

En los barrios de los rabiblanos, los muchachos y las niñas "yeyé" vestían camisas y chaquetas con vistosos

*Esa noche,
en el imprevi-
sado velorio
de una fami-
lia que había
perdido a dos
muchachos,
para la atur-
dida madre
todo parecía
al revés*

nombres de universidades famosas: Harvard, Stanford, Tulane; o suéteres impresos con imágenes de Mike Jackson, Arnold Schwarzenegger, Fantomas y los extraterrestres. Cada quien iba pertrechado con lo que tuviera a mano: revólver 38, escuadra 45, rifle 22, o puñales, varillas de hierro, piedra, etc... Detenían automóviles y a los transeúntes, investigaban. En una de las barricadas el dirigente ordenó que se hiciera una pancarta. Con letras negras y grandes; sobre una tela escribieron "RESIDENTES O.K.... U.S. ARMY, O.K". La levantaron y amarraron de unos postes. El grupo aplaudió cuando el letrero fue izado al frente de la barricada, y se tomaron algunas fotos.

La tarde del 21 de diciembre, sobre el dorado cielo rugían aviones y helicópteros de varios tipos, entre ellos el Apache AH-64, que tenía misiles hellfire y cañones de fuego rápido de 30 milímetros, y disparaban con la maldita precisión de rayos láser, aún desde las alturas de mil metros.

De pronto, uno de estos monstruos se situó, casi arriba sobre el punto de la barricada y dio varios giros, en círculo.

—¡Buena esa!... — gritaban los muchachos, mientras levantaban sus armas —¡Come here!... vivan los amigos y salvadores americanos!... ¡Mueran los bandidos Batalloneros!

Pero en la sobretarde de aquel día de diciembre, a pocas horas de la noche buena, algo relampagueó entre el polvo dorado del cielo y abajo, media docena de muchachos, hijos de papá y mamá, reventaron como pepitas de guaba, en un remolino de humo, chispas de fuego y estruendo infernal.

Desde la ventana de algún palacete, una mujer gritó. De apartamentos y otros chalés salieron los vecinos atolondrados. Al llegar ellos, la barricada, aún en pie estaba el cartel: "RESIDENTES, O.K... U.S. ARMY, O.K."... Y en medio de la humareda y los gemidos había vísceras desperdigadas, aparecían pedazos de gente; allí, a diez metros y más allá.

Ante semejante e increíble espanto, se alzó un coro de horrorizados gritos e imprecaciones. El barrio alto se tiñó de sangre joven. Voluntarios recogían a los heridos. Pero no podían identificar el conjunto de miembros reventados por el Apache Ah-64, uno de los helicópteros probados, por primera vez en una guerra... Como entre sueño se escuchaban las voces de los civilistas, en la mañana del día 20, cuando saludaban a los invasores y clamaban: "Al fin, vienen a liberarnos!"...

Esa noche, en el improvisado velorio de una familia que había perdido a dos muchachos, para la aturdida madre todo parecía al revés, en la sangrienta película de sus amados hijos.

—Tú... tú —le gritaba desconsoladamente a su marido— tú mandaste a los niños a que hicieran esa barricada y los mataron tus gringos...

27

FOTOGRAFÍAS SOBRE LA YERBA

Una foto sobre la yerba, en cualquier parte del mundo resulta maravillosa, y más aún, en la yerba del trópico, encantadora, con los reflejos casi hirientes del sol, y los cuerpos y las almas, presentados en toda su desnudez. La película a todo color, resalta como un milagro de la más pura sensualidad humana.

Pero en ese mes de diciembre, de 1989, las lentes, los obturadores, las películas de alta sensibilidad se cruzaron, entre lampazos de cohetes dirigidos por láseres, altas llamaradas de humo negro y de tono anaranjado, que en la noche emergían hacia las galaxias... murciélagos enormes, disfrazados de aviones supersónicos y antirradares; autobuses llenos de obreros reventados, desde lo alto de un Apache, y los delgados y casi negros ríos de sangre, que bajaban por los pisos de los edificios del barrio de El Chorrillo... filas de cadáveres en las morgues y mujeres golpeando, a media noche, inútilmente en las puertas de las iglesias, que no se abrían.

*...al menos
sobre el Pa-
tio Pinel, un
helicóptero
invasor, a
tiro de fu-
sil...*

Pero a la vez, desde el techo de un edificio del Estado, muchachos y muchachas de los Batallones de la Dignidad, con sus fusiles AK 47, que disparaban en

la noche contra los fantasmas blindados de la unipopularidad yanqui, variaban el paisaje; era aquel infierno del tableteo de ametralladoras y cohetes, que hacían bajar más rápidamente a los miles de paracaidistas que enviaba el Pentágono... al menos sobre el Patio Pinel, un helicóptero invasor, a tiro de fusil, fue derribado, como un dinosaurio sangriento, lo que dio motivo a un grito colectivo: "¡Carajo, te jodimos hijueputa!".

Pero lo cierto fue que los gringos, pese a los convenios internacionales y a los Tratados Torrijos-Carter, se tomaron Panamá, mintiendo al mundo, y con los aplausos de los potentados y engañados, que desde sus altos barrios y rascacielos miraban con largavistas la fiesta, y pensaban que, al fin, eran totalmente libres y democráticos, gracias a sus amigos, del gran coloso del norte, verdaderos hijos de dios, que venían a cumplir su deber de tutores del mundo. "I took Panama", dijo el primer Roosevelt, en 1903. Ahora volvían a cogérsela, a violarla, tras masacrarla y destruirla, en nombre de los derechos humanos, la democracia y la globalización del mercado...

Y todavía, de entre plazas y calles, y hasta por los medios de comunicación, se olía un hedor asqueroso de muerte, sangre vieja, a tripas de gentes humanas, y de niños que esperaban la nochebuena y vino con un Santocló gigante, fantasmagórico y criminal.

En esos días alguien consideró tomar una bella foto, para el testimonio de la historia contemporánea de América Latina.

El fotógrafo, con toda su amabilidad ordenó al grupo, sobre la verde y jugosa yerba de Panamá, bajo un sol delgado y fresco de semitonos dorados.

—O.K., mister Presidente sonría un poquitín... ya viene el pajarito, todos a reír, vamos.

Sonó el clic de la cámara.

Después, y para dar ese sentido coloquial y hogareño del presidente democrático, otra foto de su linda hija, pero entonces, no en la yerba, sino justamente en el Palacio de las Garzas. O sea, para plasmar la biodiversidad de la vida liberada, que a partir de las fosas comunes de patriotas y de los barrios pulverizados, renacía ahora en la bellísima sociedad del bienestar general.

—O.K., atención soldados; una hermosa sonrisa americana, para honrar a la señorita... viene la pajarita... ¡clic!...

Estas dos fotografías recorrieron electrónicamente el mundo, y el departamento de relaciones públicas del régimen títere, procedió a editarlas, a imprimir banderolas y reproducirla en millares de "posters".

Sobre estas imágenes, el fallecido soldado, filósofo, poeta, dramaturgo, narrador y patriota, José de Jesús (Chuchú) Martínez, personaje de una novela de Graham Green, escribió en su libro "La invasión de Panamá", lo siguiente:

"He visto la foto de una jovencita panameña dándole un beso en la boca a un soldado norteamericano. También una del presidente Endara sentado en la hierba, campechanamente, feliz

"He visto la foto de una jovencita panameña dándole un beso en la boca a un soldado norteamericano".

Chuchú
Martínez

de la vida, rodeado de los "american boys" que masacraron a muchos de los que votaron por él. Y algo de hereditario, de genético, tiene esa actitud de puta cinica con los verdugos del pueblo panameño, porque también he visto una foto de la hija del Presidente Endara sentada en la silla presidencial, con una alegre sonrisa y rodeada también de soldados armados yanquis, con la misma sonrisa feliz y complacida, como si acabara de hacer el amor con todos ellos..."



28

LAS ARAÑITAS DE ESTHER MARÍA

Esther María tenía los ojos azules o verdes, como los cielos y como los reflejos de las mares, pero además escribía versos para los niños del mundo y decía:

“érase un puerto
de aguamarina.
Un sol abierto
tras cada esquina.”

Ella amaba la vida y entregaba su vida a todos los demás. Dicen que esta bellísima mujer Esther María tenía una casa modesta, llamada “Casa Azul”, y en ella se refugiaban poetas, guerrilleros, exilados de varias partes de Latinoamérica y de España. En sus veladas y encuentros, por esa casa pasaron tantas personalidades: que si García Márquez, Graham Greene. Allí el nicaragüense Carlos Mejía Godoy, durante la guerra revolucionaria en su país, escribió canciones y cantaba con su grupo. Estuvo la Mercedes Sosa, Guayasamín, Sergio Semiónov, el soviético autor de novelas policiacas; además, en sus buenos días pasaron el premio Nóbel Miguel Ángel Asturias, con quien Esther había trabajado en Guatemala; Juan José Arévalo, cuando escribía “El Tiburón y la Sardina; el vietnamita Pham Van Dong, que le regaló una muñeca; Víctor Jara, con su guitarra, cuando todavía tenía las manos prodigiosas que el cerdo Pinochet le mandó a cortar,

antes de matarlo; estuvieron con Esther María en Panamá, Manuel Scorza, el peruano; el venezolano Aquiles Nazoa. Honró la "Casa Azul", el mago de la poesía caribeña, Nicolás Guillén. No faltaron Miguel Otero Silva, Atahualpa Yupanqui, Tomás Borges, Jaime Bateman, Rigoberta Menchú, antes de su premio Nóbel, Vilma Espín, presidenta de las Mujeres Cubanas, los teatristas colombianos Santiago García, Patricia Ariza, y el cubano Roberto Fernández Retamar y tantos otros que sería largo de contar aunque parezca realmente un cuento, que en tan pequeña casa cupiera tan alta cifra y altura de la cultura del mundo.

Bueno la nata de la intelectualidad del país, muchas veces comandada por el mágico poeta Rogelio Sinán y condimentadas por Chuchú Martínez.

La "Casa Azul" era, por tanto, la colmena de la mejor miel de artistas, escritores, promotores de la cultura y revolucionarios consecuentes, y Esther María, una especie de hada madrina de la solidaridad. Una niña, que allí criaban solía decirle: Santa Esther María, y era verdad.

Pero cuentan que cierta vez sus compañeras, con motivo del año nuevo, un día cuando Esther María no estaba en casa, decidieron hacer el minucioso trabajo de ordenamiento de libros, pinturas, afiches y artesanías, que ella tenía de varias partes del universo humano; pero además barrieron, trapearon, cepillaron pisos y paredes y terminaron por limpiar, en forma que todo, según las muchachas voluntarias estaba ya como un poema de vanguardia y sólo esperaban a que Esther regresara de la playa, para que recibiera la buena sorpresa del aporte realizado.

Cuando ella llegó observó los cambios, y el fruto de la limpieza colectiva, mas cuando miró hacia arriba, por los

caminos hechos entre el cielo raso y las paredes, lejos de sorprenderse buenamente del trabajo y expresar satisfacción, la mujer de ojos azulitos, chelos, verdes se emputó.

—¿Quiénes fueron las asesinas que mataron mis arañas?

Nadie se atrevió a responderle a su ira y desencanto ecológico y solidario; algunas no sabían de que se trataba.

—¿Arañas?— respondieron en coro, como gente tonta.

—Ustedes no son sino unas asesinas... También mis arañas tenían derecho a la vida; le borraron igual que los nazis, en Lídice, todas sus plateadas y hermosas telas, su humano ambiente. Malucas y malucos— gritaba con sus ojos de un verde irascible, ahora sí, enrojecidos de la ira, pese a sus pupilas doradas.

Pero la tempestad duraba muy poco en las mares de los ojos de Esther María. Pasados unos minutos invitó a las limpiadoras y ayudantes, a un vaso de vino que recientemente, un famoso escritor búlgaro le había enviado.

Pues bien, ya se ha dicho que en la "Casa Azul" llegaba mucha gente importante, y que de vez en cuando se realizaban peñas y reuniones con poemas y canciones. Para algunos vecinos, y sobre todo para otros con vocación norteamericana y amigos del buen vivir, aquella casa no era otra cosa que una cueva de comunistas, sandinistas, cheguevaristas y aún de feroces etarras.

Y esa gente se endemoniaba al oír ciertas canciones de unos tales Pablito Milanés y Silvio Rodríguez y terribles décimas que terminaba con el ritornello de: —¡Que se vayan del Canal!..."

Y eso era verdad, la "Casa Azul" pertenecía a todos, pero no de cualesquiera todos, sino de las mujeres como Esther María y los hombres como Rogelio Sinán, que siem-

*...un coro de
parrampas
alquilados, llamaba
al ejército
norteameritano para
que allanara
las casas de
los patriotas...*

pre escribieron poemas de amor y trataron de que el pan se dividiera sobre las mesas, de quienes hacían el pan, el amor, los sonetos y las riquezas...

Por eso, desde luego, a partir del 20 de diciembre de 1989, desde algunas emisoras un coro de parrampanes alquilados, llamaba al ejército norteamericano para que allanara las casas de los patriotas, en las cuales, se decía había armas y miembros de los Batallones de la Dignidad.

Entonces con gran despliegue militar, los carapintadas acudían, con bastante precisión, a esas casas señaladas por los delatores, y con su patanería acostumbrada, a empujones entraban, como por su casa, o bien rompían con granadas las puertas, estantes, archivadores y solían arrestar y llevarse esposados a los hombres y mujeres para el campo de concentración.

—Aquí, la voz civilista; vayan a la famosa “Casa Azul”, cueva de terroristas cubanos... Allí hay docenas de akas cuarentisiete— ladraban los esbirros.

Y a esa casa, la de Esther y sus arañitas, porque ya habían vuelto de nuevo las arañitas, llegaron los comandos gringos por tres veces distintas. Algunos, ante la variada muestra de pinturas y artesanías, quedaban confundidos, pero otros decía: —“claro, mira allá, ese afiche de Ho Chi Min, y acá, éste de Fidel” —Más cuando al fin, no hallaron sino cuchillos con los que el famoso poeta y cocinero Carlos Wong creaba sus exquisitos platos chinos, en cada peña y reunión, entonces el sargento al mando ordenó que rompieran el cielo raso, y cuando los comandos destrozaban el celotex, y hacían huir a las arañitas, sin hallar absolutamente nada, en esos instantes Esther María quería que sus ojos se transformaran en verdaderas chispas de láser, para fulminar, con la mirada,

a los intrusos rangers y luego convertirse ella en gaviota de Ricardo Miró o paloma blanca de Rubén Darío y volar sobre el Comando Sur, o la Base de Howard y Fort Clayton, y asimismo, con sus ojos verdes o azules, pulverizar esas avanzadas blindadas de la ya naciente unipopularidad norteamericana pero ella... ¡que va!... no pudo.

Por eso la aterrorizada mujer sólo se defendía del criminal allanamiento, con el fulgor de sus ojos y gritó: — “¡Asesinos... fuera de mi casa! ¡Fuera, perros yanquis!... ¡Viva Panamá!...”

Los perros no se la llevaron, pero Esther, por tercera vez invadida y ultrajada por los asesinos, una vez que el pelotón gringo se fue, repasó lo suyo, su “Casa Azul”. Luego con tremenda amargura acomodó en un maletín muy pocas cosas personales y dejó la casa. Titubeó al salir y de pronto regresó. Abrió la puerta, miró el cielo raso destrozado y se dio cuenta de que también las arañas habían desaparecido. Entonces unas lágrimas de oro y sangre resbalaron por sus rosadas mejillas de poeta de los niños.

Entonces dice, que Esther María se fue a Venezuela, a Maracaibo, su segunda tierra, en donde ella y los músicos habían hecho de sus versos lindas canciones para los niños.

“Llévame barquito mío,
llévame a pasear...”

Y en su destierro, pese a todo, reanudó su permanente lucha de solidaridad, pero ahora, no sólo para Cuba, Nicaragua, Chile y los demás pueblos del mundo, sino para su Panamá invadida, pobre y ocupada.

Y como siempre, con una hoja volante en sus finas manos, y un bono para conseguir fondos en favor de la

Pero todos los seres humanos de la tierra lloraron y también las pobres arañas.

causa panameña, en eso andaba aquel día en Maracaibo; así sin pedir permiso en las reuniones ni guardar composuras burocráticas del orden del día, etc., cuando de repente el auto en el cual iba se estrelló, y con él, sus azules o verdes ojos, y a los pocos días ella, la protectora de las arañitas dejó de vivir y sus ojos se apagaron, lejos de su tierruca y de su “Casa Azul”.

En Panamá, tal vez, aquellos, idólatras de los norteamericanos se alegraron.

Los arrastrados panameños que, desde emisoras, clamaban por el allanamiento de la “Casa Azul”, brincaban de contento en una sola pata, y junto a los invasores creyeron que además de tomarse a Panamá habían matado la poesía.

Pero todos los seres humanos de la tierra lloraron y también las pobres arañas.

Días después, meses más tarde, unos años de aquella miserable guerra, los niños, en la “Casa Azul” volvieron a cantar esta canción:

“Hoy haré cosas buenas.
Nadie está en casa.
Pondré a los prisioneros
en libertad.
No me gustan los pájaros
entre rejas, ni los peces
en caracoles de cristal.

¡A volar pajaritos!
Dejar la jaula.
A nadar, pececitos.
¡Vamos!... ¡Al mar!...”

29

LAS PARTIDAS DE NACIMIENTO

1

A la sólida mulata Jenifer, la del suéter rojo y el bluejeans azul, la dejó el marido por otra mujer.

Todas sus amigas sospechaban que eso iba a suceder, pero ella se bebió el trago amargo del abandono, y como una pájara herida acogió en sus morenas alas a sus tres niños, de cuatro, cinco y diez años y fue a la pequeña casa de su madre, en las afueras de la ciudad, con sus pichoncitos.

—Mamy —dijo Jenifer a su madre, con resolución— quiero que me tengas los muchachos acá.

—Cómo no hija, con mucho gusto, pasarán el fin de semana acá.

—No, vieja; no se trata de eso, deben quedarse algunos meses.

—¡Je!... ¿Y qué te pasa, hija?— Preguntó sorprendida la madre.

—Rocky se fue.

—¿Se fue para dónde, niña?

—Me dejó.

—No puede ser... pero tú nunca me hablaste de esto. Siempre creí que todo iba más o menos.

—En apariencia, sí... pero se fue con otra mujer.

—¡Ay, hija! nosotras las madres somos las últimas en enterarnos de estas cosas.

—Para amarguras, basta que yo las sufra. ¿Para qué revolver tu mundo con mis problemas? La cuestión es que no cabemos todos en tu casita, y mientras yo veo cómo resuelvo, lo que ese bandido del padre tiene que darle a los niños, y el cuarto que tengo allá en el Chorrillo, con los muebles y los chércheres, quiero que me tengas a los pelaos acá.

—¡Ay, señor!...

—Yo vendré a buscarlos los fines de semana; a Jenny me la mandas con Pepo a la escuela; yo te dejaré dinero para eso, como para la comida.

—¡Ay, Dios mío!

—Tu sabes, Mamá que los chiquillos son bien portados y Jenny puede ayudarte en tus costuras. No me los dejes dormir mucho... nada de consentirlos...

—Faltaba más... si me los traes yo sólo que debo hacer, y si los consiento, para eso son las abuelas.

Jenifer se metió en el cuartito de la costura de la madre, cerró la puerta, se echó boca abajo, en un canapé y empezó a llorar, hasta cuando se hizo oscuro, y al lado, en la casa vecina ya empezaban las novelas de televisión.

—Vengan acá muchachos— dijo la abuela— para que tomen una avena, está riquísima.

—¿Y por qué abuelita, tú no haces también patacones de plátano, así tostaditos, que están bien clase?— dijo Pedrito —porque ¿tú sabes? mi mamá no los hace bien.

—No hables mal de tu madre, embustero. Y tú Jenny, pérame esos plátanos, mi amor, para darle a este hambriento.

—¡Buena ésa, mamagüela!

...lucía bien sexy y sólida con su acostumbro suéterrojo de mulata chorrillera, del cual emergían, todavía robustos, sus senos desafiantes.

2

Era diciembre, pésimo mes para los abandonos. Y no porque Jenifer se portara mal, ni porque fuera fría, ni desatenta, ni mucho menos fea; por lo contrario era sumamente responsable y jovial; lucía bien sexy y sólida con su acostumbrado suéter rojo de mulata chorrillera, del cual emergían, todavía robustos, sus senos desafiantes. Simplemente el pájaro se fue del nido.

Ella hizo cuanto pudo: al principio le riñó, le dijo palabrotas del diccionario habitual del barrio; lo mandó varias veces al carajo. Y el hombre se iba al carajo con la otra, por uno o dos días. Luego aconsejada por una amiga cambió de táctica; se hizo pasar como indiferente a la deslealtad del marido, aunque la sierpe del cielo se la comiera por dentro, y hasta trató de mejorar, en cierta medida, la atención casera y el amor. Fue por gusto.

Ya, cuando la dejó del todo, había pasado un año desde las primeras peleas, y tenía como tres meses de no acostarse con él. Y hasta los niños se daban cuenta del desprecio del padre hacia Jenifer. Todo había cambiado en aquel cuarto, del décimo piso del multifamiliar del barrio obrero de El Chorrillo, en el cual, otros años, ya para diciembre, había el arbolito de navidad, con bombillos de colores, un cartel de Santa Claus en la puerta y otros adornos típicos de esos días. Esta vez a pocos días de la nochebuena, no había nada de eso.

—¿Por qué papá se va y no viene, Mamy? —Preguntó la Jenny.

—Se fue a trabajar al interior, ya pronto volverá— contestaba la madre.

Había mentiras para todo. Pero Jenny conocía de las peleas, y en el barrio sus amiguitas también sabían

y un día, una de ellas le dijo: —“Tu papá anda con otra mujer.”

Esa mañana encerrada en el cuarto, la niña lloró, en espera del regreso de su mamá del trabajo.

—Mamy— dijo Jenny —te quiero preguntar algo.

—¿Te fue bien en la escuela hoy?— Preguntó la madre.

—Sí.

—¿Y qué quieres decirme, linda?

—Deja que salga Pedrito.

—¿Y por qué tanto secreto?

—¿Es verdad, Mamy, que mi papá se fue con otra mujer?

Jenifer sintió, como si le hubieran atravesado el corazón con una daga. Pero no se dejó vencer. Fue al baño, luego en el cuarto se cambió de ropa, y se sentó con la niña al sofá.

—Tú veías que tu padre y yo peléabamos constantemente. ¿No es así?

—Sí.

—¿Y que a veces desaparecía de la casa por semanas?

—Pero tú me decías que viajaba a trabajar en el interior.

—Eran mentiras mías. Se iba donde la otra mujer.

—¿Y esa mujer es mejor que tú?

—No sé, pero tu padre se fue. Como tú eres una muchacha despierta, tienes que ayudarme con tus hermanos y no ponerte a gemir por eso.

—¿Y él no vendrá más nunca?

—El tiene que mantenerlos a ustedes, de todos modos. Ya verá como lo llevo donde el juez.

—Sí mamy, pero yo quiero hablar con él.

—Veremos. Yo los llevaré, por un tiempo donde tu abuela; eso es todo por ahora.

—Donde la abuelita... ¡qué bien!— respondió Jenny.

—Tú debes saber que no nos vamos a rendir. Este es un país, para que lo sepas mijita, en el cual, la mayoría de los hogares están bajo la responsabilidad de las mujeres, que son a la vez, madres y padres... Algún día, todo esto que nos ha pasado lo olvidaremos y seremos felices para siempre. ¿Sabes? mañana con una amiga de trabajo vamos a hacer el arbolito de navidad, allá en casa de tu abuela.

—Sí, y yo voy a hacer un nacimiento.

La madre apretó a la niña, como traspasándola de amor y la besó, y Jenny se empinó en las puntillas de sus pies y le alcanzó la mejilla derecha de la madre, para besarla con más fuerza. En eso entraron Pedrito y el otro niño, jugando con el perro, con una gran algarabía.

3

Ese maldito miércoles, en la madrugada del 20 de diciembre, a unos cuantos metros de la nochebuena, casi en las orillas del paraíso, en la habitación del décimo piso, aunque ya sus hijos se habían ido con la abuela, ella no obstante, para matar su cabanga y soledad había plantado un pequeño arbolito con sus luces multicolores, y sobre una pequeña mesa, el nacimiento, que su hija mayor Jenny solía arreglar con los diversos animalillos del mundo y todos los pastores y marinos del universo, hasta un barquito: "El Águila del Mar" aparecía sobre un espejo que hacía de mar. En el centro, el pesebre, y el Niño de Dios de El Chorrillo, alumbrado por una brillante estrella plástica y una banderita panameña, justo al lado del puente del Canal de Panamá.

había tenido un sueño con Jennifer y la vio sobre nieblas anaranjadas, envuelta en una túnica blanca, flotando sobre una nube.

Pero esa condenada madrugada, de pronto el barrio se anegó de una terrible y profunda luz anaranjada, y estallaron en el aire las bombas y aquellos misiles dirigidos por rayos de láser, y todo voló bajo las negras alas de los helicópteros "Cobra" de los aviones "Specter" y todo el arsenal que los Estados Unidos tenían para la guerra contra la Unión Soviética.

En el cuarto de Jenifer tembló la mesa del nacimiento, y el muñequito del Niño Dios, cayó en el piso.

En medio de las bombas, el tiroteo, el revuelo de aviones y la terrible luz anaranjada, a esa hora de la madrugada de diciembre, la gente alocada y sonambulesca, llena de pánico trataba de bajar, lo más rápidamente, por las escaleras ya que los ascensores se habían paralizado. Gritos, llantos, voces, empujones... Ya Jenifer había logrado bajar, junto a otros vecinos, que intuitivamente buscaban la calle de la vida para huir de la espantosa muerte que salía de las bocas oscuras y moradas de los helicópteros, aviones y tanques.

—¡Jenifer... comadre!... gritó una voz— por aquí, arranquemos ya... ¡nos matan!

Jenifer alucinada por los estallidos, quizá aún con la pesadilla del sueño o de la realidad, no sabía si había dejado los niños en el piso, aunque los muchachos estaban con la abuela a varios kilómetros de allí.

—¡Compadre... mis hijos... mis niños!— gritó Jenifer.

—Comadre, si ellos están con la abuela.

—¡Ay, cierto!...

En eso hubo una pausa. Ya en los primeros minutos habían caído casi doscientas bombas, incluso las de dos mil libras.

—Compadre, espéreme un minuto, voy a subir a buscar algo.

—No sea loca, comadre... el bombardeo va a seguir...

—¡Jenifer...! regrese...

Pero ya ella subía las escaleras, acuchillada por las luces anaranjadas, las balas trazadoras, el aullador bramido de los aviones "Dragonfly" que regresaba al ataque.

Nadie volvió a ver a Jenifer Thomas, la del suéter rojo, la hermosa y dejada mulata del décimo piso del multifamiliar.

Después de una semana terminó la guerra que sepultó a miles de panameños. El barrio de El Chorrillo que empezó a arder desde el primer bombardeo, se volatizó hiroshimamente, en la vorágine electrónica.

Entonces vino la desesperada búsqueda de los muertos y desaparecidos. La abuela, los compañeros de trabajo, el compadre de Jenifer se abrieron paso entre las tropas norteamericanas de ocupación que llenaban la ciudad, y mantenían retenes, para hallar a Jenifer o saber de ella. No fue encontrada en su cuarto, no aparecía en las listas del campo de concentración de los gringos; no estaba en las morgues de los hospitales, ni en los reportes de los medios, en fin, en ninguna parte.

Pasaron las semanas los meses. La abuela entendió que su hija estaba muerta, había tenido un sueño con Jenifer y la vio sobre nieblas anaranjadas, envuelta en una túnica blanca, flotando sobre una nube.

Jenifer subió al décimo piso a buscar algo. ¿Por qué lo hizo? Alguien dijo que la vio bajar, que iba entre las gentes huyendo. Pero eran decires. Todos los días la abuela rezaba.

—Abuelita— rogó la Jenny —No me digas mentiras... ¿Mamá se murió? ¿A mamá la mataron los gringos?

—Mija— respondió la abuela —creo que tu santa madre está, ahora mismo en la curumba del cielo, al lado

de Papadios. Yo la estoy viendo... mira allá, niña, entre aquellas nubes... se ve lindísima como tú, y está feliz, el señor quiso llevársela a su lado, para que no sufriera más.

—Entonces, abuela, yo también me quiero ir con ella.

Las dos, abuela y nieta, rompieron a llorar, mientras se abrazaban.

—No gimas, niña, tu mamá dijo que no había que gemir...

Meses más tarde, cuando los familiares de los caídos abrieron una de las fosas comunes, en las cuales los invasores habían enterrado, a toda prisa, a algunos muertos, el compadre de Jenifer señalando uno de los restos dijo:

—Abuela, mire aquel suéter rojo.

Asustada, la abuela intentó percatarse: —“¡No puede ser... no puede ser!”.

Cuando subieron los cadáveres, y aunque el rostro del bulto señalado por el compadre estaba totalmente desfigurado, la abuela, casi desfalleciente expresó: —“¡Es ella, mi pobre Jenifer!”.

La ayudaron a acercarse al cadáver. La abuela temblorosa, empezó a palmar el torso de su hija, introdujo la mano en el seno de la muerta y extrajo unos papeles.

Eran las partidas de nacimiento de los niños.

Nadie volvió a ver a Jenifer Thomas, la del suéter rojo, la hermosa y dejada mulata del décimo piso del multifamiliar.

30

LA TIGRA DE SAN MIGUELITO

A ella, la dejó el primer marido; al segundo, ella lo despachó. No obstante, madre-padre siguió la ruta de la vida, llevando a horcajadas dos criaturas. Por celos, el primer marido, después de insultarla y hostigarla, al fin, le pegó, de frente, en el hermoso rostro, amoratándole un ojo.

—¿Por qué llegas a esta hora? —preguntó el marido.

—Hay una huelga, ya lo sabes y vengo del sindicato— contestó la obrera.

—¿Del sindicato? La misma vaina, revolviéndote con todos esos hombres. ¿Por qué carajos tienes tú, con esta hija de meses, que estar metida en ahuevazones de huelgas y sindicato?

—Tú, descarado, me conociste en el sindicato, y te lo dije que yo era así. ¿Y por qué carajo tú no cuidas esa niña de meses que también es tu hija. Yo soy la esclava, ¿y tú qué?

Al segundo marido ella lo dejó, porque luego de haberle hecho el niño, se dio a las cervezas, a los amigos, después a la vagancia y a la rebusca de cualquier tipo.

—Sabes, hombre, ahora que he podido tener esta casita, después de tanto luchar, no puedo alojar en ella a ningún vago, aunque sea padre de mi niño. O sea, señor, o te quedas aquí, responsablemente y le metes el hombre

al hogar, o allí está la puerta; que tú para una puerta eres bien bueno.

—Muchacha, ¿qué pasa?

—No hay tal muchacha, ya me salen las canas y arrugas de tanto sacrificio, para tener que cargar casi doscientas libras más, tan sólo para que te acuestes conmigo. Se acabó.

—Y entonces, ¿el niño?

—¿Y ahora te preguntas eso? ¿Por qué todos los días no vas a joderte en cualquier trabajo para traerle comida?

—Pero mira...

—No miro nada, ya es la tercera vez que te comprometes y sigues en tu vagancia y ya sé que andas al borde de la cárcel.

—Ahora sé por qué te dicen La Tigra, de San Miguelito— dijo el hombre.

—No, todavía no lo sabes. Ya te dije, la puerta está abierta.

Y el hombre se fue. Ella lo vio partir con su muca de ropa, tragándose para adentro la amargura de su mala suerte pero la vida siguió. La Tigra se repuso y luego, como tantas otras mujeres se hizo de madre y padre, y como siempre anduvo con sus alegres ojos pardos, su sonora voz en las manifestaciones del Primero de Mayo, o en los actos conmemorativos del 9 de enero de 1964.

Y por eso cuando en las reuniones se habló de que los norteamericanos se proponían invadir a Panamá, no se anduvo con cuentos y fue una de las primeras mujeres en afiliarse a una lista de los que aspiraban a conformar los Batallones de la Dignidad.

—¿Y los niños? — preguntó su compañera y comadre.

—Quiero que me des una ayudita más, querida. Para

los entrenamientos, me los atiendes en tu casa. Yo los llevaré y los pasaré a buscar.

—¿Tú no crees, comadre, que te comprometes demasiado?

—No lo siento así hermana mía. Pero ¿qué ha de ser ese par de niños míos y los tuyos, en un país intervenido?

—¿Y si a los malditos norteamericanos les da, de veras, por hacernos una guerra? ¿Entonces? ¿Qué hago con tus hijos, si tu estarías en la pelea?

—Sí. Ese es el problema. En estos días me voy al interior, a ver si la abuela quiere cuidármelos. Pero no creo que mi comadre se niegue, ¿no? ante una cosa así, a quedar con ellos.

—Claro que no, pero serían cinco muchachos, y tú sabes que el salario de la fábrica no da para tanto.

—Es cierto, compañera, pero ésta es mi disyuntiva. Tampoco la gente del sindicato me abandonará.

A las cuatro y media de la madrugada, como todos los días La Tigra, preparaba, no sólo el desayuno sino el almuerzo y alguna merienda para la niña, que ya estaba en primaria. A las cinco y media, la pequeña familia, a empujones abordaba el bus, tras de caminar antes, unos doscientos metros. El trayecto, desde las afueras al centro de la ciudad, demoraba por lo menos, una hora y a veces mucho más. Lo mismo ocurría al regreso, en la tarde. Por eso, a la comadre le parecía demasiado que ahora La Tigra, además asumiera la responsabilidad de brigadista y voluntaria en la peligrosa defensa del país.

—¿Sabes una cosa, comadre? Te vas a meter en eso, y a última hora, los militares los van a dejar embarcados.

—Pues sabrás, comadre. que yo no estoy allí por ninguna causa pagada, ni jefe militar. es por la patria.— contestó La Tigra.

...te das cuenta, de verdad, de todo lo que nos cuesta a nosotros la vida y de lo que es ser mujer: parir, criar, trabajar, y hasta ser madre y padre...

—¿Pelear contra el ejército gringo?... Oye, eso no es echarle gases lacrimógenos a los obreros, como hicieron los militares cuando salimos a luchar contra las reformas al Código de Trabajo, y mataron a Yito Barrantes. Y mira, me huele que esos militares, los más grandes, que ya son riquísimos están amarrados al club de los ricos de este país, y algunos con los mismos gringos... la CIA ¿no crees?

—De todo hay en esta vaina, comadre— respondió La Tigra —pero te repito que no me metí al Batallón, porque esté detrás de ningún militarismo, ni el de los panameños, ni el de los gringos. Tampoco, tú lo sabes, porque hemos batallado en el sindicato, me afilié a él y estuve en directivas, para aplaudir a sindicalistas sinvergüenzas y peseteros, que los hay, sino por la misma causa obrera. Y te digo más, comadre, yo no resisto ver esa gente que ahora no hace otra cosa que clamar para que los gringos nos invadan. Odio oír a tanta gente rastrera, desde rabiblancos a pobres diablos, en sus peticiones de que Bush nos tire aquí a sus ejércitos, con el cuento de la democracia. ¿Qué había en Chile de Pinochet, y por qué allí los gringos nunca se metieron a poner su democracia?

A ti te consta, porque eres amiga de ese trabajador chileno, Patricio, que a tantos años de aquello, todavía no puede regresar a su país, ni sabe que ha sido de su hermano, si lo mataron o no... ¿Y qué hicieron los gringos? ¡hostia!

—Yo estoy de acuerdo Tigra, tú los sabes, pero tengo mucha preocupación por ti.

—¿Y por mí solamente? ¿Y este país? Yo no aguanto más, jugaré el todo por el todo en mi vida. Estoy harta de esos maricuecas, que sostienen que ya no queda otro camino que la invasión de los gringos, y que así debe ser. ¿Por qué si no les gusta el régimen, no se ponen los

pantalones, se arman, y salen a la pelea, como han hecho todos los descontentos verdaderos del mundo? Sino que llaman a sus gringos, oye... son puras mariconadas civilistas. Son un sindicato de capados, al que hay que darle duro.

—Eso es así, Tigra.

—Mira, es como si una tiene un problema con su marido en la casa, y sale a buscar a un vecino para que le arregle el caso. Pero así como largué al último que tuve, así hay que largar a estos condenados gringos y a sus lameculos.

—Estás palabrosa, Tigra.

—Las palabras del pueblo no son sucias; los sucios son esos de que hablo, aunque anden en Mercedes Benz y caguen en servicios de porcelana y oro.

—Diablos, tú hablas como comunista.

—Sí, eso es fruto de mi vida, y estoy dispuesta a esta lucha. Si aquellos no hubieran muerto, ahorcados en los Estados Unidos, tampoco tuviéramos hoy la jornada de las ocho horas. Desde niña aprendí que Cristo murió por sus ideas, y no te olvides, comadre, que además yo soy de la tierra de Omar, y ya te dije como allá, los terratenientes nos echaron de la pequeña huerta de mi padre.

—Omar, era otra cosa, ¿no?

—Murió o lo mataron, pero sus ideas están vivas; eso es lo que ocurre mi querida comadre y amiga.

Y como su trabajo en la fábrica, más la atención a los niños le limitaban en los entrenamientos y charlas de orientación de su Batallón, dedicaba el día sábado a ese compromiso y regresaba a su casa a la una de la tarde. En todas las tareas, debates, acciones y ejercicios tuvo notas muy distinguidas, pues aparte de la larga experiencia sindical, su arrojo era conocido. Una que otra tarde,

dejaba los niños en la casa de su comadre y regresaba, a veces casi de madrugada, para empezar las habituales labores de cada día.

—Tú, comadre te das cuenta, de verdad, de todo lo que nos cuesta a nosotros la vida y de lo que es ser mujer: parir, criar, trabajar, y hasta ser madre y padre— comentó La Tigra.

—Yo ni hablar quiero de eso; ya cargo el yugo y estoy acostumbrada; a veces, cuando me gano un chancito por allí, me da tanta alegría, y hasta creo que soy rica...

—So pendeja, comadre. Ricas y millonarias son las rabiblanças, aristócratas que a esa hora de la noche cuando tú y yo estamos lavando la ropa y los trapos viejos de los chiquillos, ellas se acicalan para ir a sus jolgorios de alta clase. Jamás en sus vidas cogen un trapeador, o friegan un plato; el desayuno se lo llevan las empleadas... dímelo a mí que trabajé tres años en una casa de ricos. El único trabajo real que ellas hacen es revolcarse como chanchas en las camas dobles, con sus maridos y amantes, sobre sábanas de seda, o en las alfombras persas, porque cosas así las vi yo, hija... Nadie me echa cuentos.

—Pero son muy santas, tienen clubes y regalan canastillas a las madres pobres.

—Hipocresías, comadre; esa plata y todas las platas, las producimos nosotros. Ellas hacen de todo lo malo, pero si una mete la pata, por allí, no falta un periodista maricón, que nos saque en la primera plana de los periódicos. El otro día tuve una discusión en el sindicato, con una compañera de esas que comen santos y cagan diablos. Ella defendía a las aristócratas de Paitilla, de Calle 50, y de esos lados, porque dizque luchaban por el civilismo y la democracia y contra la dictadura militar. Y me vino con el cuento de que yo era militarista. ¡Chuleta!... Me dieron ganas de darle un

*El otro día
tuve una discusión
en el sindicato, con
una compañera
de esas
que comen
santos y cagan
diablos.*

sopapo, bien dado... pero me dije: "Estos son los niveles de algunos obreros, sin conciencia propia, que se dejan emborrachar por lo que dicen los medios". Mentalidad esclavista ha habido siempre, amiga. ¿Sabes como se llama eso? Un dirigente que dio una charla en el sindicato nos explicó.

—¿Cómo? Yo poco voy a las charlas, pero es por el tiempo que tenemos... ¿a qué hora llego a la casa?

—Pues dijo que eso era una falsa conciencia, fruto de la alienación... Alienación ¿oiste? A mí me costó mucho saber que es alienación.

—Yo estoy en el sindicato por la lucha, pero no me meto con esas palabrejas.

—Mira, comadre, si los obreros sólo van a entender de salario y huelga, están refritos, ¿oiste? Por eso es que estamos así. Pues, venirme a mí con democracias... nosotras que tenemos que levantarnos a las cuatro de la mañana, la hora en que las rabiblanca llegan de sus fastuosas fiestas, de sus borracheras y sus levantes... ¡Ja!...

—Pero, Tigra, todo eso no lo vas a componer tú.

—Claro, pero tampoco me voy a callar, ni a prestar para que todo sea así. Mi abuela era empleada doméstica y me enseñó a que una nunca debe agacharse, y menos venderse, y aunque era así de jodida, los patronos tuvieron que respetarla. Yo sé que mi pobre abuela, si estuviera aquí, y no en el cielo, me daría la razón.

Y ese año, cuando los norteamericanos arreciaron las provocaciones de todo tipo, con vuelos rasantes sobre la ciudad; con el tránsito de camiones militares y tanques por importantes vías, y la economía del país se venía al suelo, por el bloqueo de los Estados Unidos, los paros bancarios y las diversas acciones de la Cruzada Civilista, organizada.

entrenada y financiada por las agencias yanquis, a la Tigra, como a otros trabajadores de la fábrica, vinculados a los Batallones de la Dignidad los despidieron.

Se ponía la situación color de hormiga, porque además, los golpes de los propios militares panameños, dentro de los cuarteles, destinados a liquidar a Noriega, habían dividido mortalmente a las Fuerzas de defensa, y ya parecía que los altos mandos temían mayormente a su propio personal que a la invasión de los gringos, por tanto, cuidaban más su poder, sus fondos, su vida personal, que a la misma institución y al país. Tales golpes fueron los primeros rechazos de la inteligencia gringa, para ablandar el cuerpo y propinarle, luego el nocaut.

La desvertebración de las Fuerzas de Defensa, creaba, además el descontento y la inseguridad entre los brigadistas y luchadores, en general. Los Batallones buscaban la línea y no la hallaban. Sin embargo seguían las prácticas, las paradas, aún, a veces, sin armas.

—Comadre, la vi ayer en la televisión —le dijo la amiga a La Tigra.

—¡Ah... ¿me viste?

—Parecías del otro mundo.

—¡Ja... ja!... ¿Sabes? ahora si me está entrando un poco de miedo.

—¿Y por qué entonces no te sales?

—También, cuando fui a parir me entró un miedo parecido, ¿pero acaso iba a dejar de parir?

—Perdona, fue un decir, o mejor dicho, es lo que me sale del corazón. O sea, que no quisiera que nada te pase; eso es...

—¿Después de todo cuanto me ha pasado en la vida? comadre... Bueno, amiga, ¿puedes hacerme un poquito de ese café que sabes cocinar tú?

Lo del café fue como a las diez de la noche, del martes 19 de diciembre. Y como a la una, pasaron a buscar a La Tigra a su casita, y ella llevó a la casa de la comadre a la niña y al niño, arrancados del sueño.

—Mi amor, comadre, ya todo te lo he explicado.

—Pero ¿qué pasa Tigra?... ¿qué ocurre?

—Vino la invasión, o sea, llegó la hora. Aquí tienes la llave de la casa. Trae de allá todo lo que necesites. Quedan algunas latas y algo de arroz. Si puedo paso en la tarde.

—¡Comadre!

—Bueno, nada de llantitos, comadre... ¡no se me ahueve!

La Tigra abrazó con fuerza a sus niños, los besó y lo mismo hizo con la comadre.

—Adiosito, recuerde que usted es la madrina de mis hijos... subió al pequeño auto. La comadre a esa hora, asomada a la ventanucha de su casa de cartón, luchaba con un llanto que le mordía por dentro, para que los muchachitos no se dieran cuenta. Luego los acomodó junto a los suyos. Ella no pudo agarrar la mecha del sueño, porque toda la vecindad salía a la calle para mirar allá, a lo lejos los fogonazos de los aviones y helicópteros norteamericanos, sobre lo que debía ser el Barrio de El Chorri-
llo, al sur de la ciudad. Al día siguiente no apareció La Tigra, pero a la comadre le dijeron que alguien la había visto en un pequeño pelotón de batalloneros, por el área del Cuartel de Tinajitas. Iba con su fusil.

*"Compañero,
anda y dile a
mi comadre
que cuide de
mis hijos y
que les hable
de mí"*

Cuando los invasores consideraron que habían paralizado y destruido las fuerzas de los principales sitios de la ciudad, cargaron contra San Miguelito, para liquidar los focos de resistencia, de militares y brigadistas de los Batallones de la Dignidad.

Pero la batalla la hacían los gringos, desde sus blindados helicópteros, sin atreverse a bajar al terreno, porque allí era distinta la cosa para ellos.

La comadre no supo más de su amiga; era imposible, en medio del caos y la barahúnda creada por los vuelos y dispararon de aviones, helicópteros, cañones, saqueo, tiros sueltos...

Y ocurrió que el comando en que iba La Tigra, recibió, de pronto una cerrada ráfaga de ametralladora. La brigadista cayó herida; trataron de levantarla.

—En la agonía alcanzó a decir: —“Compañero, anda y dile a mi comadre que cuide de mis hijos y que les hable de mí”... y quedó muerta.

En ese instante, la comadre en su cocina, en medio del estruendo de la guerra, oyó una voz por la ventana que le dijo: “Comadre linda, ¡cuidame a los niños y háblales de mí...”

La comadre se asomó a la ventana, pero sólo vio a una paloma blanca en la rama de un naranjo, y la paloma echó a volar.

31
LAS ESPADAS DE TOLEDO
Y LA NIÑA LUZ AMALIA

—Yo sé que me muero, pero, ¿sabes compañero?— dijo el Sargento Magallón, casi al borde de la pista de la base de Río Hato —yo me eché a más de diez gringos. ¡Desgraciados!... los cacé como patos, cuando bajaban en sus para-
caídas...

Esa noche de la guerra de 1989, el famoso avión Stealth, o "furtivo", erraba en doscientos y trescientos metros los objetivos militares, con aquellas bombas de dos mil libras pese a todos sus novísimos instrumentos digitales. Allí los norteamericanos probaban, por primera vez sobre instalaciones reales y personas humanas, el más avanzado avión que no podía ser captado por los radares.

Río Hato es un pequeño río que desemboca en el Océano Pacífico, a unos 120 kilómetros, al oeste de la capital de Panamá. El río le dio el nombre al pequeño poblado de pescadores. Durante la segunda guerra mundial, en ese lugar se creó una de las bases aéreas más grandes de los Estados Unidos, en Latinoamérica, como aporte contra las potencias fascistas. Sin embargo en 1947, terminada la guerra, los norteamericanos intentaron quedarse con ésa

y otras bases, y el pueblo rechazó el intento del gobierno de entonces, de aceptar el convenio gringo. Cuando los aviones "furtivos" ensayaron sus temibles bombas, la antigua base gringa, era un complejo militar panameño, y sede de dos escuelas; una de formación de cadetes, la Benjamín Ruíz, y otra, el Instituto Tomás Herrera, para bachilleres.

Ese año, el quince de diciembre, precisamente, debía realizarse la primera graduación de cadetes, fruto de la Academia Militar, todavía en formación. Los jóvenes oficiales habían terminado formalmente su escuela, y esperaban ansiosos el gran día, en que recibirían sus diplomas, pues el acto iba a tener una repercusión muy grande, ya que se haría un desfile interfuerzas, en el cual participarían, ellos, los cadetes, vistiendo, por primera vez el uniforme que se habían ganado, con muchos sacrificios, y coronando así el sueño de lograr una profesión respetada.

Para mala suerte de los muchachos, arreció la crisis en el país y las provocaciones del Ejército de los Estados Unidos, al punto de que para los días cercanos a la fecha de graduación, hubo radicales cambios en la estructura del gobierno, y tuvo que aplazarse la fecha del acto, para el mes de abril, del noventa. Esto disgustó a los cadetes que iniciaron una protesta, por el cambio de fecha. Y entonces se decidió enviarlos de vacaciones.

La noche de diciembre, cuando los Stealths sacudieron con sus bombas Río Hato, y bajaron miles de paracaidistas, ya no estaban allí los cadetes, sino el grupo de "Tomasitos" que habían terminado el Instituto Tomás Herrera y que aspiraban a matricularse para la Benjamín Ruíz, con el fin de iniciar la carrera militar, y recibían en esos días, un curso preparatorio, para tal fin.

—“Sabrá usted— dijo la madre de la niña Luz Amalia —yo pasaba vacaciones en el interior, y justamente, el día 19 de diciembre regresaba a la capital, para tomar el avión, al día siguiente, hacia México. Veníamos en una camioneta con mi primo de chofer, y mis tres hijos, el mayor de catorce años; el otro de seis y Luz Amalia, de apenas cuatro años. A las once y media de la noche en Arraiján, estaba atravesado un camión, y un muchacho que debía ser de los Batallones de la Dignidad me dijo que no podía pasar, porque los gringos habían invadido a Panamá.

Como en los últimos meses, los norteamericanos realizaban toda clase de maniobras y de provocaciones, yo pensé que era una más. Pero opté por llamar a casa, mi madre me dijo: —“Hija, vente con esos niños para acá.” —Dimos vuelta y emprendimos el regreso. Recuerdo que con nosotros llegó a ese lugar una doctora, que traía a un enfermo; ella regresó a La Chorrera y allí se quedó. Pero nosotros, al llegar casi al borde de la pista de Río Hato, observamos unas fuertes luces. Yo me dije: “Son los nuestros quienes se preparan para repeler el ataque” —De pronto, cosa de segundos, oímos: ¡tra... tra... tra!... eran ráfagas. Grité: —“¡Dios mío... agáchense!”...

Como pudimos, bajamos de la camioneta, tan sólo, con la niña envuelta en una sábana, y yo en “short”, descalza, y rápidamente, sin rumbo alguno, nos echamos sobre el pajar de los hombros de la carretera, entre matas de chumico. Yo oía aún disparos, y creía que se trataba de las fuerzas nuestras que actuaban en previsión de la llegada de los gringos a la base.

Tomé un respiro, luego de los primeros pasos, verifiqué el estado en que venían los niños y traté de ubicarme, con los conocimientos generales que tenía, por ser gente de campo, y pensé ir hacia el norte, bordeando la pista; pues

...y rápidamente, sin rumbo alguno, nos echamos sobre el pajar de los hombros de la carretera, entre matas de chumico.

haciendo un esfuerzo superior, eso creí, podíamos, tal vez, encaminarnos a la montaña, bien hacia las regiones altas coclesanas, o doblar al oeste, para Veraguas. Se trataba, nada menos que de la vida o la muerte, pero no sólo la mía, sino la de mis pobres niños. Los disparos seguían tras de nosotros; nos escabullimos por una quebrada, esquivando espinas y bejucos, entre tupidos matorrales. Como iba sin zapatos, y en la oscuridad, a menudo me espinaba y me detenía para sacarme las dolorosas puyadas. El niño más chico me decía: —“Mama, sigue, sigue, que nos matan”... Seguimos por la orilla del pequeño arroyo y notaba que mientras subíamos la quebrada se adelgazaba, y más arriba, ya era apenas un hilo de agua.

Tratamos de explorar, en medio de matas y yerbas, la posibilidad de hallar un refugio más adecuado, y así nos detuvimos debajo de un tupido chaparral. Como animalillos, entre mi primo y el muchacho más grande, con las manos limpiamos el suelo y cobijamos con hojas verdes el suelo. Lo más doloroso para los chicos era la avalancha de mosquitos y de chitras que también nos invadía, y no habíamos advertido en la huida, bajo los disparos, sino al detenernos en el refugio improvisado.

Mi cabeza, como mi corazón, al unísono, daban vueltas. De eso me enteré, cuando detuvimos la marcha. Mientras veníamos en el avance, ni sé cómo lo hacía; tal vez, con un poder superior a mis propias fuerzas, con cierto instinto de animalidad increíble. Me estrellaba con piedras, ramazones, bejucos espinosos y verdaderos clavos de la vegetación hirsuta de esa zona. De vez en vez, en los descansos, y el sigilo para percibir si nos seguían de cerca o cesaban los disparos o las bengalas, pues arriba escuchábamos rondar un helicóptero insistentemente... Y seguía con la idea: ¿son los nuestros, son los gringos? Y

eran los cortos lapsos en que reflexionaba sobre nuestra desgracia, y el peligro en que estaba mi desprotegida cría, en esos instantes; me venía de adentro un odio al comprender la crueldad que sobre nuestro pequeño país ejercía una potencia tan enorme y brutal como los Estados Unidos, y todo con el cuento de que venían a traernos la democracia.

Pero cuando me daba cuenta de que mostraba un hálito de debilidad en mi corazón, la cual se acrecentaba con los ayes de los niños más chicos, por las picadas de los insectos, yo misma en silencio me decía: —“Carajo, si tuve fuerza para parirlos... voy a tener más coraje para protegerlos ahora. ¡Mierda!... no me los van a matar estos infelices gringos!”...

Ya en el refugio el muchacho más grande me musitó en el oído: —“Mama, yo tengo miedo”... Esto me dio ganas de llorar, pero le contesté: —“Yo también, hijo mío, pero no se lo digamos a los niños, y acuérdate que tú no fuiste hecho de lavasa... Piensa en lo que significa tu nombre”...

Así intentaba darle ánimo a él y valor a mi misma. Al acomodarme, me ingenié como pude, de forma que la niña y el niño más chico quedaran debajo de mi cuerpo, para protegerlos. Y les dije resueltamente:

—“Hijos, si me matan, ustedes no se muevan de aquí, hasta cuando alguien venga a salvarlos... quietitos... quietitos... ustedes son mis pollitos, duérmanse... duérmanse” —Pero ¿cómo dormir con tantos bichos apuñalándoles la indefensa piel? A mi misma, las chitras y los mosquitos, incluso me traspasaban el pequeño pantalón.

Cuando ya percibía el sesgo de la madrugada, reanudamos la marcha para alejarnos lo más posible del centro de operaciones. Así divisamos una casa, y hacia ella nos dirigimos. Allí había unos hombres, que al parecer cuida-

ban una cría de gansos. —“¡Ay, mamy, dijo la niña, mira esos patos grandes!” —Su observación como que me devolvió la vida, aunque fuese una ráfaga en el angustiado tiempo, parecía que los gansos nos defenderían de la muerte, por el propio significado de sus vidas.

Las personas que allí estaban nos recibieron fraternalmente y nos dieron algo de tomar.

—Oiga, señora, ¿que les pasó que usted viene sin zapatos? Preguntó uno de los hombres.

—Casi nos matan, señor.

—Son los gringos— contestó el hombre —anoche cayeron sobre la base, miles...

—Nosotros oímos muchos disparos— contesté yo —hasta en la madrugada.

—Sí, fueron los “Machos” que ya habían abandonado temprano la base, pero regresaron para una operación de respuesta. Allí mataron a bastantes gringos. Ya los norteamericanos tomaron toda la base.

—Pero nosotros somos una familia, no llevamos armas.

—Señora, a ellos no les importa; dicen que son los rangers... Y aquí estamos nosotros esperando a la suerte de Dios o del Diablo... Mire, alguien que madrugó por acá dijo haber visto a una mujer que atravesaba la pista de aviación, durante el comienzo del bombardeo fue ametrallada y quedó allí, con la cabeza tapiada como un coco. También un camión de reparto que iba al interior recibió un cohetazo. Allí, partido en dos estaba el chofer. Ahora se los comerán los gallotes. La cosa era matar todo cuanto se movía alrededor de la base.

Yo les pedí agua para limpiar a los niños más chicos y algo, aunque fuera sal, para tratar de curar las ronchas que los mosquitos habían dejado en sus cuerpos. Luego

“¿Mamy, son los gringos que nos vienen a matar?” —Yono le contesté, sino que la abracé con más fuerza y le susurré: —“¡Cállate, hijita!”.

nos echamos sobre unos bancos de madera y nos dormimos.

Desperté, cuando uno de los trabajadores me tocó el hombro, y me dijo: —“¡Señora, vienen ellos!... No haga ningún movimiento raro y diga que usted es de la familia”.

Los soldados gringos nos rodearon, con sus armas y rostros pintarrajeados, para darse ese tono de ferocidad imbatible. Los niños, como pollitos asustados trataron de meterse en mi misma, como si quisieran instintivamente devolverse al útero de dónde habían salido. Uno de los gringos se acercó con malicia y preguntó: —“¿'Machos' por aquí? ¿Dónde están los 'Machos'? ¿Son ustedes?”

El soldado apuntaba con su fusil. Con serenidad, uno de los hombres, el más viejo contestó: —“¡No!... nosotros somos trabajadores, criamos gansos. Es una familia”.

Los gringos entraron, nos recostaron a las paredes y procedieron a esposar, con las tiras plásticas a los hombres, incluso a mi hijo mayor. Yo les grité:— ¡Suelten a ese niño!... apenas tiene catorce años... “No me hicieron caso. En eso la niña me preguntó: —“¿Mamy, son los gringos que nos vienen a matar?” —Yo no le contesté, sino que la abracé con más fuerza y le susurré: —“¡Cállate, hijita!”.

En sus carros militares nos condujeron a la base y nos metieron en un hangar. Allí había otros prisioneros civiles, igualmente esposados. Entre ellos, estaba la doctora que habíamos visto en Arraiján. Al menos, pensé, ya no se atreverán a matarnos. Pero las pobres criaturas, además de las consecuencias de semejante huida nocturna por aquellos andurriales, estaban sofo-

cadadas por las venenosas picadas de chitras y jejenes, que les habían agujereado totalmente la piel, al punto de que los ojos apenas si se les podía ver, en medio de la hinchazón de los rostros. La niña me dijo: —“¿Verdad mamita, que yo no lloré? Pero si no me curas esto ahora si voy a llorar.

En otro sitio había prisioneros militares, y en el escampado pateaban a unos chicos jóvenes, que seguro, eran los estudiantes del Tomás Herrera que habían quedado atrapados, sin poder salir oportunamente de aquel infierno.

Allí pasamos el día, sin que nos dijeran qué iban a hacer con nosotros. Yo alegué ante un oficial que hablaba español, para que me soltaran al muchacho, y aunque hicieron, al principio oídos sordos, al final terminaron por quitarle las esposas y entregármelo.

En la tarde ya a lo lejos se oían disparos. Nunca dejaron los helicópteros de sobrevolar y vigilar los contornos de la base en la madrugada, de nuevo nos despertó el ruido de las balas. Era un contraataque sorpresivo de los “Machos”, con los morteros, según me susurró alguien. No sé si tenía yo confusión del tiempo, pero creo que ese ataque duró unas dos horas. Al amanecer amainó, y ya no se oyeron más los disparos de uno y otro lado.

Cuando los rangers regresaban de ese combate, visiblemente cansados y también aterrados, los más jóvenes, la doctora expresó: —“¡Míralos, pobrecitos!... ¡Cómo vienen!”— Ella estaba a mi lado y en ese momento quise darle una bofetada en pleno rostro, pero creo que entendió que se la daba con la mirada que le lancé encima de su estupidez...

Pese a las reservas que mantenían los rangers,

frente a los prisioneros, supimos que al tomar la armería, se lanzaron como piratas para llevarse lo que pudieran alcanzar, cual botín de guerra. Incluso a todos los prisioneros, civiles y militares los habían despojado de sus prendas y del dinero que hallaban en los bolsillos y carteras. En el saqueo, de pronto un oficial quedó maravillado al abrir una de las cajas, en donde estaban las sortijas de graduación de los cadetes de la Academia Benjamín Ruíz; anillos que los padres de familia habían pagado. Pero lo que resultó fantástico para ellos, fue cuando abrieron unas cajetas, de las cuales salieron ciento cincuenta espadas doradas, de hermosísimas empuñaduras, con los nombres de los graduados. Habían sido fabricadas en Toledo, España, para entregarlas en la gran ceremonia, junto con los diplomas, a cada cadete. Como pirañas alborotadas se apoderaron los invasores de aquellos trofeos y luego procedieron a quemar los diplomas y demás papeles para que jamás panameño alguno pudiera llevar el título honroso de militar profesional de una república libre... Así me contó un militar que se hacía pasar por civil y quien había combatido en la noche de la invasión de paracaidistas gringos.

*...un oficial
quedó ma-
ravillado al
abrir una de
las cajas*

Y al fin, en la mañana nos dijeron que podíamos irnos, pero a los demás, incluido a mi primo que manejaba la camioneta, se lo llevaron al campo de concentración de Nuevo Emperador. Más como yo sabía que mataban a soldados rendidos y a civiles inocentes preferí esperar, para estar más segura. En la tarde, salí con mis chicos a pie, hasta llegar a la carretera central; avanzamos cuanto pudimos, varios kilómetros de regreso a Veraguas, cuando un buen hombre nos recogió y nos dejó en Divisa. Allí, la heroica niña Luz Amalia me

dijo: —“Viste, Mamita, que yo no lloré... ¿verdad? Pero ahora, si no me curas las picadas de los bichos, si voy a llorar, y tú también, verdad hermanito? —” Yo solicité en una casa alguna cosa con la cual pudiera aliviarles el dolor y me dieron hojas de sábila que froté en su cuerpo y el del niño... era la vida, y mientras tomábamos otro auto que nos llevaría a la casa, yo apartando el rostro, creo que empecé a llorar, o efectivamente lloré por mis hijos, por mí, por todos los muertos y por mi patria.”

32

CHUCHÚ, ESCOLTA DE LA PATRIA

“Pero entonces me levanto a media noche, me asomo a una ventana, y me cae encima el universo entero y la depresión, y la soledad.

Estoy profundamente golpeado, con el pecho roto... Y no le veo salida a este túnel oscuro que cada vez se hunde más”

José de Jesús Martínez.

Decía Chuchú Martínez, entre vainas, jodas y sonrisas, que cierta vez cuando iba, en compañía del General Torrijos, frente a la Sorbona, en París, él le dijo al General: —“Mire, mi General aquel soberbio edificio. Sepa que mientras usted en Colón y la ciudad de Panamá, andaba en el carro patrulla correteando putas, yo me devanaba los sesos, estudiando, en francés a Heráclito de Efeso, y peor aún, a Spinoza”— Y entonces el General, mirando la famosa universidad le respondió: —“Por eso mismo, tú apenas eres mi sargento y yo tu General”.

De pronto, luego de estudiar y de beber vinos en la bohemia del Barrio Latino, José de Jesús, el filósofo y matemático, regresó de París, cambió su chaqueta de hippie,

“Por eso mismo, tú apenas eres mi sargento y yo tu General”.

aventó cuanto pudo su existencialismo sartreano por la ventana de su pequeño apartamento, y como un andarín medio europeo, llegó una vez a la base de Río Hato, la cual en la segunda guerra mundial, era de los norteamericanos y luego fue liberada por Torrijos.

El matemático iba con la decisión radical de meterse a guardia raso. Y pese a su estampa de intelectual barbudo, lo aceptaron, y ya en la introducción al rango de recluta, le tumbaron la moña afrancesada y las trasnochadas barbas, y lo mandaron a correr por la pista, como un demonio. Y el hombre lo hizo, aparentemente con toda perfección, con la habilidad y contumacia con la cual además, manejaba la avioneta o resolvía la raíz cuadrada de los fenómenos redondos, los prolegómenos de la metafísica kantiana; o con el furor mediante el cual escribía un soneto, o disparaba el rosario de palabras sucias y folclóricas del habla popular: carajo, mierda, puta-madre...

Para asombro de todos los oficiales, en este tenor, Chuchú llegó a escolta del General Omar Torrijos Herrera.

Dicen que un día, un amigo del escolta Chuchú, mientras tomaba un café tinto en el Bulevar Balboa de la ciudad de Panamá, a lo lejos observó a un guardia que caminaba con una metralleta en sus manos, a la manera como lo hacía Chuchú. Iba como desconcertado hacia el casco viejo de la ciudad. El soldado, de reciente ascenso a escolta del General y con su mirada de beduino, y de indio misquito, descubrió a su partenaire de los ejercicios intelectuales, en la cafetería y a toda prisa se acercó a la mesa y pidió un tinto.

—Oye, a costilla tuya: un tinto señorita.

—Chuchú, mi coronel— expresó su amigo —¿qué te pasa, en qué andas en esta facha?

—¡No jodas tú!... ¿No sabes que ahora soy escolta del General.

—¡Qué voy a saber!... tú conoces que yo estoy en contra de todos los militares; tengo un año de haber regresado de Argentina, allá los gorilas tuyos echan a miles de intelectuales como yo al mar. Y tú, ¿no me vas a echar a mí a la bahía?

—Hueveta, eso es allá. No generalices, y a mí los argentinos me caen mal, tú lo sabes, menos Gardel y Maradona. Bueno y una linda pebeta que me encontré en París... ¡hum!... succulenta... de la misma pampa.

—¿Pero por qué, con toda esa pompa de militar, andas a pie con esa uzi en la mano?

—¡Qué te cuento hermano! Es mi primera salida de escolta. Estaba mi General, por una vaina que se llama Boca la Caja, y de pronto, en segundos, el carajo del hombre, arranca; nadie de la patrulla me avisó; salí corriendo y gritando: —¡Ey... Ey!... ¡mierda! los chiquillos se reían. ¡Qué chasco!

—¿Y qué piensas hacer? Ahora, estoy seguro, te van a poner un cuadro; quince días en la macarela...

—Voy a esperar una chivita de Boca la Caja... es mi destino...

Y su destino lo llevó a la muerte prematura, aunque él muy avergonzado, luego de la invasión, deambulaba al parecer sin rumbo fijo, desmoralizado porque los gringos no lo hubiesen matado en combate. Ahora, no quería morir, sino vivir a pesar del túnel sabatiano, sin salida, en que parecía transitar, hacia una nada, de nuevo existencialista.

Sí, nadie lo mató con una bala de nueve milímetros y menos los invasores yanquis, sino (algunos dice y otros no) que se murió de cabanga, de saudade, la soledad herida,

por su mala leche, o porque amaba tanto a las mujeres todas, como al pedacito de tierra en que le tocaba vivir y morir. La mayor parte de la gente que lo conoció, cuando enseñaba en la universidad, o en sus recitaciones, cuanto como en los debates; o aquellos que le pertrechaban su avioneta para que llevara bastimentos a los sandinistas en plena guerra; o los chicos del barrio de San Cristóbal en Río Abajo, cuando iba, caballero barbado, como un dios en su motocicleta, en fin, la plebe ineludible, pues esas gentes llegaba a la conclusión de, que si bien no fue, precisamente la guerra de Bush la cual liquidó al soldado y filósofo Chuchú Martínez, sí fue la guerra la que golpeó, no sólo el pecho, sino el corazón, cuyo potro angustiado y exhausto, no pudo resistir tal ejercicio. Sí, no murió en París un jueves, de lluvia como el shulca César Vallejo, mas era lo mismo:

“César Vallejo ha muerto...
Le pegaban todos
sin que él les haga nada.
Le daban duro con un palo
y duro también
con una sogá...”

Se sabe que Chuchú, entre otras cosas, no creía en dios, aunque a veces parecía lamentarse, como los existencialistas, de que era una verdadera pena que dios no existiera, pues de existir, el mundo no sería tan cruel, ni tan desigual y loco.

Y parecía ser cierto porque la madrugada del día 20 de aquella nochebuena mala, cuando las viejas tablas de las casas de El Chorrillo estallaban con fulgores anaranjados, tras de ser perforadas brutalmente por los misiles de los

norteamericanos, entre el estallido, el incendio y el estu-
por, a esa hora de la madrugada, algunas voces de madres,
cuyos hijos y maridos eran destripados en el sueño, solían
clamar: —“¡Oh, santo dios!... ¿en dónde estás que no me
amparas?”

Era tal vez porque las guerras tenían otros dioses;
divinidades superiores a las de las gentes, de El Chorrillo.
O porque el presidente norteamericano, los elementos del
Pentágono y del Comando Sur, estaban amparados por el
diablo, que demostraba en la globalidad contemporánea,
ser superior al dios por el cual clamaban las madres del
barrio vaporizado por la cohetería yanqui. Y además los
diablitos de Panamá salieron en rondas, dando saltos mor-
tales y otras gimnasias para recibir con las piernas y los
brazos abiertos, a sus diablos mayores, que se apeaban en
escaleras de sogas de los diabólicos helicópteros, con ros-
tros pintados como de, antiángeles electrónicos y brutales,
a liquidar todo cuanto se movía en el sistema nervioso de
la patria.

Era el aquelarre de los diablos mayores y menores del
mundo para derramar la sangre de miles de ciudadanos ci-
viles y patriotas, en las esclusas del Canal famoso, que
César De León, Rogelio Sinán, César Candanedo y Monchi
Jurado, en sus mejores días consiguieron como “Un Canal
para la paz y no la guerra”.

Chuchú dijo: “He visto la foto de una jovencita pana-
meña dándole un beso en la boca a un soldado norteamer-
icano”. Beso del diablo con la diablilla, en los momentos
en que la morgue del Hospital Santo Tomás, llegaban
cientos de mujeres y hombres con sus bocas rotas por
disparos de fusiles, cohetes y ametralladoras de calibre 50,
triturados por esos mismos soldados.

Pero había que admitir que siempre hubo en Panamá un exclusivo gremio de diablitos amamantados por las tetas de la diabla mayor, Los Estados Unidos, que ansiaban ser gringos a como diera lugar.

Y esta vez parecían lograrlo, y con sumo agradecimiento llamaron a los invasores con el título de “liberadores” y hasta un moreno, servil, periodista y educador publicó en el periódico “Panorama Católico” lo siguiente: “Fue la madrugada del 20 de diciembre de 1989, pese a lo sorpresivo con que se dieron los hechos de la intervención armada de los Estados Unidos, un amanecer espléndido para los panameños”... Después, se ganó una embajada...

Un “amanecer espléndido” para los diablitos y los perros traidores pensaba Chuchú, cuando viajaba por ese túnel sin salida, con su permanente angustia, de que mejor hubiera sido caer despedazado por los disparos de los tanques, que continuar con vida bajo el tutelaje y los tite-res ungidos con incienso y sangre congelada, en Clayton.

Pero todo fue una verdadera desgracia nacional; el poderío imperialista de afuera, la quinta columna de los diablitos criollos, y lo peor, la división del aparato militar de adentro, sin plan, sin decisión real de pelea, en los altos mandos, porque a la hora de la hora, se ponía en la balanza el temor a perder millones amasados, el miedo del enfrentamiento y las ilusiones de que a fin de cuenta, todo sería maniobra de Bush, para atemorizar, pero que no habría invasión, porque el asunto se resolvería por la vía diplomática. En realidad casi nadie creía que en esta hora de la época del mundo, los Estados Unidos, volviera a los garrotazos, y ahora con apoyo del láser y de computadoras térmicas capaces de registrar las temperaturas de todo lo que se hallaba debajo, como dijo Chuchú, de allí su amargura, ante la impotencia.

Yo digo que me van a pasar la factura, porque me atreví a hacer cosas nuevas, distintas. Eso se paga, pero sobre todo, si afecta a los poderosos de aquí y de afuera. Algún día van a entender lo que quise hacer.

Pero en su motocicleta, el matemático y sargento José de Jesús Martínez se lo comía la angustia, pues recordaba que: “Yo mismo, que soy teniente de las Fuerzas de Defensa, solicité un fusil para tenerlo en casa, y no me lo quisieron dar, ni instrucciones, ni nada, en caso de esa invasión que veíamos cernirse sobre nosotros”...

Los levantamientos, dentro de las fuerzas armadas panameñas de octubre y de marzo, habían minado en tal forma ese cuerpo, que el comando, decidió desarmar a los cuarteles; así los diablos mayores del Comando Sur, habían ganado la primera batalla. Y en los días de la desigual pelea entre los arrojados miembros de los Batallones de la Dignidad y el pequeño grupo de militares no podían resistir realmente, tirándole piedras a los helicópteros Apache y a los Hummer. Resultaba increíble para Chuchú, saber que hubo enfrentamientos, entre “marines” yanquis y miembros de los Batallones de la Dignidad, en las cuales los batalloneros disparaban, sin saberlo, con balas de salva, porque en los cuarteles, a parte de un entrenamiento, puramente gimnástico y de algunas orientaciones, había el temor de entregar fusiles y municiones reales a los brigadistas, y mucho menos, las armas de mayor potencia, como los RPG, capaces de echar al suelo a los helicópteros que se reían de los disparos de los AK-47. Y sin embargo, después de la invasión se hallaron camiones llenos de armas, aún sin desempacar...

Pese a todo, Chuchú Martínez, el escolta seguía corriendo por las frescas y sinuosas veredas del Parque Omar, tal vez para matar su conducta angustiada y desesperada y tratar de salir del túnel... Y en esas forzadas marchas, entre las nebulosas que se le aparecían cuando el sudor le empañaba los ojos veía a Omar Torrijos, con el habano en la boca quien cierta vez en Coclesito le decía:

—Mira, Chuchú, tú sabes que yo no voy a morir en una cama.

—Déjese de vainas, mi General.

—Es que pienso que algún día voy a morir violentamente, y eso no me asusta. Yo digo que me van a pasar la factura, porque me atreví a hacer cosas nuevas, distintas. Eso se paga, pero sobre todo, si afecta a los poderosos de aquí y de afuera. Algún día van a entender lo que quise hacer.

—Ya lo entienden, mi General, las gentes del pueblo, y figuras internacionales como mi amigo Graham Greene, García Márquez; como lo entendió Tito, y los intelectuales mejores del mundo.

—Tal vez, Chuchú, tú dices eso, porque también eres escritor, además de reciente policía. ¿Sabes? Yo no quiero entrar a la historia, sino a la Zona del Canal. Como dice la décima de mi paisano Chico: "Quiero sembrar maíz, en la Zona del Canal"... Pero me atemoriza que luego de despachar a los amos blancos, venga la jauria de amos criollos, a devorarse lo que tanta sangre y sacrificio costó a varias generaciones de este pueblo.

—O sea, General, los que incluso votaron contra esos tratados y lo consideraron peores que el de Bunau Varilla.

—Sí, los de las sagradas cajas registradoras, cuyo único dios real es el dólar. Porque lo que yo quiero es el uso más colectivo posible de todo cuanto vamos a recuperar allí. Pero aunque hemos ganado una gran batalla con los tratados, estoy convencido de que los Estados Unidos no andan buscando amigos, sino lambones. Ellos prefieren a un lambón que a un amigo. Los Estados Unidos siguen como los abanderados de todas las causas injustas del hemisferio.

—Pero usted anduvo con Carter— cuestionó Chuchú.

—No, exactamente, estuve con la patria. Negocié, pero no me arrodillé. Mas si debo decir que hay que distinguir entre el imperialismo, como tal y Carter como persona dirigente. O sea, la diferencia entre la esencia de la cuestión y la forma, como suelen decir ustedes los marxistas. Carter, él era la forma en el negocio. El asunto de fondo, es que nos planteamos la soberanía territorial como una meta, de liberación nacional, irrenunciable, pero, junto a eso, nos hemos preocupado por generar riquezas con distribución más justa. Y no lo olvides, sin echar un sólo tiro, navegando en las nuevas olas del mundo que ha de venir.

—¿Esa es su filosofía, su ideología, General?— Interrogó Chuchú, mientras le servía un vaso con Whisky, para refrescar el aire cálido de la casa de Coclesito, en que debatían esa tarde.

—El filósofo de la Sorbona eres tú. Sé que eres socialista, y que tu ideología es el reparto de las tortillas con equidad. Pues, en cuanto a ideología, creo que cada pueblo tiene su propia aspirina. Allí está. Yo apenas soy un nacionalista; una especie de nacionalista de este pequeño Panamá oprimido. Pero, igual que tú, siento que hay que repartir los panes, como hizo Jesús, con los peces, uno para cada uno, y no un millón para uno solo y las migajas para el resto, que es la mayoría. No lo tengo todo claro, pero lo olfateo. Y eso me lo cobrarán.

—Pero también hay gentes de izquierda que dicen que usted apenas es un populista y un modernizador del capitalismo.

—Sí, Chuchú, son los que nunca hicieron la revolución, sino en los salones y las cafeterías... Mira, yo soy militar de carrera, en las academias y en los cursos que tomamos en Fort Gulick, nos informamos, discutimos, leímos.

Conozco en general el pensamiento de Mao, de Fidel y de los trozkistas. Sí, hay militares, como tus amigos argentinos que eran verdaderos gorilas, pero, por ejemplo Arbenz, no era gorila. Y más que pragmático soy realista, aunque tengo mis corazonadas, y también mis ideales. Cuando miro con las luces largas veo el reparto del compañerito pío, que lo mío es tuyo y lo tuyo lo mío... Creo que eso lo heredé de la pobreza de mi hogar, cuando era niño, y después en mi provincia revolucionaria que siempre decía: "Abajo el que sube". ¿Sabes? En Santiago una vez con mis compinches nos apropiamos, en un sitio, de una cabeza de guineo manzanos.

—General, se la robaron— intercedió Chuchú.

—No, aún éramos niños, de unos diez años, no robábamos, tomamos del huerto de la naturaleza, como lo hizo Adán. Bueno, yo era el jefe de la pequeña patrulla de pelados aventureros. Con mi machete corté la guinea, casi toda madura y olorosa. A mí me gustaba más el guineo manzano que el patriota. Contamos treinta y tres guineos redondos, amarillos y dulcitos... Se quiso formar la rebatiña— "Alto, grité... vamos a dividir"— Alguien que era bueno en matemática dijo que la división resultaba a razón de cuatro guineos para cada uno, pero sobraba uno. "Te toca a ti —propuso el chiquillo más pequeño— porque eres el jefe"—¿Sabes que respondí? Pues dije que no, y agregué "Lo dejaremos aquí, para que almuerce algún pajarito o conejo hambrientos."

—Ajá— contestó Chuchú —pero eso no es socialismo, porque debe dársele a cada quien de acuerdo a la calidad de su trabajo... Y en cuanto a la aspirina, como al marxismo, lo inventaron los alemanes.

—Sí, es la cartilla, no soy teórico. Es más, aquí estamos en Coclesito. Yo no vine aquí a entregar tierra a

poderosas transnacionales, ni a terratenientes locales, sino a sus amos, los campesinos. Pero no para que se arrastren en su miseria, sino para que también manejen otras tecnologías, y diversifiquen la producción. Por eso traje los búfalos.

—Y por ello, General, los izquierdistas universitarios, le dicen populista.

—¡Ja... ja... ja!... Chuchú de nuevo la cartillita. Mira, ¿sabes qué pienso yo en esta coyuntura en que vamos? Que toda la región del Pacífico, ya trabajada, registrada, la propiedad, y con una vieja cultura dentro de este sistema, debe modernizarse, pero seguir así como región capitalista, pero esta región del Atlántico, aún despoblada y con enorme atraso, debe encaminarse como socialista.

—¡Ja... ja!... Mi General, así no se hace el socialismo.

—¿Y quién es mago de hacer socialismos? ¿Sabes acaso tú lo que ha de venir en el mundo? ¿Eres profeta o burócrata y rezador de biblias dogmáticas? Allá tú, con tu Sorbona. Se que incluso me acusan de castrista, también eso faltaba. Es por mis declaraciones sobre Cuba, contra el odioso bloqueo, pero sobre todo porque restablecí las relaciones; ¿era eso populismo? Y pensando en nuestros muchachos, en realidad, yo prefiero que los estudiantes panameños sean castristas y no castrados. Pues la meta, Chuchú, mediante el alpinismo generacional, tiene que culminar con la liberación total del país y además contra todo el sistema que se concretó con esta colonización. Recuérдалo bien, ilustrado Sargento de París; nuestro gobierno no surgió solamente contra unos gobernantes malos. Nació también y sobre todo, contra un sistema malo y a ese sistema hay que matarlo, aunque sea de poquito a poquito, para que no patalee demasiado.

...a ese sistema hay que matarlo, aunque sea de poquito a poquito, para que no patalee demasiado.

Todo eso lo recordaba Chuchú, de sus largas conversaciones con Omar, en las más intrincadas regiones del pequeño país, como en los viajes alrededor del mundo. Ahora, en su marcha en el Parque Omar, sin embargo no salía del túnel, porque como escribió Vallejo:

Por eso el sargento adolorido escribía:

Pese a semejantes láminas de plomo sobre su atormentada alma de escolta de la patria, Chuchú seguía en su trote, bajo el cielo azulísimo y sobre la grama verde, de las curvadas lomas del parque, rociadas de la brisa del mar. Era la casi inútil lucha por su vida, el ser o no ser y la

conciencia, en el intento de sobrevivir la miseria para buscar la claridad: el verdadero día espléndido de la total liberación de su pequeño país.

Los norteamericanos habían creado el monstruo, el cuco, para justificar la guerra; una guerra con varios objetivos: volver a declamar: "I took Panama" y que toda la globalidad entendiera que sólo había un verdadero polo capaz de dirigir el mundo, como lo había manifestado el presidente Bush; además una guerra experimental para probar sistemas de comunicación novísimos: helicópteros, aviones y otros instrumentos sobre un país real, y una población real, y así, en los parámetros de la revolución tecnocientífica, manejar la nueva idea de una guerra digital, sin soldados, con ahorro de infantería y desde la cómoda posición de las máquinas imperceptibles, y los disparos infalibles por la cobertura de los láseres, y finalmente, como recurso tradicional, para manipular el voto de adocenados norteamericanos hacia las urnas.

Eso lo comprendió el filósofo Chuchú Martínez, y su túnel era la impotencia de los pueblos pobres, desgraciados y sometidos del mundo para poder dar una respuesta adecuada, ya que todo ese crimen se daba en el momento en que la compleja información electrónica, sobre la base de que ya el mundo no caminaría hacia las confrontaciones bélicas sino, que en función de la cooperación, la integración, la interdependencia, el consenso y el diálogo, al fin, el tiburón había aprendido a no comerse la sardina; así toda la comunicación experta logró crear tal ilusión de confundir el futuro con el presente, y desarmar a los pueblos. Allí estaba la raíz que conformaba el túnel de Chuchú.

Los diablitos criollos, clamaban por la intervención

*Y dicen las
gentes, que
los niños del
país suelen
verlo pasaren
su motocicleta
transparente,
con su barba
gris...*

para derribar la dictadura, instaurar la democracia y para que al fin, el pueblo pudiera agarrar de la piñata, prometida por el genocida Bush, verdaderos saquitos de dólares, que el tesoro norteamericano iba a echar desde los no probados helicópteros Apaches.

Sí, la época que se abría ya había parido nuevas tendencias positivas, de alcance universal, global, era cierto; pero Chuchú sabía que no era justo confundir la tendencia con el elemento estable, el sistema construido y actuante, y que todavía la tierra tenía su otro lado oscuro, cruel, egoísta, explotador, discriminador, odioso, corrompido, ya no como tendencia, sino como la estructura todavía viviente y capaz de reciclarse aún. Y ese engaño infame, lo sentía Chuchú Martínez, quien además era poeta y soñador.

Y debido a ello, en su trote, para muy adentro, recitaba su reflexión y después, con su odio sosegado, que no es otra cosa que la dignidad del pueblo escribía: "Estoy absolutamente convencido de que lo que el imperialismo invade es precisamente al General Torrijos, sus Tratados, sus Fuerzas Armadas, su espíritu nacionalista, su política regional... Había, pues, que, literalmente, rematar a Torrijos. Ya le habían matado el cuerpo. Ahora había que matarle el alma y su legado"...

Después de aquella marcha, esa mañana azul, el teniente y filósofo murió, aún dentro de su túnel.

Un coro de pajarillos cantó consignas de amor y rebeldía; luego un ejército de hormigas lo condujo a la salida del túnel, cubierto de pedacitos de rosas y claveles. Y dicen las gentes, que los niños del país suelen verlo pasar en su motocicleta transparente, con su barba gris, la sonrisa eterna, con Omar en la parrilla, hacia el dos mil y mucho más allá.

Ocurre que entonces, cuando ya Chuchú se alejaba como un puntito en el horizonte, el coro de niños empezó a cantar a Gaspar Octavio Hernández:

“Bandera de la patria! Sube... Sube...
hasta perderte en el azul. Y luego
de flotar en la patria del querube;
de flotar junto al velo de la nube,
si ves que el hado ciego
en los istmeños puso cobardía
desciende al Istmo convertida en fuego
y extingue con febril desasosiego
a los que amaron tu esplendor un día”...



33

FOLCLOR PARA MATARIFES

Pues le diré que en aquella provincia, de cuyo nombre no quiero acordarme, para no herir sus aguas, los algarrobos de sus caminos, las salomas, el rumiar de los trapiches solariegos, el crujir de las ruedas de las carreteras, ni las japiás de los hombres en la embarra de las casas, había allí un ejemplar de gobernador, hecho a la medida de la circunstancia desgraciada que se vivía por aquellos meses.

Ya las máquinas del Comando Sur habían apisonado y borrado lo que habían destruido en El Chorrillo, para que no se pudiera descubrir qué tipo de armas, de químicas y de sistemas habían experimentado sobre esas gentes, los norteamericanos en la guerra de la nochemala diciembre.

Los buenos gringos ahora, hacían caminos de penetración, y realizaban giras de asistencia médica a apartadas comunidades. Desde luego, con derroche de publicidad y previos sondeos, mediante la utilización de sus agentes locales, a los gringos los recibían realmente con el criterio del Arzobispo, de que eran los liberadores.

Y este gobernador era una especie de zorra en el gallinero que se trastornaba si no le brindaba a los

gringos matarifes, y en especial a sus jefes mayores, algún recibimiento con lo mejor de la cultura tradicional: tamboritos, cumbias, tunas, atravesados, mejoranas, diabólicos sucios, toritos guapos y todo cuanto la región tenía en el repertorio folclórico, para que los generales de Bush supieran lo agradecidas que estaban las zorras del patio de la eficiente, tecnológica y productiva matanza de las caperucitas rojas, por parte de sus lobos electrónicos.

—No te disgustéis hijo— le aconsejaba la anciana abuela al muchacho —pues de todo hay en la viña del señor.

—Abuela, lo que me emputa es que hasta el folclor lo pongan como sábana sucia y manchada en semejante prostíbulo.

—Todo pasará, hijo... todo pasará.

Y había que ver a los generales contentos, aunque con típica torpeza anglosajona, corresponder con ridículos movimientos en los bailes, frente a hermosas y sensuales muchachas empolleradas, que el dadivoso y obsecuente gobernador les echaba al ruedo. Pero cuando generales y coroneles acometían los bailes, había que ver a la canalla contentísima que aplaudía, a reventar, con una ladina entrega a los invasores, tocada de un sello de indudable mariconería.

—Esto no es nada, hijo, ya pasará.

Nada, desde luego, en comparación con las lindezas de las otras zorras que desde emisoras, durante los días de los combates, hacían llamados al Comando Sur: —"Vayan a Perejil que los comunistas allí tienen armas— bramaba con atiplada voz alguien que luego se ganó una diputación. Un abogado, no quiso quedarse atrás

...en eso entró al ruedo un soldado borracho y de una puñalada le sacó el corazón...

y gritó que en Cerro Azul, en la casa de un militarista había un arsenal... Y después, Santa Claus le regaló una procuraduría...

—No es nada, hijo— repetía serenamente la abuela, mientras en la plaza se oían los tambores, y los fuegos artificiales.

—Abuela, en otras tierras, a gentes así, el pueblo las fusila.

Si hijo—respondía la anciana.— Lo sé porque mi abuelo que anduvo con Belisario Porras en la Guerra de los Mil días lo contaba, que Victoriano Lorenzo ordenó fusilar, en Santa Fe, a un bandido llamado Fidel Muriello.

“—Afuera y adentro...

Afuera es que tiran balas”...

—Y sabrás, muchacho— continuó la anciana —tu abuelo me dijo que en aquella guerra, a este mismo lugar llegaron los godos. Esos asesinaban, violaban a las mujeres, robaban aquí y allá; como estos otros que tú dices. Y allí mismo en donde suenan esos tambores y se oyen esas tonadas obligaron a las gentes a plantar un baile de tambor. A la fuerza sacaron de su casa a la Mariana Cedeño, una linda trigueña quien era la mejor cantalante de tambor que había por esos rumbos. Pero ella se resistió, porque precisamente en esa guerra habían matado a su marido, quien era revolucionario liberal.

Y como la Mariana cerró la boca y se negó, desde dentro de su alma, a sacar de su garganta algún sonido... mientras otras mujeres, a las que le habían dado aguar-

diente para entonarlas, le decían: —"Cantá , Mariana, cantá... —Al resistirse ella y gritar con todo su odio:" ¡No!"... en eso entró al ruedo un soldado borracho y de una puñalada le sacó el corazón...

34

LUNA MÁRTIR

Se puso tristísima, con sus enormes ojos llorosos, al punto de que los pajaritos mañaneros llegaron al palo de higo y la saludaron: los sangretoros, los azulejos, los bin-bines, y nada... ella ni siquiera levantó la cabeza.

—¡Luna , lunita!... un poquito de sopa. Tómala, no seas tan mala— le rogaba la niña; pero Luna, moviendo con desánimo el rabito, se negaba a ingerir el caldo.

Sobre la barriada, durante todas las horas del día y de la noche, a pocos metros del suelo rajeaban los aviones con sus tormentosas turbinas, y filas de helicópteros, cargados de paracaidistas, se dirigían hacia San Miguelito, en el ataque contra los defensores de Tinajitas, el cuartel de la región.

Cuando en la madrugada del 20 de diciembre sonaron las primeras bombas y pasaron los aviones, Luna corrió a esconderse debajo de la cama, de su dueño, sumamente atemorizada, como le ocurrió a todos los animalitos al principio del mundo, en los grandes cataclismos y erupciones volcánicas.

Al día siguiente salió, pero con mucha malicia a pesquisar, frente a la casa, y todo le parecía muy extraño, ya que no escuchaba a ningún perro callejero cruzar la calle, como era habitual cada día. De nuevo empezaban a bramar los aviones por los cielos y Luna corría a ubicarse

debajo de la cama, aturdida, por la brutal provocación y el ruido ensordecedor. Pero al menos, para esos días aún tenía apetito y comía y accedía a jugar con la niña.

En realidad era una perrita con cierto pedigrí de pekinesa y un porcentaje alto de “tinaquera”, pero como todas ellas, poseía superior olfato y profundo celo por los suyos. Era romántica y amorosa; demasiado gente para tanto ruido y crueldad de ese mundo al revés. Y como era retinta, en su negrura, la niña por contradicción, la bautizó con el nombre de Luna. Las dos criaturas se confundían en un bolillo de amor, de juego, travesura y alegría de vivir. Si los dueños de casa salían a pasear y la dejaban al cuidado de la casa, en venganza, echaba las sábanas al suelo, mordía las plantas ornamentales, se orinaba en la sala, y cuando la gente regresaba, no volvía a ver a nadie, y hasta despreciaba los helados que le traían, para su consuelo ...rebelde ante la discriminación y las injusticias.

—Vamos Lunita, cómete el helado, que es de chocolate, de los que te gustan— y la niña, que ya conocía el lenguaje de su amiguita, su pequeño gruñido y el achurrar de los enormes ojos —más ojo que perra decía el jefe de la casa— pues entendía: —“No me da la gana de comer helado, porque se fueron solitos a pasear, y me dejaron.”

Cuando en diciembre vino la guerra de los norteamericanos, incluso en la barriada sonaban balas, y en la casa se temía que los gringos vinieran a allanarla, porque las brigadas de infantes de marina, pasaban de un lado a otro, con sus horribles caras pintadas, aunque algunos mostraban, verdaderamente más terror soterrado, en su andar y sus rostros, que bravura.

Luna resistió todavía el cruzar de tanquetas y el paso de aviones, pero no la ausencia del papá de la niña, a quien

La niña vio a los pajarillos levantar en vilo a la Luna en su atáúd de cajeta transparente.

solía cariñosamente despedir, cada mañana y recibir, en la tarde, cuando regresaba del trabajo. Lo que ignoraba era que en la misma madrugada del 20, al igual que otros compañeros, se había ido al lugar a dónde tenía que acudir cuando, en la televisión vio la clave "Cutarra". Y no volvió. Entonces Luna olió su tragedia y desde entonces no quiso comer, apagó sus ojos, se aplastaba en el piso de un rincón de la sala, con la quijada pegada al mosaico, y aunque la arrastraran o cargaran, ella volvía al mismo sitio, debajo de la poltrona que su dueño usaba en las tardes para ver la TV, consumiéndose en su cabanga, pero tratando de agarrarse al hálito que aún le quedaba del dueño, y compañero, el padre de la niña de sus juegos, con la cual ahora no quería jugar.

—Mamá, ¿por qué no la llevas al veterinario?

—Lo llamé, hija, pero nadie contesta allá. Y además no podemos salir a la calle, porque nos pueden matar. Es la guerra.

—Que nos maten, pues... si la pobre Luna se está muriendo... Era la protesta de Luna, prefería morir. No podía resistir los atronadores ruidos de los aviones, ni la ausencia de su amo, y sólo cuando apareciera el batallón ausente volvería a comer y jugar. Pero como por una razón u otra no aparecía, Luna se apagaba, por momentos, como una vela moribunda; se hundía, aún más en su infinita negrura de perra triste y estresada.

El último día de su vida, de vez en cuando abría sus enormes ojos claros, como para decir: "—¡Adiós gente... me muero!" — Pero ni siquiera podía realmente abrir los ojos. La pequeña familia acudió a consolarla, con toda clase de manjares que ella solía apetecer. Pero en realidad no se trataba de manjares, sino que moría de dolor, de ausencia, de amargura y de miedo, porque algo monstruoso había

violado su sentimiento de perrita medio pekinesa y tinaquera. Y realmente, la pobre, de pronto se murió.

—Mamá, yo quisiera llorar, pero no puedo— exclamó la niña.

—Llora hijita, yo también voy a llorar.

Como despedida, a las diez de la mañana del día 24, una atronadora ráfaga de aviones cruzó sobre el patio de la casa. Pero era por gusto, no podían molestar a Luna, porque ya ella estaba más allá de la vida.

La niña le puso un lacito rojo a la difunta; consiguió una cajeta de papel de regalo de navidad, y con su madre arregló el pequeño ataúd. En el fondo del patio cavaron la fosa y la enterraron a las doce del día. Sobre aquel promontorio de tierra y piedras, la chica colocó un cartel. Solamente llegaron a las honras fúnebres de Luna, sus amigos, los pajaritos: los bermejos y púrpuras sangretoros, los dulces azulejos, las sonoras capisucias y los amarillos y verdes bimbines. La pajarería bajó y entonó la marcha fúnebre de Chopin y un rosario de melodías, en que cada grupo de pájaros entonó su propia armonía. La niña vio a los pajarillos levantar en vilo a la Luna en su ataúd de cajeta transparente, conducida por el aleteo de los pájaros, y de pronto Luna parecía ladrar de alegría como siempre.

La niña oyó, de repente, cuando Luna le dijo: —“ No seas tonta, yo volveré mañana”.

En la tumba, todos los días, la niña ponía flores: rosas, orquídeas, jazmines, sobre el encanto de las flores, resaltaba el letrerito que decía: “Luna mártir”.

35

PANAMEÑO, SIN EMBARGO

Panameño, sin embargo y negro por añadidura, pero la Corte Militar del Ejército de los Estados Unidos consideró que había actuado según sus leyes y reglamentos de la guerra. Lo declararon inocente y el muchacho, sargento él, con lágrimas en los ojos, recibió, al salir de la sala, los cálidos besos y abrazos de su familia. Nada más le faltaría morir, para subir derechito al séptimo cielo de los gringos.

Es internacionalmente conocida la leyenda de la ciudad atlántica de Colón, tacita de oro, de los mejores tiempos de la construcción del Canal y de la Segunda Guerra Mundial, cuando competía en cuanto a diversión con los mejores cabarés de La Habana. Pero la guerra terminó, y poco a poco, ese milagro de economía bélica y aquello de la tacita de oro, como cuestión de duendes y demonios, desapareció. La alegre ciudad de marinos, de aventureros y de sufridos trabajadores negros quedó reducida a una ciudad de desempleados. Eran, pues, las famosas vacas flacas de siempre.

Muchos emigraron a la Yunay, atraídos por el esplendor americano. Se fueron estibadores, músicos de jazz, beisboleros y muchachas hermosas. Pero el joven

Bryan se inscribió en el ejército norteamericano y también se fue. Anduvo por varias partes del mundo y sólo llegó a sargento primero. Y fue en este rango cuando le tocó la suerte de regresar a su país, durante aquellos días de diciembre de 1989, en la 82 División Aero-transportada.

—Oye— le dijo en el avión un colega, cuando ya se acercaban a Panamá ¿no te repugna venir en esta misión contra tu propia tierra?

—¿Tierra?— respondió Bryan.

—Sí, tú me has dicho que eres panameño, de Colón City.

—Soy del ejército norteamericano. Eso es todo para mí, como para ti, que eres puertorriqueño.

Como colonense conocía muy bien cada punto de la carretera transistmica y advirtió ese día que en el recorrido de su comando, desde la ciudad de Panamá habían llegado a Chilibre, un sitio importante, ya que por dicha área quedan las tomas de agua para el abastecimiento de las ciudades de Panamá, y la a la vez de Balboa City y las bases militares, todo lo cual ya estaba bajo el dominio de la ocupación de las tropas gringas. La operación consistía en terminar de limpiar de batalloneros esa zona, para eso un diestro conocedor de esa importante vía como Bryan resultaba como anillo al dedo.

En una especie de cruz de camino, los norteamericanos tenían un retén. Bryan reemplazó al norteamericano que allí había pasado dos días, y se colocó frente a sus muchachos, con mucha autoridad.

La tarea consistía en detener el tránsito, que para esos días, desde luego, era muy poco, en comparación a los días normales, cuando los carros, autobuses, camiones, iban y venían en filas interminables en su destino de unir a las dos ciudades terminales del Canal, ya que la estratégica carretera de unos ochenta kilómetros, en una hora y minutos se encargaba de tocar los dos océanos: Pacífico y Atlántico.

Sólo autos oficiales, ambulancias, o camiones estatales que cumplían alguna labor en relación a los servicios eléctricos, telefónicos y de obras públicas, circulaban ese día, pues se había paralizado el comercio y las gentes preferían no transitar pues la vía estaba tomada por los gringos, quienes disparaban sin contemplación.

En el retén, los norteamericanos ordenaban detenerse, salir con las manos en alto, y luego examinaban a quienes en dichos autos fueran; revisaban la máquina, y después del detallado registro, dejaban pasar.

Dicen, luego del incidente, las gentes del lugar, que primero había pasado a toda velocidad un pequeño auto, del cual fue lanzada una granada contra la garita del retén, y que unos minutos después venía un pequeño camión del Instituto de Telecomunicaciones, y antes de llegar al retén recibió una ráfaga de ametralladora cincuenta. Del ametrallado camión se echaron los trabajadores, unos heridos, otros con los pañuelos blancos en alto. Bryan les gritó que no se movieran. El sargento se acercó, como en una película, con rítmicos y prepotentes pasos, mientras apuntaba con su fusil, a unos seis metros, disparó todos los proyectiles que tenía su arma.

Soy del ejército norteamericano. Eso es todo para mí, como para ti, que eres puertorriqueño.

Dicen los lugareños que los trabajadores, al sentir los impactos saltaban como pollos al morir.

En la escaramuza Bryan, el colonense, había ganado, como correspondía a un verdadero rambo.

36
ARDÍAN LAS ESPINELAS
COMO PLUMAS DE PÓLVORA

—¿El idioma oficial de Panamá, acaso no es el inglés?—
preguntó un extranjero.

Era una pregunta tonta, pero no exenta de lógica de los pueblos colonizados y de las potencias colonizadoras.

Y desde luego, la mayoría de los panameños, a menudo se sentía mortificada por esa pregunta y por la idea de que realmente, buena parte del mundo creyera que Panamá era una pequeña y bastante infeliz colonia norteamericana.

Pero los españoles sí conocían que en este istmo se hablaba su lengua, porque ellos la trajeron con sus armas, cruces, caballos, y guitarras. Mas ¿qué misterio determinó eso tan real y maravilloso, a la vez, que no sólo perdurara la lengua de Cervantes y de García Lorca, sino algo tan propio, castizo y hondo como el cantar de la décima o espinelas en estas calurosas y marinas tierras de negros, mestizos, indígenas y gringos?

Si don Vicente Espinel tuviera la irrealidad de emerger de entre las osamentas de los muertos de España y tomar una carabela en Puerto de Palos, para venir a estas tierras, como lo hizo Cristóbal Colón, en su cuarto viaje, se asombraría de la enorme popularidad y extensión de la espinela

Y es más extraordinario que el fulgor de la décima cantada se dé en el culito del universo, paso canale-ro, con un enclave colonial yanqui en su garganta, y con la contaminación del dólar y demás yerbas aromáticas, que invadieron nuestra cultura.

cantada en este pequeño terrón del mundo, del cual en los días de Espinel, su alumno Lope de Vega, decía:

“¿De do viene el caballero?
Viene de Panamá.
Trancelín en el sombrero
Viene de Panamá...
Gran jugador del vocablo
viene de Panamá...”

Pues este lugar transoceánico, a través del cual, Pizarro, Luque y otros conquistaron a los incas, y se llevaron el oro, es la región que más canta, escribe e improvisa décimas, en todo lo que va de descubierto en el mundo... Esto suena a fábula, pero es cierto, pese a sus poquísimos dos millones y sencillo de cristianos, en comparación con los ochenta millones de México y los treinta y tantos de Argentina y esto ocurre cuando en la mayoría de los países latinoamericanos y la misma España, que cultivaron la décima, el género o ha muerto o está en vías de desaparición, con excepción de Cuba, Puerto Rico y Venezuela. Y es más extraordinario que el fulgor de la décima cantada se dé en el culito del universo, paso canalero, con un enclave colonial yanqui en su garganta, y con la contaminación del dólar y demás yerbas aromáticas, que invadieron nuestra cultura.

Pues en esta tierra, cada semana, se canta casi mil décimas, en las tradicionales cantaderas y a través de la radio y la televisión, versos acompañados de las dos guitarras que nos trajeron los colonizadores: la grande, de seis órdenes y la chica de cinco cuerdas, llamada mejoranera, hecha de cedro, balso y nazareno del país y socavadas por las diestras manos artesanales de nuestras gentes.

Este cantar decimero a lo humano y a lo divino; por amor

o argumento, chacotería, filosofía, protesta, historia, paisaje, costumbre y soberanía se expresa en diferentes melodías tradicionales y criollas, llamadas torrentes.

Algunos cientistas del folclor y de la sociología sostienen que este empeño, a contrapelo de la modernización y del cosmopolitismo de la vía canalera, de la globalización y de la llamada relación intercultural, es una especie de rebeldía nacional, de protesta inconsciente de las raíces, que pugna por no dejarse absorber por la hegemonía de los Estados Unidos. Pero esta tesis, que algo puede tener de justa, no es del todo cierta, porque también hay cultivo de la décima en Puerto Rico, Estado que cada día es menos Estado nacional.

Dicen que por reñidos encuentros decimeros, en tiempos pasados hubo disgustos, peleas y muertes. La décima cantada fue el vehículo a través del cual los hombres expresaron sus amores a las mujeres, porque la décima ha sido asunto principalmente de hombres y no de hembras. Aunque hoy hay también mujeres cantoras. La décima campeaba, de plaza en plaza y de jolgorio en jolgorio, cuando no había ni radio y menos televisión; era el instrumento por medio del cual los pueblos podían criticar a los tiranos y a los demagogos, que gobernaron en la edad de oro de las oligarquías y de la más absoluta dominación de los Estados Unidos, cuando ejercían el protectorado del país.

Sin embargo, al término de la Guerra de los Mil días, cuando fusilaron a Victoriano Lorenzo, indígena, campesino y guerrillero por la presión de los Estados Unidos, no se conoce que se hubiera cantado décima al respecto. Era que si alguien se atrevía a improvisar o a cantarlas al guerrillero traicionado, se exponía a recibir una oscura puñalada o un tiro en la frente, de parte de los godos y de los servidores de

los norteamericanos.

*...cuando los
hombres y mu-
jeres del cam-
po y sus hijos
dejaban los
trapos y las sá-
banas para ir
a sus labores,
se deslizaba
en las ondas
un programa
de décimas
cantadas*

No fue Espinel el autor de la espinela; la forma, así llamada posteriormente como espinela, por recomendación de Lope de Vega, que consideraba a Vicente Espinel como su primer inventor; antes que Espinel se dice que hubo más de una docena de poetas que escribieron la décima espinela, entre ellos un tal Torres Naharro, y otro cual, Fernández de Heredia. Pero don Vicente sí la proyectó y le dio entrada en las cátedras de aquellos tiempos y así la exportaron a estas tierras. Y si hoy pudiera participar en una de las cincuenta cantaderas que ocurren en este país, cada fin de semana, en donde se agarran en el contrapunteo mesano, “El Tigre que come Gente”, con “La Piraña de Soná” y en donde cientos de personas escuchan apoyan a su cantor, y de seguro Espinel no comprendería de qué España, de qué Andalucía o Extremadura se trataría; o si en todo caso fuese algún capítulo olvidado de Cervantes, y otros Quijotes y otros Sanchos Panza, del buen hablar...

Algo increíble para los ignaros en este arte resulta oír a campesinos panameños improvisar, mediante la complicada, sonora, y estricta estrofa, llamada décima. Pero no hay misterio, es la cultura, la pasión, la inteligencia y la inspiración de las gentes.

¿Pero cuál es el cuento?

Es que a través de la Radio Nacional, poderosa emisora de onda larga de propiedad del Estado, en las madrugaditas mojadas de nuestro invierno o estación lluviosa de nueve meses; o las mañanitas claras y frescas de verano, cuando los hombres y mujeres del campo y sus hijos dejaban los trapos y las sábanas para ir a sus labores, se deslizaba en las ondas un programa de décimas cantadas, a través de las gargantas de los grandes cantores de entonces: Santos Días,

cantor de la soberanía, y Pille Collado, con respaldo de la guitarrita mejoranera, el violín y la guitarra de seis órdenes.

“Está azul la serranía,
toca la guitarra el viento...
el cielo en su firmamento
se llena de fantasía...”

Luego de una corta saloma de entrada, el cantor desplegaba la redondilla inicial, y soltaba la primera estrofa o pie, de diez versos, y en contrapunto, le respondía al contrincante, y la fuerza electrónica hacía llegar a todos los rincones del país los versos octosilábicos con su rima consonante, como una catarata de metáforas, imágenes y cadencias, para alimento y fortaleza del espíritu y de la conciencia.

“Arriba de la alta rama
hay un pájaro cantor,
que se desangra de amor
por su tierra soberana.
Y canta cada mañana
con una gran armonía,
apenas se pinta el día,
en lo lejano del mundo.
Canta pájaro profundo,
canta de soberanía.”

Se trataba de un cantar por soberanía, pero también por amor, argumento, ponderancia o lucha social.

“Mi décima no se vende,
ni se entrega, ni se alquila;
en el cielo se perfila
y ella misma se defiende”.

Después de cada estrofa, tañían las cuerdas, se desarrollaba el floreo de la mejoranera, el charrasqueo simultáneo y la queja del violín. Continuaba la espinela, la línea de pie forzado o la décima suelta, ahora en el terreno del amor.

“Mujer de fuego o de plata
y de mi sueño profundo
que tienes la luz del mundo
en la mirada que mata.
La pasión que se desata
al verte así, cada día,
me traspasa el alma mía
y te digo con orgullo,
amor, por un beso tuyo
“yo no sé cuánto daría”...

Y luego, en mesano o mesano transportado, con el elevado tiple Santos Días se inspiraba:

“Recuerda el nueve de enero,
patria, cuando tu bandera
violada fue por la fiera
aquí, bajo el propio alero.
Ascanio, mártir primero
sobre su tierra natal,
como flor primaveral
sajada por la tormenta,
cayó en la noche violenta...
¡Que se vayan del Canal!...”

Y así, cada mañana, esta vitamina para endurecer los huesos de la conciencia, y estos versos de amor, para

ablandar los corazones abrían el telón del teatro de la vida de los panameños.

“Mientras halla algún rincón
en la verde tierra mía,
en donde la garra arpía
del gringo clave su mal,
mi pájaro de cristal
canta de soberanía...”

Pero este encanto mañanero, súbitamente cesó a partir del 20 de diciembre de 1989. Un helicóptero Apache AH64 se situó a unos veinticinco metros del séptimo piso del edificio de la Contraloría, situado frente a la Bahía de Panamá, en donde estaban alojados los estudios de la Radio Nacional.

Pues había sido la Radio Nacional, una de las emisoras que a partir las doce de la noche del día diecinueve, comenzó a pasar la clave “cutarra”. Y desde ese momento la emisora cambió su programa habitual e introdujo marchas patrióticas y mensajes, que desde distintos puntos de la ciudad y del país, emitían organizaciones populares, miembros del gobierno y los propios locutores.

Radio Nacional era factor decisivo en la Cadena Patriótica de la Resistencia.

Los locutores alternaban las marchas y discursos con décimas de soberanía y consignas revolucionarias.

“La guardia en alto, adelante,
tantos muertos, no lo olvides,
que si en fracción te divides
te fusilará el gigante.”

¿Y cómo era posible que en habiendo aplastado lo

fundamental de la resistencia, con los veintisiete mil soldados norteamericanos, unos desguarnecidos locutores, que ni siquiera habían probado bocado alguno durante ese día, estuvieran lanzando consignas, marchas y décimas contra la invasión del imperio unipopular del mundo?

Tal arrojo y atrevimiento debía ser castigado por los aparatos de Bush; el helicóptero Apache, como un verdadero dragón de acero apuntó sus misiles y los disparó a quemarropa. Al explotar la emisora enmudeció. Dentro de los archivos ardían las décimas grabadas, como plumas de pólvora, kilómetros de cintas; tesoro de canciones, poemas, cumbias, décimas, espinelas, redondillas, mesanos, gallinos, zapateros... Y entre las bocanadas de fuego y humo parecía surgir con la guitarra de cinco cuerdas, nada menos que Vicente Espinel, el decimero cubano Cucalambé, el gaucho Martín Fierro y un ejército de decimeros y cantores panameños presididos por Chulía Medina y Bernardo Cigarruista.

Desde el mar del sur, la América Latina, esa noche, se veía arder la emisora, como un faro, con sus guitarras y décimas chamuscadas, pero no vencidas. Rubén Murgas, al despedirse, en un torrente de mesano, a través del micrófono recitó en los aires:

“Un día será mi Canal
tan mío, como el tamborito,
para entonces, más bonito
lucirá el cañaveral”...

Y saqueo final: Unos días después, con la venia de las tropas invasoras, altos ladrones del régimen títere, entre ellos un ministro, se robaron los valiosos y potentes transmisores de la Radio Nacional, para demostrar que: guerra es guerra, y que las décimas no importan un carajo...

37 TANIA

No sólo era una mujer bonita, típica de la belleza campesina, sino de firme carácter, de manos fuertes y mente clara. Profesional de la enseñanza, a duras penas pudo titularse como maestra y luego subió a enseñar a la montaña, la sierra, en perdidos andurriales y caseríos, hasta cuando la suerte le deparó venir a la ciudad, y alcanzar un título universitario en mejores condiciones.

¿Por qué se llamaba con ese nombre: Tania? Si ella había nacido el cinco de noviembre y debió haberse llamado, según el santoral, nada menos que Estanislá?

Su padre, un recio campesino, que luego de levantar la familia a punta de machete, de sol a sol, tuvo que defender el pedazo de tierra, precisamente a punta de machete, en una liga campesina, cierta vez que un compañero llegó al campo a realizar una charla, le dejó una revista, en donde había artículos muy interesantes y hermosas fotos a color. La revista mostraba una bella muchacha, en el timón de un tractor y al fondo, un inmenso mar de trigo maduro. Debajo de la gráficas se leía: "Tania, la tractorista". Entonces el hombre dijo: —"El día que me nazca una niña, se llamará Tania". Y dicho y hecho, la esposa parió una muchachilla.

Entonces el hombre dijo: "El día que me nazca una niña, se llamará Tania".

—¡Conque me nació Tania! —exclamó alegre el padre.

—Pero yo mandé a consultar con el almanaque Bristol —respondió la madre— y el nombre que le viene es Estanislá.

—¡Jum! —respondió el padre— Estanislá debió haber sido una santa, pero esta niña no será una santa, sino una mujer; una mujer con la sangre de su padre y de su madre y que tenga el coraje de un verdadero tractor.

—¿Tractor? Oiga mi compañero —dijo la recién parida— ¿usted si no es loco no?

—Ay, “mama”, si no hubiera sido loco y formo la Liga Campesina, ¿en dónde estuviéramos hoy, por esos peladeros del mundo, sin tierra, sin casa y sin Tania?

Por eso se llamó Tania, que en cierto sentido, y hasta por casualidad parecía diminutivo de Estanislá.

Cuando en diciembre, ya los norteamericanos se habían tomado las ciudades y poblados canaleros y neutralizado, en lo fundamental, la resistencia que allí se daba, se dispersaron por algunos lugares del interior. Cayeron en Santiago de Veraguas, se tomaron el aeropuerto y situaron allí el centro de operaciones.

Desde el primer momento de la invasión, los revolucionarios de esa provincia, que integraban los Batallones de la Dignidad, trataron de cumplir con algunas de las medidas de urgencia que debían tomar, pero ello fue obstruido, como ocurrió en el resto del país, por la disgregación real del mando militar panameño, a la hora del ataque norteamericano.

—Oye, ¿quién sabe que hubiera pasado aquí? porque nosotros sí queríamos pelear —dijo uno de los muchachos—. El error de nosotros fue habernos sujetado, como

Batallones de la Dignidad, al mando de militares. Debimos operar con nuestra propia dirección, a como diera lugar.

Pero ellos tenían todo: las armas, la logística, la inteligencia, y se habló de no hacer una fuerza paralela.

—Ese fue el error —repito.— Y como además los militares tenían a sus propias fuerzas divididas, debido a los golpes que dieron los disidentes, esta división y confusión, fue la que nos jodió, mano. Mira, que a la hora de la hora, ni siquiera querían entregarnos las armas, y en algunos sitios no las dieron. Por eso los gringos hallaron contenedores enteros de armas, sin usar, y nosotros acá de puros pendejos... No se sabía en dónde estaban los enemigos...

—Pero algunas armas teníamos. ¿Qué pasó entonces?

—Sí, mano, era cierto, pero pasó lo mismo. Tomábamos un camión.—“Los gringos están allá” —decían. Corrimos al sitio sólo con algunos AK, porque ni siquiera teníamos una dotación adecuada, ni bolsa con alimentos, ni medicinas, ni nada. Total no había gringos allá. Luego que si nos íbamos a Santa Fe... corran compañeros a otro carro y para arriba. Adelante el responsable militar nos decía que no; que había una contra orden de que no se iba a pelear. Sí, nosotros no teníamos una línea operativa propia y esto tenemos que reconocerlo y no andar hablando ahuevazones y echándole la culpa al serrucho...

—Claro, pero si la hubiéramos tenido, ¿cuántos de nosotros no pudiéramos echar el cuento ahora?

—¿Y qué quieres, mano? Es la naturaleza de toda pelea, ¿o es que lo que ocurrió, porque sólo duró una semana, no fue una guerra injusta que nos impuso los

Estados Unidos? Tampoco muchos gringos hubieran podido regresar a sus casas, al menos, caminando.

Estas eran las discusiones obligadas, cada vez que los batalloneros se encontraban en algún lugar, pero en Santiago hubo dos gringos muertos. Una vez tomado el pequeño aeropuerto, los norteamericanos fueron a posesionarse del cuartel de la ciudad. Ya tenían informes de que las fuerzas militares se habían rendido, como había ocurrido en Chiriquí y en otras provincias, pero de todos modos, llegaron en actitud de combate y se situaron en las mejores posiciones para rodear el edificio y sus alrededores. Adentro aún había algunos guardias. El comando gringo envió a un pelotón a dar la vuelta por detrás de las instalaciones del cuartel. Todo estaba en absoluta calma, y los “marines” se desplazaron sigilosamente. Al inspeccionar la parte trasera y tratar de salir al escampado a uno de la vanguardia se le salió un tiro. Los que estaban al frente del cuartel inmediatamente respondieron y dos de los delanteros cayeron. Uno era un puertorriqueño. La gente del pueblo comentaba que los mató el miedo, y que los soldados muertos eran muchachos muy jóvenes. Quedó un hedor a sangre y a excremento en el suelo.

Pero el problema de Tania, a pesar de su belleza, era nada más y nada menos fruto de que la inteligencia norteamericana había hallado un informe sobre el número de afiliados a los Batallones en ese lugar y datos precisos de la dirección de los mismos. En uno de los papeles se leía que Tania, en su entrenamiento había alcanzado el más alto puntaje de tiro con fusil.

Luego del incidente los dos norteamericanos muer-

tos en el cuartel empezó la cacería en la ciudad, no sólo por el conocimiento que los yanquis tenían el pueblo y de sus antecedentes revolucionarios, sino por el trabajo de los sapos y soplones locales, quienes salieron de sus cloacas, verdaderamente enloquecidos de alegría por los “liberadores” gringos.

—¿Oíste a ese maricón de fulano de tal, que llamó a los gringos, por la radio, para que nos fusilen en la Placita?

—Llaman por teléfono a los norteamericanos para decir que en la casa mía o tuya, hay armas. Ya dimos la orden a todas las gentes para que desaparezcan; los gringos tienen la lista de todos los miembros de los Batallones.

—¿Y qué supiste de Tania?

—Estoy emputado, porque no quiere sumergirse.

—Hagamos una cosa; llamemos también nosotros por teléfono, y denunciemos a los traidores, que a esto se dedican, para que también sus propios amos les caigan encima. Todo el pueblo sabe que son los democristianos, entre otros, los que a este sucio oficio se dedican.

Los sapos soplaron a los gringos que debían ir al Sur de Soná, porque era una región comunista, y que allá se habían remontado los batalloneros. Los norteamericanos no sólo prepararon la cacería en aquel lugar, sino que avisaron que bombardearían los asentamientos campesinos, sino entregaban a los batalloneros. Pero cuando los carapintadas y diablos del ejército invasor pesquisaron, amenazaron y hurgaron con las bayonetas los depósitos de arroz y no encontraron a los que buscaban, el jefe de la operación dijo: —“Parece que nos están desinformando”.

—¡Mátenme,
hijos de puta!

Pero no la
mataron. En
la madrugada
la metieron
en un
"hummer" y
la llevaron al
centro de ope-
ración que
habían instala-
do en Soná.

Pero a la casa de Tania, como a las diez de la noche, llegaron cinco tanquetas. Era la tercera vez que realizaban este operativo en busca de la que consideraban, era un serio peligro para el destino manifiesto de Jefferson... Y esa vez la muchacha estaba allí. Casi veinticinco carapintadas, con toda clase de armamentos habían demostrado la gran capacidad de capturar insurgentes y rodearon la modesta casa; estaban listos para disparar. Ni los gritos, ni los llantos de niños impidieron que a esa hora se la llevaran al cuartel de la ciudad, en donde ya operaban los gringos.

—Nombre —preguntó uno de los investigadores gringos.

—Tania. Respondió la mujer.

—¡Ah!... Ya matamos a una en Bolivia, no será la única, así que mira lo que me vas a decir. ¿Dónde están las armas?

—Ustedes registraron toda la casa.

—Sí, pero contesta. ¿Dónde están las armas?

—Estaban aquí en el cuartel y ustedes las tomaron.

—¿Dónde están las armas de los batalloneros como tú? Y no te la tires de más viva. Hablas con el ejército más poderoso del mundo. ¿O tú crees que es esa porquería que hay en tu idolatrada Rusia o donde los cerdos de Fidel?... porque aquí en este expediente... ¿lo ves? aquí dice que eres comunista. Todos ustedes son unos perros comunistas, y tú una perra comunista. Contesta. ¿Quién es tu jefe? ¿dónde están los otros?

A Tania le vino el recuerdo de su desaparecido padre, quién siempre repetía aquella sentencia de los primeros días: —“Una mujer con la sangre de su padre y de su madre y que tenga el coraje de un verdadero

tractor". Por eso cerró la boca, más fuerte que sus puños, y aunque le salieron lágrimas de fuego, no contestó.

—Si no respondes —amenazó el gringo pocho— te daremos un paseito en helicóptero; primero será un redoblón, porque te lo mereces, porque estás muy buena, y después te echaremos a volar... ¿Ah? ¿Tienes alitas?

—¡Mátenme, hijos de puta!

Pero no la mataron. En la madrugada la metieron en un "hummer" y la llevaron al centro de operación que habían instalado en Soná. Más tarde llegó un helicóptero. Tania pensaba que había llegado la hora de echarla a volar desde el cielo. Sentía miedo y cólera a la vez. Tenía información de este tipo de amenazas, como parte de la tortura psicológica, pero podían proceder ya que de su brutalidad habían dado pruebas en su bestial ataque, incluso contra la población civil y el fusilamiento de militares que se rendían.

Tania había regresado ese día a la casa, más bien, para proteger a sus niños pequeños. Prefería entregarse a que secuestraran como rehenes a sus hijos. Ahora, mientras escuchaba el odioso run run del helicóptero, sin entender, por qué no la fueron a buscar a Santiago, sino a ese lugar, reflexionaba que era, justamente, para cumplir la amenaza del animal que la había investigado en el cuartel. ¿Acaso no hubiera sido mejor morir peleando? Tal vez. Pero ya había la orden de suspender acciones, ante la ofensiva aplastante de la invasión. Recoger fuerzas —se dijo— y salvar lo que se podía, para otro momento. Eso le dijeron y le ordenaron, pero no cumplió la otra parte, muy engarzada entre la represión y sus hijos prefirió a los hijos y se fue a casa.

Ya en el helicóptero, al elevarse ella pudo captar que el aparato no se dirigía a la capital, sino hacia el occidente. Se llenó de pánico.

—¿A dónde me llevan? —preguntó

—¿Tienes miedo? —le preguntó un soldado moreno, un tipo de habla, entre panameño y cubano.

—¿A dónde me llevan? —volvió a preguntar.

—No podemos informar. Nosotros sólo cumplimos órdenes. ¿Te gustaría fumar un cigarrillo?

—No.

—Cálmate, muchacha, dijo el moreno... no te vamos a matar.

Luego de un viaje que a Tania le pareció larguísimo, el helicóptero bajó en el aeropuerto de la ciudad de David. La tripulación entregó a la detenida en un puesto de control de los norteamericanos. La recepción tuvo la misma tónica de amenazas, groserías y maltrato, característica del estilo de la invasión. Tania se daba cuenta de que era apenas como una brizna en el ojo del huracán. Allí la esposaron con las cintas plásticas, cortantes, que se apretaban a la medida en que la persona se movía. Y lo único que la alentó fue el haber hallado otros prisioneros, que en silencio la saludaron solidariamente con sus miradas de compañeros en la desgracia, pero con la frente en alto. Al parecer, sólo esperaban la llegada de Tania, pues de inmediato dieron orden al resto de prisioneros a subir a un avión, el cual levantó vuelo hacia el saliente de la provincia chiricana. En menos de cuarenticinco minutos el avión aterrizó en la base de Howard. Aturdida, por el viaje y por sentirse ante tan miserable situación y sin haber dormido, ni comido, todo parecía una pesadilla para la maestra rural. Había caído como en un infierno de

asfalto y acero, con diabólicos aviones y helicópteros, y de seres extraños, que semejaban demonios robotizados o bandidos enloquecidos. Sentía ganas de escupir, de vomitar. Allí estaba la esencia del poder unipolar norteamericano, en aquella base aérea, militar, una de las más grandes que los Estados Unidos tenían en el mundo, fuera de su territorio. Ahora toda la complejidad de aquella estructura cumplía su misión contra el género humano de los pueblos oprimidos, con el ánimo de exprimir, de aplastar a la criatura indefensa de Tania. Ella, sin embargo debía caminar sin titubeos, en la fila de prisioneros, en donde la única mujer era ella; así bajo órdenes dadas por gritos, todos esposados con el coraje de un tractor, como decía su padre. En la pesadilla, mientras iba del avión a un autobús militar, parecía que arriba un helicóptero daba vueltas en las alturas, y se transformaba de pronto, en un grosero murciélago oscuro, un chango gigantesco que le gritaba en español con acento gringo: —“¿Quién te lo mandó? ¿No querías defender a tu patria? ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... So pendeja... La patria son los dólares. ¿Sabes quién te habla? Yo mismo, un panameño inteligente, que a diferencia tuya, sabe que los gringos son nuestros buenos socios... Lo más grande del mundo y tienen dólares, ¡hueveta!”

Del bus, la condujeron... ¿quién sabe a dónde? en aquel aquelarre abyecto de represión y muerte. Otro interrogatorio. Le quitaron las esposas y volvieron las preguntas, con mayor encono.

—Tania ¿no?... Sabemos que además tu eres drogadicta y narcotraficante... ¡habla!

Pero tampoco habló absolutamente nada. Se fingió aturdida y hasta desfalleciente. Y en efecto, cuando des-

pertó, aún sentada y vio al investigador, le pareció que se trataba de algo horrible, de un monstruo de película de terror norteamericana y las alas del monstruo se le acercaban con afiladas ganzúas.

—¡Ay!— gritó.

Y luego de esta investigación y del hostigamiento hitleriano, Tania fue a dar al campo de concentración, de prisioneros de guerra más grande de occidente, luego de la Segunda Guerra Mundial, en un lugar llamado Nuevo Emperador, en los perímetros, aún bajo jurisdicción yanqui, y en las riberas del Canal de Panamá. Cuando ella llegó ya era de noche.

La llevaron a una carpa. Allí había unos cuatro catres, los que ya estaban ocupados. Tenía que echarse en el suelo. Nunca había dormido sobre la tierra, aunque ésta también era tierra suya, pero todavía en manos gringas. Nuevo Emperador, el campo de concentración, era un polígono de tiro. Así pasó la noche, entre despierta y dormida. Al amanecer, antes de que despertaran las otras personas, se incorporó. Incluso los servicios eran portátiles y quedaban dentro de la carpa, por eso en la noche había sentido tal fragancia.

Llegó la hora del desayuno y le dieron algo así como un emparedado frío. Después llegó una gringa a explicar las reglas del juego en el campo de concentración, en donde había acerca de veinticinco mil panameños y panameñas, como ella. Y se preguntaba: —“Campo de concentración... ¿por qué?”.

Catorce días pasó Tania como una mugrienta en aquella cueva, ya que por gestiones de los mismos prisioneros, ante la Cruz Roja Internacional, los liberaron, al fin. Llegó un alto jefe de la invasión y explicó cínicamente

que: .—“Todo lo que les ha ocurrido, ha sido por petición del régimen democrático panameño. Nosotros sólo hemos colaborado”.

Pero aquí no terminó el juego sucio. Los del campo de concentración no entregaron a Tania a la Cruz Roja, sino a las autoridades panameñas títeres. Llevaron a las mujeres a la cárcel de mujeres. Tania pensó que al menos se trataba de gente panameña y creyó que tendría mejor trato. Pero ella en ese momento no era consciente de lo que había pasado en el alma de todos los que salieron a felicitar a los gringos por la agresión. Al entrar unas carceleras comenzaron a burlarse de las nuevas prisioneras, las insultaban y le gritaban toda clase de estupideces: .—“Llegaron las brujas noriegue-ras. Putas mismas son, desgraciadas”... —y agregaban a otras arengas del arsenal de la Cruzada Civilista. Las echaron en unas celdas cochinas, utilizadas para mu- jeres locas. La comida se la tiraban al suelo. Era parte del castigo, porque no se convirtieron en soplonas, ni denunciaron a sus compañeros jefes, ni el lugar en donde habían escondido algunas armas, para cuando fuera necesario.

Tania reflexionaba en todo este torbellino de maldad humana y de lo que un sistema como el de los Estados Unidos era capaz de hacer contra los pequeños pueblos. Recordaba las clases de sicología que cursó en la Normal, para tratar de entender esta conducta. La verdad era que tanto se habló de nacionalismo paname- ño, de lucha por la soberanía y del carácter de la opresión norteamericana sobre Panamá. Era tan habi- tual, para ciertas fechas, recitar a Ricardo Miró, a Amelia Denis de Icaza, a Gaspar Octavio Hernández y a

...fue al fon- do del patio con los niños y la familia y quemó aque- llo que hedta a helicóptero, tanquetas, “hummer”, oficinas de in- teligencia, campo de con- centración, cárcel de mu- jeres y a toda la mugre grin- ga...

Demetrio Korsi, que la gente pensaba que en Panamá todo mundo quería una nación panameña, y no un Estado Libre Asociado. De pronto reflexionaba Tania en esos momentos. Unajauría de panameños le mordía su alma de maestra digna; el cardumen de sapos babosos, se refocilaban en la charca de la soplonería y la muchedumbre de sierpes y demás bichos competían en una olimpiada de arrastrarse a los pies del amo. A Tania le parecía increíble que todo eso había estado, de cierto modo, oculto en la sicología de esa gente y que por tanto, ella fue engañada por las apariencias. Pero la realidad era la realidad.

—Mire, niña —le respondió un viejo luchador, a Tania, en el campo de concentración, cuando ella se quejaba de esa situación.— Desde antes de la república ya había istmeños, que como Tomás Arias, de la rancia aristocracia, no querían una república independiente, como lo quiso Justo Arosemena, sino una forma de colonia o de protectorado. Y ahora, se ha demostrado que no es un Tomás Arias, sino miles más. Y para desgracia nuestra, no sólo son los millonarios, comerciantes y rabíblancos, sino, también lameplatos, y comemierdas del pueblo, que en estos días andaban y andan con banderitas yanquis y suéteres de “Just Cause”, chapaleando sobre la sangre de sus hermanos. Sí, hija mía, yo tengo ochenta años y me queda poco, pero esto no ha terminado aún. Yo moriré pronto, pero en este mundo todo está por ver, y usted, luego de lo que me ha dicho y padecido, no se venda mañana, por un puesto público o dos cabezas de vaca.

—No, señor, por nada.

—Ni tampoco haga lo que algunos revolucionarios

del 25 y del 30 hicieron, que después se cambiaron de ropa; se quitaron la camisa roja proletaria y se pusieron el saco azul burgués... Pero no sólo ellos, para aquellos días, sino que también vi a no pocos jóvenes, estudiantes, profesionales y obreros que en su tiempo también se pusieron la franela roja, en sus luchas nacionales y sociales, fueron los picos de oro de la revolución y después mi hija, se calzaron con zapatos florsheim, y dejaron las chivas de Boca la Caja y los buses, para pavonearse en los BMW, los Mercedes Benz... Usted, que ha padecido todo esto, no lo haga. Siga su ruta.

Al parecer, las palabras del viejo revolucionario le llevaron al camino de la esperanza. Y como, al regresar, algún día a su pueblo, algunos dejarían incluso de saludarla y la verían como una perra apestosa; además la botarían de su trabajo, ella seguiría por el camino esperanzador.

Y un día la libertaron. Dejó la inmundicia física de aquellas celdas y la podredumbre de aquel enclaustramiento, en donde algunas carceleras se habían contaminado del sida moral de los norteamericanos.

Volvió a casa. Llegó entradita la noche. Al verla los niños saltaron la cerca y ella, al abrazarlos, casi sentía que se asfixiaba. Al amanecer tomó la poca ropa que traía, fue al fondo del patio con los niños y la familia y quemó aquello que hedía a helicóptero, tanquetas, "hummer", oficinas de inteligencia, campo de concentración, cárcel de mujeres y a toda la mugre gringa, y al volver a ser ella, Tania, sintió que en realidad todavía era "una mujer con la sangre de su madre y con el coraje de un verdadero tractor"...

Entonces la maestra tomó la toalla y entró al baño. Al

abrir suavemente la pluma empezó un cantito: —“Hojita de guarumal, donde vive la langosta” —Afuera, la madre le dijo a los nietos: —“Cuche, cuche... su mama está cantando... ¡Ay! gracias al Padre Jesús de la Atalaya” —Tania abrió la llave con toda fuerza para que el chorro le sacudiera el cuerpo; se enjabonó y procedió a restregarse con un estropajo, como para sacarse el sucio de la represión y al sentir, bajo el agua, la turbulencia de su propia sangre que invadía cada poro de su vida, detenía el chorro de agua y volvía a la tonada: —“Donde vive, donde canta, donde come la langosta” —Luego pasó al lavado del cabello; se dio un enjuague meticuloso, y se aplicó con las yemas de los dedos un masaje tonificador... De nuevo, el agua fresca y la tonada. Se frotó con la toalla, y exclamó: —“¡Hum!... huele a albahaca... ¡qué rico!” —Se arrojó el pelo con la toalla; se puso la bata y salió del baño. Entonces llamó a los niños: —“díganle a la abuela que los arregle, con ropita nueva.”

Arrastró el abanico, lo prendió, para que el aire le secara el pelo. Se sentó en la cama; abrió el cajoncito de la peinadora, extrajo una lima y empezó a arreglarse las uñas de los pies.

—Mamá, ¿qué? —dijo el niño mayor.

—Los dos, al baño, rápido y a vestirse de una vez.

Con el cuidado de un pintor Tania aplicó el esmalte en las uñas de los pies; se levantó, volvió al baño, cortó papel higiénico e hizo bolillos, para introducirlo entre los dedos. Cambió de tonada: —“Panameño, panameño, panameño vida mía” —... Y empezó el cuidadoso arreglo de las manos: —¡Uf!... —expresó— ¡qué uñas!...” Mientras se pulía las uñas pensaba en qué ropa ponerse. Al terminar, se colocó frente a los espejos de la peinadora. Notó que le habían crecido las cejas, y empezó a depilarse

Los agarró de las manos, empujó la puerta del jardín, y salieron por una estrecha, verde y florida vereda

con una navajita. Todo iba bien.— “Ajá —dijo— debo hacerme una mascarilla de avena y miel de abeja.” —Sacó unas cuantas cucharadas de hojuelas y escanció, de la botella, un poco de miel. Hizo la pasta y fue untándosela cuidadosamente, rodeando los ojos: —“Listo —dijo.—Yo quiero que tú me lleves al tambor de la alegría”. Ahora vamos a ver a Tania, qué traje te pones.— “¿Ya ustedes chiquillos, están listos? ¿Este pantalón? No. Mejor el traje de satín estampado, con flores de tonos de pastel. Sí, primaveral. Además las medias”.

—Mamy —dijo el niño mayor— pareces una diabla con esa máscara.

—Pero no soy diabla... vayan a desayunar.

Ya la mascarilla se le había secado mucho y sentía la cara como templada. Fue al lavamanos y se la quitó; le rebotó la sangre de las mejillas: “—¿Qué se habrá hecho la crema humectante Ponds? ”

“Aquí está, vamos cremita” —Luego se puso la base, a tono con su rostro, y después *tomó el colorete rosa Revlon*, pero lo dejó y dispuso, mejor el Maja. Buscó un polvo traslúcido para fijar el maquillaje: —“Se ve chévere” —comentó—Se alejó de los espejos, volvió a ellos, ladeó el rostro, se rizó las pestañas: —“Creo que me hace falta un poco de línea en las cejas” —Tomó un lápiz café y trazó un arco, finalmente le dio el toque de sombras azulencas alrededor de los ojos: —“Pero este pelo, mejor lo dejo al natural” —Tomó un poco de espuma para darle cuerpo al cabello y le dio cepillo: “Ya está... Pero acaso no le falta algo a Tania?” —Buscó el atomizador, Heno de Pravia, y se roció detrás de las orejas y en las sienes. —“Ya está, punto final gritó:” —“¡Listos, muchachos, vamos!”

—Mamy, ¡qué linda te ves!

—Más lindos son ustedes.

Los agarró de las manos, empujó la puerta del jardín, y salieron por una estrecha, verde y florida vereda.

—Oye, mamá, ¿en dónde estabas tú, que no te veíamos?

—Fui al cielo.

—Mentirosa... ¿Y cómo es el cielo pues?

—Así, como este caminito, pero abajo estaban asándose los diablos, las diabras y sus diablitos... ¡je!... ¡je!... ¡je!...

38 DIJO ÑAGARE*

En la sierra chocolate, parda y roja de los antiguos indígenas gnobes, en las alturas de la cordillera del oriente chiricano, de pronto aparecieron helicópteros —bicicletas con alas— no para volver a traer a la Virgen María, de no se sabe dónde, de forma que le apareciera a la Mama Chi, con un decálogo religioso, según los que inventaron esta leyenda, sino para cazar al dirigente de carne y hueso Cándido Tugrí.

Como veinticinco carapintadas, armados hasta los dientes, rodearon el rancho, al bajar de las poderosas máquinas, como en una representación de los salvajes allanamientos que practicaron en Viet Nam, ni más ni menos.

—Tú, perro comunista, dices dónde están las armas que te entregó el doctor, o te vamos a sacar la mierda por la boca —gritó el sargento gringo, con habla caribeña.

El gnohe sorprendido y atenazado por los brazos de dos soldados misquitos, usados por los norteamericanos en la invasión, para acciones en las zonas indígenas, entre otros sitios, se sacudía como un tigre herido y se mascó la lengua y no dijo absolutamente nada, ni en su lengua ni en español.

Le dieron el primer culatazo con el M16, en la boca del estómago. En inglés un oficial ordenó que le siguieran dando, pero sin aturdirlo porque necesitaban el informe. Y en la medida que el ser humano de la sierra no contestaba le seguían dando puñetazos, patadas y culatazos. Por la mente del indígena pasaban varias historias de siglos y de los primeros días de la colonización; de sus mujeres viola-

—Yoles aconsejo —opinó un rico ganadero
—que agarremos al doctor.
—¿Qué coartada usar?— respondió el oficial gringo.
—¿Acaso ustedes necesitan excusas?
—dijo el ganadero.

* Ñagare; no, en lengua gnohe.

das, de París ardiendo sobre llamas, del Quibíán apresado pero luego fugitivo entre las aguas, del Urracá en su enfrentamiento de nueve años, de los millones de sus hermanos asesinados en toda la Abia Yala y sintió que su sangre le encendía el alambrado de sus nervios.

—¡Habla, cholo sanamabiche!

—¡Ñagare! —rugió Tugrí.

—¿Qué dijo? —preguntó el oficial, en inglés.

—Dijo ñagare, —respondió el puertorriqueño.

Entonces esposaron al muchacho, lo echaron en uno de los helicópteros y levantaron vuelo hacia el cuartel de David.

Mas era cierto que a la sierra habían subido armas y existían buzones de alimento y medicinas, según uno de los planes, previamente trazados. Y aunque el dirigente gnoise sabía del trasiego de las armas y pensaba que los gringos lo podían matar, mordió su lengua y no dijo sino: “ñagare”.

Como en todos los lugares del país, y en los más importantes, los norteamericanos ejercían, mediante la ocupación, el poder y la administración directa de todos los *asuntos, eran los amos y señores, cada uno con una granada y un fusil en sus manos*. Pero además tenían atados un cordel, cada perro traidor, quintacolumnista, colaborador gratuito, soplón o soplona, quienes daban los informes que se les ocurría y que los norteamericanos cuadraban con los que ellos, previamente poseían de cada zona; cada grupo social, partido, movimiento, grupo cívico etc. Desde luego, tenían además, al régimen títere instalado en Clayton, para tales asquerosos fines de llevar, hasta las últimas consecuencias la cacería, los encarcelamientos y la represión. En la escala de estos “valores cívicos” había desde millonarios, empresarios, militares, periodistas, políticos, agricultores, técnicos, profesionales, curas y obispos...

Como para esos días ya los militares de esa zona se

habían rendido y algunos estaban presos, la cuestión, según los datos ofrecidos por los soplones locales, era ubicar las fuerzas que no quisieron entregarse y que se habían remontado y también hallar los depósitos de armas ocultas, para así limpiar el terreno de la región, desde donde, según la inteligencia norteamericana, se había planeado la retirada.

Por eso, la inteligencia militar de la ocupación en la provincia, con la colaboración de sus agentes locales decidieron armar un dispositivo.

—Yo les aconsejo —opinó un rico ganadero —que agarramos al doctor.

—¿Qué coartada usar? —respondió el oficial gringo.

—¿Acaso ustedes necesitan excusas? —dijo el ganadero.

—No exactamente, pero yo prefiero mi estilo.

—Pues hagamos una volante en la que se llame al levantamiento de la población contra ustedes y se la achacamos al doctor.

—Muy bien, amigo, escribanla ustedes que conocen el idioma. ¿Tienen a un buen publicista? —preguntó el oficial.

—Podemos hablar con el cura —respondió el ganadero.

Al doctor lo llevaron arrastrado, los gringos al cuartel, incluso junto a su abogado, porque según la prensa, en su auto negro, habían sido distribuidas hojas volantes, subrepticamente, en varios lugares, entre ellos el Centro Regional *Universitario*.

Lo arrojaron en una celda oscura de día y alumbrada de noche, y en donde no había espacio real para tenderse en el piso. Entonces, y en la noche vino el primer interrogatorio de los gringos, un diablo agente del Pentágono, según se presentó él mismo.

—Doctor, hemos visto varios videos de su pasado reciente en esta región —dijo el investigador— de modo que no vale la pena ocultar nada; sabemos de sus relaciones estratégi-

cas con el comando de los militares, quienes ya se han rendido. No vale la pena defenderlos a ellos. Desde luego, conocemos de su afiliación política, desde sus días de estudiante del Félix Olivares, cuando ya usted andaba en las aventuras subversivas, por lo que fue expulsado del colegio y pasó tiempos en la cárcel, con su padre. ¿No es correcto? Además conocemos que alcanzó su título de médico en un país de la órbita comunista. Pero bien, realmente, no nos interesa su ideología, porque nosotros venimos a traer la democracia. Queremos saber algo de las armas que aún no han sido entregadas; es solamente eso.

—Pierde su tiempo —contestó el doctor, mirando fijamente a su interlocutor— ustedes se han dejado llevar de los cuentos de los chivatos de la región y por eso han andado tras llamadas de teléfonos, de una casa a otra, y de un lugar a otro buscando en la oscuridad a un gato negro que no está allí.

—¡Ah!, bien doctor, ¿y dónde está, pues ese gato?

—Tampoco yo lo sé.

—¿Pero entonces hay gato?

—Puede ser y no ser.

—Sabe, doctor, yo tengo algunos meses de haber regresado de Alemania. Usted habla con aparente mucha fuerza de la que es típica de los comunistas, como si sus aliados del mundo estuvieran en la mejor forma. Pero todo eso que hay en Rusia, para que lo sepa, ya no vale nada, es cuestión de días. De modo, que es preferible que se ablande, sea más realista.

—¿Que me venda?

—No, que no tiene sentido empeñarse en lo imposible, en lo que ya ha fracasado virtualmente, y en su caso, aquí en este pequeño país, todo lo tenemos en la mano. Incluso gentes que hoy aparecen como enemigos de nuestra acción militar. Usted, doctor, en estos momentos. ¿Que fuerza tiene? Ninguna. ¿Qué es a fin de cuentas?

—Un hombre.

—No, señor, usted es apenas una pajita en la tormenta, un polvillo de átomo en esta vorágine.

—Lo mismo decían los hitlerianos, en la Segunda Guerra Mundial, a prisioneros rusos, cuando Hitler había avanzado dentro de la URSS.

—¿Y qué me dice con eso?

—Usted señor del Pentágono, sabe que fueron los soviéticos y no ustedes los que llegaron primero a la puerta de Brandeburgo...

—Doctor, deje el romanticismo... ya nada de eso cuenta. ¿Sabe que soy yo? Represento el eje sobre el cual se mueve el planeta, represento la única fuerza internacional que puede dirigir el mundo. ¿Entendido? Dispusimos entrar aquí, con todos los hierros, los hierros viejos y los más sofisticados para probarlos sobre los conejillos... ¿Y qué? La ONU, con la vista baja aprobó una protocolar queja, un chillido de ratoncito, ¿y qué? ¿Tu Rusia envió los submarinos? Ni siquiera Radio Moscú, aparte de cortas y frías noticias, hizo las conocidas alharacas antiimperialistas... ¿Acaso doctor, usted desconocía que avisamos a Gorbachov de todo esto que nos proponíamos hacer? Se lo dijimos unas semanas antes, en Malta.

Desde luego, la técnica del policía era desmoralizar a doctor, para doblarle el brazo y captarlo, a la vez que buscaba alguna información sobre armas escondidas o planes ulteriores, pues a pesar de que hablaba como el superman del mundo, sabía que una revolución podía empezar con ocho fusiles, como ocurrió con Victoriano Lorenzo en la Guerra de los Mil Días, o con los cubanos de Sierra Maestra.

—Sí doctor—insistió el hombre del Pentágono— ubíquese en lo nuevo que viene. Mire no le pido que renuncie a

En el maletín traigo una declaración suya, que esperamos firme. ¿Pero sabe? yo no soy policía, me empleo en la diplomacia. ¿Quiere un cigarrillo?

nada, ni a su partido, ni a su ideología. Pero un hombre con su capacidad y liderazgo, créame, puede hacer mucho por su país, por la democracia, por la estabilidad ; sobre todo, doctor, la estabilidad.

—¿Usted quiere que me pase para su lado?

—No doctor, aunque soy del Pentágono, en realidad, más que policía de inteligencia, yo me dedico a estudios científicos; conozco a Panamá y a Centroamérica como la palma de mi mano. No es que quiero que se pase a mi lado, sino que entienda que ya el comunismo fracasó y no tiene solución; pero a gentes como usted, de los cuales ya varios han aceptado, desde luego, doctor, con el respeto nuestro a su propia convicción, están laborando en nuevos planes muy interesantes para su propio país, se están realizando, usted, por su línea, no podrá realizarse jamás, pese a su inteligencia y preparación.

Dos días después de aquel encuentro, la Embajada norteamericana envió a uno de sus diablos, del Departamento de Estado, con iguales propósitos de investigar al preso.

—Hola, doctor —saludó el hombre, quien portaba un pequeño maletín y fue directo al grano.— Dígame, ¿es o no cierto que el dictador había dispuesto concertar en esta provincia un arsenal y la fuerza regular e irregular suficiente para enfrentarnos? —¿Tiene la grabadora en el maletín? —*preguntó el doctor.*

—No, doctor. En el maletín traigo una declaración suya, que esperamos firme. ¿Pero sabe? yo no soy policía, me empleo en la diplomacia. ¿Quiere un cigarrillo?

—No fumo.

—Oh, muy bien, nosotros en los Estados Unidos, realizamos una extensa campaña para que la gente no fume, pero no hacemos mucho caso y millones mueren por el

tabaco. Pero bien, sin ninguna presión, doctor, se lo aconsejo, su causa está perdida, hemos derrotado al dictador... Más le pregunto, ¿La idea era acaso centroamericanizar, desde aquí el conflicto, la lucha armada contra Estados Unidos? Quienes eran los contactos en esa región... Nicaragua, El Salvador, México, etc...

—Si ustedes nos han derrotado, ¿cuál es el interés o el temor de que hubiera sido así?

—Aquí, doctor, en confianza, nos preocupa la estabilidad de este país y de toda el área. Usted sabe lo que acá tenemos, desde el Canal, las catorce bases militares, isla Galeta y quién sabe, lo que traiga el futuro cercano. El dictador quería entregar todo esto a los japoneses.

—Pero uno de ustedes que vino a investigarme, me dijo que Estados Unidos es el eje sobre el cual se mueve el mundo...

—Sí, algo así es. El que vino era de inteligencia militar y ellos tienen más dominio que nosotros del poder total. Mire, ya Moscú es para nosotros una verdadera ensalada rusa, sin vodka, y nosotros somos, en pocos días la superpotencia única de la tierra. Y esa unipolaridad tremenda, no es exactamente unos cuantos dólares. ¡No!... Es que tenemos el poder cósmico-militar-atómico, capaz de destruir el planeta unas quince veces, para que no se mueva nada de todo lo vivo que vuela, camina o se arrastra sobre la tierra. Usted conoce Hiroshima...

—Incluso —autoliquidarse ustedes mismos —agregó el doctor.

—Sí, exactamente, por eso queremos evitar que este fuego se propague.

—Pero ustedes lo empezaron aquella noche en El Chorrillo.

—No, esto empezó cuando aquel loco de Torrijos, creyó que era más vivo que nosotros.

—Pero los obligó a la firma de los tratados.

—Exacto, porque a pesar de todo, también tuvimos ilusos como Carter, pero eso fue coyuntural. Ya lo verá doctor. Por eso invierto el tiempo en usted, en esta forma. Sé que es un hombre dinámico, valioso, no entendemos cómo gente de su talla y otros más se enredaron con el otro loco, pero además sujeto torpe y engreído de Noriega... Pues bien, doctor, ni siquiera le pregunto sobre dónde están las armas escondidas y sobre la red de los presuntos guerrilleros que asumirían la resistencia en esta región. Ese es tema de los policías. Le traigo una propuesta. — El hombre sacó un documento. — Es corto, si usted firma, sale de aquí, dentro de una hora, en condiciones en que se le abren todas las puertas. ¿Sabe para qué? No para que claudique ahora, ni de su posición política actual, ni de su ideología. Le explico: uno de los problemas que tenemos es que el gobierno que instalamos en Clayton está constituido por gente chata, pero ambiciosa, son políticamente fronterizos, y nos preocupa la estabilidad, ya se lo dije. Pero oiga esto, para después necesitamos otro gobierno, independiente, desde luego, y democrático, uno que surja de las próximas elecciones. Pero con gente como usted: moral, firme, sana y no de los corruptos que sólo piensan en robar, ya sea ayer con el gobierno de los militares panameños, o con el de los militares de mi país. Mire, y no tenga prejuicios, ya hemos logrado entendernos con otros importantes personajes que anduvieron cerca de Torrijos y a quienes también nos vimos obligados a meterlos en prisión, sólo que ellos comprendieron bien la perspectiva, y firmaron. Serán nuestros socios y aliados, para una situación nueva y de estabilidad, de entendimiento, sin revanchismos; para un gobierno, usted sabe, a tono con los cambios que se dan en el mundo. ¿Entiende? No confrontación, interdependencia, globalización, integración... es lo nuevo. No insista en la lucha de clases, allí tiene la tambaleante situación de Rusia y sus

satélites. Allí está Cuba sumida en la postración. ¿Acaso Lenin o Marx propusieron algún comunismo así, para repartir la miseria con bayonetas? Perdone que le hable así, pero es que también soy profesor de relaciones internacionales de mi país.

Al término de la perorata del gringo, el doctor leyó el documento, para el cual se le pedía su firma, como un compromiso, hacia el subsiguiente quinquenio. Al finalizar la lectura miró los ojos del supuesto profesor de la Embajada norteamericana y se sonrió levemente, mientras le devolvía el papel.

—Sabe profesor, un gobierno a tono con los nuevos tiempos de que usted habla podemos hacerlo nosotros y el pueblo panameño, si ustedes sacan las garras de aquí... No habrá tal firma.

Después del fracaso del segundo diablo, el diplomático de guante blanco, en el comando norteamericano acordaron variar el tono y preparar otra jugada.

Para esos días ingresaron a la policía de esa provincia, dos oficiales, de las derrotadas Fuerzas de Defensa, bajo el llamamiento a la reconciliación que hacían los títeres, quienes además necesitaban profesionales con experiencia, dentro del nuevo equipo policial. Pero estos ángeles bajados del cielo del Barú, eran parte de los que se negaron a rendirse y estuvieron a la espera de líneas para el encauzamiento de la resistencia, que como se sabe, no bajaron.

Pronto estos ángeles quedaron en el engranaje de relación con los militares gringos, en ese cuartel. Eran los oficiales, cuadros que habían pasado por todas las escuelas de formación, desde asuntos de inteligencia, contrainteligencia, como en los fuertes entrenamientos de Pana-jungla. Y así se enteraron del plan para el doctor.

—Mire doctor —dijo uno de los oficiales, la primera vez que tuvieron la oportunidad de hablar a solas con él— usted

desde luego, no nos conoce, pero no somos iguales a los demás, y venimos a informarle que para usted, puesto que no ha querido colaborar, hay otro plan. Los gringos tienen dos proyectos: uno, sacarlo de aquí y llevarlo a la región indígena, para fotografiarlo con un arsenal de toda clase de armas, para acusarlo de dirigir un levantamiento en la montaña, y otra idea, simplemente liquidarlo...

De modo, doctor, no caiga en la trampa de salir de este cuartel por su voluntad. Como usted está bajo investigación formal de la fiscalía, ellos, que ahora pregonan que en este país todo es democrático y se respeta el debido proceso... se les dificultará sacarlo a la fuerza, pero piensan engatusarlo, en alguna forma, para que usted mismo acepte salir a cualquier aparente gestión de investigación, fuera de la ciudad. Nosotros estaremos vigilantes, para que estos bellacos no se salgan con la suya.

Entonces el momento de la tortura, de la difamación soez, o de la muerte parecía turbar la conciencia del doctor y por tanto, era la hora de la prueba: ser o no ser. Los dos proyectos podían ejecutarlo los gringos por encima de la fiscalía y como parte de la mentalidad con que habían bombardeado y asesinado a tantas gentes. Ya inventarían otro cuento, como el utilizado por la oligarquía cuando en la década de los sesenta, en una celda de la cárcel de Puerto Armuelles asesinaron al dirigente comunista y bananero Rodolfo Aguilar Delgado.

El Doctor se enteró, por sus amigos ángeles, de la llegada a la prisión del indígena Cándido Tugrí, a quien los norteamericanos habían dado de palos, culatazos y patadas a tutiplén. Pero el insobornable hombre de la comarca gnoise recordó el refrán de un sulíá que se las tiraba de rezador por aquellos pueblos de los "camarás", que solía rezar: "Aprieta el culo, cholo pendejo, que la muerte no es pendejá" y Tugrí

sólo respondió escupiendo con odio y expresando con furia: ¡Ñagare!...

El conocimiento del comportamiento duro, pese a los palos, de su compañero Tugrí, le dio aliento y esperó, durmiendo con un ojo abierto. En el poco sueño veía a los dos ángeles dar vueltas a su alrededor, con enormes espadas hechas de macano radioactivo.

Días después llegó otro diablo, en este caso, el tipo de la CIA.

—¿Así que tú eres el famoso doctor?

—Bueno, ¿y por qué tantas atenciones? —respondió el doctor.

—No se trata de que realmente seas importante para nosotros, es la rutina, lo hacemos con mucha gente a lo largo del país.

—¿Buscan firmas?

—¿Qué firmas? Lo que yo quiero es que me digas ya, es quién es el resto de la gente y dónde escondieron los RPG y otros hierros, como ustedes dicen. Hemos hecho una guerra, no es un juego.

—Bueno, yo soy prisionero de guerra... Tú y todos los tuyos, tienen que acogerse a las convenciones internacionales de Ginebra.

—¡Focking ras!... Esos acuerdos los cumplimos cuando nos da la gana. En este momento nadie sabe si tú estás vivo o muerto. Y nada significas para nadie, ni para tu jefecito Noriega, que corrió bajo las polleras del Vaticano.

—¿Pero era hombre de ustedes?

—Sí, era, pero no es, mi doctorcito.

—Igual, tú hoy eres y mañana te pueden echar desde un helicóptero, pese a tus servicios —apuntó el doctor.

—Sí... así es. Noriega esperó tontamente a que algunos de sus amigos, en nuestra agencia impidiera lo que ocurrió, pero ya no era posible. Hasta la tarde del 19 de diciembre

Y si todo eso lo resolvieron con la guerra, ¿a que tanto venir a joder aquí, con estas investigaciones, a un hombre, que según tú dices no significaba nada para nadie?

lo tenían engañado con la historia de que: “la invasión nova, la solución será política, concertada, diplomática”, le decían. —respondió con ironías el agente de la CIA.

—Entonces, ¿tu agencia no tiene esa moral que pregonan todos en Norteamérica?

—La inteligencia, como tal trabajo, no tiene moral, ni la CIA ni la KGB, se trata de si es o no útil.

—Por eso, incluso mandaron a matar, en Santo Domingo a Trujillo, quien fue uno de los servidores obsecuentes de la CIA.

—Cierto.

—¿Y por eso dejaron a este hombre guindado?

—Es así, porque trató de salirse de las manos, y jugar al nacionalismo y coquetear con los japoneses. Quiso jugar al oficio del doble agente. Además ya era prisionero de las circunstancias y el régimen estaba podrido. Hicimos todo lo posible para una salida suave: no “indictmen” salida tranquila al exterior, en el país que el escogiera; no cautelación de sus millones, pero aunque al parecer aceptó, luego sus conmitones oficiales, que aspiraban a seguir en el viejo y conocido juego que llevaban, lo amenazaron, si daba alguno de esos pasos. Y después vinieron los dos golpes de su propia gente, ya en ese nivel, el “man” estaba perfectamente listo.

—¿Fue trabajo de ustedes?

—Una parte, sí, claro; finalmente la CIA no es una república autónoma, y cuando los intereses de Estados Unidos peligran, nadie juega por su cuenta.

—Y si todo eso lo resolvieron con la guerra, ¿a que tanto venir a joder aquí, con estas investigaciones, a un hombre, que según tú dices no significaba nada para nadie?

—Para completar el trabajo, doctor; tenemos que rendirle cuentas a Bush. No dejaremos ladrillo sobre ladrillo. ¿No te han dicho que podemos sacarte mañana mismo del país, llevarte a una cárcel de los Estados Unidos y acusarte de traficante de

drogas para que te pases allá el resto de tu vida y además, aprendas inglés, porque el búlgaro no te sirve para nada?

Luego de ese tercer diablo que le enviaron a la celda, apareció un mensajero del fiscal encargado de la investigación de las hojas volantes, por lo cual el doctor parecía estar detenido.

—Mire doctor, —habló el enviado— el hombre dice que tal como van las cosas, no hay caso, pero que todo puede ser resuelto fácilmente.

—¿Cómo fácilmente?

—Diez mil dólares.

—¡Aja!... ¿diez mil dólares cantantes y sonantes?

—Sí, doctor, acceda y esto se resuelve de un plumazo.

—Diez mil, solamente, ¿no le parece poca plata?

—Eso pensamos, el hombre es consecuente y no quiso ponérsela muy alto.

—¿Sabe? Dígale a este tipo que se vaya a la misma mierda.

Fatalmente llegó el diablo del FBI, con gran apariencia, como dueño y señor mío de la situación.

—Mira, doctor, queremos que salgas con nosotros; esta celda y la cárcel, son una porquería. Esto te degrada a tí, pero también a mi mismo.

Afuera en el pasillo los dos ángeles le enviaban señales invisibles para el norteamericano, pero muy claras para el preso: —“No te dejes engatusar... ya sabes”.

—Incluso te invitaré a cenar —dijo el agente— en gran plan y buen vino, mejor que cualquiera de Bulgaria. ¿Recuerdas?

—¿Conque muy atento el cuarto investigador?

—Cambio de la rutina, yo mismo estoy supremamente aburrido. Mira, soy especialista en Centroamérica y el Caribe; también estuve algún tiempo en Colombia. Se que ustedes mandaban alguna gente a la FARC. También he trabajado en Cuba.

—Sabes todo...

—No todo, por eso te pregunto: ¿cuáles son tus relaciones con los sandinistas? ¿trasegaron armas para acá? O fueron los salvadoreños o colombianos? Algo sencillo. Cualquiera cosa que nos diga vale, y te ayuda. ¿Por qué tienes que seguir metido en esta mugre de prisión?

—No pierda el tiempo. Ustedes saben que yo sólo he trabajado con los indios, en los niveles de salud.

—Sí, les dabas tratamientos, pastillas, pero también AK-47. ¿No es así? Pero ya eso para mí no tiene valor, lo que yo busco es otra cosa. ¿Es verdad o no que el comando tenía preparada gentes en Colombia, Nicaragua, El Salvador, para regionalizar desde aquí la lucha, bajo la dirección estratégica de los cubanos? Nosotros sabemos que en Panamá mandaron sobre todo personas de las Fuerzas de Defensa a prepararse en Cuba y en Libia; eso lo tenemos clasificado, pero ¿por qué no acudieron? ¿No les dio tiempo el ataque blitzkrieg, y altamente tecnificado, que asestamos? ¿O ustedes pensaron que veníamos a pelear con hachas lanzas, y machetes? ¿Todavía no saben quiénes son los amos de este mundo, o ahora sí lo han visto en carne propia? ¿Qué les pareció el Sthealth? Maravilloso, ¿no?

—Erró objetivos por doscientos y trescientos metros en Río Hato —respondió el doctor.

—Bueno, esa información no la tienen muchos, ni en los Estados Unidos, y tú la sabes. Por algo la tienes y eso es lo que nos interesa de ti. Coopera doctorcito, porque de otro modo, mañana o pasado, aparecerá en una base de tu organismo, tu nombre, en honor a uno de sus mártires... Te he tratado bien, y en guerra avisada...

Pero el hombre del FBI se fue como vino.

Un domingo llegó el cura que habitualmente hacía misas y confesiones en la cárcel y que solía traer alguna cosilla a

los presos comunes. Consiguió permiso para ver al doctor. Al entrar a la celda quiso abrazarlo con gran solidaridad cristiana. Pero el doctor lo alejó.

—¿Por qué tan arisco, mi amigo doctor? Le traigo saludos del Obispo. No vengo a meterle un puñal por la espalda.

—Quién sabe, padre... quién sabe, tal como están hoy las cosas.

—Le comprendo, doctor. Pero usted, al menos, ha ganado. ¿Sabe? Le valió todo cuanto antes hizo de ayuda al obispado; aquellas giras a la sierra, ¿recuerda? Todos sabemos que usted ha sido un verdadero apóstol de la salud para esas pobres gentes...

—Sin embargo estoy aquí, entre otros, por ustedes.

—Bueno, ya todo pasó, amigo. Y vale decir la verdad de las cosas, porque confesarse alivia el alma. Aquí la iglesia no tenía otra salida, el peso era demasiado para nosotros.

—Eso dijo el Vaticano, para justificar su política, bajo Mussolini, y bendecir los cañones que fueron a matar abisinios.

—Eso fue propaganda de ustedes.

—Que lo digan los llamados abisinios.

—Pero vengo a decirle algo: ¿sabe quién llevó aquellas hojas sueltas al Centro Universitario? Yo mismo doctor.

—Descarado, fascista, ¿y cómo se atreve a venir a verme, cura maricón?

—Es el juego de la vida, amigo, cuando un ejército como el norteamericano ocupa tu país. Pero vine a decirte, de parte del señor Obispo, que él pidió a los norteamericanos que no te apalearan como a tu camarada Tugrí.

Mientras esto ocurría dentro del cuartel, afuera y con la ayuda de los sapos locales, en helicópteros viajaba hacia la zona indígena, personal con el fin de amedrentar a la indiada

*...los sapos
locales les
habían ase-
gurado que el
indio se ven-
día por un
trago de ron.*

gnobe y conseguir de ellos los testimonios necesarios contra el doctor.

—Señor cacique —preguntaba el agente puertorriqueño— ¿ese doctor les dio fusiles y entrenamiento militar en alguno de estos lugares? Díganos, no habrá ninguna represalia contra ustedes, ya que nosotros somos amigos.

—¿Y qué le sucedió a Cándido Tugrí?

—Nada, todo bien. Nosotros somos amigos, vamos a hacer caminos, escuelas, visitas médicas, pero cuéntenos, ¿les dio fusiles el doctor?

—Dotore nunca traere escopetas ni otro vainas. Purgante sí, para paisano con cagadera y to eso. Dotore buena persona señor norteamericano.

Y cuando fallaron todos los intentos de que los indios denunciaran al doctor, incluso acudieron en el propio David, a buscar trabajadores indígenas que transitaban hacia las fincas bananeras de Puerto Armuelles, para ofrecerles dinero, con tal de que le dieran declaraciones contra el doctor.

—¿Ese dotore? No. Él iba con enfermeras a curare gente.

Y ante la empecinada negativa de los gnobes, los gringos se impacientaban y no llegaban a entender tal código, pues los sapos locales les habían asegurado que el indio se vendía por un trago de ron.

Días después los ángeles tutores le informaron al doctor que, al parecer, los norteamericanos habían recibido la orden de sus jefes, de dejar las cosas como estaban. Y ellos se encargaron de trasladar al doctor al cuarto donde dormían los oficiales.

—¿Y mañana? —preguntó el doctor.

—El camino es largo y curvo. ¿Pero usted se va a entregar?

—Ñagare... —respondió.

39

LA CAPITANA

Vimos que por la acera de enfrente soldados norteamericanos conducían, esposada, a una mujer uniformada.

El pelotón con la apresada venía a pie, hacia nosotros.

Rosa Angustias entró a la Guardia Nacional, primero, como ayudante o mensajera, pero le gustó el uniforme y pronto se hizo recluta.

Ella nunca tuvo realmente una cara linda; más bien mostraba un cuerpo, tantito gordo, el que fue paulatinamente reducido por el trabajo y los ejercicios diarios, hasta lucir una figura elástica y esbelta y un ritmo de morena tropical de ola del mar o de potrilla silvestre. Para entonces ya vestía su uniforme crema y ajustado, hasta llegar a cabo "caba" primera, y por su magnífica hoja de servicios, poco a poco y años más tarde llegó al rango de capitana. Era el orgullo de su unidad.

Y ya de capitana, pese a su rostro adusto y un tanto recio, fruto de su formación militar, encontró

un amor. Aquello resultó de unas vacaciones, y así, militarmente se casó. Y después su alegría fue muy grande cuando, al fin, le comunicaron que su petición de que le concedieran una casa en el área recién revertida al patrimonio nacional, en “Balboa City”, se cumplía.

Pero la capitana era muy conocida, incluso por los oficiales del Comando Sur, ya que, antes de llegar a capitana, había hecho distintos cursos en la Escuela de las Américas, del ejército norteamericano, y aún fuera del país —se decía— en Israel, Cuba y Libia. Entre las tropas había una leyenda acerca de esta mujer de conducta impecable y de mirada pura y decidida.

Los norteamericanos la ubicaban, en sus listas, como destacada y peligrosa ficha de la inteligencia de las Fuerzas de Defensa, ligada a los altos mandos. ¡Quién sabe...! Era la leyenda.

Mas quiso su buena o mala estrella que, precisamente, a los siete meses, su hijita Rosita Angustias naciera, nada menos que en la noche del dieciocho de diciembre de 1989. El día veinte, en la madrugada, las bombas yanquis hicieron estremecer las tierras, las aguas y las palmeras de Panamá la verde.

Ese veinte de diciembre, a las seis y media de la mañana pasó por las barriadas revertidas del área de Balboa un carro “hummer” del Comando Sur, en el cual soldados norteamericanos, con bocinas, anunciaban, con acento puertorriqueño: —“Atención... Atención... Los hombres de estas viviendas deben

salir, ya, de sus casas y esperar en las aceras. Un autobús pasará a buscarlos. Atención... Nadie puede huir, ni aparecer armado... No provoquen nuestro ataque.

Salimos con tremendo susto de la familia, ya que se conocía, a esas horas, de los asesinatos que los gringos cometían en El Chorrillo y otros lugares. Yo recordé las películas de la Segunda Guerra Mundial y de los acosos bárbaros de ciudadanos por los comandos hitlerianos, cuando los llevaban a los tenebrosos campos de concentración de Buchenwald. Y la pregunta era: ¿volveremos con vida? Y toda la mañana nos mantuvieron bajo esta pesadilla.'

Al medio día observé que venía aquella mujer, entre soldados caras pintadas y terrible presencia. Al acercarse noté que era la vecina, la capitana Rosa Angustias, la que mi esposa me dijo que se había parido, tal vez, estresada por las maniobras gringas, previas a la guerra de diciembre. Sentí un temblor en todo el cuerpo. ¿Cómo era posible si la capitana apenas tenía unas cuantas horas de haber dado a luz?...

No venía ella cubierta con una bata; se había puesto su uniforme de capitana, sus medallas, su quepis, sus relucientes botas. Marchaba erguida, con la mirada firme, profunda, matrera, insobornable, irreductible y desafiante, mientras le empujaban sus feroces edecanes.

¡Horror!... La chaqueta del uniforme venía manchada.

a la altura de los abultados senos, por la leche que se derramaba y que Rosita Angustias, recién nacida, la nenita debía mamar...

Pasaron.

Debo declarar, pese a mi fortaleza de hombre y de médico, que mientras el grupo, con su prisionera se alejaba, me corrieron saladas y gruesas lágrimas por mis espantados ojos.



40 ROCK Y VATICANO

Sabido es que cuando los indios descubrieron a los españoles, bajo el comando del genovés, Cristóbal Colón, al bajar los europeos de sus tres naos y atravesar las aguas azuliverdes del Caribe, aquellos hombres traían en sus manos, largas espadas y altas cruces. Después vinieron con los caballos y códigos. Entre otras culturas se estableció que las cruces siempre tenían que ir con las espadas, y así la Santa Iglesia Católica, siempre estuvo del lado de las espadas, del poder y del becerro de oro... antes contra el moro y luego contra los indígenas... El Padre de las Casas, una golondrina, no hizo verano; por tanto no pudo, pese a sus denuncias, evitar que en nombre de los reyes de España y del Santo Papa de Roma, los “descubridores” atravesaran con sus espadas los vientres de indias e indios, para tomar posesión de todas las tierras habidas y por descubrir. Destruyeron hermosas y grandes ciudades y sobre monumentales y fabulosos conjuntos arquitectónicos, y con sus piedras, levantaron las nuevas ciudades, las gobernaciones con fortificaciones, aduanas y sobre todo, catedrales.

Sí, con la espada y la cruz, arrebataron las tierras a sus dueños, destruyeron sus ídolos y religiones e hicieron parir a sus mujeres. Desde Colón, el aventurero Balboa, el asesino Pizarro y el estratega Cortéz, no hicieron otra que repartirse el llamado nuevo mundo, el oro y las gentes.

La idea era que el único dios verdadero era el que venía en las cruces de La Pinta, La Niña y La Santa María, y que todos los dioses que hallaron acá, eran solamente monstruos horribles y toda la población era el mundo de los infieles.

Así la iglesia conformó su terrible poder en alianza con los poderosos conquistadores. A los indios había que reducirlos, y después, cuando el cura Hidalgo, hijo de esa misma iglesia, no obstante optó, realmente por su pueblo y por los pobres y decidió liderizar la independencia de México, la Santa Iglesia Católica, le excomulgó hasta las costillas... hasta los cojones...

...la representación del reino de los cielos en Panamá le dio la entrada a la oveja descarriada.

Después, ya se sabe, los indios también se hicieron católicos y más cristianos que los cardenales, desde luego, so pena de que les aplicaran la medida del descuartizamiento.

Tiene lógica, por tanto, que en 1989, a pocos días de la venida del Niño Dios de los cristianos, a Panamá, para navidad, al arribar a nuestras playas, en la madrugada del día 20 de diciembre, las oscuras naves que el ejército de los Estados Unidos nos lanzaba, para una guerra atroz y super electrónica, los más destacados hijos de dios, de la elite de la jerarquía de la iglesia, cantaran loas y dijeran a sotto voce, y a voz pública, que habían sonado las trompetas de Jericó, y al fin... ¡aleluya!... había llegado la liberación en las nuevas Naos de La Niña, La Pinta y la Santa María...

Con esa liberación con escenas superiores de maldad, perfidia, genocidio, odio racista y violencia apocalíptica, el pequeño país, el tambaleante Estado panameño sucumbió, sobre los ríos de sangre y destrucción, porque además de todos los demáses, por primera vez, la gran potencia

mundial —se dijo— probaba en una guerra real algunos sistemas, instrumentos y feroces máquinas preparadas para su enfrentamiento contra el Tratado de Varsovia, aunque Panamá no era Moscú.

—“¡Aleluya!... ¡aleluya!... Gracias Santo Padre, Santa Virgen, santísima... gracias te damos, porque al fin escucharon nuestros rezos y clamores —clamaban los de la Cruzada Civilista y Filipinas— y mandaron a los ángeles y arcángeles con sus dagas a destucar las cabezas de los malandrines y follones, de esta malagradecida tierra... ¡Aleluya!... Ahora no sólo somos libres, sino democráticos... y cántaros de dólares han de regar los santos gringos sobre este empobrecido país. ¡Aleluya... aleluya!... Gracias a ustedes y a las once mil vírgenes, ahora al fin somos salvos”...

Y cuando ya todo era perdido, e incluso se ofrecía un millón de dólares, por la captura del demonio, de quien se decía era la razón de la inconcebible invasión, denunciada, aunque romántica y farisaicamente por los togados de la O.E.A. y de la O.N.U., pues este hombre, demonio o duende a la hora de la derrota, desesperado, solo, atravesado además, por la cabanga de un amor al borde de la tragedia; también abandonado de los suyos, y engañado por la propia agencia de inteligencia, con la cual —se dijo— trabajaba... tocó las puertas de la mansión del Nuncio Apostólico, el embajador del Vaticano, y la representación del reino de los cielos en Panamá le dio la entrada a la oveja descarriada.

Para el duende o demonio buscado, tal vez, sería un trago amarguísimo saber que el contacto de la iglesia, para hallarlo fuera, nada menos que el cura español Villanueva, uno de los más feroces críticos de los militares, individuo

obsecuente y sumamente servidor de la causa de la invasión a Panamá... Era el pico de oro de la Cruzada Civilista, aparato financiado, organizado y orientado por la inteligencia norteamericana.

El duende, al parecer llegó más pequeño, vestido de civil, aún con porte militar y tal vez le alentó saber que antes, ya algunos de sus lugartenientes y compañeros estaban allí alojados.

Dicen que pidió una cerveza fría, y suspiró hondo. Con la habituada desconfianza de un bien entrenado hombre de la inteligencia, no miraba de frente a sus protectores, sino de un lado a otro como el conejo asediado, que no sabe de dónde vendrá el zarpazo. Tal vez hubiera preferido alojarse en otra embajada. Pero en la del Vaticano, al menos, era el Vaticano, y no lo matarían destazándolo como a un cerdo... quizás era el plan de la chusma de civileros, rabiblanco y rabiblanca, quienes en brazos de sus amantes gringos, vociferaban, afuera de la legación con ánimos colectivos de hacer un linchamiento del general mulato del Terraplén. Mas ahora no era el Coliseo romano de los Césares, lo que en forma rápida se había montado, con derechos exclusivos de la televisión y parapetos adecuados, desde donde pesquisar libremente, en beneficio de todos los periodistas extranjeros que cubrían el "show", para la audiencia mundial, de los países desarrollados y aquellos en vías de involución, ávidos de ver la sangre correr, o captar las sinuosidades de la caza de la liebre, por la jauría de los perros de los encomendadores, en un país tropical.

Y así instantáneamente, cuando fueron informados de que aquel hombre había entrado a la Nunciatura, como en una película gansteril de televisión, el área quedó rodeada de poderosos tanques Sheridan, de los novísimos carros

artillados "Hummer" y sobrevolada por helicópteros Black Hawk. Llegaron destacamentos de infantería, armados hasta los dientes, y cuerpos de inteligencia, con todos los aparatos.

Asimismo, los medios locales hacían llamados a sus masas para que acudieran a la aristocrática Paitilla, infestada de rascacielos, algunos levantados, como hongos, por obra y gracia del espíritu santo del lavado de dólares untados del narcotráfico.

Los hombres del Comando Sur y de Bush se apoderaron de balcones y azoteas, a la fuerza en algunos casos, pero en la mayoría, cedidos con alegría y en forma supremamente cariñosa por sus dueños.

Y desde luego, tuvo la suerte el Comando Sur que sus amigos de la iglesia intercedieran para que le prestaran todo el complejo educativo del aristocrático y religioso colegio privado, San Agustín, situado precisamente frente a la Nunciatura. Allí instalaron los super-instrumentos electrónicos para captar las mínimas conversaciones que se hacían dentro de la embajada, el cual edificio, y en contravención de las normas internacionales, los norteamericanos habían cercado con una poderosa malla de agudas y filosas puntas de acero.

El supra-poder unipolar de Bush no sólo podía invadir a un pequeño país, sino irrespetar las Embajadas de Cuba, Nicaragua y de otros países, incluso con el arresto de personal diplomático. Así, el patio del colegio fue inmediatamente convertido en un helipuerto para los artillados helicópteros. ¡Qué suerte tenía!... todo le salía como anillo al dedo.

El duende había burlado, desde la madrugada del 20 de diciembre la bien planificada búsqueda de todos los organismos y agencias de inteligencia gringas, pese a que

ya habían tomado las ciudades de Panamá y Colón. Y habría podido alargar esa burla por mucho más tiempo de habérselo propuesto. Esta inoperancia del Comando Sur y de los veintisiete mil "marines" invasores, degradaba sumamente al Pentágono y al Departamento de Estado, sobre todo a Bush. En Panamá sus matarifes como Thurman y Cisneros, rabiaban como perros de caza castrados e incapaces de descubrir las huellas de su presa. Ofrecían, nada menos que un millón de dólares por quién diera el informe del paradero del conejo pintado. Y aunque no pocos supieron de los distintos lugares por donde pasó, incluso frente a comandos norteamericanos, nadie quiso ganarse esa lotería, lo que hacía más ridículo, en el foro internacional, al maluco presidente de los Estados Unidos, quien había hecho gala de su ilimitada prepotencia.

Desde luego, en la acogedora mansión del Nuncio Apostólico, situada entre las torres del repentino Manhattan criollo de Punta Paitilla, el hombre no estaba a salvo. Acorralado, apenas acezaba rodeado de escapularios, biblias, crucifijos y miradas huidizas que se perdían en las penumbras de las catacumbas de su desesperanza. ¿Lo entregaría el Vaticano a los gringos para que, un juicio prefabricado, en algún coliseo de la mafia de Florida lo condenara a perpetuidad? ¿O el Vaticano, para salvaguardar su virginidad diplomática, se negaría entregar al duende, al invasor del país, porque ello contravenía los convenios internacionales? O más bien, el Nuncio Apostólico, que desde luego estaba en la jugada, se lo daría a los gringos en bandeja de cilicio, para que los canes tinaqueros, pero rabiosos y afilados dientes, de la justicia títere, lo trucidaran, acaso en la misma plaza donde fusilaron a Victoriano Lorenzo, desde luego, sin ser él Victoriano.

—¡Vamos a lincharlo!... ¡a lincharlo! —gritaban los civilistas; algunas voces rústicas de elementos desclasados y otros giros atiplados de niños y niñas de la “society”.

Mientras esto ocurría monseñor Laboa, aparentemente preocupado y con suave voz de presbítero italiano, medio que le advertía al acorralado duende: —“Lo que deseo es que termine el derramamiento de sangre en el país, pero usted además de comprender mi temor de que le pueda ocurrir ahora algo semejante a lo que le sucedió a Benito Mussolini, cuando los comunistas lo ahorcaron en una plaza al lado de su amante Clara Petacci... ¡Oh!... ¡no, que mi Dios no lo permita!...”

Mas ahora el fascista no era el perseguido hombre de los gringos, sino los que en la plaza, en un aterrador pandemonium aullaban al son de la estrambótica música de rock electrónico, que la propaganda de los nuevos Goebells, desde afuera transmitían, sin parar. ¿Pero lo que el Nuncio expresaba como su pesar, acaso no era una atemorización?

Entonces, después de tanto nadar, esquivando la búsqueda de los ejércitos norteamericano, ¿morir al llegar a la playa? ¿Pero morir? El sargento Chuchú Martínez sostenía que los militares fueron adiestrados para matar, no para suicidarse...

El general, en su desaforada huida, cuando ya no le funcionaban los aparatos de comunicación con sus subalternos y tenía conocimientos de que no existían los mandos, cuando ya los comandantes de las provincias se habían entregado; en los momentos en que se repetían, con violencia publicitaria los anuncios de la televisión y la radio, sobre el ofrecimiento de un millón de dólares a quien delatara al Comando Sur su paradero, el hombre echaba para atrás y para adelante el casete de su atribulada y

...de entre la difuminada perspectiva, y bajo el trillaje de las cámaras, reduciendo el ángulo del zoom se perfilaba la silueta de su amante: delgada, esbelta, hermosa, burguesa, revolucionaria...

compleja vida: el poder que de pronto se le esfumó, como un pájaro de las manos; su imagen achurrada como un estropajo por sus poderosos enemigos internacionales; sus amigos, muchos de los cuales bebieron, comieron y enriquecieron bajo su sombra, ahora se convertían en los furibundos antimilitaristas y amigos de los gringos; los revolucionarios leales amargados y emputados porque él no había sabido mantener, ante la invasión la postura del machete liberador en sus manos; el dinero de los bancos, atesorado... ¿todo se iba a perder, como una simple moneda en un charco sin fondo? Pero también aparecían ráfagas del destino de su hogar y de sus amadas hijas. Tales imágenes resaltaban en el video de las imprecisas rutas que vadeaba en los ríos revueltos de sus perseguidores, cuando iba de casas en casa, desde el 20 hasta el 24, bordeando ya la hora de la llegada del Niño Dios, o de don Santa Claus. Tal vez un milagro: —Por favor un milagrito de Santa Claus. —Pero este otro gringo panzón, barbudo y cachetón nunca había hecho milagros.

Y entre nieblas surgían otras tomas, no suficientemente editadas, que le perforaban el corazón: de entre la difuminada perspectiva, y bajo el trucaje de las cámaras, reduciendo el ángulo del zoom se perfilaba la silueta de su amante: delgada, esbelta, hermosa, burguesa, revolucionaria... Todo parecía verdad y todo parecía mentira. ¿Qué hacer? La pregunta clave. Porque detrás aullaban los canes de Thurman y de Cisneros, los verdugos de Panamá, pisándole los talones, pero aún despistados pese a sus radares, láseres y gemelos con lentes infrarrojos y posibles soplones.

El duende había caído de muy alto sobre un colchón lleno de espinas de veraneras, sumamente enconosas: las espinas del poder perdido, las de la derrota en la pantalla

nacional y social, y las del amor. Cristo, ¿qué hacer? Buda, ¿qué hacer? Yemayá, ¿qué hacer? —“Puedo enfrentarlos? Traigo conmigo una ametralladora. Pero ni siquiera logré pasar al centro de operaciones secretas de Chepo; ni puedo comunicarme con nadie; ni hicimos, tiempo los buzones necesarios en las serranías de Chiriquí, Veraguas o del misterioso Darién. En el Darién hubiéramos podido resistir lo suficiente para recibir ayuda, tal vez de la FARC colombiana. Pero de eso hablamos, más nadie hizo un plan alternativo. No puedo... Si trato de hacer contacto con mis hombres... ¿quiénes de ellos, al fin? ¿Acaso no me entregarían por un millón de dólares? Tuve que desarmar a mi gente, con motivo de los dos golpes militares que los desleales accionaron contra mí.

Cuando el hombre sorteaba esas calles de la invadida ciudad, el desdoblado video del crítico año de 1989, se le enredaba en el parabrisas del auto que lo llevaba. ¿Cuántas veces pudo ser derribado del poder, encarcelado o muerto? —“Es que, tal vez, hace meses la muerte viene detrás de mí, a tiro de ballesta” —pensaba.

En el caluroso mes de marzo, precisamente un compañero de armas del Estado Mayor, de toda su confianza, le tocó liderizar el primer intento de golpe contra su mando. Sin embargo, a la última hora, algo falló. Entonces se dijo que el hombre era brujo o manejaba la brujería anti-golpe anti-muerte. Los insubordinados, cogidos en su propia trampa fueron apresados y duramente golpeados por sus colegas.

Al parecer, el verdadero instigador (al igual que ocurrió con Goytía, en el golpe de Acción Comunal de 1931) algo olió, se echó para atrás y el Coronel Macías, quien estaba,

desde luego en la jugada, no le quedó otra cosa que asumir lo que ya se había agitado.

Mas, para el General, el verdadero golpe había consistido en el resquebrajamiento de uno de los resortes principales de su estructura de poder, el G2, órgano de inteligencia, algunos de cuyos cuadros estaban en la conspiración. Ni sus íntimos del G2, ni los subordinados de la contra-inteligencia le comunicaron previamente nada. —“Sí, allí empezó mi caída —reflexionó— debí darme cuenta que lo demás vendría como un desplome de fichas de dominó. ¿Acaso el plan, no incluía liquidarme? Al menos, esa vez tuve un jeme de suerte, la bala se encasquilló... pero la muerte, con su guadaña viene allí... la veo, allí trotando...”

Luego el fracaso de aquel idus de marzo, se dice, hubo una reunión de mandos en la cual se votó una moción de un leal correligionario del General, en el sentido de que si nuevos oficiales desleales a la institución y a sus jefes, y seguramente vinculados a los norteamericanos y a la reacción civilista, intentarán otro golpe, sus responsables serían pasados por las armas. Uno de los que levantó afirmativamente la mano, fue el Mayor Giroldi. Aquella resolución recorrió las calles, en el habla popular de la siguiente forma: “Si se da otro golpe, los familiares de los responsables del mismo, no vendrán a traerles comida a sus prisiones, sino flores a sus tumbas”...

Pero siete meses después, en octubre, tal era el nivel de la crisis y del desmoronamiento de la estructura de mando militar y del gobierno, sacudido por las injerencias y provocaciones militares, psicológicas y de todo tipo del Comando Sur y la Embajada norteamericana, que de nuevo, un grupo de oficiales, que días atrás, incluso

habían hecho fracasar el anterior golpe y que asumieron lealtad al jefe, comandaron otro golpe, ahora con mucha más fuerza militar y empuje político.

A diferencia del atentado de marzo, de corte palaciego y burocrático, el intento de octubre fue un amanecer cargado de tropas en las calles, una de las conocidas acciones castrenses en Latinoamérica, en las cuales se ordenó matar a colegas y camaradas entre sí.

Pero otra vez, alguna maldita pieza se quebró ante la brujería del jefe, pese a que llovió la metralleta en la oficina del General a quien se proponía derrocar.

Afuera del cuarto, por un momento, los rebeldes dominaban la situación. Era tal la confusión y la anarquía en los diferentes departamentos y cuarteles que el propio comandante, tirado en el piso, mientras estallaban toda clase de proyectiles y caían a pedazos los vidrios de las ventanas, el hombre no tenía la menor sospecha de quien había osado repetir, en esa forma, el intento. Estaba realmente acorralado y aunque le aplastaba la desventajosa posición, no dejaba de pensar en alguna salida exitosa y mágica, frente al desconocido enemigo. Se encomendó a Jesucristo, a Buda, a Yemayá y casi instintivamente trataba de recuperarse para que no se lo llevara el filo de la "dientuda".

Esta vez y por los medios de comunicación los golpistas manifestaron que se trataba de salvar el torrijismo y lograr la estabilidad democrática. Pero esto se contradijo con la acción de acudir a la Base militar norteamericana de Clayton y ofrecer la presa:—"Señores, ya tenemos a Noriega en nuestras manos, dominamos la situación del país, manden un helicóptero por él. Se lo entregaremos".

Pero al emisario de los insurgentes, el mando norteamericano le contestó secamente: —“Dígale a Girolidi que llegó tarde”...

*¿Acaso fui un
doble agente?
¿O realmente
me pasaban
la factura por
que había es-
trechado la-
zos con los ja-
poneses quie-
nes también
tienen intere-
ses estratégi-
cos en la vía
interoceáni-
ca?*

Tal vez, los helicópteros norteamericanos que en efecto sobrevolaban la ciudad habían descubierto que todavía había General para rato, aunque fatalmente corto, ya que tropas, que en el presupuesto de los golpistas debían dar apoyo, en el trayecto de su base al Cuartel Central, ahora se desarrollaba una especie de punto muerto, en espera de la respuesta de los gringos, pues esas fuerzas se volvieron contra los que asediaban al General, y en cosa de minutos, quienes antes tenían el poder agarrado por las barbas, sintieron un frío de pánico baboso, entonces, ya a la defensiva el golpista quiso parlamentar.

Fue el momento eléctrico que aprovechó el sibilino General, se dio cuenta de toda la trama, se levantó, recuperó fuerzas y dominio de los templados nervios; aplicó a las viejas lecciones de sicología militar y desde el balcón, le dijo al oficial que lo había ido a destruir: —“Pero tú, también, hijo mío... Tú Girolidi, a quien yo como padrino te llevé al altar para que te casaras?

En las entretelas y corredores de sus oídos, Girolidi, en lugar de esas frases, escuchó ésta: “Si se da otro golpe, los familiares de los responsables del mismo, no vendrán a traerles comida a sus prisiones, sino flores a sus tumbas”...

Y así fue...

Y ahora, en el entrevero de su escape, ante el poder de muerte de los Estados Unidos, el duende del Terraplén veía todo aquello desarrollarse en el video de su corta y accidentada vida: —“Sí, —pensó— cuando Girolidi en el relampagueante giro en su contra del intentado golpe me

balbuceó: —“No soy yo, mi General... si usted supiera quiénes, en realidad, están detrás de todo esto”... Estaba claro que actuaban en combinación con los gringos, pero ellos no querían una parte de la torta, sino toda la torta, y finalmente no iban a cambiar sus planes por la vida de un Girolodi más o uno menos...

¿Pero quién puede dudar de que salvé el pellejo, de a vainas?

Ya solo, abandonado por los mejores amigos, luego de haberme fugado dos veces de la muerte, ¿por qué se piensa que ese tremendo espanto humano de morir, no melle mi condición humana? ¿O acaso soy el supe-hombre de los cuentos de las películas norteamericanas de ciencia-ficción?

Me queda otra ruta, la que sólo dios podría perdonar. Matarme. Eso lo puedo hacer, incluso con la ametralladora, y si no logro liquidarme con el disparo, previamente ordenaría a mi ayudante que lo haga, con un tiro de gracia, trágica tarea. Bush habría, al fin, capturado a un cadáver de los miles que descabezó con sus misiles. Y muerto, ¿para qué voy a servir? De todos modos, yo fui el pretexto para ese genocidio y para que Bush pueda repetir ahora, como lo dijo el primer imperialista gringo, Teodoro Roosevelt: “I Took Panama”. ¿Y por qué, si tan largos años trabajé para la CIA, ahora me dan este pago? ¿Porque captaron —sería eso— que también me solidarizaba con otras gentes? ¿Acaso fui un doble agente? ¿O realmente me pasaban la factura porque había estrechado lazos con los japoneses quienes también tienen intereses estratégicos en la vía interoceánica? ¿Fue este el pecado capital?

¿Pero matarme yo?... ¿Y mis dineros? ¿Matarme? ¿Y los ojos de pupilas de oro de esa mujer? ¿Acaso, a fin de

cuenta, no soy un hombre humano con mis derechos, mis virtudes y mis amores? ¡Que vaina! La verdad es que nunca creí que Bush se atreviera a dar este paso. Mis amigos de la CIA, me afirmaron, hasta el último momento, que eso no se iba a resolver así. ¿Y por qué no acepté la propuesta de que renunciara a mi cargo y me fuera del país, bajo la promesa de que no me encausarían con el cuento del narcotráfico?

Algunos me tildan de loco, por todo ello. Pero mi oficialidad se opuso rotundamente. Ellos me decían que era traición. Quedé entre dos espadas y preferí jugar al lado de los oficiales. ¿Pero en dónde está esa mayoría ahora? Habrá unos pocos. Ellos me preguntarán: ¿Y qué hice yo?"

Chuchú Martínez escribió: "Arrinconados por la premura del tiempo, arrinconaron con ellos al General Noriega, cuya salida *sine qua non* para pactar con la oligarquía una nueva versión, no por lo disimulada menos odiosa, del rapto de Panamá. Que es exactamente el espectáculo al que asistimos en estos momentos. "Y agregó:" Como no hizo nada, o bien poco, y desde luego muy tarde, le hicieron tomar el camino de la humillación en Miami o la victoria en Panamá."

Era el dilema eterno: ser o no ser... No podía matarse, el único camino era echar la carta a la suerte, ver que salía, jugar el número 24 en miercolito. Si perdía... perdía; si ganaba, ganaba.

—"Pero si no me matan los ladrones y engreídos de la oligarquía, ni los perros de los ejércitos gringos y me encausan en Miami, todavía me quedan algunas cartas, para desenmascarar a Bush en sus trampas con Oliver North y otros del negociado Irán-Contras. Todavía me queda ese pedazo de jugada en este guabinoso y trágico tablero de ajedrez."

Ya en la Nunciatura, los guardianes temían que el hombre se fuera a disparar un tiro. Y esto podría ser posible, atolondrado por el salvaje concierto de rock de los agitadores del Comando Sur, el cual era lanzado a todo volumen, hacia las ventanas del aposento en donde habían acorralado al duende. Y pese a que también el super escándalo le rompía los tímpanos a Monseñor Laboa, representante del Papa y a toda la alta cúspide social de los millonarios de Punta Paitilla, la fiesta seguía. Este atentado ilegítimo según los parámetros de la guerra y los derechos humanos y otras melodías de los civilistas, emanaba del alto comando del ejército "moral, humano y amigo de los pueblos." ¿Mas qué esperar de quienes echaron las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaky? Genocidio que según Truman no era para vencer a Japón que ya estaba derrotado, sino para una advertencia a los muchachos soviéticos, y como trompeta que ya anunciaba la guerra fría...

—¡Qué vaina! ¿no? —Expresó uno de los batalloneros en el campo de concentración.

—¿Qué cosa? preguntó otro.

—El tipo se entregó en la Nunciatura.

—¿Y qué podía hacer?

—Yo primero me mato. A mí ayer me llevaron a la investigación y me preguntaron de todo, me amenazaron, me injuriaron, pero no dije ni mierda. Que me mataran pues...

—Hermano, cada quien es un mundo con distinto pitongo.

—Eso es así, mano, cuando no hay una línea, ni proyecto nacional, ni nada. Tengo una amargura del mismo carajo.

—Pero acá, tú y yo: ¿el tipo era malo o era bueno?

—Yo te digo, compañero, que mientras esté en este campo de concentración, no quisiera pensar en nada de eso. Ni sé realmente qué ha ocurrido; ni puedo, desde acá resolver nada.

—Y mira, ahora resulta que el tipo era de la CIA, ¿te das cuenta?

—No quiero darme cuenta... fue un pésimo error erigirlo como líder...

—Lo que no entiendo entonces es por qué los gringos lo persiguen con tanta saña. ¿porque era malo? ¿Acaso un monstruo?

—No sé.

—Entonces, oye, algo les hacía el "man" que a los gringos les emputaba.

—Quién sabe.

—Pero acá, tú y yo: ¿el tipo era malo o era bueno?

—¿Sabes? Una vez oí a Chuchú Martínez decir: "Por lo demás yo creo que los hombres buenos hacen la revolución. Y la revolución lo que le pide al hombre es que haga el bien, no que sea bueno." ¿Entiendes eso?

—Sí, lo entiendo.

41 CHIMBOMBÓ DE NUEVO

Unos meses después de diciembre, aplacado el incendio, a juicio de los generales de la invasión, comenzaron a soltarle sogas a los machos cabrios traídos de los Estados Unidos, ya que el encierro y el alerta constante estaba enloqueciendo a no pocos; ya habían tenido que devolver algunas docenas de muchachos a sus casas, porque no dormían; hablaban solos, veían abusiones, lloraban, no comían, se masturbaban en las barracas, y se iban a los puños sin razón alguna.

Después de la relampagueante guerra, el pánico de la misma destrucción y muerte que habían producido, como una resaca revertía hacia ellos y les reventaba los nervios. Una buena cantidad de “marines” y soldados eran muchachos de poca edad y sin experiencia anterior, que pese a todo, les repudiaba el tener que invadir, bombardear y hasta fusilar a panameños rendidos, con las manos en alto. No todos pudieron resistir, sino bajo amenazas, castigos o ciertos estimulantes, parecidos a los que daban en Viet Nam.

Además se trataba de una guerra, y los muchachos habían visto muchas películas del final de las guerras, en donde los Estados Unidos, siempre triunfaba y luego les tocaba el banquete de trofeos, pero sobre todo de mujeres... ¡Y cómo las había en Panamá!... en las distintas

*...el camión
militar zigza-
gueó y fue a
dar a una
zanja entre
ayes y maldi-
ciones en in-
glés...*

esferas, desde las que iban en buses a las bases, incluidos los chicos del otro lado, y también las que se refocilaban en las esferas altas de la "society", con los coroneles y generales, no pocos de los cuales apetecían a rollizos chicos de su mismo género. Pero a muchos, con la fama de narcotraficante del país, y de ser una de las regiones productoras de la más alta eficiencia y competitividad de la marihuana, cuando esperaban que los jefes les soltaran las sogas, ya tenían los mapas turísticos de las ciudades terminales y del interior del país en donde trasegaban lo mejor de las drogas, a precios de países subdesarrollado... baratísimas.

Y tal como era de esperar, de tres en tres o de seis en seis, pero ahora sin carapintadas, sino con sonrisas de gringos buenos, con los bolsillos llenos de dólares, infestaban las calles de las ciudades canaleras de Panamá y Colón, pero igual en Chorrera, Santiago, David, Chitré y Las Tablas... Los más aventureros y duros, incluso, invadían los sitios, que en sus mapas eran señalados como "Off limits" ¿Para qué habían hecho la guerra contra un pequeño país en el cual violaron todas las normas internacionales, sino también para violar cada rincón, casa o muchacha que se les atravesara?... Las jugadas en estos terrenos, eran sal y pimienta, para agregar a las agendas, como veteranos de una guerra triunfante. Y si no los iban a castigar ni en su país ni bajo la O.N.U. por haber incendiado, asesinado y torturado a ciudades y pueblos, ¿por qué habría que llevarlos a los tribunales, por robarse la bandera nacional, o las pinturas, o por violar a niñas y niños y menos por drogarse?, si a eso los habían acostumbrado oficialmente desde Viet Nam. Y si a Bush, por todo lo del Irán-Contras, nada le hicieron, ¿por qué a John, Walker, Ted, Rocky, se les iba a aplicar ninguna ley federal, por

fumarse unos pitos, oler la cocaína, inyectarse la heroína, o preñar a cualquier prostituta o muchacha virgen que atraparan?.

Por eso los comerciantes quieren las bases militares porque corre el dólar. La guerra no es una cosa moral, simplemente da más o menos poder; más o menos territorios, más o menos dinero. Y aquí cuando la marinada gringa salía de juerga, los taxistas, los comerciantes de Cinco de Mayo, Calidonia, las cantinas, restaurantes y hasta los buhoneros daban gracias a dios, por haberles traído la buena suerte de los gringos. Volvían las vacas gordas que trajeron los ejércitos de los Estados Unidos, durante la Segunda Guerra Mundial, que enriquecieron a no pocas de las más ricas y aristocráticas familias de Panamá... Pero claro, no todo el mundo estaba contento. Ni todas las mujeres eran putas, ni todos los jóvenes, homosexuales; ni todos los empresarios y trabajadores, traficantes. Otra cosa pensaban los títeres del régimen ocupado. A ellos le habían servido el poder en bandejas de cristal de roca, y vivían el sueño de opio, hecho realidad: comían, bebían, vestían, engordaban, copulaban, traficaban drogas, incluso a través de la base de Howard, se hacían millonarios a doscientas millas por hora.

—Ey, tú, ¿dónde están las señoritas? —Preguntó el rambo.

—¡Uhhh, fácil, “man”... ¿Conoces “My Place”? ¿Quieres ir? Yo te llevo... tremendas “guiales”... pero si quieres algo de la legítima de San Miguel, eso es conmigo... Tengo yerba “Light”...

Allí llegaban a beber, danzar, y levantar muchachas que se aprovechaban de los frutos de la invasión. Se trataba del viejo argumento de que las bases militares eran buenas para el producto interno bruto del país, al sacarle

la parte de la plusvalía que le tocaba a los militares, bajo las sábanas. Cogidos en la mezcla de cerveza marihuana, o de cocaína y whisky, iban derechito al séptimo cielo, y cuando se llevaban a una panameña, sin que les apareciera su Chimbombó, la cosa no podía ser más chévere...

“ Chimbombó es el negro que Meme embrujara
Chimbombó es el negro de gran corazón,
le raya una vieja cicatriz la cara,
tiene mala juma y alma de león”.

Y una noche estaba precisamente el gringo fatal apretujado con la negra, bajo el furor de la discoteca y el tufo de todos los licores y los aplausos de los otros “marines”, unos borrachos y otros enloquecidos por las drogas, cuando, nadie supo cómo entró por el aire una granada y al estallar se oscureció el local, saltaron los vidrios, se oyeron gritos.

Cuando los “empis” policías militares norteamericanos, sacaban al gringo muerto y a los heridos, y se cundía la calle de curiosos y soldados por doquier, entre los vericuetos del viejo marañón, de Curundú y El Chorrillo, Chimbombó, en voz baja dijo: “Uno más”...

Pero el casete del video del 20 de diciembre se rebobinaba, repentinamente en la memoria de quienes vieron caer a tantos compatriotas, y en el corazón de los que batallaron inútilmente frente a la coraza de los helicópteros y tanques. En ellos había mucho odio y ganas de sacarse el clavo, a como diera lugar.

“¿Tú crees que yo puedo olvidar cómo, aquel sargento panameño-gringo, el tal Bryan fusiló a nuestros muchachos, cuando aún estaban con las manos en alto?, preguntó un batallonero.

—Lo peor del caso es que el tipo era panameño. ¡Cómo logran los gringos manipular, cual un robot a un ser humano!...

—¡Qué va, hermano!, cuando esas gentes se meten al "Army", ya son gringos... tienen la ciudadanía norteamericana. ¿Cuántos panameños hay que tienen el pasaporte norteamericano y el panameño? Miles, pero eso no se conoce. ¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Devolverle la pelota allí mismo, en Chilibre. Como lo hace cualquier ciudadano del mundo oprimido: palestino, sudafricano, ¡qué se yo!...

—De acuerdo; los gringos sabrán que nuestro pueblo quiere el castigo.

Y trazaron el plan. Estudiaron el recorrido que comandos gringos habitualmente hacían de Panamá a Colón; escogieron el terreno: una curva de la carretera, entre lomas, con bastante vegetación. En los odiados "hummers" iban por lo general de tres a cinco hombres. A veces se detenían a comprar latas de soda o cerveza en un kiosco, a unos doscientos metros de la curva prevista.

—Negro, prepara bien el AK, no podemos fallar —dijo un duende interoceánico y transistmico que el día señalado fueron a aguar a los carapintadas. Y sucedió. Iban los gringos de Panamá a Colón, muy contentos, uno de ellos con la pata arriba, como el dueño del país, y así entretenidos, lejos de cualquier sospecha, igual que estaban millones de panameños el 20 de diciembre, en espera de la nochebuena, cuando los despertó la invasión. De pronto sonaron los AK-47, secamente; el camión militar zigzagueó y fue a dar a una zanja entre ayes y maldiciones en inglés...

*...y la turba-
multa de ne-
gros y zam-
bos*

Días después aparecían en televisores, radios y periódicos anuncios del Comando Sur en los cuales se ofrecía cien mil dólares a quien diera una pista acerca de los autores del crimen, y publicaban el retrato hablado de los supuestos autores.

Pero ya en esos momentos Chimbombó había cruzado la frontera del Cauca y al mirar el dibujo dijo: —“Bah, esos gringos están bien ahuevados... porque ese tipo es blanco y todo mundo, hasta los escolares, saben muy bien que yo soy negro.” —Se rió con su dentadura supremamente blanca y dijo: “Uno más”. Luego entonó una tonada por veinticinco, con el acompañamiento del viento entre ramazones de guayacanes y de cuipos. Cantó a Korsi:

“Vengador celoso, se alza de un respingo
cuando Meme acaba la cumbia, y se va
cogida del brazo de su amante gringo
(rumbo al dormitorio de Pancha Manchá)

Del puñal armado los persigue, y ambos
mueren del acero del gran Chimbombó,
y la turbamulta de negros y zambos
sienten que, a la raza, Chimbombó vengó!”

42

CUANDO BAJARON LOS ÁNGELES Y LOS ARCÁNGELES

Desde la Brijatkatha y el Panchatantra, que recogieron las fábulas y cuentos fantásticos de la India, de antes de nuestra era, hasta la fecha, siempre han habido cuentistas capaces de sorprender a brutos e inteligentes, a ignorantes o cultos con piezas de increíbles imaginaciones, fantasías y soberanas mentiras.

El cuento es fundamentalmente la no verdad, por eso se llama cuento. Y cuando la gente, en su habla popular suele decir: —“No me vengas con cuentos” —quiere advertir que no le desinformen, o acudan con verdaderos embustes.

Sometida a la tragedia o al drama de la vida, el trabajo esclavo, feudal o asalariado, la mayor parte de la humanidad quería descansar, sobre todo, en el atardecer y la noche prima, mediante el goce de la mentira, pero literariamente embellecida, para disponer su estado nervioso, hacia la placidez de un sueño remontado a lo irreal y fabuloso de la vida y de la muerte. La belleza, aparte de la narración armónica, estaba en la profundidad, la complejidad, la altura de la mentira, bien contada. Eso era y parece ser el cuento, por lo general; es una ilusión, tal vez, una apariencia.

Pero el siguiente cuento, realmente no es un cuento, nada más porque la literatura no es la realidad, sino el cuento de una verdad parecida, pero distinta, hecha a través del colador de los cuentistas y poetas. Y toda fantasía de la cuentística universal, parte de profundas y hasta casi inaprensibles verdades de todos los tiempos. Muchas verdades que para ser asidas por el conocimiento y la conciencia, era menester que se les diera el tratamiento de la fábula, de la mentira piadosa, con el fin de poder hacer de ellas un tipo de conocimiento y alimentar la fe de los pueblos, a lo largo de la pre-historia. Por eso han sido tan duraderas todas las principales religiones, las que dominaron a los pueblos que tenían religiones menores, porque ellos, también eran menores.

Era, ni más ni menos, como un homenaje de los judíos varsovianos a Adolfo Hitler, o de los ciudadanos de Hiroshima y Nagasaki a Truman, por haberlos matado con las primeras bombas atómicas, indoloramente y de un solo cujazo.

Pero se hubiera necesitado mucha imaginación y capacidad creadora, para inventar un cuento, como el que van a escuchar, y que al igual que el de la Caperucita Roja y el Lobo, algunos cuentos de "Las Mil y una Noches", tuvieron alguna relación con la verdad de entonces.

Veamos, pues la increíble fábula de la "Caperucita y el Lobo", de estos días del mundo, supuestamente sin guerra fría, con integración, desideologización y hasta de solidaridad y cooperación, precisamente entre el Lobo, que ya se ha hecho bueno y defensor de los derechos humanos de las caperucitas, y de la pobre, pequeña e ingenua Caperucita.

Cuentan que en la ciudad de Panamá hay una modesta plaza llamada Plaza Porras, en memoria de uno de los políticos liberales, nacionalistas y reformadores de la historia del país, que como república mediatizada empezó en 1903. A Porras lo declararon traidor, porque no quiso aceptar la independencia de Colombia, por cuanto él pensaba que

había sido un rapto de los Estados Unidos. —No obstante, años después fue tres veces Presidente de Panamá. De allí, lo de la Plaza Porras.

Y dicen que era el mes de junio, que resulta, para los pobres campesinos un mes muy malo, y por ello lo llamaron con el sobrenombre de “Junito largo”, porque la magra cosecha de arroz, frijoles y maíz, del año anterior ya se había terminado, y la siembra del año, hecha en abril, aún no producía, sino en agosto.

Pues para dicho mes, y en aquella plaza, un equipo titiritesco, por encubierta gestión del Departamento de Estado de los Estados Unidos, propuso invitar a Panamá, para darle un recibimiento de padre y señor mío, nada menos que al presidente norteamericano, cuyo nombre sería preferible no grabar, pero por cuestiones de otra índole y obligado por las circunstancias, nos vemos obligados a estamparlo. Se trataba de agradecerle a Bush, por la acción de haber “liberado a Panamá”, mediante la destrucción y matanza de miles de panameños, en una operación que los sicólogos y publicistas del “Army” yanqui, titularon “Just Cause”.

Era, ni más ni menos, como un homenaje de los judíos varsovianos a Adolfo Hitler, o de los ciudadanos de Hiroshima y Nagasaky a Truman, por haberlos matado con las primeras bombas atómicas, indoloramente y de un solo cujazo.

Bush, la primera palanca y fantasma del gran capital, el primer guerrero de la guerra fría, el super poderoso de los aviones Stealth y el dueño de los más grandes almacenes de misiles de múltiples cabezas atómicas (cincuenta mil dispositivos de ese tipo había entonces, en el mundo, con la capacidad de destruir por quince veces, todo lo vivo en el planeta, en una proporción de diez toneladas atómi-

cas por cada persona, cuando se requieren solamente cien gramos para matar a un cristiano). El cincuenta por ciento de eso lo tenía, Bush en sus manos, cuando semanas antes de mandar a veintisiete mil de los suyos a Panamá, convivió con Gorbachov en Malta...

Para esos días la Caperucita Panamá tenía unos diez helicópteros viejos, dos cañoneras de los días de la Segunda Guerra Mundial, y unos nueve mil o diez mil hombres, sin tanques, ni aviones y sólo pertrechados de fusiles M-16 yanquis, AK-47 soviéticos, unos cuantos RPG, morteros, ametralladoras y miles de machetes...

Y bueno, todo mundo sabe, que Estados Unidos le ganó, en una semana, esa guerra a Panamá. Distinto al hecho mundial de la forma brava y genial con que Mano de Piedra Durán, el enorme boxeador panameño derrotó al norteamericano Leonard.

Esa guerra fue el debate, la concertación, la cooperación, entre el Lobo de 250 millones de gente, contra la Caperucita de 2 millones y sencillo, lo que traducido al habla panameña significa la pelea del tigre nuclear y digital, contra el pobre y torpe chivo amarrado.

Y esta graciocidad de los Estados Unidos debía ser celebrada a todo meter, para honra del gran general Bush, nada menos que en la Plaza Porras, de la ciudad recientemente invadida, a pocas cuadras de el barrio de El Chorrillo, mutilado y vaporizado, con la misma furia y barbarie con que los hitlerianos pulverizaron a Lidice, en Checoslovaquia.

Claro —sostenían los pequeños fantasmas criollos, mitad mojigangas y mitad parrampanes— Bush se lo merecía. No bastaría con acreditarle con la Orden Vasco Núñez de Balboa, en el grado liberador, pues para América Latina, Estados Unidos, la Unión Europea, África, Asia,

Oceania y lo que quedaba del tambaleante sistema de la Unión Soviética y sus modelos socialistas europeos, era necesario que Panamá la verde, la chiquita y la malherida se sacrificara aún más y realizara un fabuloso recibimiento, con la presencia de la mitad de su población, de forma tal, que ese día de la venida del mesías gringo, no pudiera meterse, entre los seres humanos allí reunidos, ni siquiera la punta de un alfiler.

Entre las carnavalescas ideas de los diseñadores del acto había la de presentar un coro de chiquillas, entre quince y dieciséis años, todas ataviadas con transparentes corpiños de la pollera nacional, pero sin nada más en la parte inferior, una proyección folclórica —que se dice— danzaría el coro un tamborito-rock. La dificultad consistía en que las niñas cantantes debían cantarlo en inglés y español, en forma automática, y paralela.

A partir de las seis de la mañana, se preparaba una manifestación selectiva, de unos cien mil civilistas varones, mas no desnudos, los que debían arrimarse a la Plaza Porras, a partir del extrarradio de la ciudad canalera, portando lábaros de la Cruzada Civilista filipinensa, quienes al llegar a un kilómetro de la plaza, tenían que moverse y reptar de rodillas, y así, mediante un heroico esfuerzo de arrastre, al bordear el perímetro del sitio, circuido con aquellas franjas de plástico amarillas, que los “marines” trajeron, debían sacar las lenguas y lamer la tierra. Una alta comisión de protocolo presidencial, compuesta por representantes de la Corte Suprema, la Procuraduría General de la Nación, de la Asamblea Legislativa, de los grupos de Valores Cívicos, de los gremios empresariales, del Arzobispado y de la “Quisling National Foundation” se encargaría de calificar, mediante rigurosa inspección, quiénes eran los capaces de mostrar la lengua y lamida

más descomunal de esta región centroamericana y del Caribe. Cinco lenguones serían premiados con viajes para conocer importantes centros estadounidenses: Las Vegas, El Pentágono, La CIA, y desde luego, la Casa Blanca, y además al campeón se le anotaría en las marcas de Guinness.

En cada esquina de la ciudad, cerca de la Plaza Porras, instalarían tarimas, para que orquestas cubanas de Miami y de Puerto Rico, recalentaran el tamborito lambón con la presencia de la decana de la rumba Celia Cruz y de un conjunto de “rap” del Comando Sur, junto a conjuntos folclóricos de Punta Paitilla, el cancán desnudista del Club Unión, la función de títeres del Conjunto de la Cámara de Comercio y el taller de mimos del Centro Financiero Internacional, que presentaría la pieza titulada: “Las lavanderas prodigiosas”... Todo ello como entrada al soberbio acto masivo del super invitado.

Las agencias internacionales de noticias estarían presentes, los actos se transmitirían, vía satélite, y habría un tremendo orden bajo la seguridad de la inteligencia militar del Comando Sur, de los cuerpos especializados de protección del propio presidente Bush, de la CIA y desde luego, de los sapos locales.

Pero como por obra y gracia del señor Bush, al fin los “marines” habían traído a Panamá, también, entre otras vainas, la democracia, pues el propio Departamento de Estado, a través la embajada yanqui dio la orden, a los títeres, para que permitieran cierto porcentaje de libre expresión, pues la invasión y la represión posterior, había asustado a mucha gente... muchísima.

Un funcionario norteamericano, que no quiso ser identificado, dijo a la BBC de Londres, al ser preguntado, si no temían por la seguridad del señor presidente de los

El tiempo lucía muy bueno, cielo brillante y azulísimo; hastala naturaleza se arrodillaba obsecuentemente, para hacerle una hermosacalle de honor al visitante regto, amo de la potencia unipolar del mundo.

Estados Unidos, lo siguiente: —“Hemos traído aquí la democracia y puesto fin a la dictadura... no tememos a las protestas... pero creo que estos panameños están aplastados, totalmente... No harán nada en contra, todo está arreglado, será una recepción inolvidable, que romperá el récord de cualquier otra hecha a un presidente norteamericano en América Latina...”

Y desde luego, resultó supremamente inolvidable... y además tan increíble, que más parecía una película televisiva de ciencia ficción.

Y en la medida en que, a través de los medios, se apretaba la manipulación publicitaria, a manos de los colaboradores, asimismo los norteamericanos aceptaban a todos los organismos de inteligencia, contra-inteligencia y de seguridad del Comando Sur. Dos días antes del advenimiento del mesías gringo, rompían los cielos aquellos aviones espías que preludiaron la guerra en 1989, y daban vueltas por calles y avenidas los odiados carros “hummer”, de ingrata recordación.

—Sabrás, oye —dijo una enfermera a su compañera— que el oír el ruido de esos aviones me provoca inevitablemente vómitos? No puedo evitarlo, pues inmediatamente me viene a la memoria aquel día cuando al hospital llegaban los cuerpos destripados, los cráneos rotos, y cuando me tocó recibir a una muchacha embarazada, a la que no pudimos salvar ni a ella, ni a la pobre criatura, que ya venía muerta, porque los bombardeos detuvieron el auto en que venía hacia el hospital, a dar a luz.

El tiempo lucía muy bueno, cielo brillante y azulísimo; hasta la naturaleza se arrodillaba obsecuentemente, para hacerle una hermosa calle de honor al visitante regio, amo de la potencia unipolar del mundo. Demostraría que no

sólo fue de una alta moral la invasión a Panamá, sino que el país entero acudiría, con su alegría, sus folclores y sus lenguas, a darle la más efusiva de las colectivas gracias,

Todo estaba debidamente programado y computarizado, en las catacumbas del Cerro Ancón, en Quarry Heights, en donde los norteamericanos tienen su cuartel general y la red que se extiende hacia Isla Galeta, en el Atlántico, por si las moscas, y para informar y retroalimentarse mundialmente, a través de los más sofisticados medios electrónicos submarinos y satelizados, existentes en el occidente.

Apuntaladas las cosas así, nadie, ni el Papa de Roma, ni Jesucristo podrían impedir nada en contra del destino manifiesto.

Pero dicen que un día antes, cuando ya daban los toques finales al escenario, tipo circo romano, las tarimas para el cuerpo diplomático y la más especial, para el agasajado, su comitiva principal y los títeres del régimen que invitaba, y cuando la Plaza Porras, en la cual se destacaba el monumento a Porras, en medio de dos altas y hermosas mujeres, dicha plaza había perdido su virginidad y modesta presencia de parque de enamorados proletarios y punto de partida de las manifestaciones obreras y revolucionarias; cuando ya los especialistas traídos de los EEUU para examinar tales facilidades habían visto todo, junto con la prestancia del ágape masivo, de importancia internacional situados adecuadamente todos los aparatos y todos los adminículos electrónicos para la vigilancia detallada de algunos edificios, en especial la Cancillería que había sido convertida en una especie de búnker, para la dirección estratégica de la realización de la fiesta inolvidable, y punto clave de las comunicaciones, debidamen-

te resguardada con las armas necesarias y novísimas... Pues bien, cuentan que esa tarde de pronto empezaron a bajar de las nubes brigadas de ángeles fantásticos y arcángeles poderosos, con megáfonos, garrotes, y espadas de fuego celestial. Por las avenidas de Cuba y de Perú avanzaron hacia el centro de la plaza. Como un furioso movimiento de olas del vecino Mar del Sur, se escuchaba el coro de voces que rugían palabras que se convertían en remolinos de candela. No eran, ciertamente ángeles y arcángeles, pero el vendaval que la presión de su avance promovía, tendía a arrasar con la plaza. Arriba, de su alta peana, Belisario Porras pugnaba, entre las dos esfinges que le acompañaban, por bajarse del pedestal del hermoso monumento, para unirse a los manifestantes de carne y hueso, cuando las bombas lacrimógenas, irritantes, recién traídas de los almacenes de los Estados Unidos, comenzaron a reventarse entre el gentío de ángeles y arcángeles, que en algunos casos las devolvían a los soldados, con la misma fuerza. Varias horas duró aquella batalla entre el bien y el mal, entre ángeles y arcángeles y las fuerzas, al servicio de los gringos de Bush.

De pronto una chispa relampagueó en el aire de la plaza y de súbito empezó a arder la tarima central. Esa tarde dispararon tantas bombas lacrimógenas, que el área rociada con ellas, cubrió casi un kilómetro a la redonda, a partir de la plaza. La fiesta, por tanto, había comenzado. Con el crepúsculo amarillo de junio, al anochecer, los ángeles furiosos desalojaron las avenidas. Mas por debajo, como en un aguaje, algo hacía temblar la superficie.

En las altas esferas de Washington, y del Pentágono se consideraba si convenía que Bush, en tales circunstancias, corriera el riesgo de cumplir el programa del día

siguiente y llegar de todos modos, a Panamá, con la misma exactitud con que cayeron los veintisiete mil "marines" el 20 de diciembre de 1989.

—Pienso que lo ocurrido hoy en Panamá —dijo un alto funcionario de la Casa Blanca, en una reunión de diablos y diabras— significa que no hemos matado del todo la culebra. Opino que el señor presidente no debe ir a dicha cita.

—Pero, ¿cómo? ¿Es que nos vamos a dejar amilanar por un escuálido grupillo de subversivos?

—Es que también, dijeron los cables, había ángeles y arcángeles.

—Por favor, no crean en cuentos, ¿o todos se han vuelto aquí seguidores de García Márquez? (que de paso siempre ha sido un enemigo estratégico de nosotros) ¿Acaso tenemos que huir como salieron ustedes despavoridos de Viet Nam, por una simple chusma?

¿Qué imagen vamos a proyectar internacionalmente, luego de haber derrotado a esos rufianes, y cuando hoy somos la única potencia capaz de trazar un derrotero al mundo? —expresó un joven general.

—Es lo que yo no deseo, joven general, que mañana tengamos que salir huyendo de allí.

—A ver, señores, ¿qué dice el oráculo meteorológico, mi diablo coronel?

—Que el día será claro, sin nubes y con viento favorable, para un éxito luminoso.

Cables de diversas agencias de noticias, atiborran la sala de recepción de la Casa Blanca, de la CIA, y del Pentágono. Una síntesis resumía la cosa así: "Inesperadamente y viniendo de la mar oceana del Pacífico, irrumpieron brigadas de cuerpos celestiales, con apariencia de ángeles y arcángeles, sumamente extraterrestres que ate-

rrizaban y descendían de objetos volantes no identificados. Las oleadas de estos sujetos provocaron un vendaval en la Plaza Porras, lugar en donde mañana deberá presentarse el presidente Bush.

Cabe añadir, que entre dichos navegantes y rebeldes manifestantes había algunos blancos, pero sobre todo, negros y mestizos, indios, y chombos, como aquí se les llama a los negros de las antillas inglesas. Había ángeles y ángeles. Un miembro de la inteligencia norteamericana, de alto rango, y quien no quiso que se le identificara, mostró una lista de algunos de los jefes de pelotones que participaron en esta acción callejera con los siguientes supuestos nombres: Montezuma, Atahualpa, Caupolicán, Urracá; dos negritos: Bayano y Felipillo. Entre ellos unos tales Simón Bolívar, San Martín, Sucre, Martí, Juárez... Les seguían Buenaventura Correoso, el poeta León A. Soto, quien era uno de los que disparaba versos, que al cruzar la plaza se convertían en pelotas de fuego. Un corresponsal alemán, sostiene que estas pelotas fueron las que incendiaron la tarima presidencial. Pero hay otra versión y es la de que quien incendió dicha tarima fue el piromaniaco de Pedro Prestán, asistido de un individuo titulado Victoriano Lorenzo; éste apareció con una brigada de ángeles acholados y daban gritos y salomas feroces que estremecían toda la decoración.

Llamó la atención un comando de ángeles, que acudían jefaturadas por Amelia Denis de Icaza, una poetisa; ellas también lanzaban estrofas ardientes, que igualmente se convertían en bolas de fuego; atrás venía la Rufina Alfaro, repitiendo el grito de Los Santos, con una fuerza colosal. Fue entonces cuando se dio el combate cruzado entre los ángeles y arcángeles y los hombres de Bush, a punta de bombas lacrimógenas.

Un corresponsal de Washington Post, sin embargo, no vio ningunos ángeles, sino gentes que quemaban la tarima aludida, entre ellos, al decir, su corresponsal local, estaban nada menos que Cristóbal Segundo, Rodolfo Aguilar Delgado, Juan Navas, Polidoro Pinzón, Nepomuceno González y Yito Barrantes. Pero la CNN insistió en que el líder del batallón de ángeles era nada menos que el Che Guevara. Esto lo puso en duda un periodista argentino que conoció personalmente al Che Guevara y dijo que, en realidad era Omar Torrijos, pero disfrazado de cholo de la serranía.

Lo ocurrido fue que realmente todos los manifestantes, personas reales o ángeles, venían con suéteres de Omar Torrijos y del Che Guevara y eso pudo traer la confusión de los periodistas extranjeros invitados al recibimiento de Bush.

A pesar de estas publicaciones se decidió que Bush cumpliera su agenda en Panamá, ya que un taco de presidente como él, no podía dejarse amedrentar por chichipatis y sanamabiches subdesarrollados y vociferantes. Y por tanto Bush estaría al día siguiente, con puntualidad alemana en la Plaza Porras. Dicho y hecho, el hombre estuvo allí de forma inolvidable. Los organizadores del acto se salían con la suya, pero los ángeles también estaban allí, sólo que habían escondido sus alas.

Todas las cámaras de televisión nacionales y extranjeras se dieron banquete, al tomar la llegada de los participantes en la maratón que se daba de rodillas arrastrándose hacia la plaza, y sobre todo, el concurso de lamida del asfalto, entre cuyos ganadores hubo un periodista follón y un magistrado de la Corte, de indefinido andar.

Pero algo olía muy mal, a muchos metros de distancia, y sobre todo, en el centro de la plaza. Los tirabombas

lacrimógenas, no pudieron, luego del enfrentamiento del día anterior, y pese a los chorros de agua de las mangueras de los bomberos lavar la espesa contaminación con los gases, que aún cumplían su papel irritante. Ya en la tarima, el presidente Bush, miraba de forma inquietante, de un lado a otro, y levantaba la cabeza, como para interrogar al cielo. No sabía por qué el país, ahora con la ocupación de sus tropas hedía tan mal.

—¿No le parece señora Bruja Mayor —preguntó a una encopetada dama, que aparecía a su lado— que algo huele mal aquí?

—No, ¡qué va mi Presidente! por lo contrario a mí me huele precisamente a Chanel número cinco...

De pronto y a unos cincuenta metros se movieron los ángeles y se produjo un trepa que sube, e inmediatamente volvieron los diablicos a tirar, sin rumbo fijo las bombas lacrimógenas. Y se repitió el coro de ángeles cholos que gritaban en sus lenguas palabras muy terribles y verdaderamente destructoras. Pero aquí vino lo inesperado para los organizadores del "show". Al norte de la plaza, un formidable coro de ángeles empezó a soplar el viento, nada menos que en inglés, la lengua de Walt Withman y dijo: "Allá voy contigo, ¡focking Bush!"...

Justamente, en ese momento, la dama mayor del comité organizador empezaba su discurso: —"Yo, mi presidente, en nombre de los mojigangas y parrampanes de Panamá"...

Pero aquí, ya los gases echados por los diablicos, debido a la contradicción dialéctica de la naturaleza venían en las alas del viento solidario y anti-imperialista, y atosigaba a la comitiva, que en la tarima se revolvía como iguanas chamuscadas. Y lo peor, mister Bush, como un cuervo remojado, empezó primero, a hacer cucharitas,

Había que ver la vaina... los tipos de la escolta presidencial cargaban a Bush, como a un santocachón, para bajarlo del escenario.

luego a llorar, sin dar con el pañuelo que Doña Bárbara le había puesto en el bolsillo del saco y no podía enjugarse tan amargas lágrimas. Entonces dijo en perfecto español— “¿Quién fue ese meteorólogo hijueputa que dijo que el viento sería favorable?”

Había que ver la vaina... los tipos de la escolta presidencial cargaban a Bush, como a un santo cachón, para bajarlo del escenario. Otros, de la seguridad, con enormes ametralladoras se echaban al suelo y soltaban el gatillo. Las bombas lacrimógenas, sin embargo cargaban contra la muchedumbre de ángeles que al igual que los panes de Cristo, se habían multiplicado y alguien llegó a apañar una de las bombas y la disparó derechito a la tarima presidencial, cuando todavía Bush no acababa de bajar. La dama mayor, al caer dicha bomba al lado del presidente, exclamó folclóricamente: —“¡Chucha madre! ¿qué vaina es ésta?”.

Afuera de la tarima, el Canciller del país huía como un ratoncito sin cola a una velocidad inimaginable. Y la pobre esposa de Bush, inculpable de todo, fue sacudida y elevada por el remolino, vengativo a los aires, entre las nubes se veía, junto a unos camarógrafos, como un paracaídas al revés.

Este terremoto duró más de cinco minutos, tal vez unos diez que hicieron temblar al mundo, pues algunos dijeron que habían matado a Bush en Panamá. Pero no estaba muerto había salido arrastrándose como una comadreja en medio de la anti-parranda, pero con mucha suerte.

Los gritos de los ángeles se decuplicaron y competían con los disparos de las bombas. Una alegría bárbara cundía no sólo en la plaza, no sólo el pequeño país ocupado, no sólo América Latina, sino en todo el mundo.

Un formidable arcángel, trepado en una azotea, tomó un megáfono y gritó en panameño: “¡Familia!... ¡Atención Pueblo!... ¡cuenta con pago!... ¡carajo!...”

Al día siguiente, entrevistado por Radio Habana, el propio Belisario Porras, desde la altura de su momento en la Plaza expresó: —“Mira chico, como yo estaba acá arriba, pude ver cuando el hombre huyó despavorido, como una gallina; lo metieron en una limosina negra. La cuestión fue que la inteligencia había estacionado previamente dos limosinas gemelas y esto logró confundir a los ángeles que se veían tan jubilosos, que no pudieron captar en cual iba el tipo, por lo que fallaron las docenas de huevos güeros que le tiraban. Realmente pudieron haberlo matado. Por acá pasó un ángel y me comentó: Mira Porras, la línea no era matarlo, sino joderle la fiesta, y se la jodimos”.

—¿Pero quisiera agregarle algo más al mundo? —preguntó el corresponsal.

—Gracias, dígame al mundo, que esto fue una recepción verdaderamente inolvidable y que Panamá no será jamás una colonia yanqui.

Nota: Aquí terminó el cuento. Pero además esa vez Bush perdió las elecciones.



LA SUBIDA CASI FANTÁSTICA A LAS ORILLAS DEL CIELO Y LA BAJADA SÚBITA AL REINO DE LAS PAILAS ARDIENTES.

Pues sí, y pasado los años, como suele ser la vida y el mundo, les tocó, al fin y al cabo a las ánimas putrefactas de quienes habían sido los tres fantasmas de Clayton, abandonar este valle de lágrimas.

Según los periódicos de la época, aquel infausto suceso aconteció, precisamente el fatídico 31 de diciembre de 1999, unas horas antes del siglo veintiuno, justamente diez años después de aquella nochebuena mala.

Cuentan que venían los tipos acompañados del séquito de sus seguidores, a la salida de una carpa de títeres, ubicada en las áreas revertidas de la antigua the Canal Zone, en donde habían presenciado una obrita póstuma de Chuchú Martínez titulada: "Don Pichulín y los soldados, sobre la yerba, en su jardín". Y ocurrió que de repente y en un lugar de cuyo nombre ellos no querían acordarse, apareció un vendaval, una especie cabeza de agua, de compactas multitudes que gritaban palabras de una ferocidad inaudita, planetaria, global.

—¡Huy!... —gritó uno de los fantasmas— ¡la chusma!

—¡Oh! —gimió el fantasma segundo— Niño de Praga, Santa Bárbara bendita, Pío Nono, San Judas Tadeo, Cristo Negro de Portobelo... ¡sálvanos! ¡Piedad!... ¡piedad!... ¡por mi culpa, por mi grandísima culpa!

*¡Qué Coman-
do Sur ni Nor-
te, amigo!...
mira allá arri-
ba... ¡Nos lle-
vó candan-
ga!...*

—¡Horror! —exclamó el tercero—¡Mamarrachos!

Pero en esos instantes faltaban solamente cinco minutos para las doce del día, y quedaron rodeados, en el centro de la nueva barriada de El Chorrillo, como tres mojoncitos en la mitad del mundo.

—¡Santo Dios!... ¡ven a nos San Martín de Porres!...

—¿Para que llamas a ese negro sin influencia?... Marca en el teléfono celular y pide de nuevo la asistencia del Comando Sur, gordo ingenuo.

—¡Qué Comando Sur ni Norte, amigo!... mira allá arriba... ¡Nos llevó candanga!...

Eran entonces las doce en punto, y arriba, colgado de un helicóptero Chinook iba el último soldado norteamericano, quien salía de las bases militares.

En la plaza tronaban los aplausos, los vivos y las muertes... Así, al verse totalmente indefensos ante el amenazador cerco del gentío que celebraba, precisamente el fin de siglo y del enclave colonial en el país, y de pronto, ver que el lugar se oscurecía con la misma velocidad de un eclipse total, porque unos muchachos habían levantado una gigantesca bandera que le tapó la cara al sol... Dicen los periodistas de agencias extranjeras, de entero crédito, que allí mismo, los tres fantasmas cayeron como fulminados por un rayo.

—¡Uhhhhh!... —resonó un clamor como de trueno ampliado por mil altavoces.

Y al tornar la luz, en el momento en que los muchachos hacían girar la banderota, la multitud se acercó a unos metros de los caídos fantasmas catapultados.

—¡Fo!... —exclamaron al unísono y con un compás de punto socavoneado se retiraron.

—¿Qué ha pasado? —gritó alguien con formidable voz.

El coro volvió a acercarse a los cuerpos tendidos en el

asfalto grotescamente como mojigangas supremamente tristes o muertos.

—¡Fo!...

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de la televisión francesa.

—¡Fo! —repitió el coro. Estos comieron gallotes y no le quitaron las plumas.

—¿Qué ha dicho el coro? —preguntó el francés.

—Dijo que alguien se había hecho pupú en la plaza.

Hacia varios meses que el estrés minaba la salud de lo más encopetado de la "society", de los altos y sofisticados barrios del área metropolitana. Las más famosas clínicas estaban abarrotadas de bien comidos y rollizos individuos e individuos que, sin embargo, padecían de todos los males de la sique, del sistema nervioso central, del gran simpático y sistemas correspondientes.

Era la nueva versión de las siete plagas de Egipto, pero con énfasis en los espíritus.

Resultaba ya común el espectáculo, de ver a muchachas quinceañeras bajar de elegantes Mercedes Benz o ricos Volvo, o BMW, en plena Plaza 5 de Mayo, en bikini transparente o arropadas con los llamados hilos dentales; tranquilamente, se mostraban así por fregar la paciencia, a través de todos los medios de comunicación que hacían su agosto con esta moda del indiscreto encanto de la burguesía.

En otra dirección, y sitio, también llamaba la atención la presencia creciente de conocidos banqueros, financistas, empresarios y toda la elite de millonarios, quienes realizaban caminatas en el parque Omar y concluían el esfuerzo físico, trepados en cajones de Coca-Cola o Pepsicola, frente a la biblioteca Nacional, con discursos pintorescos y humorísticos sobre los diversos temas de la actualidad política: derechos humanos, valores cívicos, democracia,

desmilitarización, desarrollo sostenible, calidad total, globalización, bancarrota del comunismo. Algunas peroratas tenían, incluso, una lógica formal, bastante bien concatenada. Pero lo curioso era que al terminar, y volver a los ejercicios finalizaban los señoritos, haciendo corcovitas, saltos mortales y retando a los puños a otros oradores de la misma catadura, de los que por allí merodeaban en su desespero.

—Mucho se habla hoy de nosotros; nos acusan de capitalistas, de pertenecer al Club de los Exonerados, de rabiblanco y de otras porquerías propia de la chusma de este país. —Decía en su discurso uno de los participantes —Nos calumnian, al decir que le hemos sacado los hígados a los obreros con ganzúas, que somos gringueros y chupácteros sociales. Puras babosadas. La verdad es que si no fuera por nosotros, todos ustedes se morirían de hambre. ¿Por qué invertimos? Para ahorrar divisas, para dar empleos y hacer más grande a este país. Nuestras vidas, señores, han sido de constante sacrificio, y todo cuanto tenemos fue el fruto de nuestro sudor. ¿Qué somos ladrones de levita? ¿Y que todo capital está embarrado de sangre? Fueron las calumnias de ese delincuente llamado Carlos Marx. Los únicos ladrones fueron los militares, y bien hicieron, nuestros socios los norteamericanos en invadir el país, pues así nos liberaron y trajeron la democracia.

Señores, pero ahora, debido al tirano de Omar, y al tonto de Carter... ¿qué pasará? Que se van nuestros grandes amigos, protectores y bien amados norteamericanos, y sin ellos, óiganlo muy bien, sin sus soldados, sin sus bases militares, y sin ellos, este país será una verdadera porquería... ¡una mierda!

Y es por eso que venimos aquí, todos los del Club, para exponer nuestro derecho a vivir, como hemos vivido, porque aquí lo que cuenta es el dólar. Sin el dólar no valemós hostia... Lo sé yo que estudié economía en Harvard, y que he levantado empresas importantes y soy del Centro Financiero Internacional. A nadie he robado los treinta millones que allí poseo, ni los veinte que tengo en el exterior. Pero además, señores yo soy filósofo. Estudié toda la filosofía griega, y la modernas de Francia y Alemania. Me sé de memoria a Hegel, Kant, Descartes y hasta Engels. Y además yo soy la verdad absoluta, porque también hago de astrónomo, espiritista, masón, adivinador. Yo practico kárate y boxeo. Mano de Piedra Durán, frente a mí, es una pobre tachuela. Mueran los vendepatrias que se oponen a los gringos. Hagan claridad, ¡oh! mis cruzados civilistas. Venga mi caballo. Yo soy Napoleón Bonaparte, y voy a invadir a Fidel Castro en las llanuras de Vnúkovo. ¡Sigan-me canallas!...

Y entonces salía a correr a todo trapo, sobre un palo de escoba, en las colinas del Parque Omar.

Otro socio, detrás le seguía en el trote y le gritaba: —Napoleón... Napoleón... espérame, que yo soy Al Capone.

Todo esto parecía un trastocamiento de la sociedad, pero los más destacados sociólogos de la universidad, sostenían que la razón era muy clara. Roto el cordón umbilical que los había atado, amamantado y sostenido desde antes de la fundación de la república, cuando los lejanos días del ferrocarril interoceánico y la Tajada de Sandía, de pronto, la ruptura fatal de este cordón producía la galopante alienación de esas gentes; de muy adentro les brotaba el susto de la sangre, al pensar que de los arrabales se levantarían todos los muertos de la Guerra de los Mil

Días, de la lucha inquilinaria del año 25, del Nueve de enero del 64, del 20 de diciembre de 1989, y asimismo, la tragedia de todos los campesinos encerrados, presos y asesinados por el desequilibrio de la tierra y el rencor de más de quinientos años de los indios y cholos. Los viejos amos pensaban que toda esa chusma levantaría docenas de plataformas y procederían, en un festival macabro a realizar ahorcamientos colectivos, para así sacarse el clavo viejo, desde los días de Balboa y del pirata Morgan.

Ellos, los viejos amos, en las altas noches, oían, desde sus balcones de vidrio y ventanas de oro, a la chusma cantar tonadas y tamboritos en las plazas bajas, no sólo con amenazas reales, sino con provocadores versos:

"Llorele y ajé y ajá...
¡que se vayan del Canal!"

Esto se acompañaba con groseras murgas, incluso en las horas de la madrugada, todo en un remolino de voladores y cohetería salvaje, lo que se mezclaba con horribles rapeos, de morenos, zambos y mulatos, que incluso los cantaban en el inglés de los chombos de Río Abajo y del Boca Town...

Yo me pregunto: ¿cómo pudimos haber caído en la trampa de esos Tratados?

La gente sensata y clara del país, en realidad no sabía qué estaban fumando los de las empinadas elites, porque todo parecía normal y se desenvolvía como fue pactado.

Ellos se habían dirigido a las autoridades de los Estados Unidos, de la Unión Europea y aun de la O.N.U. para que evitara una matanza como la de Ruanda. Pero no recibían respuesta. Propusieron, en todo caso, una fuerza multinacional de Cascos Azules de la O.N.U. ocupara Panamá, en reemplazo de las tropas norteamericanas, pero no tuvieron éxito con el Consejo de Seguridad.

Sin embargo los norteamericanos, no sufrían el pánico de los rabiblanco del país. Una interesante entrevista de una revista europea aportaba lo siguiente:

—La verdad —respondió un recalcitrante militar sureño, del comando militar de Fort Clayton, yo no entiendo la política de mi país. Bueno, nos vamos... okey, no hay problema, pero siento que esta política es para atrás y para adelante y vuelta para atrás. Yo me pregunto: ¿cómo pudimos haber caído en la trampa de esos Tratados? Muerta de risa debe estar la canalla que siempre gritaba: "Yankis go home!"... Y luego ¿qué hicimos? Pues la guerra, pese a los mismos tratados, que hemos dicho, íbamos a cumplir. Triunfamos limpiamente, no quedó dudas, ¿pero cómo entender que luego de hacer una guerra victoriosa, los ganadores se retiren? Y mire, señor periodista, esto viene a suceder cuando ya hemos derrotado globalmente también al enemigo estratégico, el que, luego de nuestro largo asedio se hundió, como un dinosaurio, en su laguna.

Pero ¿sabe una cosa? Alguna gente del Pentágono debe estar cocinando otro plato. Tengo esa confianza.

—¿Cómo, coronel —preguntó el periodista.

—Paciencia. Ya lo verán... Claro, nuestros oficiales y el personal administrativo, que por años han vivido aquí, no están alegres, que digamos. Panamá para ellos siempre fue visto como un paseo tropical, como vacaciones. Un país tranquilo, con playas, señoritas y gente servicial. Ellos compraban en los comisariatos cosas de la más alta calidad y dos veces más baratas que en los propios Estados Unidos. Tenían altísimos salarios, sobre todo en el área de la administración y derecho a viajar a los Estados Unidos, una vez al año con pasaje gratis. Un paraíso y eso lo pierden. Yo también. Aquí en mi lancha iba cada mes a Piña.

en Darién y allá pesqué de lo lindo. Mire esta foto, es un pez sierra, el de la izquierda soy yo mismo; esa vez gané el trofeo.

No era lo mismo, entre los sectores más sensatos del área civil de la ex-Zona del Canal.

—Dígame ingeniero —preguntó el periodista— ¿cómo siente la salida de ustedes del país, próximamente?

—¿Yo? No hay problema. No me voy, me quedo.

—Pero todo esto pasa ahora a jurisdicción Panameña y se acabó The Canal Zone; es el fin.

—Sí, el fin colonial, pero no de mi estancia acá. Me quedo. Aquí, en la administración, yo levanté mi familia, tuve mis cuatro hijos.

—¿Su esposa es panameña?

—No, norteamericana, de Arkansas.

—Y ella, ¿qué dice?

—Fue la que terminó de convencerme de que nos quedáramos para siempre aquí. ¿Sabe? He viajado mucho en el mundo, pero lugares como éste, para mí hay muy pocos. No cae nieve, no ocurren huracanes ni terremotos. Con un solo tipo de ropa vivimos, pues el clima, aunque caluroso es estable, y hay sitios muy frescos, aún en la capital. El mar está a pocas horas de donde he comprado una tierra para mi jardín, mi huerto y hasta mis caballos. Puedo desayunar con Katy y mis hijos a las siete de la mañana en el Atlántico, y volver a desayunar a las ocho a.m. en el Mar Pacífico. ¿No es esto clase?

—¿Pero no siente el peligro de la actitud de los panameños?

—Mire, desde la fundación del Canal, no hemos conocido actos de terrorismo contra personal norteamericano. Esto no es Medio Oriente, ni tampoco Chicago. Ahora cuando Estados Unidos, cometió el error de hacer una

guerra, alguna violencia natural hubo, desde luego, es comprensible.

Pero hoy es tan grave la violencia en Estados Unidos, que Katy, mi esposa, se espanta de lo que ve todos los días en el cable. En este país yo, norteamericano, he andado por poblados, caseríos y en el bosque y nunca he temido del trato con los panameños, siempre he sentido de su parte cordialidad y cooperación, es muy buena gente. Además, yo conozco algo a la historia del país, y creo, realmente que es un pueblo culto, respetuoso. No hay chovinismos. La consigna de “Yanki go home”, es política, no discriminatoria contra nosotros, es el problema colonial, el papel norteamericano en el mundo, que ellos han sufrido mucho acá. Le diré, incluso, las fuerzas más radicalizadas del nacionalismo, las propias izquierdas jamás cayeron en provocaciones insensatas y acciones terroristas de otros países, y no es que sean castrados ni dóciles; es algo excepcional, aunque se dice que en América Latina, el sur es más avanzado y culto.

Yo tengo muy buenos amigos, en todas las esferas: empresariales, laborales, religiosas y de vecindad. Y como yo, varias familias norteamericanas que han asimilado la cultura y las bellas tradiciones de estas gentes. Y no queremos dejar el país, por esta coyuntura histórica y no porque yo tenga aquí algunas empresa, alguna explotación. Mi nombre es Henry, pero ¿sabe como me dicen los panameños, cuando me llaman por teléfono?:— “¿eres tú, Gringobueno?”.... No me conocen por Henry, sino por Gringobueno. No tenemos problema, al contrario sufrimos mucha nostalgia si tuviéramos que irnos obligadamente. Pero nos quedaremos, no como extraños, ni colonialistas, sino como gente humana, simplemente, con nuestros perros, caballos, rosas y las orquídeas de mi mujer.

Pero aquel mediodía, en la plaza de El Chorrillo, en el momento en que la emocionada masa trató de levantar en vilo a los tres fantasmas que habían caído de bruces sobre el piso, una bandada de pájaros changos y grandes murciélagos y vampiros, revolotearon por encima y levantaron los cuerpos y, en vuelo vertical, se los fueron llevando, llevando y llevando al cenit del celeste hemisferio, cuando ya el sol, se había apartado de allí, más o menos a un jeme de distancia, según la perspectiva área.

—¡Uuuuh!... —mugió la muchedumbre airada.

No se pudo saber a qué velocidad subían, hacia los barandales del cielo, mas era de suponer que los pájaros changos y los murciélagos y vampiros, lograron la velocidad de la luz y algo más.

Se cuenta que al llegar a una meseta de nubes sólidas, dejaron sobre un pedestal a los fantasmas. Allá quedaron los tres líquidos aliados, agarraditos de las manos, en la infinitud de los espacios infinitos. Al tratar de mirar abajo, se marearon y volvieron a levantar piadosamente los ojos para el más arriba, como un trío de corderos a punto de degollar.

De pronto apareció una puerta de material desconocido, y un letrero: —“Si desea una entrevista con San Pedro, oprima el botón de la izquierda”.

—Tú —dijo el gordo, tartamudeando— Tú que eres tan bravucón, atrévete y toca ese timbre.

—¿Yo? ¡Las huevas!... Todo esto es una pesadilla, estamos soñando, lo que acaba de ocurrirnos es una total mentira. Además, si lo que nosotros hicimos fue aprobado por la Cruzada, ¿por qué solamente nosotros vamos a pagar el pato?

—Yo —dijo el más cristiano— tocaré el timbre. San Pedro es nuestro camarada. Voy.

Y tocó. La puerta se abrió delicadamente. Una señorita vestida con una túnica lila de semana santa y transparente, y sólo con esa túnica, se levantó de la silla y vino a atender los aéreos visitantes.

—Bienvenidos, señores. ¿Qué desean? ¿En qué podemos servirle —habló en perfecto español de España.

Hubo un silencio espacial, imponderable, inasible e inconsútil.

—Sí, —agregó con dulzura la muchacha— estamos a la orden. ¿En qué podemos servirles?

En realidad, “mis”, no queremos absolutamente nada, ni vinimos por nuestra cuenta... nos subieron acá — Dijo el cristiano.

—¿Quiénes? Preguntó la supuesta mis.

—Unos pájaros.

—¿Pájaros?

—Sí.

—¡Qué raro! pero si ya no usamos pájaros, ¿eran migratorios? ¿Abajo había algún temporal de nieve?

—No, “mis”.

—Bueno, pero ¿qué es eso de “mis”?

—Nada, —dijo el cristiano —pero ¿no es usted norteamericana de Indiana?

—¡Oh, no qué va!... acá arriba no hay naciones, es la globalidad. ¿Comprenden? Pero, en realidad, ¿quienes son ustedes, o se trata de algún cuento de García Márquez?

—¡Ah! señorita, conocen acá a García Márquez?

—Sí, creo que lo están esperando, pero allá abajo.

—¡Horror! —clamó el cristiano.

—Pero bueno, como nos llega una clientela de millones, al fin y al cabo, ¿quiénes son ustedes?, para proceder. Puede decírmelo usted, señor gordito? y perdone la confianza.

—Reverendísimo San Pedro, ¿es su excelencia? Pues mire, tengo aquí a tres personas, pero no aparecen en la lista, ¿podiera usted venir a la recepción, si no se halla ocupado con nuestro Señor? —Voy para allá—contestó.

—Nosotros somos los tres fantasmas de Clayton: Fulano, Zutano y Mengano.

—Ah, muy bien. Ahora tenemos un sistema de computación muy avanzado. La muchacha tecleó en una mini-computadora, mientras la luz del fondo, le traspasaba la túnica lila, delineándole el cuerpo de una esbeltez verdaderamente celestial.

—Oye, gordo susurró el fantasma tercero —mira que cuerpo más brutal tiene esa hembra.

—¡Calla, bruto! —respondió el gordo —¿no te das cuenta de que estamos en la misma puerta del cielo? ¿O es que ni aquí te compones?

—Miren caballeros —dijo la recepcionista, al mirar la pantalla— sus nombres no aparecen, y nuestros programas son infalibles.

Hubo hilaridad en el grupo de fantasmas, que de pronto perdía el equilibrio sobre el tablado de nubes.

—Pero, un momento —expresó la niña— llamaré al propio San Pedro.

—¿San Pedro? —preguntó el fantasma gordo.

—Sí —la chica había llamado por un teléfono celular— Reverendísimo San Pedro, ¿es su excelencia? Pues mire, tengo aquí a tres personas, pero no aparecen en la lista, ¿podría usted venir a la recepción, si no se halla ocupado con nuestro Señor? —“Voy para allá” —contestó.

—Y en cinco minutos llegó San Pedro, muy remozado y sumamente amable, envuelto en una túnica blanca, cubierta la cabeza con una especie de gorro caucasiano.— “Mira —susurró el cristiano— la túnica blanca, es civilista”.

—¿En qué puedo servirles, hermanos? —Preguntó San Pedro.

—Es que en realidad no sabemos por qué nos han subido aquí. —respondió el más cristiano.

—¿Cómo murieron, y dónde? —insistió San Pedro.

—No sabemos, excelencia, si estamos muertos o vivos, aparentemente no hemos muerto aún.

—Pues bien, todo parece indicar, entonces que ha sido un lapsus cataléptico... o caso un virus maligno en la computadora.

—No entendemos —musitó el gordo.

—Pero, si mal no recuerdo —reflexionó San Pedro— el caso de ustedes dice relación con los feísimos acontecimientos de diciembre de 1989, en el pequeño país, de nuestros hermanos de Panamá.

Los fantasmas se miraron unos a los otros, sin saber cómo responder a la interrogante insinuación.

—Pueden contestarme, con toda confianza, acá en el Cielo tuvimos varios informes al respecto. Y luego, muchas almas, de los caídos en la invasión, sin culpa alguna, ya están a la diestra de Dios Padre, gozando de la gloria eterna, y además han dicho pestes de ustedes. ¿Tienen alguna culpa, hermanos?

—Bueno, distinguido San Pedro —respondió el fantasma tercero, con su voz de ultratumba— algo puede haber de aquello, aunque perdóneme, difiero de su excelencia en la apreciación de que fuera un feo acontecimiento. Todo lo contrario, pues hasta nuestro amantísimo arzobispo dijo que fue una liberación y no una invasión y además, un educador dijo que “fue un amanecer espléndido”.

—Bueno aquí recibimos muchos faxes, de todas las agencias noticiosas; claro, hay puntos de vistas distintos, incluso dentro del seno de la iglesia. ¿Pero cómo pudo haber sido un amanecer espléndido, si hemos recibido tantas almas de muertos por ese amanecer? Yo pienso, es mi idea, que ese educador tendrá dificultades cuando venga por acá.

Por lo bajo, el fantasma tercero, le musitó al fantasma gordo— “¿no crees tú, que este hombre está influido por los militares? ¡Chuleta! te veo bien mal.”

—Pero en fin, hermanos —preguntó San Pedro— ¿eran ustedes o no los dirigentes que tomaron posesión en una base? El nombre se me olvida... ¿Puedes consultar la computadora, niña —dijo San Pedro a la muchacha y ella tecleó y de una vez respondió: —“Señor, la base de Clayton”...

—Bueno, excelencia —respondió el gordo— sí y no.

—Ajá, es usted abogado, ¿verdad? Entendida su revelación; pero lo concreto señores, es que ustedes no están muertos, porque no aparecen como finados en el programa de la computadora. Señorita —le dijo a la de la túnica transparente— averígüeme en qué quedó este caso.

—¿Es el BH,15-659-795-777 X?

—Sí.

La muchacha tecleó nuevamente la computadora y chispeó el letrero verdiazul de la pantalla. Luego se acercó con discreción a San Pedro y con delicadeza, le dijo algo al oído, imperceptible para los fantasmas.

—Ajá —carraspeó el de las llaves— El acta dice que en realidad ustedes, del susto de una manifestación se desmayaron; que no están muertos, pero que la decisión impostergradable e inapelable era la de que tenían que morir ya.

—¡No! —gimieron los tres al unísono.

—Caballeros —dijo el Sumo llavero nadie puede subir acá sin haber muerto antes... y además, según el informe, se dice que han de morir fusilados.

—¡No! —gritaron, al punto de desfallecer nuevamente.

—¿Pero aún no fueron fusilados verdad? O estamos confundidos, pero, ¡qué va!, la computadora no se equivoca, es la fatalidad de la revolución tecno-científica.

—Pero su excelencia San Pedro, tal crimen no puede ser con personas cristianas, católicas y romanas como nosotros. ¿No que se habló últimamente de concertación? —exclamó el fantasma gordo ¿No puede usted gestionar ante el mismo Supremo?

—Imposible, esto no me ha sido dado; arriba está todo compartido, yo me ocupo de las llaves y de nada más.

—Oye —le preguntó el fantasma primero al fantasma segundo —¿y no podemos dirigirnos al Papa Santo?

—¡Qué va! —respondió éste— si al fin y al cabo, el arzobispo se arrepintió de lo dicho, de que la vaina fue liberación. Estamos perdidos.

—Lo siento —dijo San Pedro— Pero mire señorita, ¿quiere leerle el parte que hay allí en el fax quince mil millones?

—Cómo no, excelencia. Dice lo siguiente, les aclaro que vino en inglés, y hago una traducción directa —explicó la muchacha de la túnica lila— “Los tres fantasmas de Clayton, deberán ser fusilados, en plaza pública, por los delitos de alta traición a la patria”...

—¡Chuleta!

—¡Horror!

—¡Mierda!

Como ustedes pueden ver, no es un mandato del cielo. Somos contrarios a los fusilamientos; es el libre albedrío de los hombres, que opera según el destino. Yo tan solamente les comunico; ni siquiera cual Poncio Pilatos, me lavo las manos. Como ustedes aprendieron en el catecismo de la Doctrina Cristiana, yo apenas hago de portero; no soy beligerante; no puedo cambiar ninguna ruta, que no sea la entrada aquí, según los créditos que cada quien trae. Por lo tanto deben bajar hipsofactamente para cumplir con la exigencia ineluctable del destino.

Y diciendo esto ordenó a la joven de la túnica transparente y de exquisitas formas, que tocara otra tecla, la roja.

La niña lo hizo, y ¡pum!... bajaron como tiros de escopeta, los tres fantasmas, y cayeron, para su mala suerte, nada menos que en el supe-poblado Distrito Especial de San Miguelito. En donde para entonces había un enorme estadio que llevaba el nombre de “Mártires de diciembre”

Hacia el sur, en dirección del Cerro Ancón, en cuyas entrañas estaba el búnker del Comando Sur, con todos sus aparatos, dirigieron las líneas principales de la tarifa central, al frente, contra el muro, acolchonaron la pared, con material plástico de espuma. Sobre el tope de las graderías del estadio, había miles de banderas panameñas y todo tipo de consignas: “¡Paredón!... ¡De que se van... se van!... ¡De pie o muertos... nunca de rodilla!”... etc., etc.

Un gentío bárbaro cantaba canciones, daba gritos, como parte del programa de la semana patriótica que celebraban en todo el país.

Cuando los tres fantasmas, en paracaídas iguales a los que usaron en la invasión los norteamericanos, cayeron justamente en el centro de la arena del estadio, las masas enardecidas se levantaron de las graderías, alzaron las manos, y gritaron:

—¡Buena ésa!...

En ese momento un altoparlante ordenó silencio. No se escuchaba el aliento de una mosca.

—¡Pueblo panameño! ahora empieza el acto cultural.

Y mientras los tres fantasmas, casi petrificados por el terror y la caída en paracaídas, parecían en realidad fantasmas de piedra, y el público aplaudía atronadora-

mente los puntos de la velada que duró dos horas: lectura de una página de la novela Luna Verde, de Beleño; declamación, por varios famosos artistas, de Incidente de cumbia, de Korsi, de Panamá Defendida, de Franco; grupos corales cantaban: Viva Panamá; cantores de décimas interpretaban: Que se vayan del Canal, de Changmarín y luego participaban los Congos, los conjuntos de cumbias y tamboritos, y finalmente aires típicos interpretados por Osvaldo Ayala y Victorio Vergara.

Entonces vino la parte más interesante. El maestro de ceremonia leyó:

—¡Señores! quinto punto... acto de fusilamiento, de los tres fantasmas de Clayton.

—¡Paredón... paredón... paredón! gritaban las masas.

—¡Silencio! —gritaba el maestro de ceremonia. Silencioooo!

—¡Paredón... paredón!...

—¡Silencio! repito...

Hubo silencio.

—Voy a leer la resolución del cabildo abierto del pueblo.

—No creas —le dijo, en ese instante el fantasma más cristiano al gordito—esto es un sueño, y como los sueños, sueños son, no nos van a fusilar nada. Además, ya la época de la confrontación violenta terminó, terminó la guerra fría, viene la cooperación...

Pero el maestro empezó a leer la resolución que concluía de la siguiente manera: “Y por traición a la patria, se les condena al fusilamiento... “Por tanto, tres ejecutores, hijos huérfanos de miembros de las Fuerzas de Defensa, y cuatro de los Batallones de la Dignidad, conducirán a los reos al paredón, y cumplirán la resolución .

—¡Buena!... —gritaba la masa enardecida.

...tocaron, otra vez el timbre y apareció la chiquilla, pero con una túnica de tono rosa, igualmente trans-parente.

Empezó el toque de un tambor, el mismo que en 1902, el quince de mayo, utilizaron los godos, por orden de los gringos, para fusilar al cholo guerrillero Victoriano Lorenzo. Los fantasmas, a empujones trataban de marchar, mientras con el ritmo del tambor, el gentío repetía con palmadas.

—¡Allá, los del sonido —gritó el maestro de ceremonia, pongan Colonia American no... Y levantándose de las gradas las gentes coreaban la tonada.

Ya habían llegado los fantasmas al sitio preparado para el punto final. Un sacerdote les dio la extremaunción. Los vendaron. Se aprestaron tres muchachas y cuatro jóvenes con sus AK-47.

—¡Atención! —gritó el comandante—En posición... apunten...

—¡Fuego! —y se acabó.

No más caer al tablado, ahora sí, supremamente muertos, cuando los tres fantasmas, de nuevo aparecieron en las entradas del cielo; tocaron, otra vez el timbre y apareció la chiquilla, pero con una túnica de tono rosa, igualmente transparente.

—¡Ah!... ¡qué bien! llamaré a San Pedro.

—Excelente, caballeros, excelente —dijo San Pedro a los recién llegados—Ahora sí que están muertos. Mire bien, usted señorita, en la computadora.

La chica marcó, leyó en la pantalla y con sigilo le informó, casi en la oreja, a San Pedro.

—¡Jum! carraspeó el Santo —pero según la computadora, señores, ustedes van para abajo. Niña, toque el botón morado,—le ordenó a la de la túnica rosa.

Y sólo tentarlo, cuando las tres ánimas descendieron a retropropulsión. En la medida en que se acercaban a las enormes pailas ardientes, con el pánico enredado, como

una sierpe de candela en las gargantas, aún pudieron transmitirse, alguna información:

—Oye, tú maldito, que decías que todo era un sueño, desgraciado hijo de tu madre!... —y el gordo rompió a llorar.

—¿Y saben? dijo el fantasma tercero —descubrí que esa no era la puerta del cielo, ni San Pedro era San Pedro.

—¿Cómo? —preguntó el fantasma más cristiano. ¿Por qué no lo dijiste?

—Pues debajo del gorro le noté, lo que de seguro eran las puntas de los cachitos... ¡Ay!...

Índice:

	Página
1 Juramentación y cena casi fantástica	9
2 La honorable exputa, madame pumpum	17
3 La luz anaranjada	21
4 Tecnología para la muerte	23
5 El miedo	28
6 El abuelo y el perro	37
7 Saqueo 1, pero en fila	41
8 Saqueo 2 y un par de relojes	45
9 Saqueo 3 y los envoltorios de cocaína	51
10 Saqueo 4 y collares de perro	53
11 Saqueo 5 y Salvador Dalí	55
12 Saqueo 6 y la bandera	59
13 Saqueo 7, es la guerra niño	61
14 Lama	67
15 La guacamaya azul	73
16 AK-47 contra M-16	79
17 Cedro Amargo	93
18 Machito	95
19 Están matando a Papadíos	103
20 Puertorriqueño rompeculo	111
21 No era tiempo para televisión a colores	113
22 Sargento MacFarland	119
23 Hay una Esperanza	131
24 Par de loros	137
25 Una fotografía y los delfines	145
26 Residentes: Ok... Army, O.K.	157
27 Fotografías sobre la yerba	161
28 Las arañitas de Esther María	165
29 Las partidas de nacimiento	171
30 La tigre de San Miguelito	179
31 Las espadas de Toledo y la niña Luz Amalia	189

32	Chuchú, escolta de la patria	199
33	Folclor para matarifes	215
34	Luna mártir	219
35	Panameño, sin embargo	223
36	Ardían las espinelas como plumas de pólvora....	227
37	Tania	235
38	Dijo ñagare	251
39	La capitana	267
40	Rock y Vaticano	271
41	Chimbombó de nuevo	287
42	Cuando bajaron los ángeles y los arcángeles	293
43	La subida casi fantástica a las orillas del cielo y la bajada súbita al reino de las pailas infernales.....	309

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA



3 4189 00055 1709

